

ENRIC BALASCH

El secreto de la
CREACIÓN

Un poderoso libro sacude los cimientos
de la Biblioteca Nacional



Lectulandia

Un poderoso libro sacude los cimientos de la Biblioteca Nacional.

Algo extraño ocurre en la Biblioteca Nacional. Los robos de libros antiguos se suceden, pero algunas de esas sustracciones son demasiado insólitas como para que pasen desapercibidas. ¿Qué buscan los ladrones? ¿Quién ha encargado esos robos?

También en el siglo XVI alguien encargó el robo de un valioso libro. «Una leyenda asegura que Dios reveló a un rabino el secreto de la creación», afirma un crédulo Felipe II a su fiel agente secreto Bernardino de Mendoza, a quien ordena que le consiga el *Libro de Dios*, tres láminas de oro en las que se recoge la fórmula alquímica para crear *golems*, unos seres animados de origen artificial muy presentes en la mitología judía.

Cuatro siglos después, en una sala de subastas de Madrid, un hombre y una mujer pujan por conseguir un raro ejemplar de un libro escrito por un alquimista cordobés en el siglo XVI. A la salida de la subasta, Julián Castilla, periodista de *El País*, se acerca a la mujer con la intención de concertar una entrevista con ella para un artículo sobre las inversiones de capital en arte. Sin embargo, la mujer aparece asesinada al día siguiente. Poco después, el periodista será testigo de nuevos crímenes, en cuya investigación tendrá que recurrir a sus amplios conocimientos históricos y viajar hasta Praga y Jerusalén. Su pesimista determinación se verá compensada por una insólita alianza y el deseo de disfrutar de los placeres de la vida.

Lectulandia

Enric Balasch Blanch

El secreto de la Creación

ePub r1.0

liete 04.02.14

Título original: *El secreto de la Creación*

Enric Balasch Blanch, 2011

Editor digital: liete

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A Silvia Bastos Simmersbach,
con sincera gratitud.*

Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra naturaleza, y señoree en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en toda la Tierra, y en toda serpiente que anda arrastrando sobre la tierra.

Génesis (I, 26), según la *Biblia del Oso*
de Casiodoro de Reina, Basilea, 1569

No fue encubierto mi cuerpo de ti, aunque yo fui hecho en secreto, fui entretejido en los profundos de la tierra.

Salmos (CIX, 15), según la *Biblia del Oso*
de Casiodoro de Reina, Basilea, 1569

Quien controla el pasado controla el futuro, quien controla el presente controla el pasado.

George Orwell

BENE FACTUM

Durante el proceso de redacción de esta novela he contado con la colaboración y apoyo de varias personas a quienes deseo hacer público mi agradecimiento. En primer lugar debo citar a la periodista Yolanda Ruiz Arranz, por sus muchas gestiones para visitar la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción fuera de las horas de culto, organizar un viaje a Torija y otro a Toledo para recabar información, y recuperar de nuestro archivo la documentación sobre diversas estancias en Praga, Jerusalén, Venecia, Génova y Nápoles; a Jesús Sánchez, párroco de la iglesia de la Asunción, por sus doctas explicaciones sobre el templo y dejarnos inspeccionar la lauda de Bernardino de Mendoza; al cuerpo de bibliotecarios de la Biblioteca Nacional de Madrid por su buena disposición ante cualquier consulta realizada y por ayudarme a localizar documentos del insigne edificio relacionados con la imposición de la primera piedra y su cápsula del tiempo; a mi agente, Silvia Bastos, por aclararme cuantas dudas le planteo y ayudarme a perfeccionar el original con sus lecturas críticas y consejos; y también a Gabriela Guilera, Carlota Torrents y Pau Centellas, de la agencia literaria, por atender mis muchas peticiones y consultas con amabilidad; a Pablo Álvarez, director editorial de Suma de Letras, debo agradecer la confianza que ha depositado de nuevo en este proyecto; a Gonzalo Albert, mi editor, la infinidad de sugerencias y matices que aporta al original a la hora de publicar el texto; a María Santamaría, jefa de prensa de Suma de Letras, agradezco sus muchas gestiones para que mis novelas lleguen a todos los medios de comunicación; y a Carmen Deza, del departamento de prensa de la editorial, su profesionalidad y desvelos para abrirme las puertas de numerosos medios. Gracias de corazón a todos.

I

Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial

Lunes, 3 de diciembre de 1584

El viaje desde París estaba plagado de peligros. Tras dos semanas de agotar y sustituir los tiros de su calesa, evitando los caminos más transitados, sin apenas moverse del asiento y con su pistola de llave de chispa sujeta a la faja, Bernardino de Mendoza, embajador de España en París y superintendente general de Inteligencia y Secretos del rey Felipe II, esperaba nervioso en los aposentos reales del monasterio de San Lorenzo de El Escorial su audiencia con el Monarca.

La orden de presentarse ante Su Majestad, encriptada para evitar que fuese desvelada de ser interceptada por sus enemigos, la recibió en la sede de la Embajada gracias a un servicio de mensajería alar que él mismo había organizado para mantenerse en comunicación permanente con el Rey y sus agentes dispersos por todo el Imperio. Obedeciendo las órdenes recibidas había viajado de incógnito, en una calesa sin distintivos y sin advertir de su marcha a los sirvientes y funcionarios de la Embajada. La Guerra de las Religiones, que enfrentaba a católicos y protestantes calvinistas, llamados de manera despectiva hugonotes, assolaba Francia y el anonimato garantizaba el éxito de cualquier acción. De caer en manos enemigas le ajusticiarían sin piedad ni consideración a su cargo. Sólo unos meses antes había sido expulsado de Inglaterra y declarado persona *non grata*, tras organizar la conspiración de Francis Throckmorton contra Isabel I en un intento de auspiciar a María Estuardo al trono.

Bernardino de Mendoza contempló su rostro fatigado, con barba de varios días, en un espejo de molduras de plata y cada arruga que surcaba su piel la interpretó como un desvelo por mantener en pie el Imperio «donde nunca se ponía el Sol». La voz de Pedro del Hoyo, secretario personal de Felipe II, le abstraigo de sus pensamientos y le devolvió a la fría sala del monasterio. Por las ventanas observó los copos de nieve caer en abundancia.

—¡Su Majestad el Rey! —anunció Pedro del Hoyo, con altura de voz.

Felipe II entró en la estancia. Bernardino de Mendoza se inclinó en señal de respeto y sumisión a la voluntad del Monarca, y Pedro del Hoyo se retiró y cerró la puerta tras de sí para garantizar su intimidad. El Rey saludó a su embajador con gesto preocupado y le condujo ante dos cómodas poltronas situadas junto a un brasero de cobre que calentaba la sala. Le invitó a tomar asiento y suspiró fatigado.

—¿Qué tal vuestro viaje? —le preguntó el Rey.

—La guerra y la nieve han dificultado mis pasos, señor —respondió Bernardino

de Mendoza—. Partí en el mismo instante de recibir vuestra misiva.

—Lamento haberos llamado de urgencia —dijo el Rey, y sus palabras sonaron a disculpa.

—¿Qué os inquieta, señor?

—Miles de asuntos —confesó Felipe II, con la mirada perdida en el repujado del brasero.

—Señor —intervino Bernardino de Mendoza con la intención de levantarle el ánimo—, la situación en Francia está bajo control, he infiltrado a dos de mis mejores hombres en la corte de Isabel I y nos informan de las intenciones de la Reina, tenemos vigilados los puertos marítimos de la Nueva España y mis agentes observan los movimientos de los corsarios, en especial, como vos ordenasteis, los barcos de sir Francis Drake, y se informa de inmediato al almirantazgo...

—Lo sé, estimado Bernardino —le interrumpió Felipe II benevolente—. He leído vuestros informes al detalle y me consta que realizáis una labor encomiable en defensa del Imperio.

—Majestad —insistió—, si os inquieta la invasión otomana de Ifriquiya, sabed que he dispuesto agentes en las plazas de La Goleta y la isla de Gelves...

—Mi fiel amigo —suspiró el Rey—, conozco de sobra vuestra lealtad y jamás encomendaría el mando del Servicio de Inteligencia a otras manos.

—Ordenad, señor —incidió Bernardino de Mendoza dispuesto a servirle—, y vuestra voluntad se cumplirá de inmediato.

—Ha llegado hasta mis oídos —arrancó el Rey con ritmo pausado— cierta información que de corroborarla inclinaría la balanza del lado de mis enemigos.

—Majestad —dijo Bernardino de Mendoza enérgico, dolido por unas palabras que a su entender cuestionaban su eficacia en la defensa del Imperio—, nadie amenaza nuestras fronteras, y quienes osan oponerse a vos, dondequiera que se encuentren, son eliminados por mis hombres sin ningún miramiento.

Felipe II se levantó de su poltrona, cogió un atizador de hierro, cuyo mango lucía un escudo real, y removió las brasas para avivarlas. Bernardino de Mendoza le observó en silencio. Podía haber llamado a un criado para ese menester, pero prefirió hacerlo el mismo. El Rey tramaba algo complicado. Siempre resultaba directo en sus peticiones, incluso en las más delicadas y secretas que vulneraban la ley, y ahora parecían faltarle las palabras justas para exponerle sus cavilaciones. Nunca le tembló el pulso ni la voz al ordenarle la muerte de Guillermo de Orange, cabecilla de la rebelión de los Países Bajos que desató la Guerra de los Ochenta Años, o de Florence de Montmorency, barón de Montigny, noble flamenco enviado en calidad de embajador por Margarita de Parma para transmitirle una velada amenaza de pasarse al bando protestante. Condenado a muerte por insurrección, el barón de Montigny esperaba un indulto del Rey que nunca llegó. Felipe II jamás le perdonó que en la

primavera de 1566 le hubiera hablado en un tono altivo y desafiante para exigirle que el gobierno de los Países Bajos fuera ejercido por los flamencos, se aboliera la Inquisición y se relajaran las leyes contra los herejes. Sin un atisbo de piedad, Felipe II ordenó a Bernardino de Mendoza darle garrote en el castillo de Simancas. El Rey anteponía los intereses del Estado y los suyos propios al cumplimiento de la ley.

—¿Cuántos años lleváis a mi servicio? —le preguntó Felipe II, acomodado de nuevo en su poltrona.

—Veinticuatro, señor —respondió Bernardino de Mendoza—. Desde 1560.

—Suficientes —afirmó— para comprender que nunca os he pedido una actuación al margen de la ley de no considerarla estrictamente necesaria para el sostén del Imperio.

—Vos sois la ley, señor —acató sumiso.

—Como sabéis —dijo el Rey ante el cumplido—, en la torre de la Botica trabajan varios alquimistas en la búsqueda de remedios espagíricos y en la transmutación del metal que vuelve locos a los hombres, el oro.

—Yo mismo —le recordó Bernardino de Mendoza—, cumpliendo vuestros deseos, investigué sus vidas, les sometí a seguimientos para conocer su valía y discreción e informé a Pedro del Hoyo para que actuara en consecuencia.

—Un alquimista —siguió Felipe II—, cuyo nombre prefiero guardar en secreto, me ha revelado que en la judería de Praga se guardan tres láminas de oro que reciben el nombre de *Libro de Dios*.

—Jamás he oído hablar de semejante obra, señor —meditó Bernardino de Mendoza un tanto inquieto—. ¿Qué importancia tiene? Los hebreos son dados a la lectura de libros religiosos.

—Mi querido Bernardino —suspiró el Rey condescendiente—, según he podido saber de boca del alquimista no se trata de un libro de religión, sino de un libro de ciencia hermética que revela el gran secreto de la vida.

—La facultad de dar vida —opuso Bernardino de Mendoza extrañado— sólo está en manos de Dios. Cualquier otra forma de pensar o actuar se considera una herejía y es perseguida por la Inquisición.

—Debo confesar —admitió el Rey— que nunca hubiese imaginado que pudiera existir tal documento alquímico.

—No deis por verdad —le aconsejó Bernardino de Mendoza, acostumbrado a propagar bulos para intoxicar a los enemigos del Imperio— una confidencia sustentada en palabras que se lleva el viento. ¿De qué pruebas dispone el alquimista? ¿Os ha aportado algún testimonio?

—¿Desconfiáis de su buena voluntad?

—No cuestiono su sinceridad, señor —argumentó Bernardino de Mendoza—, sino la calidad de su información. Hacedme caso y olvidaos del asunto. Estoy

convencido de que sólo es un *minor* encaminado a distraer vuestra atención de asuntos más importantes. Los enemigos del Rey son muchos y muy activos.

—Ha empeñado su palabra —refutó Felipe II—. Ha jurado ante Dios y antepuesto su honor y su vida a la mentira. Ningún hombre se arriesga a sentarse en el garrote por una farsa. Nada tiene que ganar y mucho que perder.

—Insuflar vida a un ser humano —arguyó Bernardino de Mendoza— no está en manos de los mortales. Sólo hay un Creador. Olvidaos. Hacedme caso.

—No puedo, Bernardino —insistió el Rey en sus trece—. De existir dicho libro y obrar en poder de mis enemigos peligraría la estabilidad de España, la seguridad del Estado y del Imperio, y pronto veríamos nuestras fronteras y mares invadidos por un ejército de seres invencibles.

—Señor...

Debéis mantener absoluta reserva sobre este asunto —le corto Felipe II tajante— y averiguar la verdad.

—Se hará como ordenáis, señor. —Bernardino de Mendoza inclinó la cabeza para demostrarle su lealtad—. ¿Qué más podéis decirme de ese misterioso libro?

—Poco —resopló Felipe II contrariado. Una leyenda asegura que Dios reveló a un rabino el secreto de la creación y grabó la fórmula en tres láminas de oro para preservarla hasta la eternidad.

—Señor —se atrevió a rebatirle—, corren miles de fábulas sobre seres fantásticos, países imaginarios, gigantes más altos que la torre de Babel... Hace medio siglo —intentó convencerle Sebastian Münster, el célebre cosmógrafo y geógrafo de la Universidad Reformada de Basilea, publicó su *Cosmographia universalis*, repleta de monstruos marinos que poblaban lejanos y tenebrosos mares, y nuestros barcos jamás se toparon con ninguno.

—¿Tomáis por lerdo al Rey? —le increpó molesto.

—Perdonad, Majestad —se apresuró a disculparse Bernardino de Mendoza—. Nada más lejos de mi intención. Solo pretendía servirlos con lealtad, humildad y mente clara.

—Tampoco el Rey cree a ciegas en semejantes patrañas —suavizó Felipe II la conversación—. No estoy convencido de que ese libro contenga el secreto mejor guardado de la Naturaleza. Pero debo pedirlos que lo averigüéis.

—¿Sabéis dónde se guarda?

—No —respondió el Rey, concentrado en la incandescencia de los carbones del brasero—. El alquimista nunca lo vio.

—¿Cómo supo de su existencia?

—Por la confesión de otro filósofo en su lecho de muerte. Le confió el secreto *in articulo mortis*.

Entre mis agentes de Praga —expuso Bernardino de Mendoza para complacerle

— figura un marrano de la aljama de Gerona. Le pediré que indague de manera discreta entre la comunidad hebrea.

—¿Confiáis en un converso que *in occulto* practica su religión?

—Entregaría mi alma al diablo —afirmó Bernardino de Mendoza— si de ello dependiera la seguridad del Imperio.

—No escatiméis ni un escudo en esta misión —respiró Felipe II aliviado—, y si el maldito libro existe traedlo en mano a mi presencia.

—Así se hará, señor.

—Guardad el secreto y hacedlo guardar —insistió Felipe II—. Vos conocéis mejor que nadie las ambiciones alquímicas de mi sobrino el emperador Rodolfo II. Su corte está trufada de sopladores, magos, cabalistas, astrólogos judiciares, hermetistas y herejes que bien merecerían sentarse en el garrote. Si llega a sus oídos la noticia del *Libro de Dios* no descansará hasta conseguirlo. Debemos adelantarnos.

—Esta misma noche —determinó— organizaré el operativo necesario.

—Gracias, mi fiel Bernardino —suspiró Felipe II aliviado—. He ordenado que os preparen una alcoba. La nieve cierra las trochas y sendas, y sería una imprudencia viajar en semejantes condiciones a Madrid.

—Dormiré en el monasterio —aceptó— y de madrugada partiré hacia París.

—Quedad con Dios.

—Que Él os guarde, Majestad.

Felipe II se retiró. Los rescoldos del brasero todavía ardían con intensidad. Bernardino de Mendoza se levantó de su poltrona, extendió las palmas de las manos hacia el calor y suspiró preocupado. Jamás se cuestionaba las órdenes del Rey por estafalarias que fuesen. Se limitaba a cumplirlas y a mantenerlas en secreto. A petición de Su Majestad había investigado a astrólogos y alquimistas para informar de sus avances en el arte de la transmutación, había traído del Nuevo Mundo un extraño espejo de obsidiana, y había rastreado por toda Europa cuadros perturbadores de la moral y del ingenio pintados por Jeroen Anthoniszonn van Acken, apodado Hieronymus Bosch, que ahora colgaban en las estancias del monasterio para deleite del Rey. Su única misión en la vida consistía en servirle con honor y lealtad.

Un fraile jerónimo entró en la sala y pidió a Bernardino de Mendoza que le acompañara. Le condujo a una alcoba de tradición espartana, dotada de una cama con colchón de lana y cobertor de plumón, una salamandra, una papelera italiana sobre una mesa de fiadores y un aguamanil.

—Espero que estéis cómodo, señor —le deseó el fraile.

—Es tanta mi fatiga —lamentó Bernardino de Mendoza— que dormiría sobre un jergón de piedras.

—Más tarde —dijo el fraile, con una leve sonrisa— vendré a reponer el carbón de la salamandra.

—Gracias.

—Que Dios alivie vuestro cansancio —se despidió.

Bernardino de Mendoza se lavó la cara y las manos en el aguamanil, se sentó en un taburete frente a la mesa y cogió una pluma de ganso. Afiló la caña con una cuchilla que encontró en un cajoncito de la papelería, la mojó en tinta y escribió tres nombres en una hoja de papel. Luego miró el crucifijo que presidía el lecho colgado de la pared y rogó a Dios que guiara a sus hombres.

Capítulo 1

Al entrar en la sala agradeció el calor de la calefacción y se frotó las manos para expulsar el frío de ellas. Dejó su chaquetón en el guardarropía y se acomodó en la última hilera de sillas. Desde esa posición controlaría mejor las pujas. La sesión estaba a punto de comenzar. Los posibles compradores, hombres con aspecto de ejecutivos y mujeres vestidas de alta costura, ocupaban casi todos los asientos que mostraban el cartelito de «Reservado». Julián Castilla reconoció a varios de los presentes de otras subastas. Los dos últimos meses había recorrido algunas de las principales salas de Madrid: Ansorena, Alcalá, Durán, Goya, Segre, Galileo... para sumergirse en el mundo del arte y había entrevistado a coleccionistas, anticuarios, marchantes y directores de galerías. Escribía un artículo sobre el trasfondo de las inversiones y el tráfico legal de obras y requería la máxima información. Las obras de arte se revalorizaban entre un diez y un doce por ciento anual y los inversores, la mayoría de las veces incapaces de diferenciar un cuadro impresionista de otro cubista, buscaban refugio para sus capitales en el arte.

Sacó una libreta y se dispuso a seguir su primera subasta de libros. Había acudido a otras de cuadros, joyas, monedas, sellos, esculturas y muebles. Las hojas de su libretita rebosaban de anotaciones. Para comparar las inversiones y los precios seguía, a través de revistas especializadas e Internet, las subastas celebradas en otros países. El mundo del arte movía en España millones de euros anuales, pero ninguna sala competía en calidad y cuantía con las ventas de Sotheby's o Christie's.

Christie's de Londres había subastado el diamante *Der Blaue Wittelsbacher*, de 35,56 quilates, que regaló Felipe IV a su hija la infanta Margarita Teresa, en 18.704.698 euros, y su homologa de Nueva York una lámpara de mesa Wisteria, en cristal y bronce, fabricada en 1905 por Tiffany Studios, en 295.030 euros. Christie's también había subastado el manuscrito del discurso que pronunció el presidente Abraham Lincoln en 1864, desde una ventana de la Casa Blanca, en 2.629.747 euros. Por su parte Sotheby's adjudicó *Bailarina descansando*, de Edgar Degas, en 29.505.795 euros y *Vampiro*, de Edvard Munch, en 30.390.879 euros. Antiquorum de Ginebra había subastado un reloj Patek Philippe de oro rosa, primera serie del año 1950, en 911.205 euros. Julián Castilla suspiró. Sólo las grandes fortunas podían permitirse el lujo de pagar cinco mil millones de las antiguas pesetas por un cuadro, más de cuatrocientos millones por unos folios de papel, cincuenta millones por una lámpara de mesa o ciento cincuenta por un reloj de muñeca.

La sala estaba a rebosar. A falta de sillas, varios de los asistentes permanecían de pie. El subastador se situó en el púlpito y procedió a abrir la sesión. El murmullo de las conversaciones se apagó ante el anuncio del primer lote: un ejemplar del *Tesoro de la lengua castellana o española*, de Sebastián de Covarrubias, editado en 1611 por

Luis Sánchez, impresor de la Casa Real. El precio de salida se estipulaba en 1.000 euros, y pronto las manos se alzaron y las pujas se incrementaron. Quince minutos después el subastador adjudicó, con un golpe de maceta, el libro en 2.750 euros a un anciano que caminaba apoyado en un bastón. Julián Castilla le observó. Estaba convencido de que se trataba de un bibliófilo, un amante de los libros.

La subasta siguió con otros volúmenes menos importantes y después de una hora y media se pusieron a la venta las principales obras de la sesión que habían despertado la codicia de algunos librereros de antiguo: un cantoral del siglo XVI en pergamino miniado, encuadernación de piel, cantoneras y remates metálicos, cuya puja arrancó en 3.500 euros y alcanzó los 13.000 que ofreció un conocido marchante madrileño con la intención de revenderlo. El subastador hizo una señal y el encargado de presentar los libros situó en el atril el último ejemplar de la noche.

—Un magnífico volumen —anunció en voz alta para hacerse oír— del *Pardes rimmonim* de Moisés Cordobero, impreso en Cracovia en 1592. La puja arranca en diez mil euros —concluyó, y esperó la primera oferta.

El subastador dirigió la mirada a los presentes. Una mujer de mediana edad, rondando la cuarentena, vestida con un traje chaqueta de Ángel Schlessler, rubia y de cara bronceada, levantó la mano. De inmediato un hombre maduro, que se distinguía por un bléiser marrón y un abultado sello de oro en el dedo meñique de la mano izquierda, pujó por el libro.

—Once mil euros —dijo el subastador, y le señaló con la maceta.

La mujer le miró de soslayo y alzó la mano.

—Doce mil —anunció el subastador—. ¿Alguien da más? —Guardó silencio unos segundos—. Doce mil a la una...

El hombre del bléiser marrón se acarició la barbilla y subió la mano decidido.

—¡Trece mil!

Un murmullo de expectación recorrió la sala. Se había establecido un duelo entre dos compradores, algo poco habitual. La mujer hizo una seña con la cabeza.

—¡Catorce mil! —interpretó el subastador sin inmutarse.

El hombre que competía por adjudicarse el libro habló con un hombre de piel negra sentado a su lado, y pujó otra vez.

—¡Quince mil! —gritó el subastador—. Un precio de ganga para una obra cumbre de la literatura hispanojudía. ¡Quince mil!...

La mujer solicitó unos segundos para efectuar una consulta, desplegó un grueso catálogo sobre sus rodillas, efectuó una llamada desde su teléfono móvil, y acto seguido asintió con la cabeza.

—¡Dieciséis mil! —proclamó el subastador sin reprimir su entusiasmo.

El hombre del bléiser marrón alzó la mano de forma mecánica al oír la última puja de su rival, al parecer poco dispuesta a soltar la presa.

—¡Diecisiete mil!...

La mujer, con el teléfono pegado a la oreja, pujó de nuevo.

—¡Dieciocho mil!... —Un silencio profundo invadió la sala—. Señor —dijo el subastador, y clavó su mirada en el hombre del bléiser marrón—, la puja está en dieciocho mil euros.

El hombre permaneció callado. De repente levantó la mano con ímpetu.

—¡Diecinueve mil!...

Sin vacilar la mujer elevó el importe.

—¡Veinte mil!...

A partir de ese instante, según las normas de la subasta, las pujas aumentaban de dos mil en dos mil euros. El hombre del bléiser marrón secó el sudor que perlaba su frente con un pañuelo de hilo y negó con la cabeza. Se levantó y salió de la sala malhumorado. El hombre negro le siguió. Medía un metro noventa, pesaba unos cien kilos y tenía la cabeza rapada al cero. Julián Castilla les observó intrigado. Nunca antes les había visto en una sala de subastas.

—¡Veinte mil a la una... —recitó el subastador—, veinte mil a las dos... y veinte mil a las tres!... ¡Adjudicado a la señora en veinte mil euros!

La sesión concluyó. La gente abandonó la sala, entre murmullos y comentarios sobre la última puja. La mujer que había adquirido el libro se acercó al subastador y hablaron unos minutos. Julián Castilla registró en su libreta el precio y las características del libro. Había alcanzado una buena cotización, pero lejos de los 871.857 euros que se pagó en Christie's por un Corán del siglo XVI impreso en Tabriz, o los 3.127.985 euros que cotizó una hoja manuscrita de un Corán palimpsesto redactado en Medina a mediados del siglo VII. Se guardó la libreta y esperó a que la mujer terminara. La abordó a la altura del guardarropía.

—Perdone —dijo, y se presentó—: Me llamo Julián Castilla, soy periodista y quisiera hacerle unas preguntas.

—No tengo tiempo —se excusó. La empleada del guardarropía le entregó su abrigo y caminó apresurada hacia la salida.

Julián Castilla retiró su chaquetón. Al ganar la calle la vio en la acera, con unas llaves en la mano, mirando a derecha e izquierda. Dudaba sobre dónde había estacionado su automóvil.

—Deme cinco minutos —insistió—. Trabajo para el periódico *El País* en un artículo sobre las inversiones en arte.

La mujer le miró cargada de paciencia. Julián Castilla sonrió y le mostró su credencial para convencerla. El frío condensaba el vaho de sus bocas. Ella se subió las solapas de su abrigo de piel de zorro plateado.

—De acuerdo —dijo resignada, y le tendió la mano—. Clara Letamendi, para servirle. Le concedo cinco minutos.

—Estaba dispuesta a desbancar a su oponente —arrancó Julián Castilla directo—. ¿Es coleccionista, inversora, revende, exporta libros...?

—Trabajo como *freelance* —respondió— y adquiero obras de interés cultural para el Ministerio de Cultura y las Comunidades Autónomas. En la puja no había nada personal.

—Si estoy bien informado —continuó—, el Estado y las Comunidades Autónomas pueden ejercer el derecho de tanteo. Basta enviar a la subasta a un representante de la Administración y en el momento del remate manifestar su propósito de adquirir la obra por el precio fijado.

—Conoce bien el sistema —se sorprendió.

—He leído la Ley de Patrimonio Histórico.

—En este caso particular —arguyó Clara Letamendi para justificar su presencia en la subasta— ha habido un error de coordinación y el Ministerio de Cultura no ha podido acreditar a nadie. De ahí que haya pujado por libre.

—¿Qué interés tiene el libro para el Estado?

—Como ha expuesto el *speaker* —dijo Clara Letamendi—, se trata de una obra muy importante de la literatura hispanojudía.

—¿Para quién lo ha adquirido?

—El encargo —le explicó— parte del Ministerio de Cultura y el libro se depositará en la Biblioteca Nacional de Madrid. Han pasado sus cinco minutos —concluyó, y miró su reloj.

—Gracias —asintió Julián Castilla—. ¿Podemos vernos otro día y hablar con más tranquilidad? Su opinión me sería de utilidad para mi artículo.

—¿Intenta ligar conmigo?

—En absoluto —dijo con una sonrisa—. Mi interés es sólo profesional.

Clara Letamendi aceptó. Abrió su bolso de piel de avestruz, comprado en Tous, y de una cajita plateada extrajo una tarjeta de visita.

—Llámemme —dijo, y se la entregó—. Procuraré hacerle un hueco en mi agenda.

Julián Castilla asintió y la vio alejarse por la acera de Velázquez en busca de su coche. Sacó su libreta, registró los puntos esenciales de su breve conversación, y guardó la tarjeta entre las hojas. Desde la esquina de la calle Juan Bravo el hombre del bléiser marrón y su acompañante negro la siguieron con la mirada. El hombre que había pujado gesticuló nervioso. Sacó un paquete de Dunhill International y se llevó un cigarrillo a los labios. Julián Castilla se apartó del cono de luz que proyectaba un farol, para evitar llamar la atención, y observó sus movimientos. El hombre se guardó el paquete de tabaco y el otro le ofreció fuego con un encendedor de oro. Dio varias caladas profundas, intercambiaron algunas frases, silenciadas por la distancia, y el negro abrió la puerta de un BMW-525 de color azul aparcado a su lado. El hombre del bléiser marrón se arrellanó en el asiento trasero y el negro de cabeza rapada se

puso al volante. Arrancó y el BMW-525 desapareció en la misma dirección que Clara Letamendi.

Sentado frente a su mesa de trabajo, en el Departamento de Cultura del periódico *El País*, trasladaba de la libreta a su ordenador los datos de los títulos subastados, los precios alcanzados por los libros, el perfil de los compradores, su breve charla con Clara Letamendi y sus opiniones personales. Disponía de abundante material para escribir su artículo sobre las inversiones en arte y en su correo electrónico había recibido numerosas fotografías cedidas por las salas para ilustrar el texto.

El conserje dejó un periódico encima de su mesa. Lo cogió y buscó su artículo a media página sobre la importancia de los fondos artísticos de la abadía benedictina de Montserrat. Pocas órdenes religiosas tenían en propiedad una colección de iconos bizantinos, objetos arqueológicos y de orfebrería, y cientos de cuadros de maestros internacionales como Caravaggio, El Greco, Tiépolo, Monet, Dalí, Miró, Sisley, Degas, Pissarro... Leyó algunas líneas y pasó las hojas.

En la sección de sucesos le llamó la atención un titular: «Sospechosa muerte de una anticuaria». La noticia ocupaba una pequeña columna vertical: «La policía investiga la muerte de C. L., una prestigiosa anticuaria fallecida en su domicilio de la calle Basílica. La asistenta halló el cadáver al personarse para iniciar su jornada laboral». Julián Castilla sintió un escalofrío. Releyó las escasas líneas sin darles crédito. La mujer que había entrevistado a la salida de la subasta estaba muerta. La brevedad de la noticia le indicó que se había insertado poco antes del cierre de la edición. Dejó el periódico abierto y, de entre las páginas de su libreta de notas, extrajo la tarjeta.

Clara Letamendi y Silvetti
Asesoría y datación de antigüedades
Basílica 18 - 4º B
28020 Madrid
760 149345
Clara-Letamendi@ya.com

Se trataba de la misma persona. No cabía confusión. Coincidían las iniciales publicadas del nombre y la dirección. Cerró el periódico, se guardó la tarjeta y la libreta en un bolsillo del chaquetón y marchó dispuesto a averiguar lo ocurrido.

Frente al portal número 18 de la calle Basílica, arbolada y flanqueada por la iglesia Hispanoamericana de la Merced, vio un coche patrulla de la Policía Nacional y supuso que permanecía de retén. Entró en el edificio. La portería estaba vacía. Se dirigió al ascensor y un letrero de «Averiado» le obligó a subir por la escalera. Al llegar a la cuarta planta otro policía vigilaba la entrada al piso. Hizo intención de

acceder al interior y el agente le cortó el paso.

—Soy periodista —arguyó Julián Castilla, y le mostró su carné de prensa.

—Lo siento —dijo con autoridad—, cumplo órdenes. Dentro están los compañeros de la científica.

—¿Quién dirige la investigación?

—El inspector Sandoval, de la Unidad Central de Criminalística.

—Avísele, por favor —le rogó—. Somos amigos.

El policía accedió y pasados unos minutos el inspector José Sandoval acudió a su encuentro. Vestía un buzo blanco, que le cubría de la cabeza a los pies, y se protegía la boca y las manos con una mascarilla de uso clínico y guantes de látex. Le saludó con un gesto.

—¿Qué haces aquí? —dijo extrañado de verle.

—Intento averiguar qué ha pasado.

—¿Desde cuándo la sección de cultura se encarga de los sucesos? —inquirió el inspector en tono irónico—. Habías abandonado el periodismo de investigación.

—Conocía a Clara Letamendi —argumentó para justificar su interés—. ¿Qué le ha ocurrido?

—La han asesinado.

—Déjame entrar.

—¡Estás loco! —se negó José Sandoval en redondo—. Contaminarías la escena. No vestimos de esta guisa por capricho.

—¿Habéis levantado el cadáver?

—Sí —respondió—. El forense y el juez ya se han marchado. El escenario está bajo mi tutela.

—Necesito hablar contigo.

—Dentro de media hora habremos terminado —calculó el inspector Sandoval—. Espérame en el bar de la esquina de Basílica y General Moscardó.

—Allí estaré.

El inspector José Sandoval entró de nuevo en el piso. El agente de policía se apostó frente a la puerta, y Julián Castilla pulsó el interruptor de la luz y descendió por la escalera. En su cabeza bullían cientos de preguntas. Al pasar por el rellano de la tercera planta le llamó la atención una colilla. Nunca había fumado, pero conocía bien las marcas de cigarrillos gracias a un artículo que escribió para el periódico al entrar en vigor la Ley Antitabaco 28/2005 de 26 de diciembre. Se agachó y la observó. Parecía de un cigarrillo Dunhill International. Una marca poco común entre los fumadores. Arrancó una hojita de su libreta de notas, hizo algunos dobleces y guardó la colilla. Al llegar a la planta baja vio al portero. Detrás de un mostrador ordenaba facturas de la comunidad de vecinos para entregarlas al administrador. Se acercó con la intención de hacerle unas preguntas.

—¿Lleva mucho tiempo averiado el ascensor?

—¿Policía?

—No —dijo Julián Castilla, y se identificó como periodista.

—Dos días —respondió el portero—. La maquinaria es vieja y da problemas. Hoy vendrán a repararlo. ¿Está aquí por la muerte de la señorita Letamendi?

—Pura rutina. Mi periódico me ha enviado a echar un vistazo.

—La encontró la asistenta —dijo el portero—. Estaba tendida sobre la cama. Pienso que ha sido algo repentino, un ataque al corazón.

Julián Castilla asintió. El portero desconocía la verdadera causa de la muerte. Una circunstancia que le permitiría obtener un poco de información.

—¿A qué hora llegó la asistenta?

—Hacia las ocho y media —meditó—. Un poco antes que yo.

—¿Permanece siempre en la portería?

—Eso mismo me ha preguntado la policía —protestó fastidiado—. Mi horario de trabajo empieza a las nueve de la mañana y termina a las nueve de la noche. Doce horas seguidas, sólo con un descanso de dos a tres para el almuerzo. ¡Doce horas por un sueldo de mil doscientos euros!

—¿Se ausenta con frecuencia?

—No —dijo—. De vez en cuando reclama mis servicios algún vecino. Barro y friego la escalera de arriba abajo, limpio los cromados de la puerta, quito el polvo a la barandilla y, poco antes de marcharme, recojo las bolsas de basura y las deposito en el contenedor. El resto del día me encontrará aquí, detrás del mostrador como un clavo.

—¿Conocía a Clara Letamendi?

—De vista. Vivía en el bloque desde hacía sólo unos meses.

—¿Cómo la definiría?

—Una mujer educada —dijo—, poco dada a los cotilleos y muy amable.

—¿Ha visto entrar o salir del edificio a un hombre blanco, con un sello de oro en el dedo meñique de la mano izquierda, acompañado de un hombre negro muy corpulento?

El portero negó indiferente con la cabeza.

Se sentó a una mesa junto a la cristalera, pidió al camarero un café cortado y los periódicos de la mañana y sacó su libreta de notas. Carecía de pruebas concluyentes, pero la riña en la sala de subastas por la puja del libro, el comportamiento del hombre del bléiser marrón y el que le escoltaba, y la colilla de un cigarrillo Dunhill International le permitían situar a éstos, aunque de manera circunstancial, en el domicilio de Clara Letamendi.

La avería del ascensor les había obligado a subir y bajar por la escalera. Eso explicaba la presencia de la colilla en el rellano del tercer piso. El portero negaba

haberles visto y permanecía gran parte de su jornada laboral anclado en su puesto de vigilancia para atender a los mensajeros y carteros, evitar que entraran extraños y que los repartidores de publicidad llenaran los buzones de folletos inútiles. Meditó unos segundos y en una hoja de la libreta dibujó una esfera horaria. La subasta había comenzado a las ocho de la tarde y finalizado a las once de la noche. Clara Letamendi se entretuvo unos diez minutos hablando con él. Si regresó inmediatamente a su domicilio, llegaría sobre las doce menos cuarto o menos diez. A esa hora el portero ya se había marchado. Calculó que la habían asesinado alrededor de la medianoche o un poco más tarde. Si el forense situaba su muerte en ese espacio de tiempo ratificaría sus conjeturas. Se acarició la barbilla y dio un sorbo al cortado. Luego hojeó los periódicos. Ninguno registraba más información que la publicada en *El País*. La noticia había partido del Gabinete de Prensa de la Policía.

A través de la cristalera vio al inspector José Sandoval. Había cambiado el mono de protección por una cazadora marrón de cuero y pantalones tejanos. Entró, se acomodó frente a él en la mesa y pidió al camarero otro café cortado. El sol penetraba a raudales e iluminaba las paredes decoradas con viejos utensilios de estilo colonial y un cartel de madera de la Compañía de Vapores Pinillos.

—¿De qué conocías a Clara Letamendi? —le preguntó el inspector Sandoval, intrigado.

—Anoche hablé con ella unos minutos —aclaró Julián Castilla—. A la salida de una subasta de libros.

—¿Eso es todo?

—Quedé en llamarla para hacerle una entrevista sobre las inversiones en arte y esta mañana me he enterado de su muerte.

—¿Estabais liados?

—No seas absurdo —protestó Julián Castilla—. Desde que murió mi mujer no he mantenido ninguna relación seria.

—Ya... —dijo el inspector, y se quedó pensativo—. Debo advertirte —le previno con la mosca detrás de la oreja— que si ocultas información a la policía cometes un delito.

—Sólo siento curiosidad —gruñó irritado—. Nada de grabaciones ni de notas.

—De acuerdo —asintió—. Responderé a tus preguntas de amigo a amigo. *Off the record*. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo murió?

—Asfixiada —soltó el inspector Sandoval con determinación—. Alguien la estranguló. Mostraba excoriaciones lineales alargadas, equimosis a la luz de Wood, labios cianóticos y manchas de Tardem en la conjuntiva.

—Este tipo de lesiones —reflexionó— exigen una notable desproporción entre la fuerza del agresor y la víctima.

—Así es —convino—. Las excoriaciones y equimosis son propias de un sujeto muy corpulento.

—¿Barajáis algún móvil?

—De momento no —admitió.

—Tasaba obras de arte —apuntó Julián Castilla—. Quizá intentaron robarle.

—El piso está en orden —opuso el inspector José Sandoval—. Nuestros peritos han catalogado y valorado algunos objetos y ningún ladrón despreciaría cuadros de Carlos Casagemas, de treinta mil euros cada uno, o de Pancho Cossío, cuyo precio ronda los quince mil. Además —apostilló—, hay jarrones de loza de Sévres de unos seis mil euros y un reloj estilo imperio que ronda los cinco mil.

—¿Sobre qué hipótesis trabajáis?

—Tenemos abiertas varias líneas de investigación —le confió—: celos, venganza, ajuste de cuenta, agresión sexual... Aunque ninguna concluyente hasta el examen definitivo del forense. El piso está limpio de huellas. La puerta no muestra señales de haber sido forzada.

—Conocía al asesino —dedujo Julián Castilla— o entró con algún pretexto.

—Hemos descartado la última posibilidad —aseguró el inspector Sandoval—. El forense sitúa la hora de la muerte sobre la una o una y media de la noche. Nadie abre la puerta a un extraño de madrugada. Me inclino a pensar que conocía a su agresor.

—Tienes razón —convino Julián Castilla.

Las palabras de José Sandoval confirmaban sus conjeturas. El hombre negro doblaba en peso a Clara Letamendi y su musculatura le confería una fuerza brutal. Podía estrangularla con una sola mano.

—El forense —continuó el inspector— ha hallado restos de piel humana bajo una uña de la víctima.

—Intentó defenderse.

—Sin ningún resultado —lamentó—. El análisis del ADN permitirá trazar el perfil genético del asesino.

—¿Puede averiguarse —inquirió— la tipología racial mediante el ADN?

—Por supuesto.

—Bien... —musitó.

—No sé qué tramas —resopló el inspector Sandoval—, pero me da mala espina.

—Sólo barrunto —dijo Julián Castilla para salir del paso— la posibilidad de escribir un artículo sobre los bajos fondos del mundo del arte.

—Nada indica —le advirtió por si había interpretado mal sus palabras— que la muerte de Clara Letamendi este relacionada con su trabajo. Consideramos varios motivos.

—¿Cuándo tendrás el resultado del ADN?

—Esta tarde —aventuró—. Los asesinatos tienen prioridad en el laboratorio.

—Te llamaré.

José Sandovalapuró su cortado, se despidió y se marchó. Julián Castilla esperó hasta ver cómo se alejaba. Luego sacó su libreta para reseñar los principales datos de su conversación. Su buena memoria le ayudaría. La hora de la muerte de Clara Letamendi establecida por el forense, entre la una y la una y media de la madrugada, coincidía con sus sospechas. Si el ADN de la piel hallada bajo una uña de la víctima pertenecía a un individuo de raza negra, habría puesto rostro a los asesinos.

Estacionó su Opel Insignia casi en la esquina de las calles Velázquez y Juan Bravo, muy cerca de la Embajada de la República Italiana, un hermoso palacio de líneas neobarrocas que perteneció al marqués de Amboage, y caminó hasta la sala Sumartis, de acreditada fama y solvencia en Madrid. El móvil del asesinato podría estar en el robo del libro que adquirió Clara Letamendi la noche anterior. El hombre del bléiser marrón y el negro de cabeza rapada, casi con seguridad el guardaespaldas, controlaron sus movimientos tras la puja. Les vio acecharla y salir de forma apresurada en un BMW-525 en su misma dirección. Unas pesquisas le sacarían de dudas.

Entró en la sala. Habían retirado las sillas para acomodar al público y su espacio lo ocupaban varias vitrinas, dotadas de ruedecillas para desplazarlas con facilidad, que exhibían los objetos de la próxima subasta: una colección de custodias u ostensorios de los siglos XVI al XVIII. Preguntó por el director, y una joven que tecleaba en su ordenador un listado de proveedores le pidió que esperara. Efectuó una llamada y minutos después un hombre vestido de traje y corbata acudió a su encuentro. Julián Castilla contemplaba las piezas de un expositor.

—¿Le interesan? —dijo el director de Sumartis, al tomarle por un posible comprador.

—Depende del precio —sonrió Julián Castilla, y señaló una custodia castellana de sol, en plata sobredorada y esmaltes.

—Sale a puja en veintitrés mil euros —le explicó—, y calculo que el remate rondará los treinta mil.

—Una buena cifra.

—Tenga presente —expuso— que data del siglo XVII y está bien conservada. Si busca orfebrería litúrgica hay piezas más baratas. —Le cogió del brazo y le situó delante de otra vitrina—. Ésa de ahí —señaló una custodia de plata de menor tamaño y líneas más sencillas— arrancará en dos mil quinientos euros y se adjudicará alrededor de los tres mil. Aun así, se trata de una excelente obra del siglo XVIII, fabricada en la platería de Damián de Castro de Córdoba. Las custodias son una inversión segura. Anímese y venga a la subasta.

—Mi sueldo de periodista —ladeó la cabeza— no alcanza para tanto. Me llamo Julián Castilla y desearía hacerle unas preguntas, señor...

—Carlos Navarro —respondió el director de Sumartis—. Perdona, pero anoche le vi en la subasta de libros y le he tomado por un comprador.

—Escribo un artículo sobre las inversiones en arte —le explicó— y acudo a subastas para recabar información.

—Entiendo —asintió el director de Sumartis—. ¿En qué puedo servirle?

—¿Clara Letamendi es diente suya?

—Sí —respondió a la defensiva.

—Hábleme de ella.

—Lo siento —se disculpó Carlos Navarro, un tanto molesto por la indiscreción del periodista—. Figura entre mis mejores compradores y debo mantener la confidencialidad.

—Clara Letamendi ha muerto —soltó Julián Castilla a bocajarro.

—¿Qué...?

—Esta madrugada —especificó—. Su asistenta la encontró tendida sobre la cama.

—¡Dios mío! —musitó abatido—. ¿Conoce la causa de su muerte?

—Estoy pendiente de la autopsia —dijo Julián Castilla—. Al parecer la asesinaron.

—¡Cielo santo! —exclamó Carlos Navarro, y un escalofrío le recorrió la espalda—. Pasemos a mi despacho —le propuso azorado, y le condujo a una habitación decorada con muebles modernos, una mesa escritorio de grandes dimensiones y dos cómodas sillas de brazos de acero frente a ella—. Siéntese, por favor.

—Hábleme de Clara Letamendi.

—Estaba considerada una excelente tasadora de antigüedades —afirmó Carlos Navarro sin vacilar.

—Tengo entendido —dijo Julián Castilla, con la escasa información de que disponía— que trabajaba por cuenta propia.

—Así es —le confirmó el director de Sumartis—. Se doctoró en Bellas Artes en la Universidad Complutense con una tesis sobre la mujer en la pintura de Goya, y ejercía de asesora de tasaciones para varias compañías de seguros, salas de subastas, museos y coleccionistas e inversores privados.

—La entrevisté y me comentó que adquiriría obras para el Estado y las Comunidades Autónomas.

—Formaba parte de su cometido —ratificó Carlos Navarro—. Hace cinco años la contrató como asesora Reeman Dansie Auctions, de Colchester, una firma de subastas famosa en Inglaterra. Eso le dio renombre en el sector. Ganó dinero y, hastiada del clima del condado de Essex, regresó a Madrid hace unos meses.

Tuvo varias ofertas de trabajo, entre ellas la mía, pero las rechazó. Prefirió ser autónoma. Entre sus clientes estaban el Estado, diversas Comunidades Autónomas y varios bancos, bodegas y fundaciones con colecciones privadas de arte.

—Ayer —siguió Julián Castilla— adquirió un libro para el Ministerio de Cultura.

—En una puja llena de tensión.

—¿Qué sabe del otro comprador?

—Nada. —Carlos Navarro meneó la cabeza—. Jamás le había visto. Conozco a los habituales de las subastas y ese hombre no me resultaba familiar.

—¿Se llevó Clara Letamendi el libro?

—¿Bromea? —exclamó el director de Sumartis, y abrió los ojos sorprendido—. Nadie retira las obras en persona. ¿Quién saldría a la calle con veinte mil euros bajo el brazo?

—Lo suponía —dijo Julián Castilla—. Aunque debía preguntárselo para estar seguro.

—El libro —aclaró— se ha depositado esta mañana en la Biblioteca Nacional.

—Coménteme algo del mismo.

—No sé... —rumió Carlos Navarro un instante—. El *Pardes rimmonim* o Jardín de las granadas, de Moisés Cordobero, está catalogado entre las grandes obras cabalísticas de la literatura hispanojudía.

—Un libro —dedujo— máspreciado por su contenido que por su valor económico.

—Desde luego —afirmó convencido—. Por eso le interesó al Ministerio de Cultura.

—¿Dónde estriba la importancia del texto?

—Debería preguntárselo a un entendido en la materia —resopló Carlos Navarro—. Mis conocimientos del tema son escasos. Si quiere puedo hablarle del autor y de su obra en líneas generales.

—Por favor —le pidió Julián Castilla, dispuesto a tomar notas.

—El libro —arrancó Carlos Navarro— se debe a la pluma de Moisés Cordobero o Cordonero, que algunos autores registran como Cordonero, un escritor judío cordobés nacido hacia 1508 y muerto en algún lugar de Palestina en 1570.

—¿Un exiliado? —preguntó—. ¿Una víctima de la rebelión de Las Alpujarras?

—Carezco de información al respecto —suspiró Carlos Navarro—. Al parecer sus coetáneos le consideraban un sabio en derecho e interpretación de la Tora, y ocupó el cargo de nagid o príncipe en la sinagoga de Safet.

—Un intelectual.

—Especializado —apostilló el director de Sumartis— en escrituras sagradas judías.

—Continúe —dijo Julián Castilla, al terminar una anotación.

—A Moisés Cordobero —le complació Carlos Navarro— debemos algunas obras cabalísticas de importancia, como el *Oyar yacar* o *Luz preciosa*, un comentario sobre el *Sefer ha-Zohar*; el *Or neherab* o *Luz de la tarde*, un extenso compendio de los

preceptos de la cábala, y el *Pardes rimmonim*, su obra más importante sobre el citado *Sefer ha-Zohar* y las claves de la cábala.

—¿Cuántos ejemplares se conservan del *Pardes rimmonim*?

—A decir verdad —se rascó la nuca—, muy pocos. El libro se imprimió en Salónica, sin fecha determinada, y en Cracovia en 1592 y 1632.

—¿Subastó la edición de 1592?

—Sí, la primera de Cracovia.

—Tenía —calculó Julián Castilla— casi cuatrocientos veinte años.

—Una joya de la bibliografía universal —afirmó Carlos Navarro orgulloso—. En la biblioteca del convento de San Martín de Madrid se conservó un ejemplar de la edición de Cracovia de 1632 hasta la desaparición del cenobio tras la desamortización de Juan Álvarez de Mendizábal.

—Ahora comprendo —reflexionó— el interés del Ministerio de Cultura.

—Un libro único —determinó el director de Sumartis—. Moisés Cordobero hizo un resumen del *Pardes rimmonim* titulado *Hasis rimmonim* o *Jugo de las granadas*, impreso en Venecia en 1579 y 1601, del cual se conocen varios ejemplares. Más tarde amplió sus comentarios en otro libro, el *Palej rimmonim* o *Pedazo de granada*, impreso también en Venecia a partir de 1587.

—Un autor prolífico.

—Cuyas enseñanzas —afirmó Carlos Navarro enfrascado en la charla— sirvieron a Athanasius Kircher para redactar su *Oedipus aegyptiacus* sobre la aplicación de la cábala judía a los nombres de Dios.

—¿Puede considerarse a Moisés Cordobero un hermetista?

—En el sentido más estricto de la palabra, sí —admitió—. El *Sefer geonsim* o *Libro de los destierros*, una de sus mejores obras, contiene observaciones cabalísticas para la interpretación de las Sagradas Escrituras.

—Interesante —musitó Julián Castilla.

—Wolf —añadió Carlos Navarro para concluir su exposición—, en su Biblioteca rabínica, atribuye a Moisés Cordobero la autoría del *Ticum queriat Samah* u *Orden de la lección de Samah*, un tratado de cábala impreso en Praga y Cracovia.

Julián Castilla registró el último título en su libreta y la cerró.

—¿De dónde procedía el ejemplar que subastó?

—Pertenece —dijo— a la biblioteca del duque de Calabria. Coleccionaba libros antiguos y raros y tras su muerte los herederos decidieron venderla.

—Gracias —dijo Julián Castilla, y se dispuso a marcharse.

—Ha sido un placer. —El director de la sala Sumartis se levantó para despedirle—. ¿Cuándo se celebrarán las exequias de Clara Letamendi? Me gustaría acudir.

—El forense —opinó Julián Castilla— concluirá el informe de la autopsia mañana y dependerá de la fecha que determine el juez para entregar el cuerpo a sus

familiares.

—Es injusto —rechazó Carlos Navarro con una mueca— morir tan joven.

Julián Castilla ganó la calle y miró su reloj. Las doce del mediodía. Disponía de dos horas antes de regresar al periódico. Las aprovecharía para acudir a la Biblioteca Nacional.

Subió la escalinata de la Biblioteca Nacional, decorada con estatuas y medallones de los próceres de las letras, y a través de la arcada central, rematada por una columnata clásica y un frontón con alegorías, accedió al interior. Un vigilante jurado registró su entrada. Luego depositó el teléfono móvil y los objetos metálicos en una bandeja para someterlos a la inspección de un escáner, y pasó bajo un arco detector de metales. Un segundo tramo de escaleras le situó en el guardarropía, dejó su chaquetón y se encaminó al mostrador de información. Solicitó a la funcionaria hablar con Antonio Espinola, director del Departamento de Adquisiciones. Pese a sus muchas obligaciones confiaba en que le atendiese sin cita previa. Habían coincidido en numerosos actos culturales y exposiciones y mantenían una buena relación.

La funcionaria colgó el teléfono y le indicó que subiera a la segunda planta. Siguió sus indicaciones, golpeó con los nudillos la puerta de un despacho, y una voz le autorizó a entrar.

—Adelante...

—Siento presentarme sin avisarle —se excusó Julián Castilla.

—Los periodistas siempre son bienvenidos —dijo Antonio Espinola, y le invitó a sentarse—. Hace poco coincidimos en... —Se quedó callado, intentando recordar el evento.

—Un cóctel organizado por la revista *Subastas del Siglo XXI* —le refrescó la memoria Julián Castilla.

—Eso es —cayó en la cuenta—. Una fiesta excelente. ¿Qué le trae por aquí?

—Clara Letamendi.

—Me he enterado de su muerte a primera hora —dijo Antonio Espinola afligido—. Una pérdida irremplazable para el mundo del arte. Parecía llena de vida, y sin embargo...

—Colaboraba con el Ministerio de Cultura —incidió Julián Castilla, directo al grano— y anoche adquirió un libro para la Biblioteca Nacional.

—La contraté para ese trabajo —admitió—. Tendríamos que haber ejercido el derecho de tanteo pero un error administrativo lo impidió y acudimos a la subasta pública.

—¿Suele participar el Estado en subastas?

—Sí —admitió Antonio Espinola—. Aunque a veces el monto de la puja nos impide hacernos con las obras.

—¿Siempre hay un límite?

—Por descontado —aseguró—. En julio de 2008 —citó un ejemplo— Sotheby's de Londres subastó el tríptico *Las lamentaciones de Cristo*, de Ambrosius Benson, una magnífica pintura robada en 1913 de la iglesia de la Santa Cruz de Nájera. El Ministerio de Cultura intentó frenar la venta, pero la obra había tenido seis propietarios y las acciones judiciales y policiales resultaron estériles.

—Un bien adquirido de manera legal —determinó Julián Castilla—; si el vendedor y el comprador desconocen que ha sido robado, no constituye delito.

—Por eso no pudo impedirse la transacción —lamentó Antonio Espinola—. El tríptico se vendió en 1950 en Nueva York, atribuido a Jan Gossaert, después lo compró el banquero portugués Ricardo Espirito Santo, y en 1969 volvió al mercado en París de la mano del anticuario Darío Boccara. Demasiados dueños para ejercer una acción legal.

—¿El Estado acudió a la subasta?

—Sí. Pero el remate alcanzó el millón y medio de euros y los representantes del Ministerio de Cultura se retiraron al carecer de fondos suficientes. Su techo estaba en los ochocientos mil.

—¿Clara Letamendi también tenía una cifra máxima?

—Dieciocho mil euros —confesó Antonio Espinola.

—El libro —opuso— se le adjudicó en veinte mil.

—Había otro comprador interesado —dijo Antonio Espinola— y me llamó durante la subasta para solicitarme autorización y rebasar los dieciocho mil euros. Le di un margen de cuatro mil y por suerte su contrario se retiró tras nuestra última oferta.

—Conozco los detalles —reconoció Julián Castilla—. Estuve presente en la puja. ¿Ha depositado Sumartis el libro en la Biblioteca Nacional?

—Esta mañana —afirmó Antonio Espinola— lo ha traído un furgón blindado. Ahora está en el Departamento de Preservación y Conservación para evaluar su estado y después pasará al Servicio de Microfilmado, Fotografía y Digitalización. ¿A qué vienen tantas preguntas por su parte?

—Perdone —se disculpó—, a Clara Letamendi la han asesinado.

—¿Asesinado?

—Ha oído bien.

—El periódico —esgrimió Antonio Espinola confuso— no decía nada del asunto. Supuse que se trataba de una muerte natural. De algo repentino.

—Alguien la estranguló —abundó Julián Castilla en los hechos— e intento averiguar el móvil.

—Estuve con ella hace dos meses —recordó con un nudo en el estómago—, pero nos hablábamos por teléfono a menudo.

—Me ayudaría saber —siguió Julián Castilla— en qué otras operaciones

trabajaba.

—Como puede suponer —Antonio Espinola se encogió de hombros—, desconozco su agenda. Tenía muchos clientes particulares, instituciones, fundaciones, aseguradoras, bancos...

—¿Algún asunto importante?

—Hace unos días —dijo— me comentó que buscaba pinturas medievales castellanas para la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

—Un punto a considerar —dijo Julián Castilla, y cerró su libreta de notas.

De regreso a su puesto de trabajo en el periódico, desenvolvió la colilla que había recogido en el bloque de Clara Letamendi, la colocó en un cenicero junto a la pantalla de su ordenador, y abrió el archivo de las fotografías que acompañaron su artículo sobre la Ley Antitabaco. Colocó en la pantalla una cajetilla de Dunhill International, de color rojo, y luego amplió la imagen de un cigarrillo. Comparó la colilla y la fotografía, y se convenció de que pertenecían a la misma marca. Descolgó el teléfono y llamó al inspector José Sandoval, de la Unidad Central de Criminalística. Al tercer pitido contestó.

—Sí —dijo con energía.

—¿Tienes el resultado del análisis de ADN? —le preguntó Julián Castilla.

—Acabo de recibirlo.

—¿A qué tipo racial pertenece el asesino de Clara Letamendi?

—Según el ADN mitocondrial —leyó el inspector José Sandoval—, a un individuo de raza negra.

—¿El forense ha determinado la hora exacta de la muerte?

—Las cero cero, cuarenta y cinco.

—Bien —musitó Julián Castilla al micrófono. Su hipótesis cobraba fuerza.

—¡Sospechabas de un negro! —arreció el inspector Sandoval molesto—. ¡Me debes un montón de explicaciones! El juez ha decretado el secreto de sumario.

—Cálmate —dijo paternal—. Sabré agradecértelo.

—Más te vale —bufó el inspector Sandoval enfadado—. Con la excusa de nuestra amistad me sacas hasta las entrañas.

—¿Figura algún dato relevante en el informe de la autopsia?

—Nada —susurró.

Julián Castilla colgó el teléfono y se dirigió al despacho de Francisco Granados, director del Departamento de Cultura del periódico *El País*. Confeccionaba un calendario de los eventos más importantes del mes para distribuirlos entre sus redactores y al verle frunció el ceño.

—¿Has terminado el artículo sobre las inversiones en arte? —le preguntó.

—Todavía no —respondió Julián Castilla—. Preciso un poco más de tiempo.

—Llevas dos meses con ese tema.

—Pensaba entregártelo esta semana pero ha surgido algo importante.

—Te escucho —dijo Francisco Granados, que conocía el buen olfato de su redactor.

—Anoche —resumió— entrevisté a Clara Letamendi, una tasadora de antigüedades de renombre en el mundo del arte. Adquirió en Sumartis un libro para la Biblioteca Nacional y esta mañana ha aparecido muerta en su casa. La han asesinado.

—¡Joder!

—Hay más —siguió Julián Castilla—. Creo haber identificado a los sicarios. Dos tipos que también participaron en la subasta.

—¿Estás seguro?

—Manejo información de primera mano —adujo—. He hablado con el inspector José Sandoval.

—¿Qué posibilidades tenemos de publicar una exclusiva?

—El sumario no ha trascendido a los medios de comunicación —reflexionó—. El juez lo ha declarado secreto. Dame libertad de acción y presupuesto, y te garantizo una primera plana.

Francisco Granados meditó unos segundos, se alisó los cabellos y reclinó la espalda en su butaca. Se le presentaba una excelente oportunidad para reivindicar la valía de sus redactores, la suya propia y la del Departamento de Cultura, y tenía que aprovecharla. Estaba harto de que menospreciaran su trabajo.

—Hablaré con Administración —dijo convencido—. Desde ahora y durante veinte días tienes carta blanca. Eras un buen periodista de investigación y corresponsal de guerra. Confío en ti. No me falles.

—Encontraré a esos tipos —le prometió Julián Castilla—. Pero antes necesito que me hagas otro favor.

—No tires demasiado de la cuerda. Puede romperse.

—Mándale unas botellas de vino al inspector Sandoval. —Sonrió—. ¿Qué te parece un Talva y un Torre Muga? Se las merece.

—Debería descontártelas del sueldo —protestó Francisco Granados, y anotó su petición.

—Ha colaborado de manera desinteresada —argumentó Julián Castilla—. Debemos ser agradecidos.

—¿Por dónde vas a empezar?

—Meto un par de mudas en la maleta —dijo decidido— y me marcho a Toledo.

Capítulo 2

La Comandancia de la Guardia Civil de Toledo quedaba extramuros de la ciudad vieja, cerca del río Tajo y del hospital de la Virgen de la Salud. La teniente Aurora Santillana aparcó su Mégane Coupé en batería, descendió del vehículo y se encaminó hacia la puerta de acceso. Vestía de paisano, con chaqueta de lana y pantalón tejero, y presentó su TIP^[1] al guardia de la entrada. Le preguntó por el despacho del comandante y él le indicó que subiera al primer piso. Dejó su credencial visible en el bolsillo superior de la chaqueta, subió un tramo de escaleras y recorrió un largo pasillo. Un rótulo en la pared le indicó el lugar. Entreabrió un poco la puerta y solicitó autorización para entrar.

—¿Da su permiso, mi comandante?

—Pase..., pase... —dijo Alberto Contreras, de uniforme y sentado frente a una mesa repleta de papeles y carpetas.

—Se presenta la teniente Aurora Santillana, señor —dijo, y se cuadró marcial.

—Siéntese, por favor —le ofreció, y se levantó para saludarla de manera cordial, sin ceñirse al protocolo militar—. ¿Se ha instalado ya?

—Todavía no, señor. Acabo de llegar de Madrid.

—He ordenado —dijo el comandante— acondicionarle una habitación en la zona del personal transeúnte. Espero que esté cómoda durante su estancia entre nosotros.

—Pasaré poco tiempo en el cuartel —afirmó la teniente Santillana. Sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y se lo entregó—. Le agradecería que me pusiera al corriente lo antes posible.

El comandante Alberto Contreras leyó la orden emitida por la Subdirección General de Operaciones para que la teniente Aurora Santillana, de la Unidad Central Operativa, adscrita al Departamento de Investigación Criminal, se desplazara a Toledo y se pusiera a su disposición.

—Todo en regla —asintió el comandante tras leer la orden. Cogió una carpeta de encima de la mesa y se la dio—. Contiene el informe preliminar que redactó la Guardia Civil antes del dictamen forense, y el resultado de la inspección del Grupo de Criminalística tras procesar la escena. He solicitado la intervención de la UCO porque el asesinato tiene derivaciones internacionales.

—¿Podría hacerme un resumen? —le pidió la teniente a la vista del voluminoso informe.

—Recibimos una llamada del gerente del hotel Paraíso —relató el comandante Contreras— para denunciar la aparición de un cadáver. La encargada de la limpieza encontró a un hombre, cuya descripción y fotografías contiene el informe, muerto sobre la cama. A primera vista parecía un fallecimiento por causas naturales. Algo repentino. Estaba vestido y mantenía los zapatos puestos. Se avisó al juez y al forense

y se procedió al levantamiento del cuerpo.

—¿Un extranjero?

—Eso parece —dijo el comandante—. Se registró como Abraham Benari, de nacionalidad israelí. Aunque todavía no hemos acreditado su identidad.

—¿Carecía de pasaporte?

—Déjeme que le explique —solicitó el comandante, e hizo un gesto para rogarle paciencia—. Durante la inspección ocular los agentes no hallaron nada revuelto, el cadáver no presentaba signos de violencia, sus objetos personales, ropa y artículos de higiene permanecían intactos, salvo el pasaporte y los posibles documentos acreditativos que portara: tarjetas de crédito, cheques de viaje, permiso de conducir, tarjeta sanitaria...

—¿Dinero?

—Ni un céntimo —dijo—. Sospechamos de un robo perpetrado por algún empleado del hotel que aprovechara la circunstancia de la muerte natural del huésped.

—Un listillo que habría sacado partido de la situación.

—Al principio —argumentó el comandante Contreras— nada indicaba que fuese un asesinato y varios empleados disponen de llaves maestras.

—El forense emitió su dictamen —predijo la teniente Santillana— y el caso dio un giro de ciento ochenta grados.

—Eso es —confirmó, y le tendió una segunda carpeta con el informe del Instituto de Medicina Legal—. Léalo con calma —le recomendó—, no tiene desperdicio.

—¿Cotejaron sus huellas dactilares en nuestros archivos?

—Sí —dijo—. No estaba fichado. Hemos remitido la dactiloscopia a la Interpol israelí y solicitado su colaboración para confirmar la identidad de la víctima y localizar a sus familiares. Cuando obtengamos respuesta se lo comunicaré.

—Gracias, mi comandante.

—Cualquier cosa que precise —se ofreció—, no dude en acudir a mí. Este caso ha revolucionado a la ciudad. Las autoridades civiles me presionan para que esclarezcamos el asunto cuanto antes. Toledo vive del turismo y una buena imagen es fundamental.

—Trabajaré —dijo la teniente Santillana— en colaboración con mis compañeros de la Unidad Central Operativa. Espero no incordiarle demasiado, mi comandante.

—Manténgame informado —le ordenó, y se levantó para despedirla—. Pediré a un agente que la acompañe a su habitación.

La teniente Santillana asintió y abandonó el despacho. Regresó al Mégane Coupé y retiró su equipaje: una maleta repleta de mudas de ropa, pantalones, camisas y jerséis, una bolsa de tela con un abrigo tres cuartos y una chaqueta de cuero negra, otra bolsa de plástico con varios pares de zapatos y una cartera de mano con un ordenador portátil.

Un compañero la condujo hasta su alojamiento. Una alcoba de paredes desnudas, equipada con una cama individual, calefacción de radiador, una mesita de noche, un armario de puertas correderas y perchas de plástico, y un baño independiente con ducha de plato, váter, lavabo y espejo. Corrió las cortinas de su única ventana. La habitación tenía unas magníficas vistas al aparcamiento.

Estacionar en el casco histórico de Toledo resultaba desesperante: calles estrechas, algunas peatonales, y todas regidas por el sistema ORA^[2]. Julián Castilla dio algunas vueltas infructuosas y decidió alejarse y dejar su Opel Insignia un poco más abajo de la plaza de Zocodover, en el aparcamiento subterráneo del Miradero. Preguntó a un peatón por la calle de la Trinidad y le indicó que caminara en dirección a la catedral. Recorrió callejuelas repletas de bares, restaurantes y asadores, tiendas de recuerdos turísticos, de imaginería, espaderías y cuchillerías, talleres de damasquinado y obradores de mazapán, y desembocó en la parte trasera de la catedral cuyas dimensiones la situaban entre los templos más grandes de la cristiandad. Avanzó un poco y encontró la calle de la Trinidad, estrecha, en fuerte pendiente y flanqueada por edificios de estilo castellano y balcones de forja. Buscó el número 8, la sede de la Consejería de Cultura, Turismo y Artesanía de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, y se detuvo ante una portada de ladrillo y piedra enmarcada por dos columnas de fuste liso y un arco blasonado con la flor de lis. Empujó la puerta de madera claveteada y entró. El vigilante jurado inspeccionó su carné de prensa, comprobó que su nombre y apellidos figuraban en la lista de citas diarias y efectuó una llamada telefónica. Luego le entregó una identificación interna, le pidió que la llevara visible y le indicó que subiera a la primera planta. La secretaria de Juan Alanos, director general de Patrimonio Cultural y Museos, le esperaba para conducirlo al despacho de su jefe.

—Bienvenido a Toledo —le recibió Juan Alanos—. ¿Le apetece un café? Hace un frío que pela.

—Con un poco de leche, por favor.

Tomó asiento. Juan Alanos pidió a su secretaria dos cafés con leche y atendió una llamada telefónica que retenía en espera. Pasados unos minutos, la secretaria regresó con los cafés en dos vasitos de plástico.

—Según me comentó —dijo Juan Alanos después de colgar, apremiado por miles de asuntos—, está interesado en el trabajo de Clara Letamendi para esta consejería.

—He sabido —dijo Julián Castilla— que buscaba obras de arte.

—Del presupuesto de la Consejería de Cultura —expuso el director general de Patrimonio— se destina una partida a la adquisición de bienes relacionados con nuestra Comunidad Autónoma. Clara Letamendi rastreaba en los mercados nacionales e internacionales obras de pintores que trabajaron en Toledo durante los siglos XVI y XVII.

—¿Con qué finalidad?

—Adquirirlas y depositarlas en nuestros museos para ampliar sus colecciones.

—¿Puede concretar?

—Muchos historiadores —le complació— consideran la pintura del Greco propia de una ciudad decadente y arruinada, sin tener presente que durante la segunda mitad del siglo XVI Toledo vivió su época de mayor esplendor cultural.

—El auge de Toledo —le contradijo Julián Castilla— se produjo en los siglos XII y XIII, en plena efervescencia de la Escuela de Traductores.

—Me refería —señaló Juan Alanos— sólo a la pintura.

—Comprendo.

—Toledo —continuó Juan Alanos— reunió en el siglo XVI a la flor y nata de la cultura. En sus calles coincidieron El Greco, Cervantes, Lope de Vega, Góngora, Santa Teresa, San Juan de la Cruz... Las industrias toledanas exportaban sus productos a Europa y los alfares, orfebres, tejedores, herreros, armeros, miniaturistas e impresores tenían en Toledo los gremios artesanales más importantes de la Península.

—Corría el dinero —dijo Julián Castilla— y la pintura se benefició de la bonanza económica.

—Sin olvidar —apuntó— la importancia de la universidad y los colegios y estudios instalados en diferentes conventos. En aquellos tiempos se alzaron el hospital de Tavera, el sagrario y ochavo de la catedral, el Ayuntamiento, la iglesia de San Juan Bautista, Zocodover y numerosos palacios y patios.

—¿Qué pintores le interesaban?

—Luis de Velasco, Pedro de Orrente, Blas del Prado —desgranó Juan Alanos de memoria—, Luis de Carvajal, Juan Correa, Pedro Berruguete, Antonio del Rincón y El Greco, por supuesto.

—Autores de primera línea —meditó Julián Castilla en voz alta—. Poco frecuentes en los mercados de arte y subastas.

—Nadie —sonrió Juan Alanos— ha dicho que el encargo fuese fácil.

—¿Localizó Clara Letamendi algún cuadro? ¿Efectuó alguna compra?

—Pasó un informe —admitió el director general de Patrimonio— para la adquisición de un *San Juan Bautista* del Greco de la colección privada de un *broker* neoyorquino.

—¿Un sujeto en apuros económicos?

—El hombre —convino Juan Alanos— pertenecía al círculo empresarial de Bernard Madoff, quebró y estaba dispuesto a venderlo para salir a flote. En esas negociaciones andaba Clara Letamendi hasta su muerte.

—¿Hizo una tasación del lienzo? —preguntó, con la intención de hallar un móvil a su asesinato.

—Me aconsejó pagar entre ochocientos mil y un millón de euros.

—Un valor escaso —reflexionó Julián Castilla— para una obra del Greco.

—Los precios —le rebatió Juan Álanos—, según me explicó Clara Letamendi, se fijan según los vaivenes del mercado, y al parecer los cuadros del Greco han caído en picado. En abril de 2007 Christie's de Nueva York sacó a subasta *El soplón*, un retrato de 1570 pintado en Roma, del que se conocen dos versiones: una en la Galería de los Uffizi y otra en el Palacio Real de Génova. El precio de salida se estipuló en cuatro millones de euros y tuvieron que retirarlo ante la falta de pujas.

—¿Puede facilitarme el nombre del vendedor?

—Lo siento —cabeceó Juan Álanos—. Intento colaborar al máximo, pero me pide un dato confidencial y tengo que negárselo. Espero que lo comprenda. Seguimos negociando y la publicidad perjudicaría nuestros intereses.

—En periodismo —alegó Julián Castilla para justificarse— nunca hay preguntas indiscretas. Tenía que intentarlo.

Juan Álanos sonrió y le acompañó a la puerta. Se despidieron y Julián escuchó los tres tañidos de una campana lejana. Se le había hecho tarde. Aprovecharía para almorzar y transcribir a su libreta un montón de notas. Clara Letamendi vivía sumergida en un mundo de ambiciones, envidias y traiciones. El mercado del arte movía miles de millones de euros y muchas manos pugnaban por hacerse con un pellizco.

La teniente Aurora Santillana deshizo su maleta y colgó la ropa en las perchas de plástico del armario. Luego enchufó su ordenador iBook G4 de 15 pulgadas a la red eléctrica, le conectó un módem USB y lo dejó en *stand by* encima de la mesita de noche. Miró la pantalla de su iPhone 3 GS y vio que tenía un mensaje de sus padres en el buzón de voz. Lo escuchó. Su padre se interesaba por su salud y su madre bromeaba sobre la posibilidad de que se hubiese fugado con un novio. Hacía dos semanas que no hablaba con ellos y la embargó un sentimiento de culpa. Ni siquiera disponía de tiempo para ocuparse de su familia. Su trabajo la absorbía por completo. A sus padres les habría gustado verla casada, disfrutar de unos nietos y tenerla cerca. Pero los planes de futuro que soñaban para su hija se trocaron al ingresar en la carrera militar. Nunca les había presentado a un novio formal. Los hombres huían de su lado al decirles que pertenecía a la Guardia Civil. Sentía envidia de sus amigas de colegio, casadas, con hijos y una vida familiar estable. «Vas a quedarte para vestir santos», la amonestaba cada cumpleaños su madre, sin comprender qué pintaba una mujer en un mundo de hombres. A sus treinta y ocho años todavía conservaba un buen físico, aunque las primeras arrugas dibujaban diminutos surcos en la comisura de sus ojos.

Se quitó sus Panama Jack y la cartuchera, con su Browning Forty Nine del calibre 9 milímetros Parabellum, cargador de dieciséis proyectiles y poco más de setecientos gramos de peso, apartó el edredón nórdico y se tumbó en la cama para leer los

informes que le había facilitado el comandante.

El relato del forense ocupaba varias páginas. La mayoría mostraban ilustraciones explicativas del procedimiento seguido, de las marcas sospechosas halladas en el cuerpo y de la situación de la víctima en el escenario. Los microhematomas *post mortem* coincidían con la posición del cadáver y el forense determinaba que el cuerpo no había sido movido. La hora de la muerte se establecía alrededor de las doce y media de la mañana.

En otras páginas figuraban los distintos parámetros de los análisis realizados, su evaluación técnica y conclusiones. Pasó los folios y buscó el resumen final del dictamen. La víctima, sin indicios aparentes de muerte violenta ni resistencia a la agresión, había fallecido a causa de un colapso cardíaco producido por un émbolo inyectado en la arteria humeral, a la altura del borde del pliegue del codo. Un punto próximo a la división de la arteria humeral en las dos ramas terminales de las arterias radial y cubital. Se miró el brazo para situar con precisión el lugar. Para inyectarle una burbuja de aire en el brazo alguien había inmovilizado a la víctima. Como mínimo, pensó, participaron dos personas en la comisión del asesinato.

Cogió la segunda carpeta: el informe elaborado por sus compañeros del Grupo de Criminalística de la Guardia Civil. El primer folio especificaba las características de la víctima: un hombre de rasgos caucásicos, de unos sesenta años de edad, pelo castaño aunque con abundantes canas, complexión física normal y manos cuidadas sometidas a manicura. El último dato descartaba un montón de profesiones. Según constaba en el registro de huéspedes del hotel se llamaba Abraham Benari, de nacionalidad israelí, aunque esta identificación, como advertía una nota, estaba sujeta a la comprobación por parte de la Interpol.

La siguiente página mostraba una buena colección de fotografías de la víctima tomadas desde todos los ángulos, en planos medios, cortos y primeros. Estaba tendida sobre la cama y el cobertor y las sábanas, en orden, indicaban que había sufrido una muerte dulce, sin oponer resistencia a los agresores. Seguramente se desplomó a causa del colapso cardíaco. Diversos objetos y espacios fueron sometidos al test del luminol, para detectar restos de sangre imperceptibles a simple vista, y dieron un resultado negativo. Otro factor que descartaba el empleo de la violencia activa.

La inspección de la cerradura de la puerta de acceso a la habitación ponía de manifiesto pequeños arañazos en los pitones, fruto de la utilización de una ganzúa eléctrica para abrirla. Una herramienta fácil de adquirir a través de los muchos catálogos de Internet que las ofertaban. Intentó imaginarse la escena. Dos hombres o más abrieron de golpe la puerta, se abalanzaron sobre la víctima, la inmovilizaron, quizá con algún fármaco anestésico por inhalación, y le inyectaron una burbuja de aire en la arteria para simular una muerte natural. De producirse así, tenían fijado su objetivo de antemano. Su reconstrucción mental de los hechos le parecía poco

convinciente y pensó en otra posibilidad más factible. Los asesinos entraron en la habitación y esperaron la llegada de Abraham Benari. Al abrir la puerta le atacaron por sorpresa, le inmovilizaron e interrogaron sobre algún asunto de su interés. El hombre se negó a responder o por el contrario largó de plano, y finalmente le mataron para quitárselo de en medio y evitarse problemas. En ambos casos el *modus operandi* descartaba el ajuste de cuentas perpetrado por sicarios llegados de países del Tercer Mundo. El asesino material encajaba en el perfil de un cirujano o un torturador, una persona con amplios conocimientos médicos y anatómicos.

El estudio dactiloscópico de la escena del crimen reproducía las huellas de la víctima y otras muchas halladas en la habitación. La mayoría correspondían a Abraham Benari y el resto a empleados del hotel. Se les había citado en la Comandancia e interrogado por separado para descartar su participación. El noventa por ciento tenían coartada para la franja horaria en que el forense situaba la muerte de Abraham Benari y el resto figuraban entre las personas de confianza de los dueños del establecimiento. Tras investigar su vida personal y antecedentes penales, el informe concluía que ninguno resultaba sospechoso.

La única huella del asesino la aportaba el laboratorio de genética. Tres páginas mostraban gráficos de los alelos del ADN de Abraham Benari comparados con otra muestra de ADN obtenida de una colilla de Dunhill International. Sus compañeros de criminalística habían desmontado todos los conductos de evacuación de aguas de la habitación para rastrear posibles pistas y en el sifón del váter descubrieron la colilla. Extrajeron una muestra de ADN y procedieron a compararla con el ADN de la víctima. El resultado dio negativo. Pertenecían a individuos diferentes. Por otra parte, los análisis de sangre, de mucosa gástrica y pulmonar de Abraham Benari no mostraban restos de nicotina y le descartaban como fumador activo. Se interrogó a los empleados del hotel y ninguno consumía cigarrillos de dicha marca.

Cabeceó y reconstruyó la escena con los nuevos datos. Después de matar a Abraham Benari los asesinos permanecieron un rato en la habitación. Alguien se fumó un cigarrillo para calmar los nervios, arrojó la colilla al váter y tiró de la cadena para deshacerse de ella sin contar con que los filtros flotaban en el agua. La teniente Santillana se sentó en el borde de la cama, cogió su ordenador, entró en Internet y buscó la página web de la marca Dunhill International. La fabricaba la British American Tobacco y los cigarrillos se vendían en un paquete cuadrado de color rojo.

Desconocía el móvil pero excluía el robo. Sus asesinos se llevaron el dinero, las tarjetas de crédito, el pasaporte y el resto de documentos sólo para confundir a los investigadores. En sus veinte años de servicio en el Departamento de Investigación Criminal de la Unidad Central Operativa jamás unos ladrones habían matado a su víctima y simulado una muerte natural. Se enfrentaba a criminales altamente cualificados, a individuos formados en algún cuerpo de elite del ejército, la

inteligencia o las fuerzas especiales. Suspiró preocupada. El caso se complicaba. Le ocuparía más tiempo del previsto.

El comandante le había asegurado que cotejaron las huellas de Abraham Benari en sus archivos sin hallar nada. Desconfió de la búsqueda de sus compañeros, poco habituados a enfrentarse a crímenes de delincuencia especializada. Tecleó el ordenador y entró en el sistema Duque de Ahumada, título que ostentaba Francisco Javier Girón y Ezpeleta, cofundador de la Benemérita, y que recibía una gran base de datos instalada en el edificio de la Dirección General de Guardia Civil de Madrid. Accedió con su código al archivo BAsETER, que almacenaba la información de personas sospechosas de estar relacionadas con el terrorismo nacional e internacional, y chequeó el nombre y las huellas de Abraham Benari sin obtener ningún resultado. Su posible nacionalidad israelí le había llevado a sospechar que pudiera tratarse de un asunto de terrorismo.

Luego accedió al CODIS^[3], una base de datos con millones de muestras de ADN recopiladas por la Guardia Civil en distintos escenarios, y ninguna coincidía con la muestra extraída de la colilla de Dunhill International. Siguió la búsqueda por el megaordenador Duque de Ahumada y comprobó casos similares acaecidos en España los últimos diez años. Las escasas muertes por émbolo venoso que registraba el fichero se produjeron en intervenciones quirúrgicas con circulación extracorpórea.

Por último, cambió su código de acceso y penetró en la BSDN^[4], una base de datos de utilización conjunta de los distintos servicios de policía: Guardia Civil, Policía Nacional, policías autonómicas, y todos los cuerpos y fuerzas de seguridad de los países acogidos al Acuerdo de Schengen. Su búsqueda también resultó estéril. Abraham Benari no aparecía en ningún archivo. Permaneció frente a su ordenador personal e introdujo los datos esenciales del informe forense y de criminalística, y una serie de anotaciones personales. Al terminar lo desconectó, cogió su iPhone 3 GS y registró una serie de teléfonos relacionados con el caso por si en algún momento los necesitaba: el número de la Comandancia, el personal del comandante Contreras, el del hotel Paraíso y el del Instituto de Medicina Legal de Ciudad Real y Toledo.

Estaba cerca del restaurante Adolfo, de acreditada fama en Toledo por la calidad de sus viandas y bodega, y decidió regalarse una deliciosa comida. Se la había ganado. Siguió la calle Hombre de Palo, repleta de tiendas con estatuas de Don Quijote y Sancho Panza, y pronto encontró el edificio que albergaba el restaurante. Accedió al interior, a través de un vestíbulo de estucos venecianos, y el *mâitre* le acomodó en una mesa. A la vista de la carta, Julián Castilla se decidió por un lomo de cordero con frutos secos y una botella de Dominio de Valpusa Emeritus, un vino de la Denominación de Origen La Mancha.

El camarero le sirvió una copa de vino y le ofreció un ejemplar de *La Tribuna de Toledo*. Su cordero tardaría unos treinta minutos en estar listo. Asintió, paladeó el

vino, y hojeó el diario. Le sorprendió la cantidad de noticias que ni siquiera merecían una línea en los periódicos de ámbito nacional: «Ocho espaderías podrán acogerse a la marca “Hecho en Toledo”», rezaba un titular: «Unas ocho empresas, con alrededor de cien trabajadores, podrán acogerse a la marca de calidad “Hecho en Toledo”, que pasará este mes por el pleno del Ayuntamiento para proteger a las espadas toledanas de sus imitaciones asiáticas...».

Pasó algunas hojas y se topó con una noticia inesperada: «Turista asesinado en hotel Paraíso. La Guardia Civil investiga el asesinato del ciudadano israelí Abraham Benari, hallado muerto en su habitación por una empleada del hotel. A falta de un comunicado oficial esclarecedor de los hechos por parte del Gabinete de Prensa de la Comandancia de Toledo, este periódico ha podido saber de fuentes fidedignas que la Guardia Civil dispone de una prueba de ADN, extraída de una colilla de cigarrillo Dunhill International, para seguir la pista del presunto asesino...». Leyó el texto varias veces e intentó hallar puntos de contacto con la muerte de Clara Letamendi. No podía tratarse de una mera casualidad. Un paquete de cigarrillos Dunhill International costaba cuatro euros, un precio que lo apartaba del consumo masivo. El camarero dejó sobre la mesa su plato de cordero con frutos secos y le abstraigo de sus pensamientos. Dio un sorbo de vino, trasladó el contenido de la noticia a su libreta y ensartó un trozo de carne en el tenedor. Deliciosa. Antes de marcharse de Toledo recabaría información en la Comandancia de la Guardia Civil.

El *mâitre* del restaurante Adolfo le facilitó un plano de Toledo y le indicó la dirección de la Comandancia de la Guardia Civil. Al sentarse al volante de su Opel Insignia, Julián Castilla introdujo los datos en el GPS y esperó a que procesara la ruta. Media hora después estacionaba su vehículo frente al cuartel.

El guardia civil de la puerta le condujo a una salita y le pidió que esperara. Llamó a otro compañero, hablaron unos segundos y desapareció. Poco después acudió a su encuentro una mujer vestida de chaqueta de lana y pantalón tejano, morena, de pelo corto, delgada y de físico agraciado.

—Soy la teniente Santillana —se presentó—. ¿Preguntaba por mí?

—¿Dirige la investigación del asesinato de Abraham Benari?

—Sí —respondió intrigada—. ¿Quién es usted?

—Disculpe —dijo Julián Castilla, y le mostró su credencial de periodista.

—Lo siento —se desentendió la teniente—. Lidar con la prensa no forma parte de mi cometido. Se ha equivocado de persona. Debe preguntar por el responsable de comunicación y medios.

—Quiero hablar con usted —insistió.

—Cíñase a los cauces oficiales —le aconsejó la teniente—. Si me excusa...

Le dio la espalda dispuesta a marcharse.

—Sé quiénes le han matado —soltó Julián Castilla, y esperó su reacción.

La teniente Santillana se quedó paralizada. Se dio la vuelta despacio y le miró desconcertada. Hablaba en plural y su teoría del asesinato mantenía la participación de dos personas como mínimo.

—¿Qué ha dicho?

—He visto a los asesinos —insistió Julián Castilla—. Podría identificarles.

—Si dice la verdad —determinó decidida—, tengo que tomarle declaración.

—No pienso someterme a un interrogatorio.

—Puedo denunciarle —le amenazó— por negarse a colaborar.

—Hágalo —la desafió Julián Castilla—. Será su palabra contra la mía.

La teniente le aguantó la mirada. No parecía amedrentado. Estaba dispuesto a marcharse y dejarla con la palabra en la boca. Debía cambiar su estrategia.

—¿Qué pretende? —dijo en tono conciliador—. ¿Por qué ha venido a verme?

—Para intercambiar información.

—El juez ha decretado el secreto de sumario —esgrimió a la expectativa—. Aunque quisiera, el deber me impide revelar datos de la investigación.

—La creía más inteligente —dijo Julián Castilla, giró sobre sus talones y caminó hacia la salida.

La teniente le vio alejarse. No podía dejarle marchar. Disponía de información valiosa sobre el caso que investigaba.

—¿Para qué periódico trabaja? —preguntó para retenerle.

—*El País* —respondió Julián Castilla, y esperó a que ella diera el siguiente paso.

—De acuerdo —cedió—. Acompáñeme. Hablaremos en privado.

Julián Castilla sonrió y la siguió hasta una salita sin ventanas, dotada de una mesa, una lámpara de techo y dos sillas. Dedujo que se trataba de una habitación utilizada para interrogar a los detenidos. Tomaron asiento frente a frente.

—Lamento —dijo la teniente— no poder ofrecerle nada de beber.

—No importa.

—¿Quiénes le asesinaron?

—No tan deprisa —la frenó Julián Castilla desconfiado—. Es su turno.

—¿Por qué le interesa la muerte de Abraham Benari? —le interpeló la teniente.

—Investigo un asesinato con un posible punto de unión.

—Pregunte —accedió Aurora Santillana—, pero con una condición: no publicará nada sin mi permiso.

—Trato hecho —aceptó—. ¿Estaba relacionado Abraham Benari con el mundo del arte?

—Lo desconozco —respondió la teniente sorprendida por la pregunta—. Falta corroborar su filiación. Hemos remitido sus huellas y ADN a la Interpol israelí y esperamos la respuesta.

—¿Cómo le mataron?

—Lo siento —se negó a contestar—. Es información reservada.

—Sincérese conmigo —intentó Julián Castilla convencerla—. Voy a ayudarla a cazar a los asesinos.

La teniente Santillana respiró con profundidad y soltó el aire de los pulmones despacio. La información que le solicitaba podría comprometerla.

—¿Protegerá mi identidad?

—Jamás revelaría una fuente.

—Salvo que un juez se lo ordenase —receló.

—Si eso ocurriera —levantó Julián Castilla la mano derecha como si jurase de manera solemne—, le doy mi palabra de honor de que mantendré la confidencialidad aun a riesgo de ser acusado de desobediencia.

Aurora Santillana asintió. Un periodista protegía sus fuentes como los hindúes sus vacas sagradas y debía inspirarle confianza para que soltara cuanto sabía.

—Intentaron —le confesó— aparentar una muerte natural.

—¿De qué manera?

—Una burbuja de aire —especificó—, inyectada en la arterial humeral, le provocó un colapso cardíaco.

—¿A qué hora sitúa el forense la muerte?

—Hacia las doce y media de la mañana.

—Una última cuestión —dijo Julián Castilla para tranquilizarla—. He leído en *La Tribuna de Toledo* que disponen de una muestra de ADN obtenida de una colilla de Dunhill International. ¿Es cierto?

—Sí —dijo a secas.

—Su turno —accedió Julián Castilla, dispuesto a responder a sus preguntas.

—Ha dicho —empezó la teniente Santillana— que investiga una muerte con un vínculo común. Póngame en antecedentes.

Julián Castilla meditó unos segundos, consultó su libreta de notas y le hizo un resumen del artículo que documentaba sobre las inversiones en arte, su presencia en la sala Sumartis, la puja por adquirir un libro entre Clara Letamendi, tasadora y asesora en temas de arte, y un hombre vestido con un bléiser marrón y su acompañante, un hombre negro de cabeza rapada, muy fornido y de aspecto grotesco, su breve charla con Clara Letamendi, su asesinato, los datos aportados por una fuente confidencial (el inspector José Sandoval) sobre los pormenores del mismo, su hallazgo de una colilla de Dunhill International en la escalera del domicilio de Clara Letamendi, su viaje a Toledo para recabar información acerca de la búsqueda de cuadros que realizaba por encargo de la Junta de Comunidades y su lectura en *La Tribuna de Toledo* de la noticia sobre el asesinato de Abraham Benari.

La teniente Santillana le escuchó con atención y al terminar se peinó los cabellos con los dedos, recostó la espalda en la silla y cabeceó contrariada. Una simple colilla

carecía de utilidad como prueba salvo que el ADN perteneciese a la misma persona.

—¿Conserva la colilla?

—No —dijo Julián Castilla—. Jamás pensé que fuese determinante en otro asesinato. Se trataba de una prueba periodística, sin valor judicial. La obtuve de manera ilegal desde el punto de vista de un juez.

—Entonces —concluyó— sirve de poco. Coincido en que pertenece a una marca de cigarrillos poco común, pero miles de personas la fuman.

—Esos individuos mataron a Clara Letamendi —insistió Julián Castilla—. Estoy convencido.

—Si existiese otra conexión entre ambos asesinatos las cosas cambiarían.

—Busquémosla —propuso Julián Castilla decidido—. Si les hubiese visto estaría tan convencida como yo.

—¿Qué propone?

—Trabajemos juntos —se atrevió a plantearle—. Tengo una idea.

—Le escucho.

—Llame al hotel Paraíso y averigüe si dispone de circuito cerrado de vigilancia.

—No es preciso —rechazó la teniente Santillana con una sonrisa—. Como la mayoría de hoteles de cierta categoría tiene instaladas cámaras de video vigilancia. Mis compañeros de criminalística revisaron las imágenes sin hallar nada relevante.

—Sus compañeros desconocían qué buscaban —refutó Julián Castilla—. Si los asesinos estuvieron en el hotel les identificaré con facilidad.

La teniente meditó la propuesta y le pareció un procedimiento acertado. Revisar los DVD'S les llevaría poco tiempo y le permitiría descartar las cámaras como prueba. De hecho había pensado comprobar ella misma las imágenes. Miró la hora en su reloj de pulsera. Las seis de la tarde. Sacó su iPhone 3 GS y llamó al hotel Paraíso. Julián Castilla la oyó preguntar por el gerente, identificarse como miembro del Departamento de Investigación Criminal de la UCO y asentir con monosílabos.

—El gerente —dijo al colgar— nos espera dentro de media hora.

—No perdamos tiempo.

Julián Castilla se levantó dispuesto a marcharse.

—Espere un momento —le pidió la teniente Santillana—. Antes tengo que recoger un par de cosas.

Al regresar había cambiado la chaqueta de lana por un abrigo tres cuartos que disimulaba el arma sujeta a su cintura y en la mano derecha cargaba un portaordenador. Julián Castilla se ofreció a llevarla en su coche y aceptó gustosa.

El hotel Paraíso, un establecimiento de cuatro estrellas y diseño funcional, estaba en la calle Cardenal Tavera, justo al lado del antiguo hospital de Tavera fundado en el siglo XVI por el prelado que le daba nombre. Un lugar turístico debido al sepulcro en mármol blanco del primado, atribuido a Berruguete, y al retrato Mujer barbuda, del

Españoleto, que tomó como modelo a una dama napolitana.

Julián Castilla estacionó su Opel Insignia en la puerta del hotel, en el espacio reservado a los autocares y a la carga y descarga del equipaje de los huéspedes, y el portero se acercó para rogarles que retiraran el vehículo. La teniente Santillana se identificó como miembro de la Guardia Civil y el hombre les pidió disculpas. Les había confundido con turistas. Cada día decenas de ellos intentaban aparcar sus automóviles en la zona reservada a los clientes.

Entraron en el hotel, se dirigieron a la recepción y preguntaron por el gerente. Un joven les pidió que esperaran en los sillones del vestíbulo y llamó a Alfredo Alarcón a su despacho. A los pocos minutos se reunió con ellos.

—¿Vienen a visionar las imágenes?

—Intentaremos —dijo la teniente Santillana— no causarle demasiadas molestias.

—¿Cuántas cámaras de seguridad hay? —terció Julián Castilla, sin preámbulos de cortesía.

—Cuatro —dijo Alfredo Alarcón—. Una controla la recepción, otra la caja y la ventanilla de cambio, la tercera la escalera y la cuarta los ascensores. Cualquier persona que entra o sale por el vestíbulo queda registrada en el sistema de seguridad.

—¿Y el resto de accesos?

—Sólo tenemos dos más —especificó el gerente—: uno para proveedores y otro para empleados.

—Sin cámaras.

—Tuvimos que retirarlas —les explicó Alfredo Alarcón— debido a las presiones del comité de empresa. Alegaban que invadían la intimidad del personal al ser zonas de uso exclusivo de los trabajadores.

—Un punto débil en la seguridad —incidió la teniente.

—De ninguna manera —rechazó el gerente—. Retiramos las cámaras y colocamos a un vigilante jurado.

—¿Las veinticuatro horas del día? —quiso cerciorarse Julián Castilla.

—Por supuesto —afirmó—. Los últimos meses ha habido varios robos de productos sanitarios y ahora para nuestra desgracia...

—Encontraremos a los asesinos —le tranquilizó la teniente Santillana.

—Si quieren —les ofreció Alfredo Alarcón— pueden utilizar mi despacho. Estarán más cómodos.

—Gracias. Sólo precisamos los DVD'S.

—Aquí los tienen —dijo, y les entregó una bolsa con dieciséis DVD'S de seis horas de duración cada uno, que correspondían a las cuatro cámaras—. Cuando terminen devuélvanmelos.

El gerente del hotel Paraíso regresó a sus quehaceres y la teniente y el periodista se acomodaron en un sofá de piel de diseño vanguardista. Aurora Santillana abrió su

ordenador iBook G4, lo posó encima de una mesa de centro e introdujo el primer disco de la cámara identificada como «Recepción». A su lado Julián Castilla seguía el proceso atento. La pantalla quedó a oscuras. Lo extrajo y metió el segundo, luego el tercero...

—¿Problemas? —supuso Julián Castilla, neófito en informática.

—Ninguno —dijo la teniente—. Los grabo para tener una copia. Quizá la precisemos en otro momento.

—Buena idea.

La teniente Santillana trasladó a la memoria de su ordenador los dieciséis discos.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó indecisa.

—No creo —conjeturó Julián Castilla— que se arriesgaran a toparse con el vigilante. Comencemos por las cámaras de los ascensores y la escalera.

La teniente Santillana asintió y procedió a situar en la pantalla el primer archivo de imágenes identificado como «Ascensores». El monitor mostró en la parte inferior derecha un código horario y un videograma estático.

—¿Podrá reconocerles? —dudó.

—Sin confusión —aseguró Julián Castilla.

—Ver los dieciséis DVD'S a tiempo real —le explicó la teniente— nos llevaría cuatro días. Pasaré los videogramas a velocidad alta y los detendré un poco antes de las doce y media de la mañana, la hora de la muerte de Abraham Benari. Si observa algo sospechoso indíquemelo y congelaré las imágenes.

El periodista mostró su conformidad y la teniente pinchó con el cursor el icono de *play*. Las imágenes se sucedieron en la pantalla con una rapidez vertiginosa, al ritmo desenfrenado del código horario que transformaba las horas de grabación en segundos. Pasados unos instantes habían agotado el primer DVD. Alrededor de las doce y media las imágenes mostraban a un grupo de huéspedes recién llegados al hotel situados frente a los ascensores, mientras otros descendían y se dirigían a la calle o al resto de instalaciones del hotel.

—¿Nada? —inquirió la teniente.

—Quizá subieron por la escalera —supuso Julián Castilla— para evitar entretenerse esperando los ascensores y llamar la atención.

—Veamos las imágenes de la cámara que controla la escalera.

Julián Castilla aprobó su decisión. A las habitaciones sólo se accedía por la escalera principal o los ascensores. Si el hombre del bléiser marrón y su guardaespaldas negro de cabeza rapada habían asesinado a Abraham Benari, alguna de las dos cámaras les habría grabado. La teniente pinchó de nuevo el icono de *play*, aumentó la velocidad de reproducción y las imágenes corrieron en la pantalla.

—¡Deténgase! —exclamó Julián Castilla con un golpe de voz.

—¿Ha visto algo?

—Retroceda unos videogramas.

La teniente Santillana pulsó el ratón y las imágenes avanzaron a saltos, mostrando un videograma tras otro como si fuesen fotografías. La franja con los dígitos de control horario señalaba las once y treinta minutos de la mañana. Julián Castilla acortó la distancia de sus ojos respecto a la pantalla del ordenador para percibir mejor los detalles. La cámara enfocaba el arranque de la escalera en modo de gran angular. Un hombre se cogía al pasamanos para subir. No vestía un bléiser marrón, pero le acompañaba un hombre negro de proporciones descomunales con la cabeza rapada al cero.

—Son ellos —musitó.

La teniente congeló la imagen en la pantalla y observó a los dos hombres. Conscientes de la existencia de una cámara de seguridad, bajaban la mirada para ocultar sus rostros. Avanzó y retrocedió la grabación, para visionar videograma a videograma la escena completa, y ninguna imagen mostraba sus caras. Aumentó con el zum varias secuencias. Sólo se definía la cabeza rapada del hombre negro.

—¿Está seguro? —dudó la teniente Santillana—. La calidad de la grabación...

—Busque —la interrumpió Julián Castilla agitado— en las imágenes de la recepción.

—¿Piensa que se registraron en el hotel?

—Tuvieron que preguntar —argumentó sin certeza— el número de la habitación que ocupaba Abraham Benari.

Aurora Santillana cabeceó. Retiró de la pantalla las imágenes de la escalera y colocó la grabación de la cámara que controlaba el mostrador de la recepción. El periodista había acertado. Ella misma detuvo el vídeo al observar a dos hombres, uno blanco vestido de traje y abrigo, y el otro negro, con una chupa de cuero marrón y la cabeza rapada al cero. Pasó las imágenes a cámara lenta y en modo de zum, y les observó acercarse al mostrador, hablar con un empleado y retirarse. Para evitar que sus rostros fuesen registrados por la cámara mantuvieron las cabezas agachadas. Luego volvió a avanzar y a retroceder las imágenes a velocidad alta.

—¿Qué pretende? —dijo Julián Castilla desconcertado.

—Reconocer en la grabación a Abraham Benari —respondió la teniente sin apartar la vista de la pantalla—. Debo comprobar si estaba en la habitación o llegó después que sus asesinos.

Detuvo las imágenes. El videograma mostraba a Abraham Benari entrando en el hotel por la puerta principal a las doce y tres minutos. Como suponía, sus verdugos le sorprendieron al llegar a la habitación. Respiró y siguió con el visionado a velocidad normal. Julián Castilla comprendió que intentaba establecer la hora en que los asesinos abandonaron el hotel. Aurora Santillana pulsó una tecla y dejó en la pantalla una imagen de los dos hombres registrada por la cámara de la escalera. La franja

horaria señalaba las doce y cuarenta y cinco minutos de la mañana.

—Permanecieron una hora y cuarto en la habitación —caviló Julián Castilla.

—Lo supuse —dijo la teniente Santillana—. Controlaban sus movimientos. Le esperaron dentro y le atacaron.

—De las doce y tres minutos, la hora en que Abraham Benari accedió a la habitación, a las doce y media, la hora en que el forense establece su muerte, transcurren veintisiete minutos —calculó Julián Castilla, pensativo—. Tardaron casi media hora en matarle. ¿Por qué?

—Antes le interrogaron —dedujo la teniente—. Querían obtener información.

—Después de asesinarle todavía tardaron quince minutos en salir.

—El tiempo preciso —evaluó la teniente— para registrar la habitación.

—Debemos encontrarles —soltó Julián Castilla—. Esos tipos son peligrosos.

—No podemos identificarles —lamentó—. Ninguna imagen muestra sus caras.

—Han asesinado a dos personas —razonó el periodista—. Tarde o temprano se confiarán y cometerán un error.

—Su *modus operandi* —meditó la teniente— carece de un patrón lógico. Quizá esté equivocado y no sean los asesinos.

—Estoy convencido —gruñó Julián Castilla molesto—. Les vi en la sala de subastas, la marca de las colillas coincide y aparecen en las grabaciones del hotel. Tres hechos irrefutables. ¿Qué más quiere?

—A Abraham Benari —la teniente Santillana exponía sus dudas— le mataron con un sistema «limpio» para camuflar el asesinato como una muerte natural. En mi opinión sus verdugos tienen conocimientos médicos o han sido entrenados en algún cuerpo de elite.

—¿Qué insinúa? —dijo Julián Castilla, sin comprender su lógica.

—A Clara Letamendi la estrangularon —argumentó la teniente Santillana—. No intentaron disimular su muerte. Desde mi punto de vista los dos asesinatos presentan un patrón diametralmente opuesto. Parecen cometidos por personas distintas.

Julián Castilla reclinó la espalda en el sofá. La teniente le planteaba una duda razonable. ¿Por qué ocultar un asesinato y despreocuparse de otro? A simple vista carecía de sentido.

—En el domicilio de Clara Letamendi —conjeturó Julián Castilla— algo les salió mal.

—La mujer se defendió —señaló la teniente Santillana.

—Discúlpeme —se excusó el periodista.

Se levantó y alejó unos pasos. Pulsó un botón de la agenda de su teléfono móvil. Sonaron unos timbrazos al otro lado de la línea y alguien descolgó.

—Comisaría General de Policía Judicial —respondió la telefonista a cargo de la centralita—. ¿Dígame?

—Póngame con el inspector Sandoval —solicitó—, de la Unidad Central de Criminalística.

—¿De parte de quién, por favor?

—Julián Castilla —dijo—, del periódico *El País*.

—Manténgase a la espera —le pidió la telefonista de forma mecánica—. Le paso...

La voz de la encargada de la centralita enmudeció y en el auricular sonó música orquestal.

—El vino blanco —dijo el inspector Sandoval tras unos segundos— estaba exquisito. El tinto lo reservo para una ocasión especial. He mirado en Internet y la botella cuesta sesenta euros.

—En 2007 —apostilló Julián Castilla— la revista *Wine Spectator* lo catalogó entre los diez mejores vinos del mundo.

—Cuando quieras mándame otra botella —bromeó.

—No la mereces —le increpó—. Me has ocultado información.

—¿De qué me hablas?

—El caso Clara Letamendi.

—Vulneré el secreto de sumario por hacerte un favor —arreció el inspector Sandoval molesto—. Te revelé datos confidenciales.

—Ha aparecido otro muerto en Toledo y sospecho de los mismos asesinos.

—Llama a la policía —le aconsejó el inspector Sandoval preocupado— o te meterás en un buen lío.

—Colaboro con la Guardia Civil —replicó, sin entrar en detalles—. Mi reputación está a salvo. ¿Tienes a mano el informe de la autopsia?

—Sí —admitió—. Guardamos una copia en el departamento.

—Consúltalo. Algo se nos pasó por alto.

El inspector José Sandoval abrió un cajón de su mesa, cogió la copia y releyó los folios del dictamen forense.

—No veo nada extraño —afirmó—. Lo único de interés para la investigación está en la muestra de ADN obtenida del fragmento de piel hallado bajo una uña de la víctima, que permite establecer la tipología racial del asesino e identificarle cuando le detengan.

—Comprendo.

—Si me dices qué buscas quizá pueda ayudarte.

—Ni siquiera yo lo sé —musitó Julián Castilla fatigado—. Estoy perdido. Al tipo de Toledo le mataron mediante un émbolo.

—¡Joder! —exclamó el inspector Sandoval—. Clara Letamendi —dijo a la vista del informe forense— mostraba la marca de un pinchazo en el brazo izquierdo, a la altura del pliegue del codo, sobre la arteria humeral.

—Eso cambia las cosas.

—A priori no le di importancia —se justificó—. Figura en una anotación marginal. Su análisis de sangre descartaba la administración de fármacos o drogas por vía intravenosa y el forense desechó la prueba.

—En el fondo te mereces otra botella de vino.

Julián Castilla colgó y regresó junto a la teniente. Había guardado su ordenador, devuelto los DVD'S al gerente del hotel y parecía dispuesta a marcharse.

—Tengo novedades —dijo, algo misterioso.

—¿Ha identificado a los asesinos? —se burló.

—Clara Letamendi —argumentó el periodista sin atisbo de bromear— mostraba la huella de un pinchazo en el brazo izquierdo, en el codo. Creo que intentaron matarla con el mismo procedimiento que a Abraham Benari pero se defendió; el hombre negro perdió los nervios y la estranguló.

—¿Confía en su fuente?

—Al cien por cien. —Sonrió con malicia—. Pertenece a su mismo gremio.

—Eso cambia las cosas —admitió Aurora Santillana pensativa—. Debemos hallar la conexión entre Clara Letamendi y Abraham Benari. Estoy convencida de que los móviles de sus asesinatos están relacionados.

—¿Se conocerían? —aventuró Julián Castilla.

—No anticipemos acontecimientos —le aconsejó la teniente—. Esperemos a recibir el informe de la Interpol israelí. Será esclarecedor.

—¿Vive en Toledo? —inquirió el periodista, para dar un giro a la conversación.

—Me alojo en la Comandancia —respondió la teniente—. Me he trasladado desde Madrid para dirigir la investigación. La Guardia Civil de Toledo carece de especialistas en delitos de ámbito internacional.

—Yo también vivo en Madrid.

—Se le ha hecho tarde —dijo Aurora Santillana tras consultar su reloj.

—Nadie me espera —alegó despreocupado—. Dormiré en el Parador. ¿Le apetece cenar conmigo? Conozco un restaurante en las afueras que prepara la mejor perdiz estofada de la Mancha.

Aurora Santillana sonrió. A las nueve de la noche nadie le haría una proposición mejor. Después de un día de trabajo intenso se merecía una buena cena.

II

Praga

Viernes, 18 de enero de 1585

EL informe del marrano o judío converso había puesto en alerta a Bernardino de Mendoza, superintendente general de Inteligencia y Secretos. Desde su despacho de la Cancillería de España en París coordinaba la mayor red de espionaje del mundo, y nada escapaba a su control y tutela en nombre del Rey. El informe de su agente resultaba perturbador. La confesión del alquimista tenía fundamento. En la judería de Praga se daba por cierta la existencia del *Libro de Dios* y, según confidencias, se guardaba en la sinagoga Altneu. Bernardino de Mendoza suspiró preocupado, abrió un cajón de la mesa, cogió una hoja de papel y leyó los tres nombres que había escrito un mes y medio antes en su celda del monasterio de San Lorenzo de El Escorial: los agentes a quienes había encomendado robar el libro.

Lucas de Allende, capitán de los Tercios de Flandes y experto en operaciones de inteligencia, estaba al mando de la misión. Le secundaban Domingo de Aranda, soldado de infantería que había servido a las órdenes de Bernardino de Mendoza en Orán, y Martín de Ayala, bregado en cien batallas junto al duque de Alba en los Países Bajos y experto cerrajero capaz de abrir con destreza cualquier cierre por complicado que fuese. Los tres habían llegado a Praga por separado y reunido en una fonda de mercaderes de la Ciudad Pequeña, a orillas del Moldava y próxima al puente de Piedra. Protegidos por el anonimato entre comerciantes de diferentes nacionalidades, pergeñaron un plan para culminar con éxito su misión. Durante días habían vigilado la sinagoga Altneu y sus calles adyacentes, los horarios del rabino y los itinerarios que seguía, las horas de menor afluencia de fieles, las vías de escape, y estudiaron con detenimiento la puerta y las ventanas de la sinagoga, los puntos más vulnerables del edificio.

Habían decidido robar el libro la noche del sabbat, amparados en la fiesta que prohibía a los judíos realizar cualquier trabajo físico. Los tres agentes de Bernardino de Mendoza observaron que los hebreos seguían a rajatabla las indicaciones del *Shemoth* o *Éxodo* (XX, 9 - 11): «Seis días trabajarás y en ellos harás todas tus faenas; pero el séptimo descansarás en honor del Señor, tu Dios. No harás trabajo alguno (...) porque en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos, y el séptimo descansó. Por ello bendijo el Señor el día del sábado y lo santificó». Sólo la oración y el reposo estaban permitidos. Los judíos se regían por una lista, confeccionada en época talmúdica, que recogía las treinta y nueve actividades prohibidas, derivadas de los trabajos para la construcción del Templo de Salomón.

Durante el sabbat tenían prohibido trabajar, manejar dinero, encender fuego, cocinar, entregarse al placer conyugal o curar una herida.

La puesta de sol del viernes marcaba el inicio del sabbat. Los agentes de Bernardino de Mendoza se ocultaron en la penumbra de un portal cercano a la sinagoga Altneu. A medida que el sol declinaba sobre las techumbres, los comercios y talleres cerraban sus puertas y las calles quedaban desiertas. Ni siquiera había luz en las casas porque la prohibición de encender fuego se extendía a las lámparas de aceite y velas. Sólo los judíos más previsores prendían velones antes del comienzo del sabbat. Las farolas de las calles, alimentadas con teas, tampoco alumbraban como el resto de las noches. La oscuridad se convertía en su aliado. Confiaban en robar el libro, compuesto por tres láminas de oro, y desaparecer antes del alba del sábado. Al despuntar el día, los fieles acudirían a la sinagoga para leer la *parashah*, la parte de la Tora que correspondía a la semana en curso, y quizá descubrirían el robo.

Lucas de Allende observó la calle. Un claro de luna perfilaba la silueta de la sinagoga Altneu. A través de sus vidrieras se percibía el leve resplandor de la *ner tamid*, la lamparilla que ardía ante el tabernáculo de manera permanente en recuerdo de la luz eterna del Templo de Salomón. Oyó el chirriar lejano y sordo de la puerta al abrirse y vio al rabino abandonar apresurado el edificio. Como todos los judíos, estaba obligado a respetar las leyes del sabbat. Lucas de Allende esperó a que se alejara, desenfundó su pistola de llave de chispa y ordenó avanzar a sus hombres por turnos, despacio, atentos al menor ruido y a la presencia de extraños. Se desplegaron en los aledaños de la sinagoga, para controlar todos los accesos, y comprobaron que el lugar fuese seguro.

Pasados unos minutos Martín de Ayala cruzó a la carrera la explanada que le separaba de la puerta de entrada al templo y se mantuvo agazapado a la espera. Sus compañeros cerraron el círculo y tomaron posiciones para vigilar las bocacalles. Nadie perturbaba la paz del día sagrado de los judíos. Domingo de Aranda ahuecó las manos alrededor de la boca y emitió un profundo y breve *uuu-ju...*, *uuu-ju...*, *uuu-ju...*, la voz del búho real que habían acordado como señal. Martín de Ayala se desabrochó el chaquetón de piel, sujetó su pistola al cincho y sacó un hatillo repleto de llaves, ganchos, agujas, palanquetas, limas, barrenas de distinto calibre, una navajita y un berbiquí. Se echó el aliento en las yemas de los dedos, para mitigar el frío y recuperar la sensibilidad, e inspeccionó la cerradura. Nada complicado, como había previsto. Cogió una gancha del tamaño apropiado, hurgó con maestría en el ojo del cierre y deslizó el pasador. Guardó las herramientas en el hatillo, cogió aire y emitió la ululación del búho real para reclamar la presencia de sus compañeros. Al oír la señal corrieron a su lado. Martín de Ayala empujó la puerta y entraron en la sinagoga. Luego volvió a cerrarla.

Domingo de Aranda, cumpliendo las órdenes del capitán, vigilaba la entrada. A

través de una mirilla de latón en forma de *menorá*, el candelabro sagrado de siete brazos, atisbaba la calle. Lucas de Allende y Martín de Ayala prendieron unas velas para alumbrarse. Desconocían dónde escondía el rabino el *Libro de Dios* y cruzaron miradas de preocupación. Registrar el edificio palmo a palmo les llevaría más tiempo del que disponían.

—Mi capitán —le reclamó Domingo de Aranda en voz baja, sin perder de vista la calle.

Lucas de Allende se acercó hasta la posición de vigilancia de su compañero.

—Decidme.

—Durante mi servicio en Orán —expuso Domingo de Aranda—, entré en contacto con los judíos exiliados de Mallorca, tras la conquista de las Pitiusas por los reyes de la Corona de Aragón...

—Conozco vuestra hoja de servicios —le interrumpió Lucas de Allende con indiferencia—. ¿A qué viene eso ahora?

—Si los judíos de Praga —argumentó Domingo de Aranda— se rigen por las mismas leyes y costumbres que los mallorquines, los libros más sagrados los guardan y recitan en la *tebah* y la *bimah*.

—¿El arca santa de los rollos de la Tora y el pupitre de lectura?

—Sí, señor.

—Empecemos por ahí.

Domingo de Aranda permaneció junto a la puerta con un ojo pegado a la mirilla. Lucas de Allende inspeccionó la *bimah*, la mesa o tribuna que servía para leer la Tora, y encontró unas tefillin o filacterias, las estrechas tiras de cuero con fragmentos de pergamino y pasajes sagrados que los judíos se ataban a la cabeza y al brazo izquierdo durante la oración de la mañana. Martín de Ayala se encargó de la *tebah*, el arca sagrada orientada hacia Jerusalén. Una especie de armario rectangular colocado en posición vertical y dividido en tres compartimentos cerrados por puertecitas de madera de ébano decoradas con versículos de la Tora en letras de pan de oro. Abrió las puertas del estante superior, sin ninguna dificultad, pues carecían de cerradero. Contenía cuatro rollos de la Tora que posó sobre la tarima del tabernáculo. Los liberó de su tig o estuche protector, retiró las *mitpahot* o telas de lino y los desenrolló para inspeccionarlos. Luego abrió el compartimento del medio. Guardaba varias copias del *Talmud de Jerusalén*, los libros sagrados que recopilaban la tradición oral de los hebreos. Por último, registró el tercer estante. Al igual que los anteriores carecía de cierre y estaba repleto de libros: volúmenes del *Sefer ba-Zohar*, una obra cabalística que intentaba describir la vida interior de la divinidad y el destino del ser humano. Martín de Ayala resopló y cabeceó resignado.

—Nada, señor —dijo ante la mirada atónita de Lucas de Allende.

—¿Quién guardaría oro —reflexionó el capitán— en un arca carente de pestillos

o candados? Busquemos en otro lado.

—El mejor cerrojo —opuso Martín de Ayala, buen conocedor de la materia— permanece invisible al ojo.

—¡Explicaos! —le ordenó Lucas de Allende nervioso.

—Algunos muebles —determinó convencido— albergan compartimentos secretos.

—Razón tenéis —asintió Lucas de Allende—. Registrad a fondo la *tebah*.

Martín de Ayala golpeó con los nudillos las paredes del armario para descubrir espacios huecos. Luego inspeccionó los compartimentos. Pasó las yemas de los dedos por los ángulos y la base. En el tercer estante, el más bajo, observó una leve imperfección de la madera. Acercó la llama de la vela. Un listón sobresalía poco menos de un milímetro. Comparó la disposición y anclaje con los de los otros estantes. El carpintero que confeccionó el arca había pulido y encerado las tablas con tal maestría que apenas se percibían las juntas de las uniones.

—Aquí hay algo, capitán —susurró.

Lucas de Allende miró perplejo el interior del compartimento.

—¿Estáis seguro?

—El ebanista que ensambló las tablas —señaló— lo hizo con tanta delicadeza y oficio que la base parece una sola pieza de madera.

—Proceded —gruñó Lucas de Allende, apremiado por el tiempo transcurrido.

Martín de Ayala extrajo de su hatillo de herramientas el berbiquí, le colocó la barrena más fina de que disponía y perforó la junta a la altura del desnivel. Luego introdujo por el agujero un pedacito de alambre, lo empujó hasta el fondo, presionó para doblar la punta y tiró con suavidad hacia arriba. La tabla cedió lo suficiente para insertar una palanqueta y levantarla. A la escasa luz de la vela, oculto en un doble fondo, se adivinaba un pedazo de tela.

—Daos prisa —dijo Lucas de Allende impaciente.

Martín de Ayala retiró el resto de las tablas sin dificultad, y dejó al descubierto un compartimento secreto que escondía tres fardelejos de seda roja atados con una cinta del mismo tejido y color. Lucas de Allende cogió uno. Notó el peso del metal, lo desenvolvió y observó asombrado el brillo del oro en la palma de su mano. Repitió la operación con los otros dos y contempló estupefacto las tres láminas de oro que componían el *Libro de Dios*. Tres láminas de quince centímetros de largo por diez de ancho y medio de grosor, grabadas con letras del alefato y símbolos cabalísticos y geométricos que componían una jerigonza indescifrable.

—Viene alguien —alertó Domingo de Aranda desde la puerta.

El rabino, sirviéndose de un candil de aceite, caminaba apresurado hacia la sinagoga contraviniendo las prohibiciones del sabbat.

—Ocultémonos —ordenó el capitán Lucas de Allende, y sopló las velas para

apagarlas.

Los tres agentes se escondieron en diferentes posiciones. Domingo de Aranda permaneció tras una celosía que separaba la sala de la asamblea del vestíbulo, Lucas de Allende encontró refugio en los bancos reservados para las mujeres y Martín de Ayala en el hueco de una hornacina que almacenaba las oofarot o trompetas utilizadas en las ceremonias del Año Nuevo. El capitán les indicó con gestos que mantuvieran las pistolas de chispa enfundadas. Un disparo resonaría en la quietud de la noche como un trueno y alborotaría a la comunidad.

El rabino introdujo una llave en la cerradura y abrió. Guiado por la luz del candil se dirigió a la *bimah*. Había olvidado las filacterias y las necesitaba para los rezos matutinos del sabbat. Cogió las tiras de cuero. Estaban revueltas y anudadas de forma caótica. Maldijo el contratiempo. Las filacterias, según las leyes judías, debían anudarse de una manera precisa para conferirles poderes de unión con la divinidad. El resto de ataduras se consideraba una blasfemia. Recordó a Abraham Abulafia y su *Teoría de los nudos* y sintió un escalofrío intenso. Los nudos o *kesber* atenazaban el cuerpo e impedían alcanzar la espiritualidad. Debían desenredarse para lograr la plenitud de espíritu y permitir volar al alma. El rabino se secó el sudor de la frente con un pañuelo de hilo. ¿Quién había cometido semejante tropelía? Había sido el último en abandonar la sinagoga y recordaba haber dejado las filacterias extendidas sobre la *bimah*. Alzó el candil, para esparcir la escasa luz que emanaba a su alrededor, y observó azorado el arca sagrada con las puertas abiertas, los rollos de la Tora esparcidos sobre la tarima, junto a los volúmenes del *Talmud de Jerusalén* y el *Sefer ha-Zobar*.

—*Baruch hashem Adonai!*^[5] —susurró.

Se acercó alterado a la tebab y descubrió que su doble fondo había sido violentado. Los latidos del corazón se desbocaron en su pecho como si Azazel, el demonio del desierto que citaba el Vayikrá o Levítico, se le hubiese aparecido en carne y hueso. Masculló unas palabras incomprensibles, invocó a Yahvé y se aprestó a salir para dar la voz de alarma. Avanzó a paso ligero hacia la puerta, tiró de la manija para abrirla, y Domingo de Aranda salió de detrás de la celosía armado de un marrillo. Le golpeó en la nuca y el rabino se desplomó sin sentido.

—¿Quién es? —preguntó Lucas de Allende de pie junto al cuerpo.

—El rabí de la sinagoga —respondió Domingo de Aranda, que se había encargado de seguirle y estudiar su rutina—, Jehuda Low ben Bezazel.

—¿Qué hacemos, señor? —bufó Martín de Ayala.

—No permanecerá inconsciente mucho tiempo —aventuró Lucas de Allende—. Unos quince o veinte minutos —elucubró—. Es un hombre fuerte.

—Matémosle —sugirió Domingo de Aranda.

—Eso empeoraría la situación —arguyó Lucas de Allende—. ¡Atadle de pies y

manos y amordazadle! Ganaremos unas horas hasta que descubran el robo.

Martín de Ayala cogió las filacterias y ató al rabino de pies y manos. Domingo de Aranda se desanudó el pañuelo que llevaba al cuello y le amordazó para evitar que gritara y pidiera auxilio al recobrar la conciencia. Mientras, Lucas de Allende envolvió las láminas de oro del *Libro de Dios* en sus telas protectoras de seda roja y anudó las cintas.

—Debemos marcharnos —dijo—. El tiempo juega en nuestra contra. —Se guardó una de las láminas y entregó las otras dos a sus hombres—. Seguid las instrucciones, tomad los caminos acordados y recordad que al llegar a Madrid debéis entregarlas al superintendente Bernardino de Mendoza en persona. Nadie más debe saber de nuestra misión y de este misterioso libro. ¡Cumplid vuestras órdenes, soldados!

—¡Sí, señor! —respondieron al unísono.

Lucas de Allende extendió el brazo derecho a la altura de su cintura, con la palma de la mano hacia abajo, y Domingo de Aranda y Martín de Ayala colocaron las suyas encima.

—¡Por Dios, España y el Rey! —pronunció Lucas de Allende alzando la voz por primera vez.

—*Ad astra per aspera!*^[6] —respondieron Domingo de Aranda y Martín de Ayala.

—Saldremos a intervalos —propuso Lucas de Allende.

Domingo de Aranda miró a través de la mirilla. La calle estaba desierta y en silencio. Asintió con un gesto y Martín de Ayala liberó el pestillo de la cerradura y abrió la puerta.

—Vos primero, capitán —dijo.

—Que Dios os acompañe, caballeros —se despidió Lucas de Allende.

—Suerte, señor —le deseó Domingo de Aranda, y le vieron desaparecer engullido por la oscuridad de la noche.

—Espero reencontraros en Madrid —dijo Domingo de Aranda a su compañero—. Cuando esto termine debemos celebrarlo con unos vasos de vino.

—¿Conocéis la taberna del Traganiños, en la calle Tudescos? —inquirió Martín de Ayala.

—¡Y quién no! —exclamó—. En la trastienda una escuela de pícaros enseña con un arnequín a sustraer la cica.

—Dejad aviso y me reuniré con vos.

Domingo de Aranda salió de la sinagoga y se perdió en las calles del barrio judío. Martín de Ayala sacó una ganzúa de su hatillo de herramientas, cerró la puerta del templo y desapareció en la noche al igual que sus compañeros.

Capítulo 3

Dejó a propósito las cortinas recogidas y la luz del sol le despertó. Julián Castilla se protegió los ojos y miró su reloj posado sobre la mesita de noche. Las ocho y media de la mañana. Hora de levantarse. Se puso en pie y se acercó a la ventana. Desde su habitación del Parador Conde de Orgaz, un edificio de estilo castellano enclavado sobre el cerro del Emperador, disponía de una espléndida panorámica de Toledo. La silueta de la catedral se perfilaba nítida, con su imponente campanario de noventa y dos metros de altura, y la mole del Alcázar, bastión de la resistencia del general golpista José Moscardó frente a las tropas democráticas de la República, destacaba con sus altas torres cuadradas. Se dispuso a meterse en la ducha y sonó el teléfono. Nadie, salvo la teniente Santillana, sabía que se alojaba en el parador. Descolgó intrigado.

—Buenos días —dijo la teniente—. ¿Ha dormido bien?

—Como un lirón.

—¿Quiere acompañarme?

—¿Adónde?

—Al hotel Paraíso.

—Anoche —vaciló Julián Castilla—, durante la cena, me dejó claro que nuestra colaboración había terminado.

—Lo he pensado mejor y he cambiado de opinión —dijo—. Sería injusto apartarle de la investigación. Me ha facilitado las cosas. Gracias a usted tengo dos sospechosos.

—Le ha costado reconocerlo.

—No doy mi brazo a torcer con facilidad —bromeó la teniente Santillana—. Aunque debe mantener su compromiso y abstenerse de publicar el mínimo detalle de la investigación sin mi consentimiento.

—¿Para qué desea regresar al hotel Paraíso?

—Acaba de llamarme Alfredo Alarcón —le explicó—. Ha recibido una carta para la habitación cuatrocientos cuarenta y cinco.

—¿Y?... —Se encogió de hombros, sin comprender el interés.

—Se trata —dijo la teniente— de la habitación que ocupaba Abraham Benari.

—Será para otro huésped.

—La habitación —argumentó la teniente— está precintada hasta que el juez levante el secreto de sumario.

—Eso cambia las cosas.

—La carta carece de remitente —le adelantó con la intención de despertarle la curiosidad—. Sólo figura el nombre del hotel, su dirección y el número de la habitación.

—Deme media hora —le pidió Julián Castilla—. Nos veremos en la puerta.

La teniente Santillana estacionó su Mégane Coupé en el aparcamiento reservado a los autocares y Julián Castilla acudió a su encuentro. Le abrió la puerta y bajó del automóvil. Estaba radiante. Vestía unos botines negros de medio tacón, una chupa de cuero del mismo color y un pantalón a juego muy ceñido que resaltaba su figura estilizada. Se abrochó la chupa, para ocultar su Browning sujeta a la cintura, y entraron en el hotel. Alfredo Alarcón hablaba con un recepcionista. Les vio y acudió a su encuentro.

—Siento haberles molestado —les abordó—, pero no sabía qué hacer con la carta. Ha llegado a primera hora junto con el resto del correo.

—¿Me permite? —dijo la teniente.

—Aquí la tiene. —Alfredo Alarcón se la entregó—. No me he atrevido a abrirla.

—Ha hecho bien —aprobó, y le dio una orden judicial que le autorizaba a confiscar la carta. Luego le pidió que firmara una copia.

—¿Es necesaria esta parafernalia?

—La ley —arguyó la teniente Santillana— protege el secreto postal. Sin la autorización de un juez nadie puede abrir una carta remitida a otro destinatario.

—Ufff... —bufó Alfredo Alarcón, desbordado por los tecnicismos legales. Firmó la orden y se quedó la copia—. Si me disculpan —dijo—, debo atender unos asuntos urgentes.

—Sin problema —terció Julián Castilla.

El gerente regresó a la recepción y la teniente le mostró la carta. Como le había adelantado por teléfono, no figuraba el nombre del destinatario.

Hotel Paraíso

Room 445

Cardenal Tavera, s/n

45003 Toledo

Spain

Julián Castilla inspeccionó el sobre. Carecía de remitente. La dirección estaba escrita con letra de máquina y el franqueo lo componían dos sellos de diecisiete coronas checas emitidos en 2009 para conmemorar la Presidencia Europea de la República Checa: *EU 2009 CZ, České předsednictví Evropské Unie, Česká Republika*. Observó las estampillas. Resultaban ilegibles e impedían conocer la ciudad de procedencia.

—Comprobemos el registro de llamadas —propuso.

—¿Para qué?

—Nadie conoce de antemano su número de habitación —le planteó Julián

Castilla—. Abraham Benari tuvo que comunicárselo al remitente.

—Pudo hacerlo desde un teléfono móvil o una cabina.

—Claro —admitió—. Sólo pretendo descartar opciones.

Se acercaron a la recepción y la teniente solicitó el registro de llamadas de la habitación 445. El empleado se colocó ante un ordenador y cabeceó contrariado.

—No efectuó ninguna.

—Abramos la carta —dijo Julián Castilla.

La teniente Santillana asintió y rasgó la solapa. El sobre contenía un pedacito de papel rectangular con tres secuencias de números.

39.8569256 - 4.0304791

39.8586584 - 4.0241869

39.8557570 - 4.0294213

—

—¿Qué diantres...? —masculló la teniente.

—Ni idea. Los números —observó Julián Castilla— han sido escritos con la misma máquina que el sobre.

—¿Cifras para cuantificar algo?

—Puede —admitió poco convencido—. Aunque están mal expresadas por algún motivo.

—No le entiendo.

—Tanto la primera secuencia —señaló el papel— como la segunda carecen de puntos para dividir las centenas.

—¿Un error de transcripción?

—No sé...

—¿Matrículas —expuso la teniente Santillana—, teléfonos, códigos de seguridad...?

—He recorrido medio mundo —le rebatió— y nunca he visto matrículas compuestas sólo por números. Siempre hay una letra indicativa del país, la región, el departamento...

—¿Números de teléfonos?

—Cabría la posibilidad con la primera secuencia —meditó—. La segunda presenta números negativos.

—De ser teléfonos —reflexionó la teniente—, pertenecen a otro país. En España los móviles tienen nueve cifras y los fijos ocho, pero ningún código territorial empieza por treinta y nueve o cuarenta.

—La carta —dijo Julián Castilla— procede de la República Checa. Preguntemos

en recepción su código telefónico. Quizá saquemos algo en claro.

Aurora Santillana asintió y se acercaron de nuevo al mostrador. El joven que atendía el check in de los huéspedes les miró receloso. Le incordiaban a cada instante.

—¿Podría decirnos —le pidió Julián Castilla— el prefijo telefónico de la República Checa?

El joven tecleó con desgana su ordenador.

—El cuatrocientos veinte —respondió a secas.

—Consulte —siguió la teniente— los prefijos de las principales ciudades.

Ni siquiera levantó la cabeza para darles la respuesta. Imprimió una hoja con la información y se la entregó:

Praga	2
Liberec	48
Pilsen	19
Ostrava	69
Breclav	2067
Olomouc	68
Karlsbad	17
Zlin	67
Havirov	6994
Brno	5

Ninguno de los prefijos coincidía con los números de la carta.

—Gracias —dijo la teniente Santillana, y se retiraron.

—¿Qué otras posibilidades se le ocurren? —insistió Julián Castilla.

—La combinación —lanzó la teniente al vuelo— de una caja fuerte.

—Tiene sentido —caviló el periodista—. Los números positivos indicarían giros a la derecha de la rueda de combinación y los negativos a la izquierda.

—¿Y los puntos?

—Pausas —conjeturó Julián Castilla— preestablecidas en minutos o segundos si la combinación pertenece a una caja fuerte de apertura electrónica.

—Precisamos ayuda para salir de este atolladero —sentenció la teniente Santillana—. Consultemos a un experto en matemáticas.

—¿Conoce a alguien?

—Creo que sí —determinó convencida.

Detuvo su Mégane Coupé ante la garita de control de acceso a la Dirección General de la Guardia Civil, en la calle Guzmán el Bueno de Madrid. Un edificio protegido por verjas electrificadas, puestos de vigilancia estáticos y móviles, y un

circuito cerrado de televisión, dotado de cámaras de infrarrojos, que albergaba el megaordenador Duque de Ahumada y distintos departamentos de investigación. Aurora Santillana se identificó como miembro de la UCO y el guardia le franqueó el paso. Estacionó su automóvil en la plaza que tenía reservada y se dirigieron a las dependencias del Grupo de Delitos Telemáticos.

Entraron en una sala dotada de escasas comodidades. Julián Castilla observó a los agentes. En mesas independientes, aisladas por mamparas de melamina blanca, trabajaban frente a sus ordenadores veinte guardias civiles especializados en informática. Desde sus puestos rastreaban el ciberespacio en busca de canales de comunicación utilizados por terroristas etarras o islamistas, páginas de intercambio de archivos de pedofilia, blogs de grupos neonazis, comunidades sociales con amenazas de muerte, *chats* frecuentados por suicidas... El laberinto de Internet camuflaba a un sinfín de paranoicos y delincuentes y el Grupo de Delitos Telemáticos les perseguía sin tregua. Desde su fundación, en 1996, sus éxitos se habían multiplicado y ocupado las páginas de los periódicos. Gracias a la Operación Azahar, en coordinación con policías de dieciséis países, el grupo dismanteló una trama de distribución de pornografía infantil a través de las redes P2P (*peer to peer*); la Operación Phesca permitió desarticular una red internacional de fraude a la banca electrónica que operaba en Europa y Estados Unidos, y la Operación Gala llevó al grupo a detener a una comunidad *hacker*, denominada Point, que accedía a los sistemas de universidades y empresas para instalar servidores FTP^[7] y distribuir *warez*^[8].

—Awise —ordenó la teniente Santillana a un guardia— a Daniel Marín.

—Sí, señora. —Se cuadró al mostrarle su TIP.

—Impresionante —sonrió Julián Castilla—. No imaginaba que mandase tanto.

—Déjeme llevar la voz cantante —le previno—, y por nada del mundo mencione su condición de periodista.

—A sus órdenes —sonrió, y parodió el protocolo militar.

Daniel Marín se presentó. Tenía poco más de treinta años, un cuerpo fibroso y lucía barba de varios días. Perteneecía a una generación de guardia civiles formados en técnicas de investigación que utilizaban la informática como herramienta indispensable. Vestía de paisano aunque llevaba una pistola al cinto y un chaleco de nailon negro con letras amarillas visibles en pecho y espalda que rezaban: «Guardia Civil». Se conocían de cruzarse por los pasillos de la Dirección General aunque nunca habían intercambiado más allá de un saludo de cortesía. Sus compañeros del Grupo de Delitos Telemáticos le consideraban un experto en cálculo y había resuelto varios casos criminales mediante la técnica de desglosar las incógnitas y analizarlas con fórmulas matemáticas.

—¿Preguntaba por mí? —dijo.

—Soy la teniente Santillana —le saludó—, del Departamento de Investigación

Criminal.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Precisamos interpretar un documento.

—¿De qué clase?

La teniente le mostró el papel con las dos columnas de cifras.

—¿Qué es? —preguntó Daniel Marín.

—Eso pretendemos averiguar —terció Julián Castilla.

Aurora Santillana le miró de reojo. Temía que metiese la pata.

—Confiamos en su habilidad matemática —dijo la teniente—. Estamos perdidos.

—Sígueme.

Daniel Marín les condujo a una salita aneja, les pidió que tomaran asiento frente a una mesa dotada de varios ordenadores, y contempló de nuevo los números intrigado.

—La investigación matemática —expuso— consiste en formular hipótesis y probarlas. ¿Barajan algún dato sobre el origen de estas cifras?

—Investigamos —dijo la teniente Santillana— un asesinato. La víctima apareció muerta en la habitación de su hotel y unos días después recibió un sobre que contenía este papel.

—Entiendo —musitó Daniel Marín—. Quizá se trate de una coincidencia. ¿Han valorado esta posibilidad?

—Sí —contestó Julián Castilla—, y tenemos la plena certeza de que la muerte del huésped y las cifras están relacionadas.

—Mi pregunta —arguyó Daniel Marín para justificarse— sólo pretendía descartar las leyes del azar. Establecer la coincidencia y la casualidad resulta imprescindible para efectuar una predicción válida.

—¿Tiene algún indicio? —le sondeó la teniente Santillana.

—A primera vista —aventuró— parecen números subordinados...

—Las matemáticas —le interrumpió el periodista— nunca se me han dado bien.

—Disculpe —dijo Daniel Marín. Echó el cuerpo hacia delante, cogió un bolígrafo y señaló las cifras—. Los cuatro primeros números de la primera columna son idénticos y los dos primeros de la segunda columna, también.

—Están relacionados —dedujo Julián Castilla—. Las cifras deben interpretarse en su conjunto.

—Eso es —convino el guardia civil—. Cada cifra por separado esconde miles de variables, pero en conjunto el resultado se reduce a unas pocas probabilidades.

—Habíamos pensado —aportó la teniente— en teléfonos, matrículas de coches o la combinación de una caja fuerte.

—¿Quizá contengan información encriptada? —lanzó Daniel Marín.

—Nadie mandaría información encriptada por correo —contrapuso Julián Castilla—. Hay métodos más fiables.

—De sus tres alternativas —siguió Daniel Marín— sólo las cajas de caudales utilizan una lógica matemática combinatoria. Si les parece —planteó— partamos de dos premisas: que el conjunto de cifras corresponde a una sola variable y que la información no está encriptada.

—Adelante —le autorizó la teniente Santillana.

Daniel Marín se situó frente a un ordenador, pulsó las teclas e introdujo los seis números. La pantalla se llenó de cifras. Las dividió en bloques, pinchó con el cursor varios iconos y el monitor se cuadrículó. Las cifras de algunas casillas desaparecieron. Repitió la operación. El periodista y la teniente ignoraban el procedimiento que utilizaba y permanecieron callados para evitar distraerle. Parecía tranquilo, seguro de las órdenes que transmitía al ordenador. Las casillas se reducían. Aparecían y desaparecían bloques de cifras. El guardia civil ni siquiera pestañeaba. Les ignoraba por completo. Dejó un grupo de cifras en el monitor de un ordenador y se puso al teclado de otro.

—Trabajan en línea —dijo, para hacerles comprender la mecánica— y me permiten realizar operaciones combinatorias en menos tiempo.

Julián Castilla y Aurora Santillana asintieron perplejos. La teniente manejaba los ordenadores con habilidad, pero nada comparado con sus compañeros del Grupo de Delitos Telemáticos. Pasados cinco minutos, Daniel Marín dejó de manipular las teclas y los ratones. Observó las pantallas y giró una para mostrarles el resultado: una cuadrícula central con dos cifras de ocho números.

33.740846 - 118.29012

—

—Ahí tienen —dijo.

—Ningún número coincide. —Julián Castilla señaló el monitor.

—Lo sé —afirmó—. Pero ya sabemos qué esconden.

—¿La combinación de una caja fuerte? —insistió la teniente Santillana.

—Coordenadas geográficas —determinó Daniel Marín tajante—. Éstas corresponden al número 333 de la avenida Grand de Los Ángeles. Interpretar las del papelito no entraña ningún problema.

—Las coordenadas —refutó el periodista, sin comprender la lógica— se expresan en grados, minutos y segundos.

—Dependiendo del sistema —dijo Daniel Marín—. El más común utiliza sólo la latitud y la longitud, como las cifras de su papel. La primera columna corresponde a la latitud y la segunda a la longitud.

—¿Tres coordenadas? —dudó la teniente, también sin verlo claro.

—Eso parece.

—No muestran grados, ni minutos... —insistió Julián Castilla.

—Las coordenadas —expuso Daniel Marín— se registran de tres formas distintas: en grados polares o decimales, *decimal degrees*, en grados y minutos o *degrees and minutes*, y en grados, minutos y segundos, o *degrees, minutes and seconds*. Las definiciones en inglés dan lugar a sus abreviaturas: DD, DM y DMS.

—¿A cuál de los tres sistemas pertenecen las coordenadas del papel? —insistió la teniente Santillana.

—Al primero —respondió el guardia civil—. Son coordenadas transcritas en el sistema DD de grados polares o decimales.

—Averigüe los lugares que señalan.

—De inmediato.

Daniel Marín se colocó ante el ordenador que mostraba una coordenada DD en la cuadrícula central de la pantalla. Borró las dos cifras e introdujo las seis que contenía el papelito. Luego pulsó las teclas y pinchó varios iconos con el cursor. Las coordenadas DD desaparecieron y la cuadrícula las mostró convertidas al sistema DMS.

39° 51' 24.93" N 4 0 01' 49.72" W

39° 51' 31.17" N 4 0 01' 27.07" W

39° 51' 20.73" N 4 0 01' 45.92" W

—

Tres lugares muy próximos entre sí —observó Julián Castilla—. Sólo hay una variación de segundos.

—Así es —corroboró Daniel Marín—. Ahora sólo tengo que utilizar un programa de localización GPS con sistema UTM para situar los puntos sobre el terreno.

Manipuló una vez más el teclado y el ratón, abrió una ventana e introdujo las coordenadas DMS. El programa las convirtió al sistema UTM de los navegadores GPS.

X = 411854.45 Y = 4412385.58 Huso = 30 Hemisferio = Norte

X = 412394.89 Y = 4412571.72 Huso = 30 Hemisferio = Norte

X = 411943.44 Y = 4412254.83 Huso = 30 Hemisferio = Norte

Pinchó una serie de iconos y acto seguido aparecieron tres direcciones. Julián Castilla las anotó en su libreta.

Travesía de la judería s/n. Toledo (Europa, España)

Callejón de San Ginés, 3. Toledo (Europa, España)

Samuel Leví, s/n. Toledo (Europa, España)

—

—Lugares de Toledo —murmuró la teniente, perpleja.

—Como suponía —dijo Daniel Marín— el conjunto de seis cifras correspondía a una sola variable.

—¿Qué hay en esas direcciones? —inquirió Julián Castilla.

—Lo ignoro —le respondió Daniel Marín indiferente—. Si quieren puedo mostrarles imágenes de satélite del sistema Google Maps.

Ambos asintieron. Daniel Marín entró en la página de Google Maps de Toledo, introdujo en el espacio de búsqueda la primera dirección y en la pantalla apareció el mapa urbano con un pequeño indicador del lugar solicitado. Amplió con el zum la imagen al máximo y les mostró un conjunto de casas de techumbres de teja árabe. Repitió la operación con las otras dos direcciones y obtuvo idéntico resultado.

—Al parecer sólo hay edificios —dijo el guardia civil.

Aurora Santillana agradeció a su compañero la colaboración y abandonaron el Grupo de Delitos Telemáticos.

—Debemos investigar las tres direcciones —determinó Julián Castilla, camino del aparcamiento.

—Primero —dijo la teniente Santillana sin ninguna prisa— visitaré a mis padres. Hace semanas que no les veo. Luego pasaré por mi casa a recoger un poco más de ropa. Preveo que mi estancia en Toledo va a prolongarse.

—Yo iré al periódico. Necesito algunas cosas.

—Quedemos mañana a las nueve —le propuso la teniente— en los jardines del Canal de Isabel II.

Julián Castilla esperaba en la esquina del paseo San Francisco y la calle Santander, frente al edificio de la Dirección General de la Guardia Civil y los jardines y campo de golf del Canal de Isabel II. Aurora Santillana detuvo puntual su Mégane Coupé junto a la acera; Julián Castilla subió y dejó una abultada bolsa de cuero en el asiento trasero.

—¿Qué lleva ahí?

—Un equipo fotográfico —dijo Julián Castilla— que he tomado prestado del periódico.

—Buena idea. —La teniente arrancó en dirección a la Calle 30—. He llamado a la Oficina de Turismo de Toledo —le puso al corriente— y he contratado a un guía.

—¿Para qué necesitamos a un guía?

—Le pediremos que nos lleve a esas direcciones.

—Un mapa es suficiente.

—Las imágenes de Google —intentó la teniente Santillana convencerle— mostraban edificios en apariencia sin ningún interés. Un guía conoce la ciudad al dedillo y puede aportarnos datos relevantes.

—Las calles de Toledo —se burló el periodista— encierran muchos misterios.

—He quedado —siguió la teniente— en la puerta de Bisagra. Nos presentaremos como una pareja de turistas para mantener la discreción.

—¿Tenemos pinta de estar de vacaciones?

—Ponga algo de su parte —sonrió la teniente Santillana malévola—. Cuélguese la cámara al hombro y será la viva estampa de un guiri.

—Todo atado y bien atado.

—En mi oficio la improvisación sale cara.

Estacionaron el automóvil y caminaron hacia la puerta de Bisagra. Sus torreones enmarcaban el escudo imperial de Carlos V y la estatua del ángel tutelar de la ciudad. La teniente Santillana miró el reloj. Faltaban cinco minutos para la cita. Julián Castilla colocó un zum de 24 - 70 milímetros en el cuerpo de la cámara y se la colgó del hombro. Desde la acera de la avenida de Alfonso VI un joven levantó la mano para reclamar su atención.

—¿Aurora Santillana? —preguntó al llegar junto a ellos.

—Encantada —dijo la teniente.

—Gregorio Álvarez, para servirles —se presentó, y les entregó una tarjeta de visita—. Guía oficial de Toledo. Me envían de la Oficina de Turismo para mostrarles la ciudad.

—Le estábamos esperando.

—¿Su marido?

—Un amigo —respondió la teniente Santillana a la defensiva.

—Perdonen —dijo Gregorio Álvarez—. En la oficina me han hablado de una pareja y he supuesto...

—Suelen tomarnos por marido y mujer —afirmó Julián Castilla con picardía. La teniente Santillana frunció el ceño y le dio un codazo.

—A su disposición —dijo Gregorio Álvarez—. Díganme sus preferencias. ¿Un recorrido por los principales monumentos? ¿Desean comprar espadas, damasquinados o mazapanes? ¿Les interesan los museos? ¿O prefieren centrar su visita en el arte hispano musulmán, hebreo o cristiano?

Julián Castilla sacó su libretita, pasó algunas hojas y le mostró las tres direcciones que situaban las coordenadas.

—Llévenos a estos lugares —dijo.

—¡Ajá! —asintió el guía—. Han elegido los monumentos más representativos de la cultura toledana.

—¿Está seguro? —receló la teniente Santillana. Gregorio Álvarez desplegó un mapa de Toledo que llevaba en el bolsillo, lo orientó sobre el terreno y les señaló la ubicación de las tres direcciones que les interesaban. Julián Castilla anotó el nombre de los monumentos al dictado.

Sinagoga de Santa María la Blanca

Cueva de Hércules

Sinagoga de El Tránsito

Lo mejor —les propuso el guía metido de lleno en su papel— será acceder al casco viejo por la puerta de Bisagra y descender en dirección al Tajo. Primero iremos al callejón de San Ginés, donde hay una entrada a la cueva de Hércules, y luego a las sinagogas de El Tránsito y Santa María la Blanca, dos joyas del arte hebreo próximas entre sí.

La teniente y el periodista asintieron. El guía se situó junto a un torreón de la puerta de Bisagra y les reclamó a su lado para no forzar la voz.

—La puerta de Bisagra —arrancó, con un discurso aprendido de memoria y repetido cientos de veces— data del reinado de Carlos V y consta de dos cuerpos independientes...

—Señor Álvarez —cortó Julián Castilla su disertación—, disponemos de poco tiempo. Llévenos a las direcciones citadas.

—Sólo intentaba —arguyó— hacer mi trabajo. Durante el recorrido, de un kilómetro y medio, pasaremos por monumentos muy importantes, como la iglesia de Santiago del Arrabal, la mezquita del Cristo de la Luz, la iglesia de San Ildefonso...

—Sólo esos tres sitios —recalcó la teniente Santillana.

—Van a perderse un montón de cosas interesantes —intentó convencerles.

El periodista y la teniente sonrieron ante su tenacidad y Gregorio Álvarez echó a andar con un gesto de resignación. Enseguida penetraron en el casco viejo de Toledo acompañados por los tañidos de las campanas que coronaban torres y espadañas. A medida que avanzaban hacia su primer punto, la entrada a la cueva de Hércules, se sucedían las casonas, palacios, iglesias y conventos de los estilos más dispares: árabe, mudéjar, gótico, renacentista... Al pasar frente a la mezquita del Cristo de la Luz, cuya primera piedra colocó el valí Muza ibn Alí el año 980, Gregorio Álvarez hizo amago de detenerse para mostrarles algunas curiosidades de su fachada de ladrillo visto e hiladas de filigranas geométricas, pero le indicaron que siguiera adelante.

A los pocos minutos entraron en un dédalo de callejuelas estrechas, edificios en muy mal estado de conservación y portales sombríos y un tanto lúgubres. Gregorio Álvarez se detuvo frente a un portal cuya entrada decoraba una piedra grabada con una cruz palmeada inscrita en un círculo y en el centro seis cuarteles.

—¿Hemos llegado? —preguntó Julián Castilla.

—Sí —respondió el guía—. Estamos en el número 3 del callejón de San Ginés. La entrada oficial a la cueva de Hércules. Esa piedra —señaló la cruz— perteneció a una casa visigoda.

El periodista hizo varias fotografías del acceso a la cueva y registró en su libreta los números de las instantáneas de su Canon 5D Mark II para identificarlas con posterioridad. Luego se colgó la cámara del cuello y se dispuso a tomar notas.

—Ahora —dijo la teniente Santillana al guía— puede explayarse a voluntad.

—El subsuelo de esta casa —comenzó y señaló el empedrado de la calle— oculta una de las tres entradas a la famosa cueva de Hércules, las otras dos, según la tradición, se hallan en el cerro del Bu y junto a la presa de Alcantarilla.

—La presa de Alcantarilla está a treinta y ocho kilómetros —receló la teniente.

—Lo sé —admitió Gregorio Álvarez—. Primero les relataré las leyendas populares y luego les hablaré de la razón científica. ¿Les parece?

—Precisamos la mayor información posible —le advirtió Julián Castilla.

—Las tradiciones más antiguas —comenzó— atribuyen la excavación de la cueva a Túbal, nieto de Noé citado en la Biblia, el Hércules egipcio que conquistó el mundo. En esta cueva enseñó ciencias ocultas y enterró sus tesoros y varios objetos y pergaminos.

—¿Dónde está el trasfondo de la leyenda? —incidió Aurora Santillana.

—En la tradición alquímica de Toledo —respondió— y en las enseñanzas de las escuelas herméticas tuteladas por distintas sociedades secretas y órdenes de caballería.

—¿Qué había en este lugar?

—La iglesia de San Ginés —afirmó—, construida sobre los restos de una mezquita alzada a su vez en los cimientos de una iglesia visigótica. Al derribarse la iglesia en 1841, apareció el acceso a la cueva.

—Las culturas se superponen —murmuró Julián Castilla, y anotó los datos en su libreta.

—Hércules o Túbal construyó la cueva —siguió Gregorio Álvarez—, que en otras leyendas se transforma en un palacio, y enterró sus tesoros en ella. Los cerró con una puerta y un candado y ordenó su custodia a diez soldados de su guardia personal. Cada rey que sucedió a Hércules colocó un candado en la puerta.

—¿Para qué? —inquirió la teniente.

—Querían asegurarse de que nadie entrase —argumentó—. De violentar la puerta se desataría una maldición y el reino desaparecería.

—Alguien rompió el tabú —dedujo Julián Castilla.

—Ha dado en el clavo —sonrió el guía—. Don Rodrigo, el último rey visigodo de Toledo, se negó a colocar el candado que la tradición le exigía, arrancó los

veinticuatro existentes y penetró en la cueva.

—Esta historia me suena —apuntó la teniente Santillana—. La he escuchado o leído de otro lugar.

—Varios autores —determinó Gregorio Álvarez— la han tomado para escribir sus obras. El Marqués de Sade, en sus Crímenes del amor, recoge una historia que titula «Rodrigo o la torre encantada», y Mario Roso de Luna también habla de la cueva de Hércules en su obra *Del árbol de las Hespérides*.

—Siga —le pidió la teniente—, me tiene en ascuas.

—Don Rodrigo entró en la cueva —continuó el guía— y halló cuatro estancias: una blanca, otra negra, la tercera verde y la cuarta roja. En la tercera había un arca, la abrió y halló una tela pintada con arqueros vestidos a la usanza de los musulmanes, y una inscripción que alertaba del peligro que amenazaba a la Península.

—Una premonición —terció Julián Castilla— de la invasión árabe.

—Don Rodrigo —avanzó Gregorio Álvarez— comprendió que la maldición había caído sobre su reino. Los árabes habían desembarcado en Andalucía y avanzaban hacia el norte. Desesperado, recordó que en los alrededores de Toledo se levantaba una torre Encantada llena de tesoros. Corrió hacia ella para apoderarse de los bienes y huir, pero se topó con una puerta que ningún mortal había podido abrir y una inscripción griega que advertía: «No te acerques si temes a la muerte».

—¿Dónde estaba la supuesta torre Encantada? —preguntó Julián Castilla.

—En el cerro del Bu. —El guía señaló con la mano en esa dirección—. Después les relataré algo sobre el mismo. La cueva de Hércules y la torre Encantada son distintas versiones de una misma tradición.

—¿Cómo terminó la historia de don Rodrigo? —dijo la teniente Santillana, intrigada.

—El rey ordenó descerrajar la puerta —le complació— y penetró en un lugar siniestro, repleto de monstruos, lagos y ríos de fuego, hasta que halló un tesoro del que jamás pudo disfrutar porque un árabe le segó la vida con una flecha. Otras versiones aseguran que don Rodrigo regresó a Toledo y esa misma noche, desde una iglesia alzada en el actual emplazamiento del castillo de San Servando, contempló la destrucción de la cueva o torre a causa de una gran explosión.

—¿Qué produjo la explosión? —se extrañó la teniente—. En tiempos de don Rodrigo se desconocía la pólvora.

—Buena pregunta. —Julián Castilla le guiñó un ojo—. La pólvora la inventaron los chinos en la baja Edad Media europea, y como arma de guerra la introdujeron los árabes en la Península durante el sitio de Niebla de 1257. Seis siglos después de don Rodrigo.

—Nunca me habían planteado esta cuestión —admitió el guía, pensativo—. Quizá de la cueva manaban gases. En las minas de carbón el grisú provoca

explosiones.

—En Toledo nunca hubo minas de carbón —le rebatió la teniente— y la cueva de Hércules era artificial.

—¿Se conocen los tesoros que ocultaba? —dijo Julián Castilla, para evitar que la charla derivara hacia otros derroteros.

—Por supuesto —asintió el guía—. Entre los más codiciados estaba la mesa de Salomón.

—El Rey Sabio —apuntó la teniente.

—Una mesa —expuso el guía— que Salomón construyó para el Templo de Jerusalén.

—Vaya —suspiró Julián Castilla—, la leyenda sopla a favor del judaísmo.

—¿A qué se refiere? —incidió Gregorio Álvarez desconcertado.

—El nombre Salomón —expuso Julián Castilla—, *Selemô* en hebreo, se relaciona con el nombre divino de Salem o Jerusalén, que deriva de la antigua ciudad real de Melquisedec. En las Sagradas Escrituras, Jerusalén se convierte en un símbolo de las esperanzas mesiánicas y se describe como el centro glorioso de un reino terrenal y divino.

—Nunca imaginé —dijo la teniente Santillana sorprendida— que supiese tanto sobre la Biblia.

—Hace años —le explicó Julián Castilla— colaboré en una edición de la *Biblia del Oso* de Casiodoro de Reina.

—Jerusalén —contrapuso Gregorio Álvarez sin dejarse apabullar— también presenta una visión catastrófica. La iconografía cristiana del Apocalipsis de san Juan termina con la Jerusalén celestial. Para muchos expertos se trata de un mensaje alquímico, y Toledo se convirtió en cuna de la alquimia durante la Edad Media.

—¿Cómo llegó la mesa de Salomón a la cueva de Hércules? —curioseó la teniente.

—Tras la destrucción del Templo de Jerusalén —expuso Gregorio Álvarez— la mesa desapareció y siglos más tarde reapareció en Toledo.

—Esa mesa nunca existió —rechazó Julián Castilla, escéptico.

—Cabe la posibilidad —admitió el guía—. Aunque numerosos cronistas hablan de ella, como el geógrafo hispanomusulmán El Idrisí.

—¿La describen de alguna manera? —siguió la teniente.

—Circular —relató—, de oro y plata, bordeada de tres hileras de piedras preciosas: perlas, rubíes y esmeraldas, que simbolizaban el cielo de las estrellas fijas. La superficie mostraba doce panes, en representación de los doce signos zodiacales, y siete piedras preciosas emulaban a los siete planetas de la tradición alquímica. La sostenían trescientos sesenta y cinco pies de oro macizo, una clara alusión al ciclo anual de la naturaleza.

—Y además —ironizó Julián Castilla— tenía poderes mágicos.

—Las leyendas que perviven durante siglos —dijo el guía para defenderse— suelen basarse en relatos históricos.

—Supongo —terció la teniente Santillana— que la cueva ha sido explorada y nunca se ha descubierto nada.

—Para los toledanos —apuntó Gregorio Álvarez— las maravillas que encerraba la cueva de Hércules formaban parte de una realidad tangible, y en 1546 el cardenal Silíceo mandó explorarla.

—Apuesto a que salieron con las manos vacías —dijo Julián Castilla.

—Varios hombres penetraron en la cueva —relató el guía— y pasadas unas horas regresaron a la superficie con cara de espanto. Al preguntarles qué les había sucedido narraron historias de seres fantásticos. El cardenal ordenó tapiar la entrada y el tema se olvidó hasta el año 1841, cuando, tras demoler la iglesia de San Ginés, la cueva volvió a explorarse.

—¿Los expedicionarios también regresaron aterrados? —preguntó la teniente Santillana encandilada con la historia.

—No —respondió Gregorio Álvarez—. El vizconde Palazuelos dejó referencias escritas de dicha exploración y sólo menciona montones de escombros que impedían el paso, restos de bóvedas de piedras paralelas y semicirculares unidas por arcos cerrados y boquetes tapiados que conectaban con otras bóvedas.

—Ni mesa, ni monstruos, ni ríos de fuego... —desgranó Julián Castilla en tono de crítica.

—Para defender la leyenda —dijo Gregorio Álvarez— sus partidarios argumentan que la cueva nunca se ha explorado en su totalidad, pese a que en 1929 Ventura López, un sacerdote toledano, la registró de nuevo y, en 1974, José Antonio García y Julio Porres organizaron una expedición de carácter científico.

—Una entrada a la cueva —le recordó Julián Castilla— está cerca de la presa de Alcantarilla.

—Tiene buena memoria.

—Más bien muchas notas en mi libreta —sonrió—. Si una entrada se sitúa en el embalse de Alcantarilla cabe suponer que la cueva nunca se ha recorrido en su totalidad.

—Cuatro zumbados —admitió el guía— todavía creen en la leyenda y sostienen que en el cerro del Bu, que significa «diablo» en árabe, existe otro acceso que conduce a una galería que transita bajo el Tajo y muere en la catedral de Toledo.

—¡La imaginación al poder!

—Están convencidos —siguió— de que en el subsuelo del altar del Transparente, a unos veinticinco metros de profundidad, una nave conserva la mesa de Salomón y otros tesoros custodiados por dos estatuas mecánicas dotadas de mazas de hierro.

Estas estatuas serían los seres fantásticos que vieron los exploradores del cardenal Silíceo.

—Cada vez la leyenda exagera más —opinó la teniente Santillana.

—Debo darle la razón —admitió el guía—. Como ha recordado su amigo, una tercera entrada a la cueva de Hércules está junto a la presa de Alcantarilla. Desde allí un túnel conduciría a la nave bajo el altar del Transparente. Por ese túnel circularía un caudal de agua que atravesaría un conglomerado de calamita, se cargaría de electricidad y accionaría las estatuas.

—¿Estatuas en movimiento durante miles de años? —ironizó la teniente—. ¿Cómo puede darse crédito a semejantes majaderías? ¿Nadie ha oído hablar de la fatiga de los metales?

—Hay gente para todo —afirmó Julián Castilla.

—A los turistas les encantan estas historias —dijo Gregorio Álvarez para justificar su disertación—. Ustedes son de otro fuste. ¿Historiadores? ¿He acertado?

—Sí —dijo Julián Castilla, sin darle tiempo a la teniente a desmentir su afirmación.

—Será mejor recobrar la cordura —sonrió Gregorio Álvarez—. En realidad bajo este pavimento se oculta un depósito de aguas de la época romana construido con bóvedas de cañón y sillarejo.

—La ciencia se impone.

—El primitivo depósito —siguió Gregorio Álvarez en un tono más serio— se construyó a mediados del siglo I y presentaba el aspecto de un gran alberca de forma rectangular, con un rebosadero en el borde. De este depósito se conserva la primera mitad del muro levantado en *opus caementicium* y revestido de *opus signinum*.

—Una interpretación muy diferente —determinó la teniente.

—A esta construcción romana —amplió el guía su información— se superpusieron otras en época visigoda, quizá una primitiva iglesia, y más tarde una casa mora o una mezquita hasta que en 1148 se alzó la desaparecida iglesia de San Ginés, de la que se conservan restos de los muros.

—Fin del mito de Hércules.

—La leyenda se ha sostenido —arguyó el guía— porque el subsuelo de Toledo tiene el aspecto de un gran queso de gruyer. Hay subterráneos en infinidad de lugares: la calle Navarro Ledesma, bajo el edificio de Hacienda, la casa del Greco, el paseo del Tránsito, el convento de San Clemente, el Alcázar, Zocodover, el callejón de la Sillería, la casa de los Rojas...

—Los cimientos de Toledo están huecos.

—Este hecho —dijo Gregorio Álvarez— ha llevado a los esoteristas a identificarla con el símbolo de la «montaña hueca» u «horno de los filósofos», y a convertirla en centro de la alquimia universal.

—¿Para qué sirvieron los subterráneos? —inquirió Julián Castilla.

—Tuvieron diversos usos —respondió—: almacenes, bodegas, aljibes, caballerizas e incluso se convirtieron en templos paganos al declararse oficial el cristianismo. Durante la Guerra Civil del 36 algunos republicanos huyeron por ellos a Mocejón.

—Toledo y Mocejón distan quince kilómetros —calculó Julián Castilla—. Tampoco resulta creíble.

—Los arqueólogos —aportó Gregorio Álvarez— han constatado que en Mocejón existen galerías subterráneas del cuarto milenio antes de nuestra era. Se accede a través de una bóveda que termina en una sala tan grande como la catedral. De ella parten otras galerías orientadas hacia Toledo, aunque nunca se han explorado debido a los derrumbes.

—¿Una ciudad subterránea?

—Parece extraño —admitió— pero se han descubierto varias en Turquía. Tuve la ocasión de visitar Kaymakli y Derinkuyu, y en la primera vivían treinta mil personas.

—¿Todas bajo el suelo? —receló la teniente Santillana.

—Sí —dijo—. ¿Desean entrar en la cueva? —les ofreció y señaló la puerta—. Aunque debo advertirles que sólo verán sillares de piedra de granito.

—Preferimos continuar la visita.

Caminaron hacia la plaza de Amador de los Ríos y por la calle de Alfonso X el Sabio se dirigieron al Tajo para entrar en la judería, un laberinto de callejuelas que serpenteaban entre casas centenarias cuyas paredes mostraban lápidas hebreas utilizadas como material de derribo para reforzar una esquina o un dintel. Los judíos tuvieron en *Toledoth* diez sinagogas, aunque en 1492, al promulgar los Reyes Católicos el Edicto de Expulsión, sólo quedaban cinco.

Gregorio Álvarez estuvo tentado de relatarles la historia de Vicente Ferrer, un fanático antisemita que bañó de sangre la aljama, pero guardó silencio hasta situarse frente a la puerta de la sinagoga de El Tránsito. Julián Castilla tomó algunas fotografías de la espadaña de ladrillo con hueco para dos campanas, de la celosía de madera y la puerta de acceso, y anotó los números en su libreta.

—He aquí —dijo el guía y señaló la fachada— la obra cumbre de Samuel ha-Leví, miembro de la ilustre familia de los Abulafia y banquero de Pedro I el Cruel.

—¿Quiénes fueron los Abulafia? —preguntó Aurora Santillana, que disfrutaba del paseo.

—Una dinastía de comerciantes y cabalistas —respondió— entre cuyos miembros figuraba Abraham Abulafia, artífice de la cábala extática o profética. El rabino de Hebrón le bautizó como el «dueño de todos los secretos».

—¿Vivió en Toledo?

—Sí —dijo Gregorio Álvarez—, aunque se desconoce cuánto tiempo.

—Curioso —musitó.

—Abraham Abulafia —apuntó el guía— está de actualidad entre los informáticos por adelantar los aspectos combinatorios de la ciencia de la información.

—Un exponente —opinó la teniente Santillana— de la riqueza y la cultura de los judíos toledanos.

—Samuel ha-Leví —continuó Gregorio Álvarez— levantó su residencia junto al Tajo y le unió esta sinagoga contraviniendo las leyes hebreas que obligaban a disimular los templos en el paisaje urbano.

—¿Alguna leyenda al respecto? —inquirió Julián Castilla, en tono coloquial.

—Claro —sonrió Gregorio Álvarez, a gusto en su papel—. Donde se alza la falsa casa del Greco, porque jamás el pintor habitó en ella, estaba el palacio de Samuel ha-Leví. La tradición asegura que contaba con subterráneos repletos de riquezas. Pedro I el Cruel le pidió una parte y el judío se la negó.

—Las arcas reales estaban arruinadas —dijo la teniente.

—El reinado de Pedro I el Cruel —convino el guía— sufrió la grave crisis castellana de mediados del siglo XIV.

—Mató a Samuel ha-Leví —pronosticó Julián Castilla— y se apoderó de sus tesoros.

—Peor —sonrió Gregorio Álvarez—. Ordenó prenderle y someterle a torturas hasta que le entregó ciento setenta mil doblas, cuatro mil marcos de plata y ciento veinticinco arcones llenos de oro y joyas.

—Por sus comentarios —dijo Julián Castilla— deduzco que la sinagoga se remonta al siglo XIV.

—Al 1366 —precisó—. Samuel ha-Leví encargó su construcción a Meir ad-Deli, su maestro de obras, y tras la expulsión de los judíos pasó a la Orden de Calatrava y se transformó en la iglesia de San Benito.

—«Piedra en la piedra...» —recitó la teniente Santillana, con una poesía de Pablo Neruda en la memoria.

—Más tarde —continuó Gregorio Álvarez— se convirtió en la ermita de Nuestra Señora de El Tránsito. Entremos —sugirió—. Su interior la sitúa entre las grandes obras del arte religioso judío.

Abonaron las entradas y accedieron al interior de la sinagoga: una nave de veinticuatro metros de largo por diez de ancho. El guía se situó en el centro y señaló la decoración de la pared oriental. Una arcada lobulada albergaba la *tebah* o armario para guardar los rollos de la Tora, y las paredes mostraban una ornamentación de piñas, palmetas, estrellas de David y lirios combinados con el escudo de Castilla. En los muros laterales destacaban un friso de yesería y salmos redactados en hebreo que elogiaban a Samuel ha-Leví, Meir ad-Deli y Pedro I el Cruel. La tribuna destinada a las mujeres se abría en el muro de mediodía. Debajo estaba el altar, que recordaba la

consagración de la sinagoga al rito cristiano, y a los pies de la nave una puerta daba paso al Museo Sefardí, una antigua sala que sirvió de archivo a la Orden de Calatrava. Por último, les mostró el rico artesonado de madera de cedro e incrustaciones de nácar, y la arquería polilobulada y su celosía sostenida por columnitas de mármol policromado.

—Llama la atención —dijo el guía— que en las paredes aparezca repetidas veces el tau, la última letra del alefato, la inicial de la palabra «fuerza» en hebreo.

—¿A qué se debe? —inquirió la teniente Santillana.

—No sabría decirle —lamentó el guía—. El tau surge de norte a sur en infinidad de culturas. En la mitología escandinava el dios Thor luce el *mjöllnir*, un martillo mágico en forma de tau fabricado por los enanos Eitri y Brokkr. En India, con el nombre de *tiluk*, sirve de marca a los devotos de Brahma, y para los druidas la *gallicum tau* simbolizó al dios supremo.

—También pertenece a la mitología egipcia —incidió Julián Castilla.

—El anj o tau —siguió Gregorio Álvarez, animado por el interés que demostraban sus clientes— para los egipcios simbolizaba la vida y figuraba entre sus talismanes más populares. Algunos egiptólogos lo asimilan al nombre del dios Toth, el conocimiento absoluto.

—¿De dónde procede el tau? —preguntó la teniente Santillana.

—Las investigaciones apuntan a Babilonia —respondió Gregorio Álvarez—. El dios sumerio Dumuzi se convirtió en los textos arameos y hebreos en Tammuz, el «hijo del dragón celeste», y tenía por símbolo el tau. Aunque también se encuentra en Creta, como representación de la *labrys* o «hacha de doble filo», la imagen de la fuerza creadora de la Gran Madre.

—¿Qué simbolizaba para los hebreos? —dijo Julián Castilla.

—El nombre de Yahvé —expuso el guía—. Durante su destierro en Babilonia los judíos adoraron al dios Tammuz. Una tradición asegura que Moisés ungió sumo sacerdote a su hermano Aarón con un tau en la frente. Su cayado, que transformó en serpiente ante el faraón, tenía forma de tau.

—Interesante —musitó la teniente Santillana.

—De la cultura hebrea el tau pasó a la cristiana —dedujo Julián Castilla.

—Sin lugar a dudas —convino Gregorio Álvarez—. Desde los primeros días de la cristiandad el tau ha estado presente en sus ritos y tradiciones, aunque con el nombre de *crux commissa*. El Antiguo Testamento alude en numerosas ocasiones a la misma y el ángel exterminador del Apocalipsis marcará el tau en la frente de los predestinados.

—Un símbolo mágico.

—En 1146 —argumentó el guía— Bernardo de Claraval solicitó al papa Eugenio III que el tau se convirtiera en la cruz oficial de la Orden del Temple.

—He leído —afirmó la teniente Santillana— que utilizaban la cruz de pata de oca.

—Los templarios —especificó Gregorio Álvarez— disponían de cuatro cruces: la griega, la de pata de oca, el tau o *commissa* y la patriarcal, también llamada de Lorena o de Caravaca.

—¿Para qué precisaban cuatro cruces?

—Se trataba —expuso— de un símbolo alquímico de los cuatro elementos primordiales: tierra, agua, fuego y aire. Cada cruz representaba un elemento y se cree que definía una zona o región bajo su dominio.

—Preciso una aclaración —solicitó Julián Castilla.

—Los templarios —le complació— colocaron la cruz griega en castillos e iglesias de Castilla y Portugal, la cruz de pata de oca en Aragón, la cruz de tau en enclaves que consideraban mágicos, como el castillo de Ponferrada, y la cruz patriarcal la portaban el Gran Maestre y los altos dignatarios de la orden. Además, la cruz patriarcal se grababa en edificios muy importantes, como la iglesia de la Vera Cruz de Segovia o la iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Río.

—Un símbolo de amplia representación y significado —admitió el periodista.

—Mucha gente —opinó la teniente— la lleva de amuleto.

Salieron de la sinagoga de El Tránsito y tras un corto paseo llegaron a la sinagoga de Santa María la Blanca. Como tenía por costumbre, Gregorio Álvarez se paró ante la fachada principal y les relató las vicisitudes de su historia. Según la tradición la construyó en el siglo XII un tal Abraham, privado del rey Alfonso VIII, sobre una cimentación de tierra traída ex profeso de Israel. En el siglo XV la arrasó un incendio provocado por los seguidores de Vicente Ferrer y, más tarde, se reconstruyó y consagró al rito cristiano bajo la advocación de Santa María la Blanca. En 1550 el cardenal Silíceo estableció un beaterío para mujeres públicas y le añadió tres capillas. Se utilizó algún tiempo de ermita y, en 1790, de cuartel de infantería. En el siglo XIX se convirtió en un almacén de maderas.

—El exterior —dijo— no merece ningún comentario. Salvo por el recogimiento del jardín. ¿Quieren entrar?

—¿Vale la pena? —dudó Julián Castilla.

—Presenta una arquitectura única en su género.

—Entonces no se hable más —determinó la teniente Santillana.

Penetraron en el interior de la sinagoga y les sorprendió el color blanco que resplandecía en todos los rincones. Gregorio Álvarez señaló sus cinco naves y luego les mostró los soportes, arquerías y capiteles de influencias bizantinas y persas. Piñas, lirios y estrellas de David decoraban los muros. Los arcos de herradura separaban las naves y denotaban la influencia del arte almohade al servicio de la comunidad judía.

—Santa María la Blanca —dijo el guía para concluir su disertación— se

menciona en algunos textos como la sinagoga Mayor de Toledo.

—¿Hay inscripciones como en El Tránsito? —inquirió Julián Castilla.

—Nunca —respondió— han aparecido inscripciones en Santa María la Blanca.

—Parece raro —insistió.

—Los expertos desconocen los motivos —arguyó Gregorio Álvarez—. Quizá la costumbre de colocar inscripciones con alabanzas fuese posterior, o quizá se pintaron en los huecos de los medallones y desaparecieron con el paso de los siglos.

—¿Y elementos mágicos como el tau? —dijo la teniente Santillana.

—Por supuesto —afirmó—. El arte hebreo es simbólico. Los cabalistas atribuyen a las cinco naves, que imitan a la sinagoga de Cafarnaúm, un poder mágico relacionado con el pentaclo o estrella de cinco puntas de los pitagóricos.

—¿El símbolo del diablo?

—No —sonrió Gregorio Álvarez—. La estrella de cinco puntas invertida se convirtió en un signo infernal a partir de la Edad Media. El paseo de la Fama de Hollywood está plagado de pentaclos y sus actores y actrices no adoran al diablo.

—Lógico.

—El pentaclo proviene de Egipto —aclaró el guía— y simbolizaba la elevación intelectual y espiritual. ¿Les interesan estos aspectos? —preguntó para evitarse un chasco.

—Sí —dijo Julián Castilla, sin dejar de tomar notas—. Cualquier información sobre estos tres lugares es importante.

—Bien —suspiró, y pensó unos segundos la manera de abordar el tema—. Primero les hablaré de las connotaciones mágicas del número cinco y luego de la estrella de David, *hexagrama* o sello de Salomón.

—¿Suelen preguntarle los turistas al respecto? —curioseó la teniente Santillana.

—No —respondió—. Cada visita está pautada y se explica lo fundamental. Su caso es diferente. Sólo les interesan tres lugares y puedo dedicarles más tiempo. —El guía respiró, señaló la ubicación de las cinco naves, como una azafata las salidas de emergencia de un avión, y arrancó—: El cinco se considera un número mágico en las tres religiones monoteístas al formarse con la suma del primer número par e impar, y ocupar una posición central en los nueve primeros números. Por este motivo los pitagóricos lo consideraban el número de la unión.

—Un número de equilibrio —dedujo la teniente—. Parecido al yin y el yang.

—Buena comparación —admitió—. El cinco aúna la fuerza terrena del dos y la celeste del tres, enlaza el cielo y la tierra y se convierte en una especie de hierogamia sagrada, en un pantáculo, nombre que recibe en la magia antigua.

—Un hombre con los brazos en cruz y las piernas en ángulo de cuarenta y cinco grados —recordó Julián Castilla, con el dibujo de Leonardo da Vinci en la mente.

—El símbolo del universo —convino Gregorio Álvarez— y sus dos ejes:

horizontal y vertical.

—Los seres humanos —terció la teniente Santillana— adquirieron conciencia del número al observar la impresión de sus manos en la arena.

—Eso argumentan los antropólogos —asintió el guía—. Por esta razón el cinco se considera un número mágico universal: la mano tiene cinco dedos, cinco son los sentidos, cinco las columnas de la piedad del islam y cinco las heridas de Cristo en la cruz. En China el cinco es el número mágico por excelencia. Los chinos reconocían la existencia de cinco colores, cinco olores, cinco tonos musicales, cinco planetas, cinco metales..., y se convirtió en el número de la unión entre el yin y el yang.

—No andaba desencaminada.

—¿Qué valor le atribuían los hebreos? —preguntó Julián Castilla.

—Es complicado de explicar —les advirtió Gregorio Álvarez y se rascó la cabeza—. El sistema numérico hebreo atribuye a cada letra del alefato un número y una construcción geométrica, y esta dualidad goza de aspectos religiosos y místicos incluso en geometría sagrada.

—Pónganos un ejemplo —le pidió la teniente Santillana.

—La primera letra del alefato —expuso—, *aleph*, simboliza el uno y representa un triángulo equilátero, la segunda, *beth*, se asocia al cuadrado, y *gimmel*, la tercera, al pentágono. El cinco, *bei*, alude a los cinco libros del Pentateuco que los judíos denominan Tora.

—Cinco libros —dijo Julián Castilla— que abarcan de la creación del cosmos y del ser humano hasta la muerte de Moisés, acontecida antes de cruzar el Jordán y entrar en la Tierra Prometida. Aunque ninguno de los conceptos históricos del Pentateuco responde a la verdad histórica.

—No deja de sorprenderme —bromeó la teniente Santillana.

—En los textos hebreos —recondujo Gregorio Álvarez la conversación— una misma letra puede tener dos significados, como *beth*, que simboliza el dos y también el cuatro.

—Un galimatías que mezcla la aritmética y el alefato para formar un lenguaje críptico.

—La mayoría de los *pantáculos* hebreos tenían en su composición el número cinco.

—Defina *pantáculo* —le solicitó Julián Castilla.

—Para los judíos —dijo— representa la forma más evolucionada del talismán.

—¿Una especie de amuleto? —interpretó la teniente Santillana.

—No exactamente —rechazó el guía—. Los amuletos fueron objetos protectores que actuaban mediante el poder de piedras, metales, textos o letras, y los *pantáculos* irradiaban por sí mismos la fuerza de las potencias del cosmos.

—El *pantáculo* —dedujo Julián Castilla— concentraba la energía del

macrocosmos.

—¿Las medallas y estampas cristianas —incidió la teniente Santillana— son amuletos o *pantáculos*?

—Amuletos —determinó Gregorio Álvarez—. Como las filacterias hebreas. Los *pantáculos* judíos se denominaban maguem, «escudo», y quienes los confeccionaban, assafim. El maguem David, estrella de David o sello de Salomón, el más poderoso de los *pantáculos*, decora las sinagogas gracias a su fuerza protectora. Los árabes también le atribuyen poderes mágicos y le llaman khatam Suleymán.

—El símbolo nacional judío —terció Julián Castilla— que recuerda el reinado de David, unificador de Israel y Judá.

—¿Conoce la historia del pueblo de Abraham? —le preguntó el guía.

—He estado en Israel y algo he aprendido.

—¿Por qué conferían los judíos poderes mágicos a una simple estrella? —incidió la teniente Santillana.

—Según la tradición oral —continuó Gregorio Álvarez— cuatro ángeles guardianes de los vientos, las aguas, los demonios y los animales entregaron al rey Salomón, hijo de David, un anillo mágico que había pertenecido a su padre. De ahí que se conozca como estrella de David o sello de Salomón.

—Un origen celeste.

—Los *pantáculos* más valiosos —subrayó— provienen del cielo, asimilado a las fuerzas del macrocosmos. Para los expertos los cuatro ángeles simbolizan los cuatro elementos de la alquimia, la ciencia que intentaba reproducir la obra del demiurgo creador.

—Un talismán poderoso.

—El anillo —siguió Gregorio Álvarez con su exposición— contenía un sello formado por un *hexagrama* o estrella de seis puntas, el *hexalfa* hebreo, y tras la muerte de Salomón quedó enterrado en su sepulcro, en la isla de los Siete Mares.

—Suen a cuento para entretener a los niños —opinó Julián Castilla.

—El relato —sonrió— parte de *Las mil y una noches*, cuyos orígenes se sitúan en el siglo IX, aunque la primera referencia al sello de Salomón la registra el *Gran papiro mágico de París*, del siglo III, en el llamado «exorcismo de Pibequis», que conjura a los posesos mediante el sello que Salomón colocó en la lengua de Jeremías para hacerle hablar.

—Egipto está en el origen de la mayoría de los misterios.

—Siga —le rogó la teniente Santillana—. Me encantan este tipo de historias.

—Para los judíos —dijo Gregorio Álvarez— la estrella de David o sello de Salomón simbolizaba la dualidad del universo, la unión del macrocosmos y el microcosmos regidos por el ternario, Hermes Trismegisto. En resumen, la expresión máxima del conocimiento o sabiduría que representan los dos triángulos equiláteros

que componen el sello de Salomón. En el centro figuraba el nombre secreto de Yahvé, el famoso tetragrámaton *Yhvh*.

—Una cábala que mezcla el alefato, las matemáticas y la geometría.

—Para los alquimistas hebreos —confirmó el guía— el sello de Salomón formaba parte de una cábala geométrica que marcaba el camino hacia la piedra filosofal.

—Cientos de interpretaciones —dijo Julián Castilla— para un mismo símbolo.

—Ufff... —resopló la teniente Santillana—. Necesitaré varios días para asimilar la información.

—Sólo he tratado de complacerles —se justificó el guía—. La visita ha terminado. Me espera un grupo de italianos en la puerta de Bisagra.

Aurora Santillana abonó a Gregorio Álvarez sus honorarios y se despidieron. Julián Castilla tomó algunas fotografías de las naves, de las estrellas de David y de la decoración de los capiteles, y luego salieron de la sinagoga. El cielo se había cubierto y soplaba un aire gélido. Guardó la cámara en la bolsa.

—Quisiera compartir los gastos —dijo Julián Castilla.

—No se preocupe —rechazó la teniente—. Dispongo de presupuesto suficiente para llevar a cabo esta investigación.

—Permítame al menos —insistió el periodista— invitarla a comer. Ha pasado la mañana sin darnos cuenta.

—¿Conoce algún sitio acogedor? —dijo, y se estremeció de frío—. Estoy helada.

—A diez minutos está Locum: decoración moderna, pinacoteca, buenos vinos... ¿Qué le parece?

—Cualquier cosa con tal de calentarme.

Caminaron en dirección a la catedral y llegaron a la calle Locum y al restaurante homónimo, cerca de la posada de la Santa Hermandad, de la época de los Reyes Católicos, y del Teatro Rojas, el antiguo Mesón de la Fruta, un corral de comedias del siglo xv. Entraron. El *mâitre* les acomodó en una mesa y les entregó dos cartas. Aurora Santillana se inclinó por unas verduras salteadas y un bacalao confitado en lima y frutos secos, y Julián Castilla por unas alcachofas con carabineros y ajíaceite, y venado con salsa de guindas y compota de piña y coco. Revisó la carta de vinos y pidió un Bembibre de El Bierzo.

—¿Qué conclusiones ha sacado del paseo? —le preguntó la teniente Santillana.

—La verdad —dijo confuso—, no sé qué decirle.

—Ha sido agradable —admitió—. Pero desde el punto de vista de la investigación hemos perdido el tiempo.

—No comparto su opinión.

—¿Se me ha escapado algo? —dijo, y paladeó un sorbo de vino—. Hemos recorrido tres monumentos que visitan miles de turistas cada año, y hemos escuchado historias para entretener a los guiris. Nada más.

—Por alguna razón desconocida —arguyó Julián Castilla— esos lugares estaban encriptados en coordenadas decimales y a su destinatario lo asesinaron.

—Hasta ahí llego —ironizó Aurora Santillana—. ¿Ha pensado en la coincidencia?

—No sea ingenua —la amonestó Julián Castilla—. Los dos tipos que identifiqué en las grabaciones del hotel asesinaron a Clara Letamendi y a Abraham Benari.

—¿Qué intenta demostrar? —preguntó, al punto que el camarero les servía los segundos platos.

—Una conexión entre las víctimas.

—¿Cómo?

—Sospecho del libro de la subasta.

—No veo ninguna relación —refutó la teniente Santillana de plano.

—Yo tampoco —convino—. Pero es el único nexo con los asesinos.

—Sigue sin convencerme.

—Clara Letamendi —expuso Julián Castilla— adquirió un ejemplar del *Pardes rimmonim*, un libro cabalístico muy importante para los hebreos, los tres monumentos están relacionados con la cultura hebrea y Abraham Benari era ciudadano israelí.

—¿Pretende establecer un vínculo entre el libro y las tres direcciones de Toledo?

—Sí —dijo tajante—. Clara Letamendi adquirió el libro en una puja con los hombres que aparecen en las imágenes de las cámaras de seguridad, y esos tipos la mataron, a ella y a Abraham Benari. Lo demuestran las colillas halladas en los escenarios.

—¿Dónde encajan las tres direcciones?

—Los asesinos buscaban algo —desgranó Julián Castilla de forma pausada—. Clara Letamendi tenía el libro y Abraham Benari el criptograma.

—Verbigracia —suspiró la teniente—, el libro y el criptograma les interesaban.

—Eso es.

—Salvo que Abraham Benari —opuso— recibió el criptograma después de muerto.

—Se retrasó por culpa del correo —argumentó el periodista—. Algo que sus asesinos ignoraban.

—O el remitente —meditó ella— desconocía la muerte del destinatario.

—Factores que de ninguna manera contradicen mi hipótesis.

—Debemos averiguar —dijo Aurora Santillana— si existe alguna relación entre el libro, la cueva de Hércules y las sinagogas de El Tránsito y Santa María la Blanca.

—Ahí está el problema —convino Julián Castilla, y rebuscó en las notas de su libreta—. El *Pardes rimmonim*, una obra importante de la tradición literaria hispanojudía, lo escribió Moisés Cordobero, un cabalista cordobés del siglo XVI, y a simple vista no existe relación cronológica con ninguno de los lugares que hemos

visitado.

—Si su hipótesis es acertada —arguyó la teniente— la conexión debe de existir.

—¿Se le ocurre la manera de averiguarlo?

—Creo que sí. —Aurora Santillana apartó el plato y la copa de vino a un lado, y de la chupa de cuero sacó su iPhone 3 GS. Pulsó una tecla para subir el volumen, le conectó dos auriculares, y lo dejó encima de la mesa—. Un amigo de mi padre es experto en bibliofilia.

—¿Dónde trabaja?

—Se encarga de la biblioteca del monasterio de El Escorial.

—¿Un fraile agustino?

—Sí. Le llamaré y le pediré información sobre el libro.

—Mis notas las obtuve del director de Sumartis —admitió—. Reconoció ser un neófito en libros. Precisamos la opinión de un entendido.

—Fray Agustín Valbuena es nuestro hombre —sentenció la teniente Santillana.

Le pidió que se acoplara un auricular a la oreja y ella hizo lo mismo con el otro. Luego pulsó una tecla de la agenda de memoria. Sonó un pitido intermitente en los auriculares y esperó. Julián Castilla corrió un poco la silla para situarse a su lado y estar más cómodo, y paladeó el buqué del Bembibre, un vino elaborado con uva mencia que en 2005 recibió noventa y cuatro puntos en la revista *Wine Spectator*.

—Sí —respondió alguien al otro lado de la línea.

—¿Fray Agustín Valbuena?

—Yo mismo —contestó intrigado—. ¿Quién habla?

—Perdone —dijo—, soy Aurora Santillana, la hija de Manuel Santillana.

—¡Aurora! —exclamó al reconocerla—. ¿Qué tal tu padre?

—Con los achaques propios de su edad.

—¿Y tú? —preguntó de forma coloquial—. ¿Sigues soltera y en la Guardia Civil?

—Nada ha cambiado en mi vida, padre. —Sonrió—. ¿Cómo se encuentra?

—Me pesan las piernas —protestó— y cada día me cuesta más subir las escaleras. ¿A qué debo tu llamada?

—Preciso información sobre un libro.

—Espero aprobar el examen con buena nota —bromeó el fraile agustino—.

Dime.

Julián Castilla colocó ante los ojos de la teniente su libreta de notas.

—El *Pardes rimmonim* —leyó, y calló a la espera de la reacción del fraile.

—¿Por qué te interesa ese libro?

—Es complicado. —Eludió darle una respuesta—. Otro día se lo explicaré.

—Mensaje recibido. No haré más preguntas. ¿Qué deseas saber?

—Cualquier información —dijo, y fijó la vista en las notas—. He averiguado que se trata de un libro escrito por Moisés Cordobero, un cabalista cordobés.

—Datos técnicos —despreció el fraile sin darles importancia—. Moisés Cordobero está considerado entre los grandes cabalistas de la historia, y el *Pardes rimmonim* o *Jardín de las granadas* habla de la mística de las letras y las palabras.

—Explíquese, por favor.

—Para los cabalistas —el fraile carraspeó para aclararse la garganta— la escritura sagrada contiene fuerzas que sólo un iniciado puede liberar. Esas fuerzas aumentan al mezclar las letras para formar palabras cuyo sentido oculto se manifiesta al separarlas, reunirías o combinarlas. El cabalista, mediante sus conocimientos, extrae esas fuerzas que anidan en las letras. Para los judíos las letras sagradas formaron el nombre de Dios o Yahvé, el tetragrámaton *Yhvh*.

Julián Castilla señaló a la teniente una de las anotaciones. En el centro del sello de Salomón, según les había comentado Gregorio Álvarez al referirles la simbología de Santa María la Blanca, figuraba el tetragrámaton *Yhvh*.

—¿El poder de la palabra bastaría para crear cualquier cosa? —preguntó Aurora Santillana.

—Eso determina la cábala —argumentó fray Agustín Valbuena—. El Génesis, el primer libro del Antiguo Testamento en la tradición cristiana, también apunta al poder de la palabra. Dios creó el universo y la Tierra con la fuerza de sus palabras. —Calló unos segundos y recitó de memoria—: «Y Dios dijo: Haya un firmamento entre las aguas que separe las unas de las otras...», y así sucedió.

—Cuesta de creer.

—Hablamos de mística —explicó el fraile—. Puedes creer o no. Es sólo cuestión de fe.

—En resumen —dedujo la teniente Santillana—, Moisés Cordobero pensaba que la fuerza sagrada de ciertas palabras producía efectos sobrenaturales.

—Demostró la unidad de la tradición cabalística y organizó las enseñanzas contradictorias del hermetismo judío en un sistema filosófico coherente.

—Puso orden a un cúmulo de teorías —resumió.

—Más o menos —afirmó fray Agustín Valbuena satisfecho—. El *Pardes rimmonim* hace una detallada descripción de cómo la realidad finita proviene del Ser Infinito a través de una sucesión de fuerzas creativas o *sefirots*.

—¿Qué es un *sefirot*? —inquirió Aurora Santillana.

—En pocas palabras —respondió el fraile—, el nombre genérico que reciben las diez perfecciones de Dios en la cábala. Los diez poderes o palabras que utilizó Dios para crear el mundo. ¿Quieres que te recite los diez *sefirots*?

—No hace falta, padre.

La teniente Santillana permaneció unos segundos callada, intentando comprender el significado de lo expuesto por el fraile agustino.

—Déjeme formularle unas preguntas —le pidió Julián Castilla.

—Fray Valbuena —dijo la teniente al micrófono del teléfono—, un compañero quiere hablar con usted.

—Le escucho.

—Soy Julián Castilla.

—Encantado de saludarle.

—¿Existe alguna relación entre el *Pardes rimmonim*, la cueva de Hércules y las sinagogas de El Tránsito y Santa María la Blanca?

—Ninguna desde el punto de vista cronológico.

—Le agradecería que razonara sus respuestas —le rogó Julián—. Tanto la teniente Santillana como un servidor somos neófitos en estos temas.

—La cueva de Hércules —acometió el fraile— es un simple depósito de distribución de aguas construido por los romanos en el siglo I, y las sinagogas de Santa María la Blanca y El Tránsito datan de los siglos XII y XIV. Tres construcciones separadas por cientos de años.

—Padre —insistió Julián Castilla—, deje la ciencia a un lado y busque un factor común en su simbología.

—¿Pretende explorar los caminos de la metafísica? —suspiró el fraile agustino.

—Sólo intentamos hallar un elemento común.

—En la cueva de Hércules —expuso para complacerle— la tradición sitúa la mesa de Salomón, una especie de altar mágico que contiene todo el conocimiento del universo, la fórmula de la creación, y otro de los nombres secretos de Dios, *Shemaforash*, que jamás debe escribirse y al pronunciarse provoca la creación. Según la tradición, quien posea la mesa de Salomón obtendrá el conocimiento absoluto.

—¿*Shemaforash* forma parte de los diez *sefirots*?

—No —dijo el fraile.

—¿Da crédito a una simple leyenda? —terció la teniente Santillana.

—Soy hombre de fe —subrayó fray Agustín Valbuena—, pero la existencia de la mesa de Salomón la avalan varios documentos.

—Le agradeceríamos información —solicitó Julián Castilla a la vista de sus notas—. Otra persona también nos ha hablado de la mesa de Salomón.

—¿Quién?

—Un guía —respondió Aurora Santillana— en la cueva de Hércules.

—¿Habéis visitado el subterráneo?

—Sólo la entrada.

—Los guías —protestó fray Valbuena— cuentan historietas sin pies ni cabeza para entretener a los turistas. Nunca les hagáis caso.

—Denos su opinión —le invitó Julián Castilla.

—La mesa de Salomón —arrancó el fraile decidido— se identifica con la *Tabula smaragdina* o Tabla esmeralda grabada por Hermes Trismegisto, el tres veces sabio, y

como ya he dicho contendría todos los secretos del universo. Se guardaba en el Templo de Salomón de Jerusalén y, tras su destrucción por parte del emperador Flavio Vespasiano Tito, se trasladó a Roma, se depositó en el altar de Júpiter Capitolino, y más tarde en los palacios imperiales.

—¿Algún documento histórico ratifica sus palabras?

—Déjeme continuar —protestó el fraile agustino, que odiaba las interrupciones—. El año 410 los godos saquearon Roma y se llevaron la mesa de Salomón, junto al resto de los tesoros del imperio romano, a Carcasona. Algún tiempo después la mesa se trasladó a Ravena para ponerla a salvo de los ataques de los francos. En Ravena reinaba Teodorico el Grande, que intentó crear una federación de pueblos visigodos, pero la conversión de los francos al catolicismo provocó un enfrentamiento y la caída del reino visigodo de Tolosa en la famosa batalla de Vogladum. A partir de ese momento se pierde la pista histórica de la mesa y entramos en el terreno de la especulación. ¿Permaneció en Carcasona? ¿Estuvo oculta en Tolosa?

—Una cosa parece cierta —dedujo la teniente—: la mesa de Salomón existió.

—Sin duda —corroboró el fraile—. Según algunos autores, llegó a la Península el año 507, tras la muerte de Alarico II en la batalla citada. Para otros todavía tardó diecinueve años.

—¿Dónde está la discrepancia? —inquirió Julián Castilla.

—En los distintos reyes que poseyeron la mesa de Salomón —determinó el fraile—. Si estaba en poder de Alarico II, vino a la península Ibérica con el éxodo visigodo del año 507. Pero al parecer la guardaba Teodorico el Grande. Una crónica de Aben Adhari señala que el año 526 Amalarico, hijo legítimo de Alarico II, reclamó la mesa de Salomón a Teodorico el Grande, su abuelo. Se la entregó y junto al resto de tesoros visigodos la llevaron a Toledo, la nueva capital del reino.

—¿Sabe dónde se depositó? —siguió la teniente Santillana.

—Hay versiones para todos los gustos —contestó fray Agustín Valbuena—. Las crónicas árabes señalan la cueva de Hércules, pero otros testimonios indican que el año 711, al invadir los árabes de Tariq la península Ibérica, don Rodrigo ordenó trasladarla a Medinaceli, de ahí que la ciudad recibiera los nombres de *Medina Talmeida*, «Ciudad de la Mesa», y *Medina al-Selim*, «Ciudad de Salomón».

—Datos para la controversia —subrayó Julián Castilla.

—El obispo Jiménez de Rada —apuntó el fraile agustino—, un historiador navarro del siglo XII, primado de España y arzobispo de Toledo, basándose en textos de al-Razi y al-Quttiya, sostiene que Tariq atravesó el Gebelsulema, en árabe *yébel Sulayma* o «monte de Salomón», y llegó a *Complutum* o *Wad al-Kalá*, Alcalá de Henares, siguiendo la pista de la mesa.

—Toledo, Medinaceli, Alcalá de Henares...

—Falta Jaén —añadió el fraile agustino para sorpresa de ambos.

—¿También se atribuye a Jaén la ocultación de la mesa de Salomón? —suspiró la teniente Santillana.

—Sí —dijo—. En julio de 1968 aparecieron en los archivos diocesanos varios documentos sobre la catedral y entre ellos había una lista titulada *Los buscadores de la cava*. Los nombres estaban ordenados de forma cronológica y abarcaban del siglo XIII al XVIII. Un nombre llamó la atención de los investigadores: Alonso Suárez de la Fuente del Sauce.

—¿Qué tenía de especial? —preguntó Julián.

—Alonso Suárez —expuso el fraile— ejerció de obispo en Mondoñedo y Jaén, de general del tribunal de la Santa Inquisición, de presidente del Consejo de Castilla y de comisario de la Santa Cruzada. El año 1500 llegó a Jaén, tras rechazar la plaza de obispo en Málaga, y algunos años después recibió el apodo de «obispo constructor» debido a la cantidad de obras civiles y religiosas que sufragó.

—Descubrió un tesoro —conjeturó Julián Castilla.

—Algunos hechos apuntan en esa dirección —afirmó fray Agustín Valbuena—. Las múltiples obras que patrocinó muestran símbolos esotéricos, poco acordes con las creencias de un obispo, como si rindieran tributo a un mundo desconocido.

—¿Puede precisar? —le pidió la teniente Santillana.

—Al poco de llegar a Jaén —citó el fraile de ejemplo— el obispo Alonso Suárez inició las obras de la catedral y en sus paredes surgen el bafometo, el ídolo de la sabiduría que adoraban los templarios, diversas marcas cabalísticas de los judíos jiennenses y numerosos nudos de Salomón...

—Perdón —puntualizó Julián Castilla—, ¿quiere decir sellos de Salomón?

—Son símbolos diferentes —precisó el fraile agustino—. El nudo de Salomón, dos anillos que se entrelazan cuatro veces, representa la sabiduría absoluta y aparece en todas las culturas de Europa, Oriente Medio y del otro lado del Atlántico.

—¿Otro símbolo universal?

—Eso parece —convino—. Un símbolo que saltó a las páginas de las revistas científicas cuando un equipo de la Universidad de UCLA, capitaneado por la doctora Cari Pentecost, elaboró a escala nanométrica un compuesto molecular de anillos entrelazados como el nudo de Salomón. Un descubrimiento que revolucionó la química sintética.

—¿Pretende decirnos que hace tres mil años, en la época del rey Salomón, nuestros ancestros disponían de conocimientos científicos equiparables a los asumidos en el siglo XXI?

—Sólo planteo —dijo fray Valbuena a la defensiva— una teoría que avalan algunos hechos.

—Los símbolos que el obispo Alonso Suárez dejó en sus obras —rumió la teniente Santillana en voz alta— relacionan su fuente de riqueza con la mesa de

Salomón y el tesoro visigodo.

—Es una posibilidad —admitió el fraile agustino—. En el siglo XIX un grupo de vecinos de Jaén fundaron una asociación para buscar la mesa. Jamás hicieron públicos los resultados pero obtuvieron una fortuna. Algunos estudiosos del tema aseguran que hallaron la mesa de Salomón y el resto de tesoros visigodos en Arjona, una población a cuarenta y dos kilómetros de Jaén.

—¿En qué datos se basa esta nueva ubicación? —preguntó la teniente Santillana.

—En Arjona —sintetizó el fraile— existió un santuario pagano prehistórico que los cristianos veneraron bajo la advocación de san Nicolás, el guardián de los tesoros en el esoterismo cristiano, y en ese santuario se refugió Rufinus, un obispo que custodiaba el secreto del lugar de ocultación de la mesa de Salomón.

—El pez que se muerde la cola —suspiró Julián Castilla—. La historia se repite.

—Las leyendas populares —determinó fray Agustín Valbuena— atraen y estimulan la fantasía. Quienes defienden la existencia de la mesa de Salomón en Jaén se aferran al descubrimiento del tesoro de Torredonjimeno para darle pábulo. Sin olvidar que en 1871 el Priorato de Sión fundó en Ginebra la Societé de l’Orient Latin y comisionó a Antoine Bigou para buscar en España la llamada Piedra del Letrero, que, supuestamente, contendría un esquema de la mesa de Salomón.

—Los grandes secretos del universo —determinó Aurora Santillana— se reparten entre la cueva de Hércules y otra decena de lugares.

—La cueva de Hércules tiene más posibilidades —afirmó el fraile.

—¿Y las sinagogas de El Tránsito y Santa María la Blanca? —inquirió Julián Castilla.

—¿Os ha hablado el guía de su simbolismo?

—Sí —respondió la teniente, y repasó las notas de la libreta—. En la sinagoga de El Tránsito abundan los taus y en Santa María la Blanca el sello de Salomón junto a palmas, lirios, cenefas y dibujos geométricos.

—Estaba bien informado —se congratuló fray Agustín Valbuena—. Si buscáis un elemento común entre el *Pardes rimmonim* y esos lugares de Toledo, está en el símbolo de la sabiduría relacionado con la obra del gran demiurgo: Dios para los cristianos y Yahvé para los judíos. La cueva de Hércules, en teoría, oculta la mesa de Salomón —reflexionó—, en cuya superficie están grabados los secretos del universo, los taus de la sinagoga de El Tránsito simbolizan también la sabiduría, al igual que los sellos de Salomón, las palmas y los lirios de Santa María la Blanca. En resumen —concluyó—, la simbología de los tres lugares remite a la sabiduría de Dios y a su poder de creación, al igual que el *Pardes rimmonim*.

—Existe un vínculo —dijo Julián Castilla convencido— entre el libro y los lugares citados.

—Desde el punto de vista metafísico sí —ratificó el fraile.

—Gracias.

—De nada —respondió—. Aurora, ¿me escuchas?

—Perfectamente.

—Dile a tu padre que venga a verme.

—Ya no conduce. Renunció a renovarse el carné.

—Tiene un buen servicio de autobuses a El Escorial.

—Intentaré convencerle.

—Adiós.

Aurora Santillana apagó su iPhone, desconectó los auriculares y lo guardó. Julián Castilla anotó algunos datos y bebió el vino que quedaba en su copa. Luego llamó al camarero y pagó la factura del almuerzo.

—Tenemos la conexión que buscábamos —dijo satisfecho—. A Clara Letamendi y Abraham Benari les unían el libro de la subasta y las tres direcciones de Toledo.

—Esta relación —opuso la teniente Santillana— quizá le sirva para escribir un artículo sensacionalista, pero como prueba policial carece de valor. Nada vincula de manera irrefutable el libro adquirido por Clara Letamendi a las tres direcciones del criptograma de Abraham Benari.

—Los tipos del hotel los asesinaron —insistió.

—Una colilla de la misma marca —esgrimió— es una prueba circunstancial, y la muerte de Clara Letamendi obedece a las leyes del azar. No hubo premeditación.

—¿Qué intenta demostrar?

—Pese a los muchos puntos oscuros que existen —dijo la teniente Santillana—, admito la autoría de los asesinatos. Pero Clara Letamendi murió por azar. Abraham Benari no.

—Ya entiendo —meditó Julián Castilla—. Mataron a Clara Letamendi porque la creían en posesión del libro.

—Eso es —asintió la teniente Santillana—. Clara Letamendi estaba en el lugar equivocado en el momento más inoportuno. De haber adquirido el libro otra persona, seguiría viva. El caso de Abraham Benari es diferente. Iban a por él, con o sin el criptograma.

—Dividámonos —propuso el periodista—. Usted investigue a los dos sujetos de la grabación. Yo me ocuparé de Clara Letamendi, del libro y los criptogramas. Si averiguo algo prometo decírselo.

—Me parece una buena idea.

Aurora Santillana sintió la vibración sorda del iPhone 3 GS en el bolsillo interior de su chupa de cuero. Cogió el teléfono y miró la pantalla de llamadas: «Comandancia de Toledo». Pulsó un botón para abrir la línea. Julián Castilla la oyó hablar en tono serio.

—A sus órdenes, señor... Voy enseguida... Gracias...

—¿Ocurre algo? —le preguntó al verla colgar.

—Cambio de planes —resopló Aurora Santillana—. Ha llegado el informe de la Interpol israelí sobre Abraham Benari. Acompañeme a la Comandancia.

III

Venecia

Domingo, 10 de febrero de 1585

La humedad y el frío penetraban en los huesos como un estilete. El capitán Lucas de Allende se arrebujó en su abrigo de loden, que había comprado durante su breve estancia en Innsbruck, y se dirigió sin pérdida de tiempo a los muelles situados en la punta de la Salute, entre el Gran Canal y el canal de Giudecca. El viaje desde Praga le había llevado a Múnich en colleras de transporte público, luego había seguido hasta Innsbruck por sus propios medios, auxiliado por campesinos que le ofrecían sus carros y caballerías para mitigar las fatigas del camino, y en la capital del Tirol buscó refugio en una caravana de arrieros para afrontar el peligro que representaba cruzar los Alpes en invierno.

Pese a los lujosos palacios que flanqueaban el Gran Canal, cuyos propietarios celebraban suntuosas fiestas y banquetes, la decadencia de Venecia, motivada por el desplazamiento de las rutas comerciales del Nuevo Mundo hacia el puerto de Amberes y los enfrentamientos con el Imperio Otomano, quedaba patente en sus calles y sus gentes. Mendigos, pícaros, vagabundos y golfillos, muchos de ellos antiguos estibadores y marinos que habían perdido su empleo, deambulaban sin rumbo suplicando unas monedas a caballeros y clérigos, o embaucando a damas y monjas de la caridad con marrullerías y timos. Sólo las góndolas, encargadas del transporte de mercancías por los canales, mantenían su protagonismo en las aguas de la Serenísima República.

Lucas de Allende entró en una fonda de cierta prestancia, frecuentada por los marinos y oficiales de las naves mercantes que esperaban su hora de zarpar, y solicitó una alcoba. Precisaba darse un baño, lavar sus ropas y recuperar fuerzas con raciones abundantes de *polenta e osei* (alondras y zorzales con harina de maíz y salsa), fegato (hígado con cebolla y perejil) y *baccalá mantecato* (bacalao desmigado y aderezado con aceite, ajo y perejil). Siciaría su hambre y su sed y, gracias a su rango de capitán de los Tercios de Flandes, se enrolaría en una carraca mercante que navegara de Venecia a Barcelona. Desde la Ciudad Condal viajaría a Madrid y concluiría su misión.

Había dormido hasta bien entrada la tarde, aunque en estado de alerta, con su lámina de oro del *Libro de Dios*, que juró proteger con su vida, y su pistola de llave de chispa ocultas bajo la almohada. Aseó su cuerpo en una bañera de cinc llena de agua caliente, se afeitó la barba y aplicó manteca de cerdo en las pequeñas quemaduras de la cara provocadas por el sol y la nieve al atravesar los Alpes.

Salió a la calle y recorrió los pantalanos del muelle en busca de una carraca que le trasladara a Barcelona. Un navegante lusitano, dispuesto a zarpar al día siguiente con un cargamento de especias, le contrató de armero para comandar la artillería en caso de sufrir un ataque pirata. Nadie mejor que un capitán de los Tercios españoles para dicha labor. Lucas de Allende regresó satisfecho a su fonda. Había dado el último paso para regresar a España. Se sentó en el comedor y disfrutó de una merecida cena mientras observaba a un muchacho tullido del brazo izquierdo mendigar entre las mesas.

—*Signore* —suplicó ante su plato de alondras y zorzales acompañados de gachas — *un elemosina per favore*.

Lucas de Allende le entregó una moneda, el muchacho sonrió agradecido y abandonó la fonda. Corrió como alma que lleva el diablo por las estrechas callejuelas surcadas de canales de aguas malolientes, cruzó algunos puentes, saludó a varios gondoleros y se detuvo ante la puerta de una casona. Llamó con la ayuda de una pesada aldaba y esperó. Le abrió un hombre de elevada estatura, vestido de hábito negro ceñido a la cintura mediante un cordón de algodón blanco, la cara cubierta por una máscara de cuero rígido y la capucha calada.

—Pasa —dijo con voz cavernosa, y le condujo a una sala dotada de chimenea—. ¿Traes noticias?

—Sí, señor.

—Habla.

—He visto a un hombre sospechoso.

—¿Qué te ha hecho recelar?

—Sus manos —respondió el muchacho, cohibido por la imponente figura del caballero—. Al entregarme una limosna he comprobado que eran suaves y lisas. Manos de galeno, músico o escribiente, pero nunca de marinero.

—Descríbelo.

—Alto, fuerte, bien aseado y vestido con un abrigo tirolés.

—No parece —admitió el caballero meditabundo— la indumentaria de un marino.

—Llevaba una pistola sujeta al cinto —precisó el chico.

—¿Dónde para?

—En la fonda Il Piccolo Brigantino —señaló—, junto a la iglesia de Sant Agnese.

—Buen trabajo —le felicitó.

El caballero abrió la tela de su hábito, sacó una bolsa de gamuza llena de monedas y se la entregó. El muchacho la recibió con una reverencia y, al inclinar la cabeza, observó que al caballero le faltaba el dedo meñique de la mano derecha.

—¿Cómo lo perdisteis, señor? —preguntó de manera inocente, lleno de curiosidad.

—En una pelea.

—A mi —apostilló mientras movía su muñón— se me gangrenó una herida y tuvieron que cortarme el brazo.

El caballero del hábito negro y la máscara de cuero se apostó en los aledaños de la iglesia de Sant Agnese, bajo el arco de un callejón que le permitía controlar la puerta de la fonda Il Piccolo Brigantino. Grupos de marinos, cuyas naos permanecían atracadas en los muelles del canal de Giudecca, paseaban armando gresca, borrachos de ron o vino, a la espera de un cargamento para zarpar. El caballero vio entrar a varios oficiales en la fonda y salir a un hombre alto, vestido con un abrigo tirolés confeccionado con tela de loden. Le observó sin perderle de vista y le siguió a una distancia prudente.

Lucas de Allende se dirigió a los muelles. Estirar las piernas le vendría bien después de una copiosa cena. La cama y la buena digestión estaban reñidas. Había oscurecido y a medida que se acercaba al puerto las voces se desvanecían. Sólo el chapaleo de las olas rompía el silencio. Se sentó en un noray y contempló al otro lado del canal las luces mortecinas de la isla de la Giudecca. Respiró el aire frío cargado de brisa marina. El tañido de unas campanas sonó lejano. Iba a levantarse y alguien le asió del cuello por detrás, dispuesto a rebanarle el pescuezo. Al claro de luna vio el brillo de una daga apoyada en su garganta. Sintió que el acero le cortaba la piel. Agarró la muñeca asesina con fuerza. Forcejeó con su asaltante, logró ponerse en pie y le golpeó con el codo izquierdo el estómago. Su contrario retrocedió asfixiado. Lucas de Allende desenfundó su pistola y, de manera instintiva, comprobó que la lámina de oro seguía en el bolsillo interior de su abrigo.

—¡Alto o disparo! —gritó.

Su agresor hizo caso omiso de la advertencia. Recuperó la respiración, alzó la daga sobre su cabeza y se abalanzó hacia él. Lucas de Allende apretó el gatillo. El fogonazo del disparo rasgó la oscuridad y el hombre soltó la daga y se desplomó al suelo. Un estertor le indicó que había muerto. Se acercó al cuerpo. Vestía hábito negro y capucha, pero su indumentaria no pertenecía a ninguna orden religiosa. Le retiró la capucha y vio sorprendido que también cubría su cara con una máscara de cuero. Le descubrió el rostro. Nunca le había visto. Un murmullo le distrajo. Varios marinos de guardia en las naos acudían al lugar reclamados por el estruendo del disparo. Lucas de Allende arrastró el cuerpo hasta el borde del pantalán y lo arrojó al agua. Después hizo lo propio con la daga y la máscara, y se ocultó tras un montón de redes de cargas. Sacó su chifle, cebó la pistola, introdujo un plomo en el cañón y se mantuvo en alerta. Observó al grupo recorrer el muelle, entre voces y carcajadas, y pasados unos minutos alejarse. Lucas de Allende se presionó la herida del cuello con un pañuelo, salió de su escondite y regresó a la fonda.

Capítulo 4

Entraron en la Comandancia y un agente del cuerpo de guardia reclamó a la teniente. Le entregó un sobre y se disculpó en nombre del comandante Alberto Contreras. Una reunión imprevista con el consejero de Seguridad de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha le había obligado a marcharse. Aurora Santillana asintió y le pidió a Julián Castilla que la siguiera. Le condujo a la salita de interrogatorios en que se habían entrevistado la primera vez. Cerró la puerta y se acomodaron en dos sillas frente a una mesa. La teniente rasgó la solapa de la bolsa de papel y extrajo el informe remitido por la Interpol israelí con la identidad de Abraham Benari. Lo leyó por encima y cabeceó en silencio.

—¿Me permite verlo? —solicitó Julián Castilla.

—Sí. Disculpe.

Le entregó el informe. Estaba escrito en inglés y certificaba la identidad de Abraham Benari. Las dos primeras hojas mostraban las impresiones de sus diez huellas dactilares y un estudio genético de su ADN obtenido del Hadassah Medical Center de Jerusalén, donde había ingresado hacía dos años para una cirugía. El Departamento de Dactiloscopia de la Guardia Civil había cotejado las huellas y el ADN remitido por las autoridades israelíes y correspondían a la persona asesinada en la habitación 445 del hotel Paraíso.

La tercera hoja contenía una serie de fotografías y duplicados de los impresos requeridos para la tramitación del pasaporte número 6D-350.656-Y/10, expedido en Tel Aviv. La cuarta y quinta hojas detallaban la filiación completa de Abraham Benari, de raza caucásica, nacido el 23 de abril de 1950 en Harderwijk (Holanda), de pelo moreno y poblado, 1,75 metros de estatura, 82 kilos de peso, de estado civil soltero, domiciliado en el bulevar Sderot Shazar de Jerusalén, doctorado en Matemáticas y profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén. El sexto y último folio mostraba una fotocopia de la denuncia por desaparición tramitada por la Mishteret Yisrael, la Policía Federal de Israel. Julián Castilla dejó el informe encima de la mesa.

—Se registró con su verdadero nombre —señaló la teniente.

—Eso parece.

—Pasaré el caso a la Interpol española.

—¿Abandona?

—La investigación debe coordinarse con la policía israelí —explicó la teniente Santillana—, a través de la Unidad de Cooperación Policial Internacional. Una vez confirmada la identidad del cadáver, el caso ya no depende de la Guardia Civil, sino de la Comisaría General de Policía Judicial.

—Estamos a un paso de algo importante.

—No tengo otra opción —afirmó Aurora Santillana—. Estoy atada de pies y manos.

—Le propongo algo mejor —dijo Julián Castilla decidido—. Retrase la entrega de su informe unos días e investiguemos en Jerusalén.

—¿Se ha vuelto loco? —espetó la teniente Santillana sorprendida, sin saber si hablaba en serio—. Carezco de autoridad y de fondos fuera del territorio nacional. Debo remitir el caso a la Interpol.

Julián Castilla le miró fijamente a los ojos.

—El dinero no es problema —dijo—. Dispongo de presupuesto ilimitado para este artículo durante veinte días. Venga a Israel conmigo. Tómese una vacación.

—¿Va a investigar por su cuenta?

—Soy un dóberman del periodismo —sonrió Julián Castilla—, nunca suelto una presa.

—No sé... —titubeó.

—Jerusalén la seducirá —intentó convencerla—. ¡Anímese! Es dueña de su tiempo libre.

Aurora Santillana se acarició los cabellos y meditó unos segundos.

—Acepto —dijo—. Aunque con una condición: correré con mis gastos.

El avión de la compañía El Al tardó cuatro horas y media en recorrer los 3.570 kilómetros que separaban Madrid del aeropuerto internacional Ben Gurion de Tel Aviv. Pasaron los estrictos controles de la Magav, la policía de fronteras israelí, y en la agencia Easy Terra alquilaron un Hyundai Accent. Luego cambiaron euros por shekels, la moneda oficial del Estado de Israel, una medida para el pago de mercancías en oro y plata utilizada desde el tercer milenio antes de nuestra era, y al volante del automóvil se dirigieron a Jerusalén. Un rótulo viario señalaba la distancia: cincuenta kilómetros. Un hombre, con gorra negra y gafas de sol que ocultaban sus facciones, les observó sin perderles de vista ni un segundo. Se puso al volante de un Fiat Bravo y les siguió a una distancia considerable. La falta del dedo meñique de la mano derecha no le impedía cambiar las marchas con agilidad.

—¿Habrás elegido un buen hotel? —dijo la teniente Santillana, que disfrutaba del paisaje.

—Siempre me alojo en el Inbal —afirmó Julián Castilla—, el antiguo Laromme. He reservado dos habitaciones con vistas a las murallas de la ciudad tres veces santa. Las puertas de sol ofrecen un espectáculo maravilloso.

—¿Tendremos ocasión de visitar el Santo Sepulcro?

—¿Es creyente?

—No —respondió la teniente Santillana—, pero siento curiosidad.

—Tierra Santa forma parte de la gran mentira de la cristiandad —sentenció Julián Castilla—. Ni uno solo de los lugares bíblicos ha sido acreditado por la arqueología.

—La sinagoga de Cafarnaúm existe —le rebatió.

—Hágame caso —sonrió Julián Castilla—. Sé bien de qué hablo. Mateo relata en su evangelio que Jesús residió en Cafarnaúm y predicó en la sinagoga. Pero la Cafarnaúm bíblica se encuentra en Tell-Hum, a cuatro kilómetros de la desembocadura del Jordán, junto al lago Tiberiades, y los restos de la sinagoga descubierta pertenecen a un templo construido un siglo después de la muerte de Jesús.

—Es un libro abierto —se burló.

—Antes de regresar a Madrid —dijo Julián Castilla para complacerla— iremos a los lugares más turísticos. No he cerrado los billetes de vuelta. A fin de cuentas estamos de vacaciones.

Aurora Santillana sonrió, aunque con una mueca un tanto forzada.

—Oficialmente —dijo— me he tomado unos días libres para atender un problema familiar.

—Buena excusa.

Julián Castilla estacionó el Hyundai Accent en la puerta del hotel Inbal, en Liberty Bell Park, al sur de la ciudad, y un empleado descargó su equipaje. El Fiat Bravo se detuvo un poco lejos, para evitar llamar la atención, y su conductor les vio entrar en el establecimiento. Anotó la matrícula del Hyundai y la hora, y comunicó su posición a través de un teléfono satélite de cobertura total.

Se instalaron en dos cómodas y espaciosas habitaciones. Aurora Santillana recorrió las cortinas y descubrió una magnífica vista del casco viejo de Jerusalén, la *old city* de los mapas y folletos turísticos que por gentileza del hotel tapizaban el vade de piel de su lujoso escritorio. Contempló las torres y campanarios que descollaban entre las murallas y suspiró emocionada. Aquella imagen justificaba por sí sola el viaje. Ajustó su reloj a la hora local y llamó desde el teléfono de la mesita de noche a Julián Castilla. Le agradeció la elección y se citaron en el vestíbulo pasada media hora. Aprovecharía para ducharse y cambiarse de ropa.

—Se ha puesto cómoda —dijo Julián Castilla, al verla aparecer con un pantalón tejano, una chaqueta a juego y unas zapatillas de deporte.

—Hace menos frío que en Toledo —arguyó— y no preciso ocultar mi Browning.

—¿Siempre va armada? —curioseó—. ¿Incluso libre de servicio?

—Sí —respondió—. Las fuerzas de seguridad somos objetivos prioritarios de ETA.

—En Israel —le explicó— la gente porta armas para su seguridad personal. Fíjese en los maestros de las escuelas. Van armados hasta los dientes para repeler cualquier ataque contra sus alumnos.

—¿Qué planes tiene?

—Es demasiado tarde para ir a la Universidad Hebrea —argumentó Julián

Castilla—. Le propongo que investiguemos en el domicilio de Abraham Benari. Después, si le apetece, podemos cenar en un restaurante *kosher*.

—Aprobado.

Se dirigieron hacia el bulevar Sderot Shazar, al norte de la ciudad, un sector que aglutinaba la Estación Central de Autobuses y algunos hoteles como el Holiday Inn y el Crowne Plaza. El bloque de apartamentos de Abraham Benari estaba cerca del Jewish Institute for the Blind, una organización fundada en 1902 para atender las necesidades de los invidentes. Aparcaron el Hyundai Accent frente al edificio y se encaminaron a la entrada. Un lujoso vestíbulo, decorado con muebles de diseño y lámparas vanguardistas, conducía a las puertas aceradas de cuatro ascensores. Al verles el portero salió a su encuentro.

—*Shalom...*

—*We are spanish journalists* —dijo Julián Castilla en inglés—. Recabamos información sobre Abraham Benari.

—El profesor Benari ha muerto.

—Por eso estamos aquí —determinó Julián Castilla, en un tono seco.

—¿Qué desean saber?

Aurora Santillana sacó su iPhone 3 GS, pulsó una tecla y le mostró en la pantalla una fotografía del rostro de Abraham Benari tomada por el Grupo de Criminalística de la Guardia Civil.

—¿Es él?

—Sí —certificó el portero.

—¿Tenía familia? —le interrogó Julián Castilla.

—Estaba soltero —afirmó—, y sus padres fallecieron hace años. Vivía solo.

—¿Amigos? —insistió la teniente Santillana.

—Su círculo de amistades —respondió el portero— se circunscribía a la universidad.

—¿Problemas con los vecinos? —tanteó Julián Castilla.

—Ninguno —aseguró tajante—. Se comportaba de manera ejemplar. Compró el apartamento hace diez años y nunca protagonizó el mínimo altercado. Pagaba sus cuotas con puntualidad suiza, jamás llegaba más tarde de las once de la noche, madrugaba para estar en la universidad antes que sus alumnos y predicar con el ejemplo, y siempre pedía las cosas con amabilidad y educación. Ojalá —suspiró— todos los inquilinos fuesen como el profesor Benari.

La teniente Santillana le pidió que prestara atención a las imágenes y colocó en la pantalla del iPhone un fragmento de la grabación de las cámaras de seguridad del hotel Paraíso en que aparecían los sospechosos de su muerte.

—¿Les reconoce?

—No —dijo—. Si pudiera verles las caras sería más fácil.

—El hombre negro —Julián Castilla señaló la pantallita— es inconfundible.

El portero fijó la mirada y negó con la cabeza.

—Quisiera enseñarle otra cosa —acometió Aurora Santillana, y pasó el pulgar sobre la pantalla. La grabación se interrumpió y apareció una imagen del criptograma con las coordenadas DD—. ¿Le suenan estos números?

El portero negó con un movimiento de cabeza. Se despidieron y regresaron al automóvil. Julián Castilla arrancó en dirección a la Colonia Alemana. Las últimas luces de una tarde invernal teñían el cielo de un color amarillo rojizo debido al polvo y a las partículas de arena en suspensión procedente del desierto del Néguev.

—Un hombre ejemplar, el profesor Benari —dijo la teniente Santillana—. ¿Qué interés tendría alguien en matarle?

—No hemos valorado —planteó Julián Castilla— la posibilidad de que le asesinaran por error.

—¿Y el criptograma?

—Un punto oscuro —reflexionó—. Lo admito.

Cruzaron la ciudad de norte a sur hasta llegar a la calle Emek Refaim, el Valle de los Fantasmas, la principal arteria de la Colonia Alemana surgida a finales del siglo XIX por iniciativa de la *Templergesellschaft*, una secta cristiana luterana. Dejaron el automóvil y fueron en busca del restaurante *Coolinary*, especializado en comida *kosher*. Julián Castilla abrió la puerta del local y la invitó a entrar.

—¿Qué le parece?

—No podría haber elegido un sitio mejor —le agradeció.

El *mâitre* les acomodó en una mesa apartada del bullicio y les entregó las cartas. Una orquestina amenizaba las veladas con música de jazz y el comedor lo presidía una magnífica bodega con vinos israelíes, algunos de elaboración *kosher*.

—Pediré lo mismo que usted —dijo la teniente Santillana—. Estoy convencida de que ha estado aquí más veces.

—La especialidad de la casa —le recomendó— son las carnes *glatt*. El solomillo está de chuparse los dedos.

—¿Qué significa *glatt*?

—El *mâitre* le dará las explicaciones. Habla inglés.

Pidieron dos solomillos de alrededor de 400 gramos cada uno y una botella de vino tinto *Yardem Mount Hermon*. El *mâitre* tomó nota de la comanda y a petición del periodista relató a la teniente las bases de la cocina *kosher* y las carnes *glatt*.

—Los alimentos *kosher* —dijo— son los considerados puros en el *Vayikrd* o Levítico, el tercer libro de la Tora. Los impuros se denominan *terefa*, «roto». La comida *kosher* respeta los preceptos de la religión judía y prohíbe comer carne de cerdo y mezclar carne y leche.

—¿El Levítico determina los animales puros e impuros? —preguntó la teniente,

interesada en el tema.

—Sí —respondió el *mâitre*, y siguió—: La palabra *glatt* indica una forma especial de preparar la carne *kosher*. En *yiddish* significa «suave» e informa al consumidor de que el sacrificio del animal lo ha efectuado un *shojet*, un matarife autorizado por el Rabinato de Israel, que ha extraído los pulmones y comprobado la ausencia de imperfecciones.

—Carne en condiciones higiénicas inmejorables —dedujo Aurora Santillana—. Sin máculas ni enfermedades.

—Y desangrada —subrayó el *mâitre*—, como establece el ritual *kosher*.

La teniente le agradeció su amabilidad y el *mâitre* marchó al office para encargarse de la comanda.

—Parecen unas medidas razonables —opinó Aurora Santillana—. Comer carne en buenas condiciones es una garantía.

—Se considera carne *kosher* —apostilló Julián Castilla— la que procede de animales rumiantes de pezuña partida. Los pescados *kosher* deben tener aletas y escamas. El resto están prohibidos.

—¿Desprecian los moluscos y mariscos?

—El Levítico los califica de impuros.

—Si me prohíben disfrutar de un pulpo *a feira*, de un calamar en su tinta, de cigalas o de nécoras —protestó Aurora Santillana con ironía—, jamás me convertiré al judaísmo.

—Todas estas reglas —concluyó Julián Castilla— figuran en el Talmud, que defiende el consumo de varias especies de insectos, como los saltamontes, siempre y cuando sean *kosher* y no *terefa* —bromeó.

El *mâitre* les sirvió los platos y disfrutaron de la carne y del vino arropados por la música de la orquestina de jazz. Al terminar pidieron unos cafés y unas copas de arak, un licor típico de Oriente parecido al anís. Aurora Santillana le miró a los ojos, sin parpadear.

—¿Le gusto? —soltó a bocajarro, como el restallido de un látigo—. ¿Le parezco una mujer atractiva?

Julián Castilla disimuló su sorpresa y paladeó el arak antes de responder.

—Es muy guapa —dijo, y le aguantó la mirada sin inmutarse—. ¿Me ha tomado por el espejo de Blancanieves?

—A veces —le confesó sincera— pienso que no gusto a los hombres.

—Se equivoca.

—Llevamos varios días juntos y no ha intentado ligar conmigo.

—Evito mezclar trabajo y placer, aunque a veces me resulta imposible.

—La otra noche —recordó Aurora Santillana— me dijo que nadie le esperaba. ¿Está soltero?

—Viudo —respondió sin entrar en detalles—. Sin embargo, usted sigue soltera.

—¿Cómo lo sabe?

—Fray Valbuena le preguntó al respecto.

—Y sin compromiso. —Sonrió.

—Mi esposa —dijo Julián Castilla, y abemoló la voz— murió hace once años.

—Lo siento —se disculpó—. No pretendía...

—Déjelo. La herida cicatrizó hace tiempo.

—¿Conoce otros países de Oriente Próximo?

—Casi todos —afirmó—. En el 89, durante la primera Intifada, estaba en Palestina y conocí a mi mujer...

—No tiene por qué hablarme de ello —dijo la teniente Santillana, algo violenta por haber forzado la conversación.

—Le debo una explicación —admitió Julián Castilla—. La he arrastrado hasta aquí y ha confiado en mí. Nunca pensé que se decidiera.

—Me ha demostrado su lealtad —dijo—. Iría de su mano al fin del mundo.

—Mi mujer —narró Julián Castilla, sin apartar la vista de la copita de arak— era fotógrafa de la agencia France Presse. Yo trabajaba de corresponsal de guerra freelance para el diario *El País*. Tuvimos un flechazo, vivimos nuestra pasión bajo las piedras de los palestinos y los gases lacrimógenos de los soldados israelíes, y a los pocos meses, al regresar a Madrid, decidimos casarnos y trabajar juntos. Formábamos un buen equipo.

—Ahora entiendo su aplomo —asintió la teniente Santillana con pequeños cabeceos—. Desde que hemos aterrizado en Tel Aviv me siento como una colegiala con zapatos nuevos y a usted nada parece impresionarle.

—Para los corresponsales de guerra —dijo— Israel es nuestra segunda casa.

—¿Su esposa murió aquí?

—No. En la segunda guerra chechena.

—¿Estuvo en Grozni?

—En agosto de 1999 —relató Julián Castilla, sin disimular su congoja— los nacionalistas chechenos recrudecieron sus acciones. Moscú sufrió varios atentados terroristas que ocasionaron más de trescientos muertos y sirvieron de pretexto a Vladimir Putin para lanzar al ejército contra Chechenia y Daguestán. La ofensiva comenzó el 25 de septiembre y dos días después recibimos instrucciones del periódico para partir hacia el área de conflicto.

—Al parecer la prensa informaba con muchas dificultades.

—Apenas podíamos movernos —corroboró—. Los rusos iniciaron un ataque aéreo masivo ayudados de artillería pesada y helicópteros de combate, y en diciembre sitiaron Grozni. Los chechenos se defendían con lanzaderas de misiles Grad, fuego de blindados y artillería antiaérea.

—Nunca he estado en una guerra —afirmó la teniente Santillana— pero puedo imaginarme el infierno que debe de ser.

—Llovía fuego por todas partes —siguió Julián Castilla, hipnotizado—, los edificios se desquebrajaban, los civiles huían en desbandada... Oímos el zumbido de un cohete AT-16, disparado por un helicóptero ruso, y saltamos por los aires. Perdí el conocimiento y al recobrar la conciencia mi esposa yacía muerta a mi lado. Un fragmento de la carcasa le reventó la cabeza.

—¿Dios! —musitó la teniente con las tripas revueltas—. ¿Qué edad tenía?

—Treinta años.

—¿Por eso abandonó el periodismo de guerra?

—Sí —respondió—. Pensé en dejar la profesión. Dedicarme a otra actividad. Un día recibí una llamada de Jesús de Polanco. Me ofreció un puesto fijo en el Departamento de Cultura de *El País* y acepté. Trabajar entre amigos me ayudó a superarlo.

—¿Echa de menos la acción?

—Al principio sí —admitió con una leve sonrisa—. Ahora ya no. Hábleme de usted.

Aurora Santillana apuró las últimas gotas de arak de su copa. Su biografía resultaba mucho más anodina.

—Nací en el 72...

—Treinta y ocho años —calculó Julián Castilla—, siete menos que yo.

—A los dieciocho —resumió— ingresé en la Academia de la Guardia Civil de Úbeda, me formé, pasé al servicio activo, hice varios cursos de especialización en criminología, y en 1996 solicité mi incorporación a la UCO y me destinaron al Departamento de Investigación Criminal.

—Tampoco es un trabajo fácil.

—Alguien tiene que hacerlo.

—¿Vive sola?

—Sí —dijo—. Pese a la insistencia de mis padres para que vuelva a su casa.

—¿Algún amigo especial? —le preguntó el periodista con delicadeza.

—Ninguno —dijo y le miró fijamente como si esperara su reacción—. Los hombres huyen asustados al decirles que soy guardia civil.

—La Benemérita —bromeó— impone respeto.

Aurora Santillana sonrió. Le chispeaban los ojos por efecto del vino y el arak. Julián Castilla pidió la cuenta, la abonó y salieron del restaurante. El aire soplaba fresco y seco. Caminaron unos metros en dirección al automóvil y ella se detuvo, le cogió de la cintura y le besó en los labios. El conductor del Fiat Bravo aprovechó para tomarles varias fotografías con un teleobjetivo.

El pitido molesto del despertador le obligó a abrir los ojos. Julián miró la hora en

los números luminosos del aparato: las nueve y veinte minutos. Aurora yacía abrazada a su cuerpo. Al llegar al hotel la invitó a tomar una copa y subieron a su habitación. Descorcharon una botella de Mœt & Chandon Brut Impérial, brindaron y agradecieron al destino que hubiese cruzado sus vidas. Julián la besó y sin mediar palabras se despojaron de la ropa, se metieron en la cama y se amaron con la pasión y el desenfreno de dos enamorados hasta caer rendidos de sueño. Desde la muerte de su esposa el sexo se había convertido en un simple acto mecánico de estimulación del placer. Algo había cambiado. Sus sentimientos, aletargados durante años, habían revivido. Había amado a Aurora como a su propia mujer. La contempló unos segundos. Sus pechos tersos y suaves reposaban sobre el colchón y le besó las aureolas. Ella se estremeció. La cubrió con la sábana y se levantó.

—¿Adónde vas? —preguntó Aurora, cegada por un velo de sueño.

—A ducharme.

—Vuelve a la cama —susurró adormilada—. ¿Qué prisa tienes?

—Deberíamos levantarnos —arguyó Julián, y le señaló el despertador de la mesita de noche—. Tenemos que ir a la universidad. *Tempus fugit*.

—Ahora —bromeó— podemos quedarnos más días en Jerusalén. Voy a trasladarme a tu habitación y a ahorrarme un montón de dinero.

—Vamos, perezosa —dijo, cariñoso—. ¡Arriba!

Aurora se levantó a regañadientes y Julián gozó de su desnudez de diosa como si tuviera ante sí el cuadro del *Nacimiento de Venus* de William Adolphe Bouguereau.

—Te haré caso —dijo ella con una risita malévola, le arrastró hasta la ducha y se amaron bajo el chorro de agua tibia. Sus relaciones con los hombres solían ser bastante frías. Relaciones de una noche, provocadas para satisfacer sus apetencias sexuales, pero faltas de ternura, cariño y pasión. En las pocas horas de intimidad que había compartido con Julián le había dado más que todos los hombres de su vida.

En dirección norte, por Jericho Road, ascendieron al monte Seopus, una excelente atalaya para contemplar algunas de las mejores vistas de Jerusalén. En sus laderas se alzaban el Hadassah Medical Center, un recinto hospitalario de prestigio internacional, la Brigham Young University Jerusalem Center for Near Eastern Studies, una delegación de la mayor universidad mormona de Estados Unidos, y el campus de la Hebrew University of Jerusalem o Universidad Hebrea de Jerusalén, inaugurada en 1925 con una clase magistral de Albert Einstein.

Dejaron el coche y cruzaron los jardines. A Aurora le llamó la atención la cantidad de jóvenes que portaban armas. De un hombro colgaba su mochila repleta de libros y del otro un subfusil Uzi de fabricación israelí. Algunas chicas sujetaban sus faldas con un grueso cinturón de cuero que también servía de funda a una AMT Government del calibre 45 o a una Thompson ZG-51 Pit Bull. Cogió a Julián de la mano, temerosa de que la rechazara, de que hubiese construido un castillo de

sentimientos en el aire, y él sonrió y le abrazó la cintura. Aurora suspiró aliviada.

Una joven delgada y con gafas de montura rectangular atendía las demandas de información. Julián se identificó como periodista y le preguntó en inglés por las amistades del profesor Abraham Benari.

—¿Investigan su muerte?

—Sí —respondió Aurora—. En España la noticia interesa y quisiéramos hablar con algún compañero suyo.

—Diríjense al claustro de profesores —les aconsejó, e indicó el camino a seguir — y pregunten por Klaus Berkovitch, titular de la cátedra de Filosofía. Presumían de ser buenos amigos.

Siguieron las indicaciones hasta llegar al claustro. Varios profesores trabajaban sentados alrededor de una gran mesa. Le preguntaron a una señora de pelo cano y barbilla afilada por el profesor Berkovitch y les señaló a un hombre vestido de americana y corbata que transcribía datos a un ordenador portátil.

—¿Klaus Berkovitch? —le abordó Julián.

—Sí —dijo, y les miró intrigado.

—Somos periodistas —se presentó—. Investigamos la muerte del profesor Abraham Benari. ¿Puede dedicarnos unos minutos?

—Claro que sí —aceptó gustoso—. Acompañenme, por favor.

Abandonaron el claustro de profesores, recorrieron unos pasillos laberínticos y Klaus Berkovitch les invitó a entrar en su despacho. Se acomodaron en dos sillas frente a la mesa y les ofreció café de una jarra de pyrex que mantenía caliente en un hornillo eléctrico. Desde la ventana se observaban las laderas del monte Scopus y algunas de las instituciones que las ocupaban. De las paredes colgaban fotografías de grupos de amigos. A Aurorale llamó la atención una que mostraba a Klaus Berkovitch y Abraham Benari en la iglesia de Santo Tomé de Toledo.

—¿Le gustó —dijo, y señaló la foto— *El entierro del señor de Orgaz*?

—Un cuadro magnífico —alabó Klaus Berkovitch—. Para mí El Greco forma parte de los pintores que revolucionaron el concepto de la perspectiva.

—¿Visita Toledo con frecuencia? —continuó Julián.

—Sólo he estado una vez —lamentó—. Acompañé a Abraham en una ocasión y me pareció una ciudad encantadora.

—¿El profesor Benari iba a Toledo asiduamente?

—Tres o cuatro veces al año.

—¿Por qué motivo? —inquirió Aurora—. ¿Tenía parientes, amigos...?

—Dirigía la cátedra de Cábala —les explicó— y viajaba a Toledo para estudiar sus raíces judías.

—¿Se imparten clases de cábala en la universidad?

—Sí —dijo Klaus Berkovitch—. La investigación de las diversas corrientes del

misticismo judío la impulsó el profesor Gerhom Gerhard Scholem.

—¿Trabaja en la universidad?

—No —sonrió, y ante su desconocimiento del tema expuso—: El profesor Scholem nació en Berlín en 1897 y murió en Jerusalén en 1992. Reconocido por su labor como filósofo y ensayista, se unió al movimiento sionista y profundizó en el conocimiento de la historia, la lengua hebrea y las fuentes tradicionales del pueblo israelí.

—Un erudito —dedujo Aurora.

—Un puntal —especificó Klaus Berkovitch— del Estado de Israel. Se doctoró en Matemáticas y en 1920 inició en Munich sus estudios de lenguas orientales e historia de las religiones, y se graduó con una tesis sobre los textos cabalísticos.

—Siempre pensé —opinó Julián— que el estudio de la cábala se reservaba a los jaredíes, a los judíos ultraortodoxos.

—Ellos se dedican a la vertiente teológica —determinó Klaus Berkovitch—. En la universidad se aborda la historia de la cábala y sus connotaciones científicas.

—¿El profesor Benari —insistió Aurora— recogió el legado de Gerhard Scholem?

—Así es —afirmó—. La dedicación del profesor Scholem hizo que el Gobierno le concediera una cátedra de Cábala en la Universidad Hebrea de Jerusalén, y a su muerte Abraham Benari se erigió en titular de la misma.

—Matemáticas y cábala —le planteó Aurora— parecen dos conceptos antagónicos.

—El estudio de la cábala científica —dijo Klaus Berkovitch— requiere amplios conocimientos matemáticos.

Aurora le mostró en la pantallita de su iPhone 3 GS la grabación de las cámaras de seguridad del hotel Paraíso y la fotografía del criptograma con las coordenadas DD. El profesor Berkovitch contempló las imágenes y los números indiferente.

—¿Reconoce a los hombres de la grabación? —inquirió Aurora.

—Nunca les he visto.

—¿Le dicen algo esos números?

—Nada —afirmó.

Aurora apagó su teléfono móvil.

—Háblenos del profesor Benari —le pidió Julián.

—Abraham desapareció de la noche a la mañana —lamentó.

—¿Dejó sus clases?

—Faltó varios días —relató Klaus Berkovitch—. Primero pensé que estaba enfermo, pero Abraham avisaba de cualquier imprevisto que le surgía. Le llamé a casa repetidas veces y a diferentes horas. Siempre contestaba a mis mensajes y al no obtener respuesta me preocupé. Comunicué la circunstancia al rectorado y avisamos

a la policía.

—¿Cuántos días transcurrieron desde su desaparición hasta que alertaron a la policía? —le interrogó Aurora.

—Cinco.

—Demasiado tiempo —afirmó contrariada—. ¿Qué sucedió después?

—Acompañé a los policías a su domicilio —siguió Klaus Berkovitch—, violentaron la puerta y entraron. En el piso no había nadie. Sus cosas estaban en orden y los policías se limitaron a tramitar la denuncia. Abraham era mayor de edad y, salvo que existiesen indicios criminales en su desaparición, no podían hacer nada.

—¿Sospecha qué le llevó a Toledo?

—Como les he comentado —precisó Klaus Berkovitch— viajaba con frecuencia a la ciudad para estudiar la tradición cabalística de los judíos. Ignoro por qué se marchó deprisa y corriendo, sin avisar a nadie. Sabía que tarde o temprano le echaríamos en falta.

—Quizá —caviló Julián— pensaba regresar antes de que advirtieran su ausencia.

—¿Un viaje secreto? —aventuró Klaus Berkovitch—. ¿Con qué propósito?

—Eso intentamos averiguar.

—¿Qué labor desarrollaba el profesor Benari en la universidad? —siguió Aurora.

—Daba clases —resumió Klaus Berkovitch—, conferencias, cursillos, másteres, tutelaba tesis doctorales, realizaba investigaciones matemático-cabalísticas...

—¿Podríamos consultar sus notas?

—Abraham —expuso— se confesaba un apasionado de los ordenadores y jamás tomaba apuntes en papel. Todo lo transcribía a su portátil. Yo también uso un ordenador, como han comprobado, pero a diferencia de él odio esos cacharros.

—Permítanos echarle un vistazo —le rogó Julián.

—El portátil de Abraham —soltó Klaus Berkovitch— ha desaparecido. La policía también se interesó por su contenido. Buscaron el ordenador en el claustro, en su despacho, su casa...

Suponen que lo llevó consigo a Toledo. Nunca se separaba de su portátil.

Julián y Aurora se miraron desconcertados. El informe de la inspección ocular de la habitación 445 del hotel Paraíso no registraba la existencia de ningún ordenador. Los asesinos del profesor Benari, junto a su pasaporte, tarjetas de crédito, permiso de conducir, tarjeta sanitaria, etcétera, también se llevaron el portátil.

—¿Está seguro? —inquirió Aurora.

—Abraham viajaba con su ordenador —afirmó Klaus Berkovitch—. Trabajaba con un programa para descifrar de forma automática textos cabalísticos.

—¿Puede especificar?

—No soy experto en cábala —les advirtió—, pero Abraham me había hablado varias veces del programa GHJ-1235-X. Bastaba introducir un texto hebreo y

descifraba todas las combinaciones cabalísticas posibles utilizando conceptos matemáticos.

—¿Para qué sirve en la práctica? —insistió Julián.

—En realidad —dijo Klaus Berkovitch— sólo reduce el tiempo de interpretación. Por ejemplo, una palabra de diez letras, como mi apellido, presenta miles y miles de combinaciones cabalísticas. Una persona tardaría meses en descifrarlas con las técnicas tradicionales. El GHJ-1235-X permitía hacerlo en cuestión de segundos.

—Una sola inscripción —dedujo Aurora— requiere millones de operaciones matemáticas que el programa resolvía en segundos.

—Eso es.

—¿Qué ordenador utilizaba?

—Ni idea. —Klaus Berkovitch hizo una mueca de extrañeza—. Mi especialidad es la Filosofía. Pregúntenme sobre Jenófanes, Anaximandro, Aristóteles, Platón, Kant, Husserl, Ortega y Gasset... y me explayaré a gusto. Pero de informática...

—¿Podría alguien facilitarnos el dato?

—Espérenme aquí —dijo—. No tardaré.

El profesor Klaus Berkovitch salió del despacho.

—Los sujetos de la grabación —reflexionó Julián al quedarse a solas— robaron el ordenador.

—Eso mismo pienso yo —convino Aurora.

—Debemos encontrarles.

La puerta se abrió y Julián y Aurora interrumpieron su conversación. Klaus Berkovitch entró acompañado de un joven. Le ofreció una silla y el muchacho prefirió permanecer de pie.

—Tengo clase dentro de quince minutos —se excusó.

—El profesor Benari —dijo Klaus Berkovitch— tutelaba una tesina sobre cábala y literatura del señor Ashir Elkarif. Pasaban muchas horas juntos. Pregúntenle.

—¿Notó algo raro en el comportamiento del profesor Benari? —arrancó Aurora.

—No —respondió Ashir Elkarif—. Hablaba poco de su vida personal.

—¿Conocía su agenda para los próximos días?

—Creo que le surgió un imprevisto —opinó.

—¿Por qué lo dice?

—El día antes de su desaparición —relató Ashir Elkarif— me dijo que pasara a verle a la mañana siguiente por el claustro de profesores para acordar una cita y repasar mis últimas páginas de la tesina.

—¿Recuerda el modelo de su ordenador? —inquirió Julián.

—Sí —dijo Ashir Elkarif—. Un Sony VAIO.

—Un portátil de alta gama —aclaró Aurora.

—Nunca se separaba de su ordenador —afirmó Ashir Elkarif—. Temía que en un

descuido se lo robaran. Le había costado más de veintiún mil shekels. —Miró su reloj de muñeca—. ¿Puedo retirarme? Mi clase va a empezar.

—Sí —le autorizó Julián, y anotó en su libreta el modelo del ordenador.

Ashir Elkarif salió del despacho.

—¿Qué más puedo hacer por ustedes? —les preguntó Klaus Berkovitch, servicial.

—Ha sido muy amable —dijo Aurora—. Si le necesitamos, volveremos a ponernos en contacto.

—A su disposición.

Julián y Aurora se dirigieron en busca de su Hyundai Accent de alquiler.

—¿Qué opinas? —le preguntó Aurora.

—Debemos encontrar a esos tipos —afirmó Julián—. Tienen el maldito ordenador y su memoria esconde la clave de las muertes de Abraham Benari y Clara Letamendi. Estoy convencido.

—Hasta el momento —opuso— nada relaciona de una manera directa a la tasadora y al profesor. Sólo conjeturas muy endebles.

—Fray Valbuena —argumentó Julián— estableció un factor común entre los lugares que señalaban las coordenadas DD del criptograma y el *Pardes rimmonim*. Por pequeño que sea, existe un vínculo entre ambos.

—De acuerdo —aceptó Aurora poco convencida—. ¿Cuál es nuestro siguiente paso?

Julián consultó su reloj y sonrió.

—Faltan dos horas para que abran el Santo Sepulcro —dijo—. Vayamos a comer y luego visitaremos la supuesta tumba de Jesucristo.

En un restaurante de cocina bereber comieron maqluba, una especie de paella tradicional de Palestina, compuesta de un guiso de arroz, berenjenas y carne de pollo, y después, a través de la puerta de Damasco, accedieron a la ciudad vieja. Descendieron hacia el Muro de las Lamentaciones, como una pareja de turistas en viaje de novios, entre muestras de cariño que resultaban algo violentas a los árabes, poco dados a las escenas públicas de afecto, y por callejuelas secundarias visitaron los principales monumentos del barrio cristiano. Por unas horas se olvidaron del caso que investigaban y les había llevado a Jerusalén.

Entraron en el Santo Sepulcro. Un murmullo piadoso de rezos inundaba el lugar. Aurora sintió un escalofrío. La luz de las velas consumía el oxígeno. Cogió de la mano a Julián y se dejó guiar. Primero le condujo al Santo Sepulcro de Constantino, la supuesta tumba de Jesucristo, y luego le mostró el Santo Sepulcro Cruzado y las capillas abiertas a su alrededor. Por una escalera ascendieron al Gólgota y a la capilla de Adán: el punto donde según la tradición los romanos clavaron la cruz del patíbulo. Pasearon entre cientos de creyentes que oraban, murmuraban salmos o lloraban de emoción, y al salir, Julián le mostró la piedra de la Unción, la losa que recibió el

cuerpo sin vida de Jesucristo para ser embalsamado.

—Aunque seas ateo —dijo Aurora— este ambiente sobrecoge.

—Ni la Vía Dolorosa —expuso Julián—, ni el Santo Sepulcro, ni la piedra de la Unción son verdaderos. Nada en Tierra Santa obedece a la verdad.

—¿Por qué tanta devoción ante unas piedras y lugares falsos?

—Los creyentes —determinó— precisan símbolos. Por ejemplo, la supuesta piedra de la Unción, que se veneraba desde el siglo XII, desapareció en 1818, se colocó otra y se adora igual a sabiendas de que el cuerpo de Cristo jamás yació en ella.

—¿Adónde vamos ahora?

—A visitar la otra cara de la moneda —dijo—. Los *sancta sanctorum* de judíos e islámicos.

Siguieron en dirección oeste y entraron en la explanada del Muro de las Lamentaciones o de los Lamentos, el lugar más sagrado del judaísmo. Julián le explicó que en realidad se trataba de un muro de contención del segundo Templo de Jerusalén construido sobre el monte Moriá, donde Abraham dispuso el sacrificio de Isaac. La explanada se construyó al finalizar la Guerra de los Seis Días. Tras la victoria israelí las excavadoras derribaron las casuchas de los árabes y abrieron una gran plaza para albergar a los miles de judíos que deseaban rezar ante el muro del Templo de Jerusalén. Aurora observó curiosa los papelitos que los fieles embutían entre las rendijas de las piedras para rogar a Dios que les concediera sus peticiones. La visita al Muro de las Lamentaciones obligaba a separar en dos grupos a hombres y mujeres. Aurora le pidió a Julián una hojita de su libreta de notas, que siempre llevaba consigo, escribió un deseo, dobló el papel hasta el infinito, y marchó al sector reservado a las mujeres. Julián la vio colocar el papelito entre las piedras. Ella le miró y sonrió.

—¿Qué has pedido? —le preguntó Julián al reencontrarse.

—Un deseo —respondió Aurora de manera ambigua.

—¿Me incluye? —insistió Julián, con intención.

—Sólo los dioses lo saben.

Rodearon el Muro de las Lamentaciones por la derecha y llegaron a la mezquita de el-Aqsa o la Distante, el punto más apartado en que oró Mahoma. De allí, tras cruzar la terraza del estanque el-Kas, penetraron en el domo de la Roca, el tercer lugar más sagrado del islam tras La Meca y Medina. Su cúpula dorada dominaba el horizonte desde cualquier elevación de Jerusalén. Julián le mostró la piedra de la Ascensión. De pie sobre ella Mahoma subió al paraíso. La misma roca en que los judíos situaban el sacrificio de Isaac si Dios no hubiese detenido la mano de Abraham. Salieron de nuevo a la terraza del estanque. El sol y el calor apretaban.

—Estoy cansada —dijo Aurora—. Regresemos al hotel. Me apetece beber algo y

descansar.

Al llegar Aurora canceló su habitación y se registró en la de Julián. Pidió que le trasladaran su equipaje y al retirarse el botones se desvistió y metió en la ducha. Julián se tumbó en la cama. Cogió su libreta de notas y repasó los cientos de datos acumulados. Debían encontrar a los tipos que pujaron por el *Pardes rimmonim*. Estaba convencido de que poseían el ordenador de Abraham Benari y de que contenía la clave de su muerte y la de Clara Letamendi. Oyó el zumbido del secador eléctrico y pasados unos minutos Aurora se metió en la cama. Julián notó cómo le acariciaba la entrepierna con suavidad. Dejó caer la libreta al suelo. La besó y a ella se le erizaron los pezones. Se fundieron en un abrazo. Aurora se puso a horcajadas sobre su vientre y sintió su miembro erecto en el vello del pubis. Gimió al rozarle el clítoris. Flotaban en una nube de placer cuando sonó el teléfono de la habitación. Se miraron intrigados. Julián descolgó.

—Sir Castilla —habló una voz en inglés—, le llamo de recepción. Un joven desea verles.

—Debe de tratarse de un error —afirmó convencido—. Pregúntele cómo se llama.

Hubo un vacío momentáneo en la línea y luego el recepcionista recuperó la voz.

—Ashir Elkarif.

—Dígale que espere, por favor.

—¿Quién es? —musitó Aurora, contrariada por la interrupción.

—El alumno de la Universidad Hebrea a quien Abraham Benari tutelaba la tesina.

—¿Cómo nos ha encontrado? —gruñó molesta—. ¿Qué quiere?

—Vístete —le apremió Julián—. Saldremos de dudas en unos minutos.

Bajaron a la recepción y el empleado que les había llamado por teléfono les señaló a Ashir Elkarif, que esperaba sentado en un sofá del vestíbulo. Un grupo de turistas alborotaba camino del autocar que les llevaría de excursión.

—Disculpen que les haya molestado —dijo Ashir Elkarif cuando estuvieron frente a frente—. Precisaba hablar con ustedes a solas.

—Vayamos al bar —propuso Aurora—. Hay menos bullicio.

El joven asintió. Se sentaron a una mesa y pidieron tres cervezas. El camarero les sirvió las botellas de Macabi y se retiró.

—¿Cómo ha dado con nosotros? —inquirió Aurora intrigada.

—Les vi marcharse de la universidad —dijo Ashir Elkarif—. Anoté el modelo y la matrícula de su automóvil y le pedí a un amigo mío de la agencia Hertz que localizara el vehículo. Rastreó las distintas compañías de alquiler y en Easy Terra le informaron de su lugar de residencia en Jerusalén. Rellenaron un apartado con el nombre del hotel.

—¿Para qué tomarse tantas molestias? —le preguntó Julián.

—No quise hablar delante del profesor Berkovitch —arguyó Ashir Elkarif, y bebió a gollete un trago de cerveza—. Abraham Benari y yo manteníamos una relación...

—¿Eran amantes?

Ashir Elkarif asintió con la cabeza y cambió de tema.

—¿Investigan su muerte?

—Sí —dijo Aurora, sin desvelar su condición de guardia civil—. ¿Qué sabe de la misma?

—Nada —afirmó Ashir Elkarif—. Se marchó sin decirme ni siquiera adiós. Pensé que tenía otro amante, un lío... Hasta que apareció la noticia en los periódicos.

—¿Qué hacía en Toledo?

—Los dos últimos años —relató Ashir Elkarif, tras otro trago de cerveza— viajaba a menudo a Toledo. Estaba convencido de que las inscripciones hebreas conservadas en varios lugares de la ciudad escondían enseñanzas cabalísticas para la comprensión del misticismo hebreo.

—¿Esos viajes —siguió Julián, a la vista de sus notas— estaban relacionados con el programa GHJ-1235-X?

—Sí —convino Ashir Elkarif sin dudar— Su programa analizaba e interpretaba de forma automática cualquier texto hebreo, por complicado que fuese, mediante las técnicas clásicas. El programa también le permitía descifrar textos alquímicos.

Aurora y Julián bebieron de sus respectivos vasos de cerveza y cruzaron miradas de complicidad. Ashir Elkarif estaba al corriente de las investigaciones del profesor Abraham Benari. La conversación cobraba interés.

—¿Conoce el significado de las letras y números del programa? —inquirió Julián.

—No —respondió—. Suelen colocarse claves personales.

—¿Qué operaciones realizaba el GHJ-1235-X? —continuó Aurora.

—¿Saben algo de cábala?

—Nada —admitió Julián— salvo que está de moda gracias a Madonna, Demi Moore y Donna Karan.

—Madonna —aportó Aurora— incluso renuncia a dar conciertos los viernes para respetar el sabbat y observa las reglas de la alimentación *kosher*.

—Los maestros cabalistas —dijo Ashir Elkarif— rechazan este interés repentino de algunos famosos por el misticismo judío. A raíz de las visitas de Madonna y Demi Moore, el anciano y venerado cabalista Isaac Kaduri recordó la prohibición que pesa sobre las mujeres y les impide conocer los secretos de la religión judía.

—Las religiones son machistas —protestó Aurora indignada—. Discriminan a las mujeres. Todas deberíamos ser ateas.

—Según los cabalistas —argumentó Ashir Elkarif— las mujeres que estudian cábala se vuelven locas al igual que los hombres mayores de cuarenta años.

—¿A un profesor universitario le interesaban estas tonterías? —inquirió Julián, sin ocultar su desconcierto.

—No se confunda —arremetió Ashir Elkarif molesto—. El estudio riguroso de la cábala y su interpretación metafísica debe diferenciarse del folclore y las leyendas populares. Abraham Benari, con la ayuda de su programa, descifraba la cábala científica mediante las técnicas clásicas y complicadas operaciones matemáticas.

—¿El programa del profesor Benari —preguntó Aurora— tenía alguna similitud con el código SE o código de la Biblia?

—En parte —admitió Ashir Elkarif—. Al código SE los judíos lo denominamos código de la Tora.

—¿Alguien puede explicarme —protestó Julián, en fuera de juego— de qué estáis hablando?

Aurora tomó la palabra. Sus conocimientos de informática la habían llevado a interesarse por el llamado código de la Biblia.

—En 1997 —expuso— Michael Drosnin publicó un libro titulado *El código secreto de la Biblia*, que sostenía la existencia de un mensaje oculto en las páginas del Pentateuco...

—La Tora en la tradición judía —puntualizó Ashir Elkarif.

—Michael Drosnin —continuó Aurora— atribuye el descubrimiento al matemático israelí Eliyhan Rips, que certificó la existencia de un código secreto encriptado en las páginas del Pentateuco tras cumplirse varias predicciones.

—¿La Tora —se extrañó Julián— esconde la historia pasada y venidera de la Humanidad?

—Eso sostienen muchos autores —afirmó Ashir Elkarif—, y sus páginas aventuran una gran catástrofe mundial.

—Imposible —rechazó Julián de plano—. El fin del mundo se ha pronosticado en infinidad de ocasiones y nunca ha acontecido, como resulta evidente.

—Nadie —le rebatió Ashir Elkarif— hubiese tomado las afirmaciones de Drosnin en serio si Eliyhan Rips no fuese experto en la teoría de grupos, el modelo matemático que regula la física cuántica.

—A raíz de la publicación del libro —siguió Aurora— se vendieron varios programas de ordenador, incluido el original creado por Rips, para descifrar el código y miles de personas pudieron comprobar que la Biblia pronosticaba los atentados del 11-S, la llegada de Hitler al poder, las armas atómicas, los asesinatos de John Fitzgerald Kennedy e Isaac Rabin...

—Lo más inquietante —apostilló el alumno del profesor Benari— es que aparecen frases como «guerra mundial», «holocausto atómico» y «fin de los días».

—¿Dónde está el truco? —Julián sonrió.

—El código —dijo Aurora— elimina todos los espacios en blanco y signos de

puntuación y convierte el texto en una sucesión de letras.

—La Tora —aportó Ashir Elkarif como dato— tiene trescientas cuatro mil ochocientas cinco letras y empleando el código se descubren los mensajes citados.

—El programa de Rips —especificó Aurora con una sonrisa, para darle la razón a Julián— forma secuencias a partir de un determinado cálculo matemático. Un método poco fiable en opinión de numerosos especialistas. Para acallar a sus críticos Drosnin les desafió a encontrar mensajes parecidos en el texto de *Moby Dick*.

—Estoy convencido —dijo Julián— de que los hallaron.

—Cientos de criptógrafos —continuó Aurora— recogieron el guante del desafío y Brendan McKay descubrió en *Moby Dick* referencias a la muerte de diversos personajes de fama internacional, como Indira Ghandi, León Trotsky, Martin Luther King...

—Shlomo Sternberg —apostilló Ashir Elkarif—, profesor de Matemáticas en la Universidad de Harvard, determinó que el código de Rips carecería de fiabilidad con sólo cambiar unas letras y señaló que la versión más antigua del Pentateuco, el códice de Leningrado, fechado el año 1009, presenta cuarenta diferencias con el texto empleado por Drosnin.

—Por otra parte —remató Aurora— parece improbable que un texto de tres mil años de antigüedad recoja palabras de uso moderno como «avión» o «nuclear».

—Tenía razón —dijo Julián orgulloso—. El código no tiene ni pies ni cabeza.

—Hubo —dijo Aurora para concluir— quien utilizó el código de Rips con el *Quijote* y obtuvo mensajes parecidos.

—Sin olvidar —subrayó Ashir Elkarif— que algunas predicciones señalaban el fin del mundo para el año 2006.

—¿El programa GHJ-1235-X —desconfió Julián— cometía los mismos errores?

—De ninguna de las maneras —rechazó Ashir Elkarif—. Como les he comentado, el programa del profesor Benari utilizaba las matemáticas para cálculos infinitesimales, pero se basaba en las tres técnicas clásicas de interpretación de la cábala.

—¿De dónde proviene la palabra cábala? —le preguntó Julián.

—De *qibbel* —respondió Ashir Elkarif—, «recibir». La cábala permite a los seres humanos acceder a la verdad divina, la única y absoluta verdad manifestada en todas las religiones. Además, analiza las cosas del mundo, en especial las relacionadas con la Tora, y permite obtener una nueva interpretación oculta.

—Un lenguaje críptico que se revela sólo a los iniciados.

—Recopilado —continuó Ashir Elkarif— en dos libros fundamentales, el *Sefer yesira* y el *Sefer ha-Zohar*. El primero representa un intento de sistematizar la teología especulativa hebrea con la manifestación de los secretos del universo en la totalidad de sus elementos. De esta teoría filosófica nacieron los *sefirots*, mediante los

cuales Dios creó el universo con las tres primeras letras del alefato. Estas tres primeras letras prefiguran los diez *sefirots* o grados de la creación.

—¿Sólo tres letras bastaron para crear el universo? —preguntó Aurora.

—Los neoplatónicos y pitagóricos —dijo Ashir Elkarif— también consideraban a los números y letras seres divinos dotados de poderes sobrenaturales. Igual que la mística egipcia. La teología hebrea atribuía la creación a la fuerza del Absoluto o Einsof.

—Oriente y Occidente piensan igual —afirmó Julián.

—El *Sefer ha-Zohar* —expuso Ashir Elkarif a renglón seguido— transmite el mensaje primario del Bereshit o Génesis: el universo es obra de un solo ser, Dios, que ha confiado a otro ser, el hombre, la facultad de proseguir la creación. El cabalista sabe que las escrituras sagradas ocultan algo misterioso. Cada letra, palabra o versículo encierra una enseñanza exotérica y otra esotérica, a las que se accede con los tres sistemas clásicos de interpretación: la *gematria*, el *notaricon* y la *ternura*.

—Las técnicas del programa GHJ-1235-X —dedujo Aurora.

—Correcto —afirmó Ashir Elkarif—. La *gematria*, por ejemplo, analiza el valor numérico de la palabra cuyo sentido pretende indagarse y compone otra palabra cuyas letras suman el mismo valor. Por eso también se conoce como «cábala matemática».

—Dos palabras diferentes entre sí —sintetizó Julián—, sin relación ni concordancia gramatical, según la cábala pueden significar lo mismo.

—Ha captado la idea —afirmó Ashir Elkarif satisfecho—. Las letras de las palabras *Elohim*, «Yahvé», y *hateva*, «naturaleza», tienen el mismo valor numérico: ochenta y seis. ¿Comprenden el mecanismo? —Aurora y Julián asintieron—. La palabra *schin*, «alma», suma trescientos, igual que *ruach Elohim*, «espíritu de Yahvé».

—El programa —dijo Aurora— efectuaba los cálculos sin necesidad de perder años y años en complicadas permutaciones manuales.

—Eso es —convino el alumno del profesor Benari.

—¿Ha oído hablar de Moisés Cordobero y el *Pardes rimmonim*?

—¡Me toma el pelo! —exclamó Ashir Elkarif—. El *Sefer ha-Zohar* constituyó una revelación para la cábala y numerosos estudiosos intentaron descifrar sus secretos sin éxito hasta que Moisés Cordobero lo consiguió en el *Pardes rimmonim*.

—Un libro fundamental para la comprensión de la cábala —advirtió Aurora.

—Desde luego —afirmó—. La palabra hebrea *pardes* significa «jardín» o «huerto», pero también entraña una interpretación oculta relacionada con el acrónimo de las cuatro partes de la Tora.

—¿Qué aplicaciones prácticas tiene el programa GHJ-1235-X? —inquirió Julián.

—Depende —dijo Ashir Elkarif prudente— del valor que otorgue a las leyendas.

—Concrete, se lo ruego —le solicitó Aurora.

—Los cabalistas —expuso— están convencidos de que los libros sagrados, algunas inscripciones y textos hebreos ocultan fragmentos del poder divino de la creación. Según una leyenda, esos párrafos, debidamente interpretados con técnicas cabalísticas, podrían refundirse en un solo texto que abarcaría el conocimiento absoluto.

—Un momento —dijo Aurora desconcertada—. ¿Pretende que el profesor Benari desarrolló un programa para analizar textos hebreos con el propósito de refundirlos y acceder a las claves de la creación?

—Podría decirlo más alto —asintió—, pero no más claro.

—Hemos perdido el tiempo —bufó Aurora, y bebió un sorbo de cerveza.

—Suenan a fantasía —admitió Ashir Elkarif—, pero cientos de cabalistas durante siglos han aceptado este principio y buscado las claves de la creación. Pertenecen a una cultura distinta a la nuestra. Por eso no lo comprenden.

—¿Colaboraba en la investigación del profesor Benari? —le interrogó Julián.

—No. —Ashir Elkarif sacudió la cabeza—. Abraham se ocupaba de las formulaciones matemáticas de la *cábala* y del programa de ordenador. De la parte teológica se encargaba un *rav* de la *yeshivá* de los *jasiditas*.

—Para estar fuera del proyecto —receló Aurora— parece saber bastante.

—Nos acostábamos —le recordó Ashir Elkarif con descaro— y en la cama los amantes se hacen confidencias.

—Entiendo.

—¿Qué es un *rav*? —incidió Julián.

—La persona que dirige una *yeshivá* —respondió Ashir Elkarif—, y las *yeshivot*, plural de *yeshivá*, son centros de estudios de la Tora y del Talmud para varones que militan en el judaísmo ultraortodoxo.

—Una especie de escuela para iniciados.

—Algo parecido —convino Ashir Elkarif—. En cada *yeshivá*, además del *rav*, hay un *mashgiaj rujaní* o consejero espiritual y un *meshiv* que responde las preguntas académicas.

—¿En la *yeshivá* de los *jasiditas* se estudia *cábala*? —le preguntó Julián.

—Sí —respondió—. Deberían visitar al *rav* Eliyahm Karaskash. Podría facilitarles más detalles sobre la investigación de Abraham.

—Derne su dirección —dijo Julián.

—Su *yeshivá* está en Mea Shearim, casi esquina con Strauss —dictó—. No tiene pérdida. Los alumnos se marchan a las seis.

—¿Qué le ha movido a confiarnos esta información? —desconfió Aurora.

—Quiero que encuentren al asesino de Abraham —afirmó Ashir Elkarif tajante—. Nunca me había sentido tan feliz con una pareja como junto a él. Era un buen

hombre. Teníamos proyectos de futuro.

Ashir Elkarif bebió el último sorbo de cerveza, secó sus labios con una servilleta de papel y se despidió. Julián le siguió con la mirada y luego anotó en su libreta la dirección de la yeshivá y el nombre del *rav*.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Aurora.

—Sincero —dijo Julián—. Y tú ¿qué opinas?

—No sé... —vaciló—. Su historia es surrealista. Deberíamos valorar el crimen pasional. Estaban liados.

—Ese chico es incapaz de matar a una mosca —determinó Julián—. Se le veía apenado. Sentía la muerte de Abraham Benari. Si fuese el asesino, ¿qué necesidad tenía de situarse en el ojo del huracán?

—Tal como lo planteas ninguna.

—El cerco se estrecha —arguyó Julián—. El *Pardes rimmonim* forma parte de las claves para la interpretación de la cábala y el profesor Benari disponía de un programa informático para descifrarlas. Por eso le mataron. A sus asesinos les interesaban el libro y el ordenador.

—Te recuerdo —opuso Aurora a su argumentación— que Clara Letamendi jamás poseyó el libro. Como medida de seguridad Sumartis lo trasladó a la Biblioteca Nacional en un furgón blindado.

—Sus asesinos desconocían el proceder de la sala de subastas —le rebatió—. Estaban convencidos de que el libro obraba en su poder.

—Debo admitir —aceptó Aurora— que andabas bien encaminado.

—Ese tal... —Julián consultó la libreta— Eliyahm Karaskash puede aportarnos algún dato interesante. Deberíamos hacerle una visita.

—Estoy de acuerdo.

Pasaba un cuarto de hora de las siete de la tarde y había anochecido. Aurora vestía una falda corta, por encima de la rodilla, y una blusa ceñida que realzaba la figura de su busto. Estaba preciosa.

—Subamos a la habitación —determinó Julián.

—¿Quieres terminar lo que dejamos a medias? —preguntó Aurora, con una entonación malévola.

—Más tarde. Cuando regresemos —determinó Julián—. Ahora debes cambiarte de ropa.

Aurora se puso de pie y como una *stripper* en la pista se contoneó y deslizó las manos a lo largo de su cuerpo.

—¿Celoso? —sonrió—. ¿Te disgusta que otros hombres se recreen la vista?

—Intento evitar que nos apedreen —dijo Julián sin atisbo de bromear—. Recorrer Mea Shearim vestida con falda corta y blusa entallada entraña sus riesgos.

—¿Hablas en serio? —espetó sorprendida.

—Para los judíos ultraortodoxos —le explicó Julián— una mujer con un tipazo como el tuyo es obra del diablo. La tentación en el desierto. A sus esposas e hijas les cortan el pelo, les cubren la cabeza con un pañuelo y las visten con faldas hasta los pies y camisas o jerséis de cuello cerrado y mangas largas. ¿Has traído algo parecido?

—Creo que sí —musitó perpleja.

Dejaron el vehículo en la calle Mea Shearim y siguieron a pie hasta el cruce de Strauss. El barrio de Mea Shearim, fundado en 1874 por un grupo de fanáticos religiosos, tomaba su nombre de un versículo del *Bereshit* (primer libro de la Tora) o Génesis (XXVI, 12): «Isaac sembró en aquella tierra y recolectó “ciento por uno” [*mea shearim* en hebreo], pues le bendijo Dios». Julián le mostró a Aurora algunas viviendas pequeñas, de dos habitaciones sin ventilación, ocupadas por familias numerosas de diez a doce miembros que vivían hacinados en condiciones precarias. Mea Shearim registraba la mayor densidad de población de Jerusalén.

De trecho en trecho destacaban los rótulos en distintos idiomas que aconsejaban a los visitantes vestir y comportarse de manera decente, y los afiches pegados en las paredes anunciando los actos de las distintas sectas que habitaban el barrio. Se cruzaron con varios judíos ultraortodoxos o jaredíes^[9] («los que tiemblan ante Dios» o «temen a Dios») y les desafiaron con la mirada. Los extraños les incomodaban. Legiones de turistas paseaban a diario por Mea Shearim para contemplarles como animales encerrados en un zoo. Vestían sombreros de fieltro de color negro o tocados de piel, y levitones también negros en señal de luto por el Estado de Israel al considerar su existencia, antes de la venida del Mesías, una blasfemia. Rechazaban la televisión y otros aspectos de la vida moderna porque pensaban que eran una fuente de perversión, y hablaban yiddish. El hebreo, el idioma oficial de Israel, lo utilizaban sólo para los rezos y el estudio de la Tora por ser una lengua sagrada.

—Hemos viajado en la máquina del tiempo de Wells —dijo Aurora, sin perderse detalle—. ¿Para qué sirven los tirabuzones que les cuelgan de las sienes?

—El día que mueran —le respondió Julián— los ángeles les arrastrarán de ellos al cielo.

—Te lo preguntaba en serio.

—Por absurdo que suene, es la verdad.

—Parecen todos aquejados de síndrome de Down.

—Debido —argumentó Julián— a la consanguinidad. Los miembros de una misma familia se casan entre sí.

Aurora les observó llena de curiosidad.

—Deja de mirarles descaradamente o nos apedrearán —le advirtió Julián.

—Has hecho bien en pedirme que cambiara mi vestimenta —reconoció Aurora, e hizo intención de cogerle de la mano.

—Suéltame. —Julián se apartó con una sonrisa—. En público los hombres y

mujeres ni siquiera pueden rozarse. Las mujeres Jaredíes sólo tocan a sus maridos en la intimidad y jamás permanecen a solas con otro hombre.

—¿Qué hacen en el metro o el autobús?

—Nunca cogen los transportes públicos —le explicó—. Van a pie. La separación de sexos llega a tales extremos que en 1980 el Gobierno dotó a las zonas Jaredíes de pasos de peatones exclusivos para hombres y mujeres.

—Un mundo de locos —resopló Aurora—. ¿No practican el sexo?

—Sólo entre esposos —relató Julián para satisfacer su curiosidad—. El sexo fuera del matrimonio forma parte de los seiscientos trece *mitzvot* o mandamientos de los Jaredíes. El Google que utilizan se llama Koogole, se adapta a los preceptos de la Tora e impide acceder a páginas pornográficas o de sexo explícito.

—Nada de sexo —bromeó y le guiñó un ojo.

—Únicamente para tener hijos —dijo Julián, que conocía bien las costumbres de los judíos ultraortodoxos—. Para los matrimonios el principal mandato es «creced y multiplicaos». Todas las parejas Jaredíes tienen la obligación de concebir el máximo número de hijos y suelen tener entre cinco y diez. Entre los seiscientos trece *mitzvot* está la obligación de circuncidarse, comer pan ácimo y respetar el sabbat.

—¿Rehúsan la televisión y admiten Internet? —se extrañó Aurora.

—Eso es —afirmó Julián—. Desprecian los avances de la tecnología, pero no de forma radical como los amish. Los Jaredíes aceptan la electricidad, los automóviles, los ordenadores y los aviones. La televisión la rechazan porque sus anuncios, programas y películas incitan, desde su punto de vista, al sexo.

—¿Dónde nos hemos metido? —suspiró Aurora, impresionada por las escenas que se sucedían a su alrededor: ancianos salmodiando frases mientras balanceaban el cuerpo, niños pálidos vestidos con levitones que les daban un aire fantasmagórico y mujeres que despreciaban su físico al considerar la atracción sexual una tentación del diablo.

—En un gueto —afirmó Julián—. Los Jaredíes viven bajo dos principios fundamentales: la *daat Tora*, «lo que diga la Tora», y la *emunat jajamin*, «la fe de los sabios». Los ultraortodoxos no reconocen el Estado de Israel, se niegan a trabajar, pagar impuestos y cumplir el servicio militar, y muchos ven el Holocausto como un castigo divino por el intento sionista de fundar un Estado.

—Si no trabajan, ¿de qué viven?

—De la caridad del Estado y las donaciones personales —dijo Julián—. Las mujeres son las únicas que trabajan para ganar un poco de dinero y completar las limosnas que reciben para su sustento.

—Pellízcame y dime que estamos en el siglo XXI.

—El fanatismo religioso —siguió Julián— provoca conductas irracionales. Los judíos ultraortodoxos y antisionistas de la secta Neturci Karta, los «guardianes de la

ciudad», se declaran propalestinos y prefieren vivir en un Estado islámico antes que en un Estado laico.

—Jamás había oído hablar de ellos.

—El Mossad —dijo Julián— les vigila desde que una representación de la secta viajó a Irán para apoyar a Mahmoud Ahmadinejad en su propósito de borrar a Israel del mapa.

—¿Hay otros barrios Jaredíes en Israel?

—En las afueras de Tel Aviv —respondió Julián— está *Bnei Brak* y en Cisjordania el asentamiento de *Modi'in Illit*.

Entretenidos en la conversación, llegaron frente a la puerta de la yeshivá de los *Hassidim* o jasiditas. El alumbrado público estaba fuera de uso. Alguien había apedreado y roto las bombillas. Sólo la luna formaba claroscuros. Aurora sintió un escalofrío y por primera vez echó en falta su Browning. Julián llamó con los nudillos y unos ojos le observaron a través de una mirilla de latón.

—*Shalom...* —susurró una voz apagada desde el otro lado de la puerta.

—Buscamos al *rav* Eliyahm Karaskash —dijo Julián en inglés.

—¿Quiénes son? —les preguntó también en inglés. Por suerte casi todos los judíos hablaban inglés.

—Periodistas —respondió Julián para vencer su desconfianza—. Recabamos información sobre Abraham Benari.

—¿Cómo me han encontrado?

—Un alumno de la Universidad Hebrea nos ha facilitado su dirección.

—¿Ashir Elkarif?

—Sí.

—Esperen un segundo.

Cerró la mirilla. El *rav*, un viejo huesudo de nariz aguileña y espalda chepuda, abrió la puerta y les invitó a entrar. Vestía un traje talar de color negro, cubría su cabeza con un sombrero también negro y una barba de varios días enmarcaba un rostro cerúleo. Julián y Aurora accedieron al interior de la yeshivá y el *rav* atrancó la puerta con un alamud. El conductor del Fiat Bravo y otro hombre, vestidos al estilo tradicional de los Jaredíes para pasar desapercibidos, observaron sus movimientos.

—*Baruchim ha-baïm*^[10] —dijo el *rav* para darles la bienvenida.

—*Toda rabba*^[11] —respondió Julián a su amabilidad, en el poco hebreo que sabía.

Les condujo a una salita tapizada con una gruesa alfombra de lana y calentada por una estufa de butano que enrarecía el ambiente. Colocó tres mullidos pufs de cuero alrededor de una mesita y tomaron asiento.

—Abraham Benari —afirmó Eliyahm Karaskash— amaba a ese joven. Le llevaba treinta y cinco años de diferencia, pero no le importaba. Le había devuelto las ganas de vivir.

—¿Las relaciones homosexuales están toleradas en Israel? —preguntó Aurora, para entrar en conversación.

—Las leyes civiles —dijo Eliyahm Karaskash— respetan los derechos de los homosexuales, a diferencia del resto de países de Oriente Medio. El ejército admite incluso a los travestis, pueden adoptar niños y se convalidan los matrimonios *gays* celebrados en el extranjero, pero las leyes religiosas les rechazan. El *Vayikrá* o Levítico, como ustedes lo llaman, se muestra tajante: «No te acostarás con un hombre de igual manera que te acuestas con una mujer (...). Si un hombre se acuesta con otro hombre, los dos serán castigados con la muerte...».

—Dos mundos enfrentados.

—Éramos amigos —admitió— y toleraba sus tendencias homosexuales. Pienso que si Dios creó la homosexualidad debemos respetarla.

—Un razonamiento lógico.

—La película *Eyes wide open* —dijo Eliyahm Karaskash— denunció la hipocresía de los jaredíes y abrió el debate en la sociedad. Las cosas cambian incluso en este reducto anclado en la Edad Media. ¿Para qué han venido?

—Háblenos del GHJ-1235-X —le pidió Julián sin rodeos— y de la investigación de Abraham Benari.

—Mis conocimientos de informática —confesó el rav— son nulos. Abraham me dijo que el programa le permitía realizar en minutos operaciones de cábala que requerirían siglos.

—Ashir Elkarif —siguió Aurora— está convencido de que el profesor Benari buscaba las claves de la creación.

—Llevaba toda su vida tras ellas —afirmó—. Por eso desarrolló el GHJ-1235-X.

—¿Perdía el tiempo en una quimera?

—De ninguna manera —protestó Eliyahm Karaskash en apoyo de su difunto amigo—. Desde el principio de la cábala sus adeptos han intentado acceder al conocimiento absoluto. Todas las religiones conservan el recuerdo de un libro primigenio que contiene los grandes secretos de la Humanidad. Para los judíos la cábala encierra el saber hermético de ese libro.

—¿De verdad —insistió Aurora confusa— piensa que el ser humano puede emular la obra del creador?

—Está escrito y demostrado —afirmó Eliyahm Karaskash tajante—. En la tradición jasídica la revelación final se denomina *nishmeta lenishmeta deoraita*, «el alma del alma de la Tora», como registra el Tania, un texto fundamental del jasidismo. La enseñanza más importante del Tania revela que el alma de los judíos encierra una parte de la esencia de Dios.

—Esa parte minúscula del espíritu divino —reflexionó Julián, para comprender sus palabras— permitiría a los judíos emular la creación.

—En palabras sencillas —convino el *rav*— es la base del pensamiento cabalista.

—¿Cómo se produce la creación artificial? —dijo Aurora, escéptica por completo.

—Mediante las palabras precisas —afirmó Eliyahm Karaskash—. Unas palabras que Abraham Benari intentaba descubrir.

—¿Sólo pronunciando unas palabras se produce la creación, el gran secreto de la vida? —exclamó Aurora, e hizo un aspaviento.

—En la creación del mundo —afirmó el *rav*— primero existió la palabra. La Tora enseña que Dios dijo: «Haya luz, y hubo luz». Partiendo de esta premisa y aceptando que Dios anida en el alma de los judíos, su pueblo elegido puede manifestar su fuerza creadora con palabras y letras.

—¿Qué efecto producirían esas palabras y letras? —inquirió Julián.

—El ilustre cabalista Isaac Luria —continuó Eliyahm Karaskash— proclamó la teoría de los *tsimtsum*. Según Luria antes de la creación Dios llenaba todo el espacio. Para crear el universo retiró su luz, y esa luz sufrió numerosas restricciones o *tsimtsum*, y cada una recibió a los seres creados por efecto de la palabra.

—¿Qué seres podría crear un cabalista con el poder de las letras y las palabras? —insistió Aurora.

—*Golems*, homúnculos en su lenguaje.

—¿Seres artificiales como Frankenstein? —aventuró Aurora.

—Sé —admitió Eliyahm Karaskash— que para un neófito en cábala resulta inverosímil.

—Salgamos de aquí —dijo Aurora y se levantó.

—No permita que su ignorancia —sentenció el *rav* con voz grave— ciegue sus ojos.

Julián la miró y con un gesto disimulado le pidió calma. Aurora resopló abatida, asintió con la cabeza y recuperó la comodidad del puf.

—¿Puedo ofrecerles un té? —dijo Eliyahm Karaskash, para rebajar la tensión.

—Gracias —aceptó Julián.

De un samovar llenó tres vasitos de cristal, los colocó en una bandeja de alpaca y la dejó encima de la mesita. Julián cogió un vasito y le entregó otro a Aurora. Bebió un sorbo y paladeó el té aromatizado con canela.

—¿Abraham Benari —dijo Julián para retomar el hilo— creía en los *golems*?

—Sí —respondió el *rav* con su vasito en la mano—. ¿Han oído hablar de Gerhom Gerhard Scholem?

—Fundó la cátedra de cábala de la Universidad Hebrea de Jerusalén.

—Abraham Benari —expuso Eliyahm Karaskash— se hizo cargo de su legado intelectual. En 1960 el profesor Gerhard Scholem publicó *La cábala y su simbolismo*. El libro incluía cinco trabajos. El último estaba dedicado a una figura emblemática de

la mística judía, el *golem*, un ser humano creado gracias a la cábala.

—¿Profesores de universidad, hombres de amplia cultura, dan crédito a la vida artificial? —aulló Aurora sorprendida.

—Oriente y Occidente —manifestó el rav— comparten el mismo pensamiento. Los alquimistas europeos creían en la posibilidad de crear homúnculos, y esta doctrina filosófica impregnó su ciencia.

—Increíble —insistió Aurora—. Eran incapaces de curar un flemón y pretendían crear vida artificial.

—En el siglo xvii —siguió Eliyahm Karaskash— el físico holandés Nicolas Hartsoeker, profesor de la Universidad de Düsseldorf, colocó bajo un rudimentario microscopio de su invención semen humano y observó la presencia de animálculos, más tarde llamados espermatozoides. En el interior de los animálculos se pensaba que había homúnculos, hombres o mujeres diminutos que se desarrollaban en el útero.

—¿El *Pardes rimmonim* —incidió Julián— habla de la creación de *golems*?

—Dicta las leyes —especificó— del poder de la creación: «Cada letra es un palacio y una fortaleza de la espiritualidad (...). Cuando un hombre menciona una letra se suscita esa espiritualidad y cobra existencia...».

—¿Basta pronunciar unas palabras para crear a un individuo? —preguntó Julián, sin salir de su asombro.

—Está escrito en el párrafo cuatro del capítulo cuatro del Seferyesira. —Eliyahm Karaskash cerró los ojos y recitó—: «Dios trazó las veintidós letras del alefato y con ellas formó a todas las criaturas...».

—¿Cómo se procedía para crear un *golem*? —preguntó Julián, tan intrigado como incrédulo.

—El cabalista —le complació el rav— debía ayunar varios días para librarse de las impurezas del cuerpo y meditar otros tantos para desprenderse de los pecados del alma. Luego, al igual que Dios creó a Adán, moldeaba en barro la figura de un hombre, colocaba sobre su frente la palabra *emet*, «verdad», pronunciaba uno de los nombres secretos de Dios, *Shemaforash*, y la figura cobraba vida. Los *golems* carecían de habla, sexo y alma.

—¿Los cabalistas del siglo xxi admiten esta posibilidad? —incidió Aurora.

—Desde luego —afirmó—. Yehudá de Worms, fundador del jasidismo, formuló varias recetas mágicas para la creación de *golems* que nadie ha discutido.

—¿Qué significa *golem*? —terció Julián.

—«Materia bruta» —aclaró Eliyahm Karaskash—. Procede del salmo ciento treinta y nueve, versículo dieciséis: «*Golmi ran enecha...*» —dijo, y a continuación tradujo—: «Tus ojos vieron mi imperfección...». El *Midrash raba* asegura que antes de insuflarle el alma el primer hombre yacía a los pies de Dios como un *golem*, y el *Talmud de Jerusalén* habla de un niño en el vientre materno cuyos miembros estaban

encogidos como los de un *golem*.

—¿Cómo morían? —siguió Aurora.

—Borrándoles de la frente la primera «e» de *emet* —sentenció el rav—. En hebreo *met* significa «muerte».

—¿Los alquimistas europeos operaban de la misma manera? —incidió Julián.

—Se basaban en la doctrina alquímica de la transmutación —expuso Eliyahm Karaskash—. Los homúnculos, a diferencia de los *golems*, nacían de la fermentación del esperma humano en un atamor durante cuarenta días. Pasado ese tiempo, surgía un homúnculo, un hombre diminuto, transparente y sin sustancia. Se alimentaba con sangre otras cuarenta semanas, se mantenía a calor constante, y se convertía en un niño como el nacido de mujer.

—¿Ha visto algún *golem*? —le preguntó Aurora, con manifiesta mala intención.

—El último —se justificó el rav— lo confeccionó en el siglo XVI el rabí Jehudá Low ben Bezazel. Luego las fórmulas fueron robadas y hasta hoy permanecen perdidas. Abraham Benari intentaba recuperarlas estudiando los textos cabalísticos y las inscripciones hebreas que han subsistido al paso del tiempo.

—¿Con esa intención viajaba a Toledo? —siguió Julián.

—Toledo —dijo el rav— acogió durante siglos la cuna del saber hebreo. En sus piedras se conservan frases reveladas que, junto a otras legadas en libros y documentos, esconden el saber perdido.

—¿Quién fue ese tal Low? —preguntó Aurora.

—El rabino más grande y sabio que ha existido —contestó Eliyahm Karaskash—. Su nombre todavía se pronuncia con respeto y admiración en nuestra comunidad.

—¿Vivió en Jerusalén? —continuó Julián.

—No —dijo—. El rabí Jehudá Low nació en 1531, y su padre, el también rabí Bezazel ben Chajim, de la ciudad de Worms, descendía por línea directa de la estirpe del rey David.

—El padre de Salomón —apuntó Aurora—, el artífice del Templo de Jerusalén.

—Siendo un adolescente —continuó el rav— Jehudá Low se trasladó a Praga, reclamado por el emperador Rodolfo II, y ejerció de Gran Rabino hasta su muerte.

—¿En Praga creó al *golem*? —preguntó Julián.

—Se vio obligado debido a las circunstancias —acometió Eliyahm Karaskash—. En 1580 un sacerdote cristiano de nombre Tadeo, enemigo acérrimo de los judíos, acusaba a la comunidad de todos los crímenes cometidos en la ciudad. El rabí Low pidió consejo a Dios y recibió esta respuesta: «*Ata bra golem dewuk hachomer w'tigzar zedim chewel torfe jisrael*»; «Crearás un *golem* de barro y exterminarás a la miserable chusma devoradora de hebreos».

—Una entrega divina —señaló Julián—, al igual que la cábala.

—Esas palabras —expuso el rav— contenían una enseñanza suprema. El rabí

Low las interpretó mediante las técnicas de la cábala y obtuvo la fórmula de la creación. Luego mandó grabarla para la eternidad en tres láminas de oro que desde entonces se conocieron como el *Libro de Dios*.

—Con la fórmula en su poder confeccionó un *golem* —insistió Aurora.

—Llamó a Jizchak ben Simson —siguió Eliyahm Karaskash—, su yerno, y al levita Jacob ben Chajim Sasson, su discípulo preferido, y les confió el secreto.

—¿Reveló la fórmula? —inquirió Julián sin comprender el motivo—. ¿No confeccionó el *golem* en solitario?

—Para elaborar un *golem* —argumentó el rav— se requieren cuatro elementos, al igual que para la transmutación de los metales. Jizchak representaba el fuego, Jacob el agua, el rabí Low el aire, y entre los tres amasaron tierra, el cuarto elemento.

—La cábala y la alquimia andan parejas —opinó Aurora.

—Beben en las mismas fuentes —arguyó Eliyahm Karaskash, y continuó—: El día señalado, al rayar de la medianoche, los tres hombres practicaron el *mikwe*, el baño ritual de inmersión para purificarse. Luego entonaron el *chazot*, un lamento por Jerusalén, y recitaron los salmos preceptivos.

—Una ceremonia que mezcla elementos de la religión, la magia y la alquimia —afirmó Julián.

—En ellas —arguyó el rav— radica la esencia de Dios. Después se dirigieron a la orilla del Moldava, amasaron barro y emprendieron la fabricación del *golem*.

—¿Moldearon un cuerpo a tamaño natural?

—De dos metros de alto —especificó—. Finalizada la figura, el rabí Low ordenó a Jizchak dar siete vueltas, en el sentido de las agujas del reloj, alrededor del *golem* y pronunciar la *zirufim*, la fórmula cabalística para darle vida. Luego ordenó al levita Jacob cumplir el mismo ritual y recitar la *zirufim* de su elemento. En la cabeza del *golem* brotó pelo y le crecieron las uñas de las manos y de los pies. Por último, el rabí Low también dio siete vueltas en torno al *golem* y, al terminar, depositó en su boca un *schem* escrito sobre pergamino...

—¿Qué es un *schem*? —le interrumpió Aurora.

—Un nombre cabalístico de Dios —aclaró el rav—. Luego pronunciaron al unísono unas palabras desconocidas y el *golem* abrió los ojos y se levantó.

—¡Fantástico! —dijo Aurora y aplaudió de manera simbólica. El rav le recordaba a fray Agustín Valbuena.

—Para cubrir su desnudez —siguió Eliyahm Karaskash sin inmutarse— le vistieron con las ropas de un *schammes*, un alguacil de la sinagoga.

—¿Qué sucedió con el *golem*? —dijo Julián, con curiosidad por conocer el final de la leyenda.

—El rabí Low hospedó al *golem* en su casa —concluyó—. Dijo a su familia que había encontrado al hombre vagando por las calles y lo había recogido por caridad.

No hablaba, desconocía su nombre, y decidió llamarle Yosef.

—Cumplió su función —elucubró Julián— y lo eliminó borrándole una letra de la frente.

—Así ocurrió —convino el rav—. La comunidad judía de Praga recobró la tranquilidad y el *golem* dejó de serle útil. Un día el rabí Low llamó a Jizchak y a Jacob para proceder a su destrucción. Acudieron a la sinagoga Altneu, donde dormía el *golem*, se colocaron junto a su cabeza y le borrarón la primera «e» de *emet*. Luego leyeron del revés las palabras cabalísticas usadas para insuflarle vida y se convirtió en un montón de barro. Desde entonces, según la tradición, esa tierra reposa en el desván de la sinagoga.

—El rabí Low —reflexionó Julián— grabó la fórmula de la creación en tres láminas de oro, el *Libro de Dios*...

—Las ocultó en algún lugar de la sinagoga Altneu —comentó Eliyahm Karaskash— y unos desconocidos las robaron. El pueblo de Israel llora desde entonces su pérdida.

—¿Se descubrió a los autores del robo? —preguntó Aurora.

—Hubo numerosas especulaciones —afirmó el rav— pero jamás se puso nombre a los ladrones. De poseer el *Libro de Dios* el pueblo de Israel sería invencible. Un ejército de *golems* protegería nuestras fronteras.

—Le agradecemos su amabilidad —dijo Julián.

—Si mis palabras —musitó Eliyahm Karaskash— les ayudan a descubrir al asesino de Abraham Benari, mi corazón rebosará de alegría.

—Quisiera mostrarle unas fotografías —dijo Aurora, de pie dispuesta a marcharse.

Eliyahm Karaskash asintió. Colocó la pantallita del iPhone frente a sus ojos sin que el *rav* reconociera a los hombres grabados por las cámaras de seguridad del hotel Paraíso ni las coordenadas DD. Un antiguo reloj de péndulo, que colgaba de una pared, lanzó diez campanadas al aire. Aurora guardó su teléfono.

—¿Han venido en automóvil? —les preguntó el rav.

—Sí —respondió Julián.

—Vayan directos a su vehículo —les aconsejó— y eviten las calles solitarias y oscuras. De noche este barrio entraña peligro para los forasteros.

Salieron de la *yeshivá*. Las pocas luces de las farolas que permanecían encendidas teñían el asfalto y los rostros de un tono opalino. Caminaron en busca del Hyundai Accent y al entrar en el automóvil respiraron aliviados. Desde el interior del Fiat Bravo los dos hombres con los dedos meñiques de la mano derecha amputados siguieron sus pasos.

—En este país —dijo Aurora— nadie parece vivir en la realidad de las cosas.

—El pueblo israelí —intentó Julián justificar al *rav* mientras arrancaba el coche

— manifiesta su espiritualidad segundo a segundo. Incluso los laicos respetan las celebraciones religiosas como la fiesta de los Tabernáculos o de la Pascua. Algo parecido ocurre en nuestro país. Muchos laicos se emocionan ante el paso de un cristo o una virgen en Semana Santa.

—Nunca lo he entendido.

—Yo tampoco —convino Julián—. Será cuestión del ambiente, de la energía que se respira.

—Una cosa —contrapuso Aurora— es la espiritualidad y otra muy distinta admitir que unas palabras cabalísticas pueden crear vida.

—Si no hubiese desaparecido el *Libro de Dios*, quién sabe...

—Búrlate —dijo Aurora—. Llevamos varios días en Jerusalén y seguimos sin una pista de los asesinos.

—Al menos —arguyó— conocemos el móvil.

—¿Estás seguro?

—A Clara Letamendi —insistió Julián— la mataron para arrebatarse el *Pardes rimmonim*. Sus asesinos ignoraban que la sala de subastas depositaría el libro en la Biblioteca Nacional. Al profesor Abraham Benari le eliminaron para apoderarse del programa GHJ-1235-X. Donde esté el ordenador están los tipos del hotel Paraíso.

—Tu hipótesis tiene un punto débil. —Julián la miró de reojo, sin descuidar el tráfico—. Si el *Pardes rimmonim* contiene claves cabalísticas, no precisaban matar a Clara Letamendi. A sus asesinos les bastaba consultar otro ejemplar. Deben de existir varios en distintas bibliotecas.

—Un libro del siglo XVI no está al alcance de cualquiera.

—Un original —siguió Aurora con su argumentación— quizá no, pero los libros antiguos se microfilman para facilitar su consulta y evitar que el manejo los deteriore. A los asesinos de Clara Letamendi les hubiese sido menos complicado solicitar fotocopias a una biblioteca.

—Tengo que darte la razón —admitió Julián convencido—. ¿Puedes enviar un e-mail desde tu teléfono?

—¿Lo dudas?

—Mándale en mi nombre un correo a Carlos Navarro, director de Sumartis, y pídele una cita para pasado mañana.

—¿Regresamos a Madrid?

—Aquí hemos terminado —lamentó Julián—. El profesor Benari guardaba su vida en secreto. Por más vueltas que demos no averiguaremos nada más.

Aurora asintió, escribió el texto y le pidió la dirección de correo electrónico de Carlos Navarro. Julián estacionó el Hyundai Accent en el aparcamiento del hotel, consultó su libreta y se la dictó. Los hombres del Fiat Bravo les vieron cerrar el automóvil y dirigirse a la entrada. Les tomaron varias fotografías y desaparecieron en

la noche.

—Listo —dijo Aurora.

—De la conversación con el *rav* —dijo Julián, mientras esperaban el ascensor para subir a su habitación—, ¿qué te ha llamado la atención?

—Que no le hayan encerrado en un psiquiátrico —dijo Aurora, con ironía.

—¿Dónde se confeccionó el último *golem*?

—En Praga —respondió extrañada—. ¿Qué importancia tiene?

—Respóndeme a otra cuestión —dijo Julián, y la abrazó y la besó—. ¿De dónde procedía el criptograma?

Aurora guardó silencio unos segundos.

—De la República Checa... —musitó.

IV

Génova

Jueves, 14 de febrero de 1585

Llegó a Génova, asentada en el golfo del mismo nombre y bajo las estribaciones del Apenino Ligur, al despuntar el alba. La parte más dura de su viaje la sufrió al cruzar los temidos Alpes. Lo hizo a caballo, en solitario, soportando días interminables de frío, hambre y sed, siguiendo la ruta de las postas que unían el Tirol con las Repúblicas Italianas gracias al servicio de correos organizado por los Thum und Taxis. Tras días de penurias y soledad, Domingo de Aranda agradeció el bullicio de la populosa Génova. El trasiego de la gente le alivió del tedio del camino. Al igual que sus compañeros, debía regresar a España por sus propios medios y entregar su lámina de oro del *Libro de Dios* al superintendente Bernardino de Mendoza.

Recorrió las calles en busca de una botica, compró unos sellos de polvo de adormidera y se dirigió a la lonja de contratación. La caída de Constantinopla en poder de los otomanos había mermado la actividad del puerto de Génova, aunque conservaba su importancia estratégica: la posesión de Córcega convertía a los genoveses en dueños del Alto Tirreno y a la ciudad en centro de los intereses políticos de España y Francia.

Decenas de marinos esperaban apretujados en la sala de la lonja un contrato para embarcar. El ambiente estaba viciado por las estufas de carbón y el olor a sobaquina, y los gritos y carcajadas se mezclaban con las voces. Domingo de Aranda se apartó del tumulto. Carecía de la cartilla de mareante necesaria para formar parte de la tripulación de una nao, pero sabía interpretar los portulanos y las cartas marinas y manejar el cuadrante, el astrolabio y el teodolito, habilidades que le permitirían usurpar la identidad de un navegante de profesión.

Subido a una tarima, para que todos pudieran verle, un oficial desgranaba los nombres de las naves que demandaban tripulantes, sus cargamentos y los puertos de destino.

—Tres marinos —gritó— para el *Sao Gabriel*, una carraca mercante lusitana de tres palos, con un cargamento de maíz con destino al puerto de Bujía...

Varias manos se alzaron entre las cabezas de los congregados.

—Nosotros, señor —vociferó un marino.

—¿Tenéis la cartilla de navegación en regla? —preguntó el oficial de la lonja.

—Sí, señor —respondieron.

—Dadme vuestros nombres. —Los marinos le dictaron sus nombres y apellidos, y el oficial los registró—. Presentaos de inmediato en el pantalán cinco —les apremió

—. El capitán quiere zarpar esta misma tarde. —Les entregó las hojas de contratación con el sello de la lonja, y continuó leyendo la lista que sujetaba en la mano—. Un marino de puente para el *San Matteo*, una carabela redonda de bandera genovesa, con un cargamento de melaza y vino para el puerto de Río de Oro...

—¡Si carga barricas de melaza y vino —gritó un marino entre el tumulto— es la nao de mis sueños!

Sonó una risotada general. El oficial de contratación le pidió el nombre, lo anotó y le entregó la documentación acreditativa. El marino salió de la sala para presentarse sin demora en el muelle.

—Un timonel —gritó el oficial acto seguido, y miró a la concurrencia— para el *Tromp*, un galeón mayor de cuatro palos y cinco puentes, de bandera de los Países Bajos, con un cargamento de pieles de Oriente, telas de algodón y vasijas de cerámica, con escala de dos días en el puerto de Marsella y destino final en Valencia...

—*Ici, monsieur!* —alzó la mano un marino de habla francesa—. Tengo experiencia al timón de todas las naos.

—Bien —suspiró el oficial—. ¡Acércate! —El marino se abrió paso entre la multitud—. ¿Cómo te llamas?

—Damien Aicard —dijo.

El oficial de la lonja le entregó la cédula acreditativa de su contratación, le dio las instrucciones para el embarque, y el marino abandonó la sala. Domingo de Aranda le siguió. Desde el puerto de Valencia le sería fácil llegar a Madrid. El marino recorrió los coloniales de la Via Nuova, señoreada por bellos palacios, compró algunos enseres para la travesía y se dirigió a un mesón situado en los alrededores del puerto. Domingo de Aranda entró, se sentó a una mesa y le vio subir la escalera que conducía a las alcobas.

—Una jarra de malvasia y dos vasos —pidió a la mesonera encargada de atender a los huéspedes.

La joven le sirvió.

—¿Os apetecen unas chacinas, caballero?

—No, gracias —rechazó Domingo de Aranda.

—Tengo la mejor *bresaola* y *salame* de Génova.

—Quizá más tarde.

La mesonera se retiró. Domingo de Aranda se sirvió un vaso de malvasia, que llegaba a los puertos del Mediterráneo procedente de las islas Afortunadas, dio un sorbo y paladeó su buqué. Rellenó su vaso, sacó los sellos de adormidera y los disolvió en la jarra. Sólo debía esperar.

A las dos horas reapareció el marino. Se había cambiado de ropa y aseado, y el agente de Bernardino de Mendoza dedujo que había compuesto su equipaje para la

travesía. Domingo de Aranda chapurreaba la lengua de los francos. Se levantó y le abordó con aspavientos de alegría.

—*Mon ami Damien Aicard!* —exclamó y le abrazó—. *Comment ça va?* —El marino le miró sorprendido, sin saber de quién se trataba—. ¿Me recuerdas?

—*Non, monsieur.*

—Luis de la Cuerda —se presentó con un nombre falso, atento a su reacción.

El marino hizo memoria y se rascó la cabeza.

—*Louis...?* —musitó, pensativo.

—¡Ajá!

—*Oui!* —exclamó de repente—. *Du port de Muita!*

—Te has acordado, viejo bribón —rió Domingo de Aranda.

—Con la barba no os reconocía —se excusó Damien Aicard—. Han pasado muchos años.

—Venid —le ofreció—. Compartid un vaso de vino conmigo.

Damien Aicard le siguió la corriente por cortesía. Se sentaron a la mesa. Domingo de Aranda cogió el vaso vacío y lo llenó hasta el borde. Luego se lo entregó.

—¡Brindemos! —dijo, alegre.

—*A votre santé!*

Domingo de Aranda apuró el vino de un trago. Damien Aicard hizo lo propio. Chasqueó la lengua y posó su vaso en la mesa.

—*Très bon* —afirmó.

—Malvasia —sonrió—. El mejor vino del mundo. ¿Otra ronda?

—*Ne sais-je?...* —balbució Damien Aicard con la cabeza algo espesa.

—Venga —insistió Domingo de Aranda, y rellenó los vasos hasta rebosar—. ¡Por este encuentro y las farras de Muita!

Alzaron de nuevo los vasos. Domingo de Aranda se llevó el suyo a los labios y simuló beber. Damien Aicard apuró el vino hasta la última gota. Sintió un mareo repentino, su vista se nubló, los objetos y personas bailaron a su alrededor y se desmayó sobre la mesa. El agente de Bernardino de Mendoza le sacudió la cabeza para comprobar que estaba inconsciente. Luego llamó a la mesonera.

—¿Qué le ha ocurrido a su amigo? —inquirió la muchacha.

—Nada —le quitó importancia—. Se le pasará en cuanto duerma un poco —arguyó—. ¿Cuál es su alcoba?

—Arriba —señaló la chica—. La última de la derecha.

Domingo de Aranda cargó el cuerpo del marino al hombro y se encaminó hacia la escalera.

—¿Os ayudo, señor? —se ofreció la mesonera.

—No os preocupéis —rechazó Domingo de Aranda—. Le acostaré y en unas horas estará repuesto. Dejadle dormir a su antojo.

—Sí, señor.

Subió al marino a su habitación. Cerró la puerta y echó el fiador. Luego dejó caer el cuerpo de Damien Aicard sobre la cama y registró sus pertenencias. En el bolsillo de un petate encontró la cartilla de navegación y la cédula de contratación. Leyó los datos de la nao, el muelle de atraque y la hora a la que tenía previsto zarpar. Todo había salido según lo planeado. Se guardó la cartilla y la cédula y abandonó el mesón.

Pasó la noche en una fonda de las afueras de la ciudad, para evitar mezclarse con la marinería, y de madrugada se encaminó al puerto. Rezó una salve frente a la imagen de la Virgen del Carmen de la iglesia de San Siro, y luego Domingo de Aranda se presentó en el muelle. El capitán del *Tromp* inspeccionó sus papeles y le autorizó a embarcar.

—Harás turnos de seis horas —le anticipó— al mando del timón.

—*Oui, monsieur* —respondió en francés, metido de lleno en su personaje.

El capitán del galeón llamó a un grumete y le pidió que condujese a Damien Aicard al camarote que debía compartir con el otro timonel: un habitáculo reducido, dotado de dos literas, unas baldas de madera para apilar la ropa y varias alcayatas para colgarlas bolsas y petates. Domingo de Aranda despidió al grumete y cerró la puerta. Eligió la cama de arriba por considerarla más segura. Sacó su pistola de llave de chispa y la dejó encima del jergón. Luego inspeccionó el camarote. Ningún lugar le parecía apropiado para ocultar su lámina de oro. Tanteó las tablas del suelo y ayudado de su marrillo hizo palanca y desprendió una. Debajo había un espacio suficientemente profundo para albergar su hoja del *Libro de Dios*. La encajó en el hueco, para evitar que el movimiento del galeón pudiera desplazarla y, procurando hacer el menor ruido posible, clavó de nuevo la tabla con la culata de la pistola. Puso su arma bajo la almohada y se tumbó en la cama hasta la hora de zarpar.

El capitán del *Tromp* ordenó levar anclas a las seis de la madrugada. El otro timonel, un marino flamenco que había perdido una pierna durante un enfrentamiento con el pirata Barbarroja, compartía la responsabilidad del gobierno de la nao. El capitán repartió los turnos diarios de relevo al timón. A Domingo de Aranda le correspondieron el primero y el tercero, y a su compañero el segundo y el cuarto.

A las doce de la noche Domingo de Aranda concluía su segundo turno, el tercero del día. Miró la arena de la ampolleta y calculó que faltaban menos de cinco minutos para que su compañero se hiciera cargo de la cercha. Comprobó el rumbo en la aguja imantada y observó preocupado el velamen. El capitán había ordenado navegar a todo paño, pero el viento soplaba flojo y el galeón avanzaba despacio. De mantenerse el aire en calma sufrirían varios días de demora respecto al calendario previsto de navegación.

El timonel se presentó en el puente y Domingo de Aranda se retiró a descansar. Aprovecharía el resto de la noche, hasta las seis de la madrugada en que comenzaba

su nuevo turno, para dormir. Saludó al vigía, encaramado a la cofia del palo proel de trinquete, y se encerró en el camarote. Comprobó que la tabla de la tarima permanecía bien clavada. Colocó su pistola de llave de chispa bajo la almohada, se echó en la litera y se quedó dormido.

Sin luces y aparejada con velas negras, para evitar ser descubierta por el vigía del *Tromp*, una coca mediterránea de dos palos navegaba siguiendo la estela del galeón. Su menor tamaño y peso, casi mil toneladas de diferencia, le permitirían maniobrar con agilidad y batirse en retirada en el caso de ser avistada. Desde el castillo de proa un hombre, al que faltaba el dedo meñique de la mano derecha, vestido de hábito negro, capucha calada y el rostro oculto tras una máscara de cuero, observaba con un anteojo el galeón. A su lado tres hombres, ataviados con la misma indumentaria y también mutilados del dedo meñique, esperaban la orden de abordar el navío.

La coca viró a estribor, desplegó una vela y acortó la distancia con el *Tromp*. Los tres hombres vestidos de negro arriaron un bote de remos al agua. Lanzaron una escala de gato, descendieron y bogaron con fuerza hacia el galeón. Arrimaron el bote a la borda de estribor y lanzaron sobre la cubierta un garfio atado a un cabo. El golpe quedó apagado por el crujir de la arboladura y el maderamen, el chirriar de los tambores y motones, y el tintineo de las branzas. Aseguraron la cuerda a la cabeza de proa del bote y dos de ellos treparon con habilidad. El tercero se mantuvo al timón. Desde el castillo de la coca el cuarto hombre seguía la maniobra de abordaje con el anteojo.

Los dos hombres vestidos de negro se agazaparon y se dirigieron al alcázar de popa. Comprobaron que nadie vigilaba el acceso al camarote de los timoneles y con una espátula de hierro muy delgada alzaron el pestillo. Entraron y volvieron a cerrar. Domingo de Aranda dormía a pierna suelta. Uno de los hombres le tapó la boca con la mano y el otro le rebanó el pescuezo con una daga antes de que pudiera reaccionar. La sangre manó de las venas y arterias a borbotones y empapó al instante la manta y el jergón.

Los hombres de negro prendieron una bujía y registraron el camarote. Removieron la ropa apilada en los anaqueles, vaciaron los petates que colgaban de las alcayatas, levantaron los jergones, y se miraron a través de los agujeros de sus máscaras contrariados. ¿Dónde había escondido la lámina de oro? Domingo de Aranda la llevaba encima. Estaban seguros. Cogieron la pistola de llave de chispa de debajo de la almohada y descubrieron unas muescas recientes en la culata. Dedujeron que la había utilizado a modo de martillo y de manera instintiva miraron la tarima. Se agacharon e inspeccionaron las maderas. Las púas que sujetaban una tabla mostraban arañazos. El resto tenían las cabezas oxidadas. Metieron la daga en la juntura para hacer palanca, la levantaron y encontraron la lámina de oro envuelta en su tela de seda roja.

Capítulo 5

La sala Sumartis todavía mostraba las custodias objeto de su próxima subasta. Aurora y Julián pidieron a la secretaria de Carlos Navarro que anunciara su visita, y permanecieron de pie ante una vitrina que exhibía un hermoso ostensorio de plata labrada. El director de Sumartis les saludó e invitó a pasar a su despacho. Se sentaron en dos sillas de brazos de acero frente a una mesa tapizada de papeles, carpetas, facturas, informes de tasación, y ocupada en parte por un ordenador Dell y una impresora láser Epson.

—¿Ha averiguado quién mató a Clara Letamendi? —le preguntó Carlos Navarro a Julián.

—Todavía no —respondió—. La teniente Santillana, de la Unidad Central Operativa, colabora con la policía.

—Tengo plena confianza en la Guardia Civil —dijo el director de Sumartis.

—Carecemos —mintió Aurora— de un sospechoso. Pero la investigación sigue su curso. Tarde o temprano daremos con el asesino.

—Le dije al señor Castilla —arguyó Carlos Navarro— cuanto sabía de Clara Letamendi y el *Pardes rimmonim*.

—Intentamos establecer el origen del libro —apuntó Aurora.

—Necesitamos —terció Julián— conocer su procedencia.

—La ley de protección de datos...

—Facilítenos las cosas —le pidió Aurora, sin evitar un tono amenazador—. No me obligue a solicitar una orden judicial de registro para incautarme de los documentos que considere oportunos.

Carlos Navarro resopló y reclinó la espalda en su butaca de piel. Odiaba los problemas. Por nada del mundo quería que le pusieran el despacho y la sala de subastas patas arriba. Si alguien levanta una alfombra, siempre encuentra polvo.

—Sólo les pido discreción —accedió el director de Sumartis a regañadientes—. En el mundo del arte la confidencialidad prima.

—El ejemplar del *Pardes rimmonim* que subastó —dijo Aurora, con la información que le había aportado Julián tras su anterior visita a la sala de subastas— pertenecía a la biblioteca del duque de Calabria.

Carlos Navarro se colocó frente al ordenador y tecleó el título del libro.

—Así es —dijo, con la vista clavada en la pantalla—. Era un hombre comprometido con la cultura y aficionado a la bibliofilia. Su biblioteca atesoraba más de tres mil volúmenes raros y curiosos.

—El duque —siguió Aurora— falleció y sus herederos decidieron vender el libro.

—En realidad —dijo Carlos Navarro— sus hijos, los herederos legales, querían desprenderse de la biblioteca entera. A ninguno le interesaba y representaba un

escollo para vender la casa paterna: un caserón de La Moraleja valorado en dos millones y medio de euros.

—¿Qué hicieron con la biblioteca? —continuó Aurora.

—La ofrecieron a una institución —recordó—. No llegaron a un acuerdo económico y me consultaron. Les aconsejé efectuar una tasación individual de los libros y subastarlos por separado. Con un poco de paciencia obtendrán tres veces el valor de la venta unitaria de la biblioteca.

—¿Qué sabe del duque de Calabria?

—Poca cosa —rumió Carlos Navarro—. Heredó de su padre varias fábricas de manufacturación de cables eléctricos. Se dedicó por entero a mejorar la producción y los canales de distribución, y logró exportar a numerosos países. Ahora sus hijos dirigen una multinacional con ramificaciones en Estados Unidos, Sudamérica y Asia.

—¿Practicaba la cábala? —dijo Julián.

—El duque de Calabria se confesaba católico a machamartillo —afirmó el director de Sumartis, extrañado por la pregunta—. Sus hijos estudiaron en la Universidad de Navarra, sufragaba obras sociales de la Iglesia, entregó sustanciosas cantidades de dinero para la restauración de conventos, monasterios y ermitas, y podría jurarles que jamás se interesó por la cábala.

—¿Conoce la procedencia del *Pardes rimmonim* de su biblioteca?

—El duque —dijo Carlos Navarro, y pulsó de nuevo las teclas— documentaba todas sus adquisiciones. Como curiosidad personal me quedé las fichas del índice, las escaneé e introduje en el ordenador. Veamos —susurró y acercó los ojos a la pantalla—. Según consta, adquirió el *Pardes rimmonim* en enero de 1939, tres meses antes del final de la Guerra Civil, a un librero republicano del cali de Barcelona.

—Una antigua judería —dijo Aurora.

—La mayor de Cataluña —precisó el director de Sumartis—. Más de cuatro mil judíos vivían en la aljama barcelonesa, y pese a las persecuciones y purgas, muchos mantuvieron sus hogares hasta la abolición de la democracia y la implantación de la dictadura franquista.

—Franco convirtió a los judíos y masones —sentenció Julián— en su bestia negra.

—Un judío —dedujo Aurora— que precisaba dinero para huir.

—Eso parece —convino Carlos Navarro, sin apartar los ojos del monitor—. Las tropas fascistas cercaban la ciudad y el hombre temía por su vida. Lo vendió por doce mil pesetas, el equivalente a unos dos mil euros de hoy.

—Una cifra elevada para la época —afirmó Julián.

—El libro la valía —precisó Carlos Navarro.

—¿Qué más sabe de su origen? —insistió Aurora.

—Según consta en la ficha —relató Carlos Navarro— el librero le comentó al

duque que el volumen perteneció al médico y alquimista Amatus Lusitanus. Un judío portugués del siglo XVI licenciado en Medicina por la Universidad de Salamanca que descubrió las válvulas que regulan la circulación de la sangre. Es cuanto puedo decirles. No figuran más anotaciones salvo el número de registro.

Aurora le agradeció la información recibida y se despidieron. Carlos Navarro respiró aliviado. La sala repleta de guardias civiles registrando las oficinas provocaría el recelo entre sus clientes habituales. No imaginaba una publicidad peor.

—El libro —dijo Julián, camino de su Opel Insignia— perteneció a un alquimista judío.

—¿Y qué?

—Los alquimistas también confeccionaban homúnculos.

—Nadie ha conseguido crear vida artificial —atajó Aurora—. Ni siquiera con los medios científicos actuales podría lograrse.

—¿Qué hiciste ayer?

—Volar de Tel Aviv a Madrid —dijo desconcertada—. ¿Recuerdas? Cuatro horas de avión. A tu lado.

—Me refiero al llegar a casa.

—Llamé a mis padres, lavé la ropa, atendí las llamadas del contestador...

—Yo dediqué la tarde a rastrear artículos científicos en Internet —dijo Julián—. Desde que los biólogos descifraron el genoma humano ha empezado una carrera desenfrenada para lograr la vida artificial.

—No seas ingenuo —le amonestó—. Nadie puede crear mamíferos, aves, reptiles, anfibios o peces. Es descabellado.

—Se han dado los primeros pasos —contraatacó Julián—. En 2002 se creó un virus artificial de una versión de la polio, en 2007 se trasplantó el genoma de una célula a otra, y en 2008 Craig Venter obtuvo un cromosoma sintético y en 2010 una bacteria.

—Debemos abandonar esta línea de investigación —protestó Aurora—. No conduce a ninguna parte. El libro no determina el móvil para el asesinato de Clara Letamendi. ¡Admítelo! Aunque contuviese claves cabalísticas, para descifrarlas bastaría fotocopiarlo en cualquier biblioteca. Creí que había quedado claro.

—Ese libro esconde algo —dijo Julián con determinación—. Estoy convencido.

Se sentó al volante de su Opel Insignia, metió la llave en el contacto para arrancar el motor y detuvo la acción. Tenía una corazonada y antes de cambiar el rumbo de la investigación quería comprobarla. Cinco coches por detrás del suyo otro vehículo arrancó el motor y su ocupante quedó a la expectativa. Varios conductores se detuvieron para preguntarle si abandonaba su plaza de aparcamiento y el hombre, con gafas de sol y una gorra negra de amplia visera que ocultaba su rostro, hizo un gesto de negación.

—El coche tiene un sistema *bluetooth* —dijo Julián—. Lo conectaré y haré una llamada a Antonio Espinola. Escucha la conversación.

—¿Quién es? —preguntó Aurora.

—El director del Departamento de Adquisiciones de la Biblioteca Nacional —la puso en antecedentes—. Le entrevisté y me comentó que el *Pardes rimmonim* estaba en el Departamento de Preservación y Conservación para su estudio. Si oculta algo, quizá lo hayan descubierto.

—Es mi última concesión —dijo Aurora—. Haz la llamada.

Julián marcó los números y esperó. Los timbrazos del teléfono al otro extremo de la línea se oyeron a través de los altavoces del Opel Insignia. Alguien descolgó.

—Soy Julián Castilla —dijo, por si acaso no reconocía su voz.

—Últimamente no coincidimos en ningún evento cultural —bromeó Antonio Espinola—. ¿Cómo le van las cosas?

—Bien —afirmó—. Sigo con el asunto de Clara Letamendi y quisiera hacerle unas preguntas sobre el *Pardes rimmonim*.

—Está en el Departamento de Preservación y Conservación —dijo—. Ha resultado ser una joya.

—¿Por qué motivo? —le tanteó Julián, a la expectativa—. No se trata de un ejemplar único. Se publicaron varias ediciones y se conservan otros volúmenes en distintas bibliotecas.

—Me refería —aclaró Antonio Espinola— a las acotaciones que han aparecido.

Julián miró a Aurora, sonrió satisfecho y abrió su libreta de notas.

—Pertenece a un alquimista de nombre Amatus Lusitanus —leyó.

—Eso explica —dijo Antonio Espinola en la soledad de su despacho— la escritura invisible que ocupa los márgenes blancos de las páginas.

—Le agradecería información.

—Al efectuar el estudio microscópico de las fibras del papel para su posterior tratamiento y conservación —expuso—, el restaurador descubrió trazos de escritura invisible.

—¿Un texto redactado con tinta simpática? —inquirió Julián.

—Eso es —convino Antonio Espinola—. Se utilizó cloruro de cobalto, imperceptible a temperatura ambiente. Reaparece al calentarse y al enfriarse vuelve a desaparecer.

—El alquimista que poseyó el libro —desconfió Julián— vivió en el siglo XVI. ¿Existía ya el cobalto?

—Como elemento puro —aclaró Antonio Espinola— lo descubrió Brand en el siglo XVIII, pero desde la antigüedad se emplearon minerales y productos de cobalto para colorear el vidrio. En el siglo XVI —determinó— sólo utilizaban tintas simpáticas los alquimistas y los servicios secretos de reyes y papas para enviar

correos confidenciales.

—El invento tiene sus años.

—Los alquimistas —apostilló— elaboraban tintas simpáticas para escribir fórmulas magistrales o textos que pretendían mantener en secreto.

—¿De qué hablan esas acotaciones?

—Vaya a saber —resopló el director del Departamento de Adquisiciones al micro del teléfono—. Son inscripciones cabalísticas parecidas a las marcas de cantería medievales. Un cúmulo de signos indescifrables. Ni siquiera siguen las leyes de Zipf.

—Acláreme este punto, por favor.

—George Kingsley Zipf —dijo—, lingüista y filólogo estadounidense, aplicó el análisis estadístico al estudio de diversas lenguas y determinó que en cualquier idioma un número de palabras se usa con mucha frecuencia y, en contrapartida, otro número se utiliza muy poco. El análisis matemático de los caracteres de una escritura, alfabética o simbólica, como en este caso, permite saber si pertenece a un idioma o no.

—Comprendo.

—Sólo en la última página —le confió Antonio Espinola— aparece una frase, perdida en su mayor parte, escrita con tinta simpática y en latín.

—¿Qué dice?

—Nada relevante —afirmó sin darle importancia—. «*Filipus II, rex et imperator...*». Parece una dedicatoria o un *post scriptum*.

—Curioso —musitó Julián, mientras anotaba el texto en latín.

—Todavía hay algo más curioso —dijo Antonio Espinola—. Las acotaciones están en las páginas 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55, 89...

—¿Qué tiene de extraño?

—¡Forman la secuencia de Fibonacci! —exclamó—. Los denominados «números de la vida» o «ecuación de Dios». ¿Ha oído hablar de Fibonacci?

—No —dijo Julián, sin dejar de anotar la información aportada por el director del Departamento de Adquisiciones de la Biblioteca Nacional.

—Leonardo de Pisa —relató Antonio Espinola, para que comprendiese la importancia de la secuencia—, llamado Fibonacci debido a la contracción lingüística de *filius Bonacci*, «hijo de Bonacci», nació entre 1170 y 1180. Tras estudiar los métodos de la aritmética oriental, en especial de Siria y Egipto, escribió el *Liber abaci* y propagó en Europa el uso numérico de los árabes.

—Un matemático genial.

—Tan sabio que sus postulados se mantuvieron inalterables durante tres siglos.

—Siga, por favor —le solicitó Julián.

Aurora ni siquiera pestañeaba. Atendía a la conversación con interés.

—El *Liber abaci* —continuó Antonio Espinola—, *Libro del ábaco* o *Libro de*

cálculo, se divide en quince capítulos. La parte algebraica se inspira en los *Elementos de Euclides* y el *Hibbur ha mesihá weha tisbóret* o *Tratado de geometría y medición* del judío catalán Abraham Bar Hiyya, más conocido como Savasorda por su cargo de *sahib es-sorta* o «jefe de la guardia». Al parecer, en su juventud residió en la corte musulmana de Lérida o Zaragoza y pudo estudiar las matemáticas árabes y escribir el *Yêsodé ha-têbuna u-migdal ha-emuná* o *Fundamentos de la inteligencia y torre de la creencia*, una enciclopedia de aritmética, geometría y óptica.

—¿Fibonacci estudió la aritmética hebrea? —inquirió Julián—. ¿Las obras de Abraham Bar Hiyya?

—La hebrea y la árabe —precisó Antonio Espinola—. Sus conocimientos le llevaron a establecer una sucesión particular. Tomó los números árabes empezando por el cero y sumó a cada número el precedente para formar una cadena de propiedades increíbles: $0 + 1 = 1$; $1 + 1 = 2$; $2 + 1 = 3$; $3 + 2 = 5$; $5 + 3 = 8$; $8 + 5 = 13$; $13 + 8 = 21$... y así hasta el infinito.

—¿Qué pretendía?

—Demostrar —respondió— que el universo, en el sentido más amplio de la palabra, se rige por leyes matemáticas. Esta progresión —especificó— se ajusta a la filotaxia o regla de crecimiento de los seres vivos. Fibonacci descubrió que existía una estrecha relación entre su secuencia y la estructura de las espirales.

—¿Todas las espirales de la naturaleza siguen los números de Fibonacci?

—Hasta que nadie demuestre lo contrario, sí —determinó Antonio Espinola—. Los botánicos descubrieron que las plantas de pétalos o tallos en espiral se comportaban según la secuencia de Fibonacci, los zoólogos estudiaron la concha del nautilo y también comprobaron que respondía a la fórmula matemática de Fibonacci, del mismo modo que las semillas de los girasoles, las celdas de las colmenas, el árbol genealógico de los zánganos, los ciclones, los fractales...

—¿Una secuencia matemática regula la vida?

—Aunque le parezca imposible —afirmó Antonio Espinola—. El romanesco, un híbrido del brécol y la col *Brassica oleracea*, creado hace treinta años en el Scottish Horticultural Research Institute, presenta el mejor ejemplo de geometría fractal de la naturaleza. Para colmo los astrónomos aseguran que las estructuras espirales de la Vía Láctea y del sistema solar también se comportan según los números de Fibonacci.

—En pocas palabras —reflexionó Julián—, la secuencia de Fibonacci regula la vida de los seres vivos.

—Incluso algunas obras literarias —remató— como la *Eneida* de Virgilio. Si quiere más información, la revista *Fibonacci Quarterly* dedica sus páginas por entero a esta secuencia.

Julián tuvo un palpito. Pasó las hojas de su libretita y buscó el nombre del

programa creado por Abraham Benari: GHJ-1235-X. Lo cotejó con la sucesión de Fibonacci y observó que coincidían los cuatro primeros números. No podía tratarse de una mera casualidad.

—Señor Espinola —dijo—, preciso hacerle otra consulta.

—Si la respuesta está a mi alcance será un placer ayudarle.

—¿Le dicen algo las letras G, H, J y X?

—*A priori* nada.

—La G, la H y la J —precisó Julián—, separadas por un guión, están delante del número 1235, y la X detrás, separada por otro guión.

Antonio Espinola trasladó a un papel las letras y los números (GHJ-1235-X) y los contempló unos segundos. Julián y Aurora esperaron impacientes su dictamen. En los altavoces del Opel Insignia sólo se escuchaba el ruido de fondo de las interferencias.

—Los números —rompió Antonio Espinola su silencio— corresponden a la primera secuencia de Fibonacci. Las letras..., me ayudaría saber a qué idioma pertenecen para emitir un veredicto.

—Al hebreo —aventuró Julián.

—Eso complica las cosas —afirmó—. El hebreo se considera una lengua mágica que sirve de base a la cábala. Incluso algunos esoteristas asimilan los veintidós arcanos mayores del tarot a las veintidós consonantes del alfabeto hebreo. Espere un momento.

—Tómese el tiempo que precise.

El director del Departamento de Adquisiciones de la Biblioteca Nacional posó el auricular en la mesa y se levantó para coger un libro sobre gramática hebrea de la estantería que cubría parte de la pared de su despacho. Lo abrió y recuperó el teléfono.

—Tengo ante mí —dijo— una tabla de las consonantes del alefato y su valor numérico. La G, *ghimel*, equivale al tres, la H, *he*, al cinco, y la J, *jeth*, al ocho. Tres, cinco y ocho. De nuevo la secuencia de Fibonacci.

—¿Y la equis?

—No pertenece —dijo Antonio Espinola— a la secuencia establecida por Fibonacci. En matemáticas se utiliza como signo internacional de la incógnita, o la primera de las incógnitas si se plantean varias. En hebreo corresponde a la *schin*, de valor trescientos, y para los cristianos simboliza el monograma de Cristo, el crisma o crismón. En definitiva —concluyó—, esa clave alfanumérica remite a la «ecuación de Dios».

—¿Qué interpretación le atribuye a la dedicatoria a Felipe II?

—Los técnicos que la estudian —señaló— todavía no se han pronunciado. Mi olfato me dice que guarda relación con Fibonacci.

—¿De qué manera?

—La secuencia de Fibonacci permite llegar al número de oro, el número phi.

—Desconozco de qué me habla.

—El número *phi* —expuso Antonio Espinola—, «número de oro» o «sección áurea» equivale a 1,6180339886... y así hasta el infinito, y para los astrónomos esta proporción resume la física del cosmos. Para que lo entienda —sintetizó—, el número *phi* y la secuencia de Fibonacci son una misma cosa: la expresión de la fórmula de la vida que rige las construcciones de la antigüedad, entre ellas el monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

—¿Cómo enlaza la secuencia de Fibonacci con el número *phi*?

—Dividiendo los números de Fibonacci —respondió Antonio Espinola, y cogió una calculadora que tenía encima de la mesa—. Haga la prueba —le retó—. Al dividir 5 entre 3 aparece ya el número *phi*, 1,6, y a medida que avanzan las divisiones se incrementan los decimales. —Tecleó la calculadora—. Al llegar a 121.393 dividido por 75.025 se obtiene el número *phi*: 1,618033988670443... Si continuásemos las divisiones obtendríamos más decimales, hasta el infinito.

—Los números de la creación —susurró Julián, y anotó la última secuencia dictada a través del teléfono.

—¿Precisa alguna cosa más? —le apremió Antonio Espinola—. Tengo una llamada urgente por otra línea.

—No —dijo Julián—. Gracias.

Colgó el teléfono y desconectó el sistema *bluetooth*.

—El *Pardes rimmonim* —murmuró Julián, a la vista de las anotaciones— sí ocultaba algo.

—Reconozco —admitió Aurora— que estaba equivocada. Los datos aportados por Antonio Espinola me plantean otra duda: ¿cómo supieron los asesinos de Clara Letamendi que el libro escondía información? Ha permanecido oculta cuatro siglos y se ha descubierto al someter las hojas a un análisis microscópico.

—Otro interrogante —convino Julián—. Desde 1939 el libro perteneció al duque de Calabria. ¿Quién podía conocer su escritura invisible?

—Quizá —reflexionó Aurora— la respuesta esté en la ascendencia judía del librero barcelonés.

—Habrà que preguntárselo a los asesinos cuando les echemos el guante —sentenció Julián—. Estoy seguro de que tienen mucha información.

—¿Cómo vamos a localizarles? —planteó Aurora—. Si la grabación del hotel mostrase sus caras, pediría una identificación a través del programa FACE.

—¿Un juguetito de la UCO?

—Nuestro ordenador central —le confió— almacena millones de imágenes del control de pasaportes y de las bases de identificación de los respectivos archivos del documento nacional de identidad, y programas informáticos como el FACE, capaces

de efectuar búsquedas minuciosas en función de los rasgos faciales.

—¿Qué hacemos? —suspiró Julián.

—Se me ocurre una manera —determinó Aurora—. Interrogar a los empleados del hotel Paraíso, a los vecinos del bloque de Clara Letamendi y al director de Sumartis, e intentar obtener un retrato robot. Tú les viste y podrás certificar la fiabilidad del mismo.

—Perderíamos demasiado tiempo —argumentó Julián para rechazar su plan—. A Clara Letamendi la mataron de madrugada. Dudo que algún vecino viera a los asesinos. La policía les ha interrogado. Respecto a los empleados del hotel, se cruzan con cientos de huéspedes cada día y no creo que les recuerden. Y Carlos Navarro no querrá hablar otra vez con nosotros. El último día le dejaste temblando.

—Si dispusiésemos de una huella —lamentó Aurora—, aunque sólo fuese parcial, también sería fácil. Pero nos enfrentamos a gente entrenada. No han cometido ningún error. Nadan y guardan la ropa. Además —suspiró—, ya deben de andar muy lejos.

—Si Abraham Benari buscaba algo en Toledo —arguyó Julián— y sus asesinos tienen su ordenador, quizá sigan en la ciudad.

—Toledo —resopló Aurora— tiene más de sesenta y siete mil habitantes y recibe miles y miles de turistas cada día. ¿Cómo vamos a encontrarles?

—Tengo una idea.

—Espero que sea buena.

—Abraham Benari —expuso Julián— se alojó en el hotel Paraíso, cerca del hospital de Tavera, un monumento que visitan cientos de personas a diario. —Hizo una pausa y consultó su libreta de notas—. Según el forense —continuó— le mataron alrededor de la doce y media de la mañana.

—Lo recuerdo —asintió Aurora.

—Llamemos al guía que nos acompañó a los tres puntos de las coordenadas DD —caviló Julián— y preguntémosle si algún compañero suyo estaba a esa hora con un grupo de turistas en el hospital.

—¿Para qué? —dijo Aurora sin comprender sus intenciones.

—Los turistas —argumentó Julián— toman cientos de fotografías. En alguna pueden aparecer los asesinos.

—¿Pretendes analizar miles de fotografías?

—Proponme una alternativa mejor y la aceptaré.

—Esta bien —admitió Aurora, y le acarició la cara—. Equivocaste tu profesión —bromeó—, deberías haber sido guardia civil.

—¿Me imaginas con un tricornio en la cabeza?

—Un día te dejaré el mío. Seguro que estás guapísimo.

Julián buscó entre las hojas de la libreta la tarjeta que les entregó el guía oficial de Toledo y Aurora le llamó desde su iPhone. Sin mencionar su condición de teniente de

la Guardia Civil, ni el asesinato que investigaban, le pidió que localizara a algún compañero suyo que estuviese en el hospital de Tavera el día y a la hora de la muerte de Abraham Benari. Gregorio Álvarez atendía en ese momento a un grupo de turistas alemanes y acordó llamarla al regresar a la Oficina de Turismo y recabar la información.

—¿Qué hacemos mientras? —dijo Aurora.

—¿Te apetece una hamburguesa? —le preguntó Julián—. Se me ha despertado el gusanillo.

—Si entras en un McDonald's o un Burger King —le amenazó—, te retiro la palabra.

—¡Por quién me tomas! —Se hizo el ofendido—. Estamos cerca de Fast Good, el restaurante de Ferrán Adriá que ha elevado la comida rápida a los altares.

—Ya decía yo...

Bajaron del automóvil y caminaron por la calle Juan Bravo hasta encontrar el Fast Good, un restaurante de diseño vanguardista y comida rápida de alta calidad. El hombre que esperaba con el motor de su coche en marcha les vio alejarse por la acera. Giró la llave de contacto, se bajó y les siguió. Casi logran darle esquinazo. Julián y Aurora entraron en el Fast Good, pidieron dos hamburguesas, cogieron de un estante una botella de tres octavos de Viña Pomal reserva y se sentaron a una mesa.

—¿Qué tal? —dijo Julián.

—Buenísima.

—Carne de ternera de primera —paladeó— condimentada con hierbas y especias, y en su punto justo de cocción.

Sonó el teléfono de Aurora. Se enjuagó la boca con un sorbo de vino y contestó la llamada.

—Sí —dijo.

—Tengo la información —afirmó Gregorio Álvarez—. He revisado los partes de trabajo de ese día y sobre las doce y media Pedro Molina estaba en el hospital de Tavera con un grupo de turistas. ¿Para qué desean verle?

—Perdimos —improvisó Aurora— unas gafas de sol en el hospital y el portero del hotel Paraíso nos ha dicho que las tenía un guía, pero no se acordaba del nombre.

—Encontrarán a Pedro Molina —siguió Gregorio Álvarez— a partir de las seis de la tarde en la agencia Toletours de la plaza de las Cuatro Calles.

Aurora colgó y transmitió la información a Julián, quien, como tenía por costumbre, la trasladó a su libreta. Un pequeño archivo con los datos esenciales de la investigación.

—Debemos irnos —dijo Aurora—. Tenemos una hora larga hasta Toledo.

—¿Dónde vas a quedarte esta noche?

—En la Comandancia —dijo resignada.

—Vayamos al Parador —le propuso, y le acarició la mano—. Algunas habitaciones ofrecen unas vistas inmejorables de Toledo. Me gustaría despertarme a tu lado y contemplarlas en silencio.

—No puedo —alegó—. Si el comandante se enterara...

—Ponle una excusa —protestó Julián—. Dile que tus padres te necesitan y debes regresar por las noches a Madrid.

—No sé...

—Te quiero —musitó Julián, y la besó con suavidad en los labios.

—¿De verdad? —susurró Aurora, flotando en una nube de sensualidad.

—Jamás pensé —le confesó Julián— que volvería a pronunciar estas palabras.

—Todas las noches de mi vida —susurró Aurora— las pasaré contigo.

La plaza de las Cuatro Calles se hallaba en pleno casco histórico de Toledo, cerca de la mezquita de las Tornerías, convertida en Centro de Promoción de la Artesanía de Castilla-La Mancha. La agencia Toletours ocupaba los bajos de un edificio de estilo neo-mudéjar, encajonado entre dos callejuelas, junto a una tienda de artesanía de damasquinado y una perfumería Bodybell. Aurora empujó la puerta y entraron. Un joven, que rondaba la treintena, ordenaba papeles atrincherado detrás de una mesa.

—¿Pedro Molina? —dijo Aurora.

—Ustedes deben de ser...

—Julián Castilla y Aurora Santillana —se presentó ella—. Venimos de parte de Gregorio Álvarez.

—Siento decirles —atajó Pedro Molina dispuesto a regresar a su tarea— que no he encontrado ningunas gafas de sol. Habrá sido otro compañero. Lo siento.

Aurora sacó la cartera y le mostró su Tarjeta de Identificación Profesional y su placa con el escudo de la Benemérita. El guía posó los papeles sobre la mesa.

—¿A qué viene esto? —preguntó sorprendido.

—Investigamos —dijo Aurora— la muerte de un turista en el hotel Paraíso.

—Algo he leído en los periódicos.

—Necesitamos contactar —le explicó— con las personas que formaban ese día su grupo.

—Déjenme ver. —Buscó entre los montones de albaranes, presupuestos y folletos que llenaban la mesa, cogió unas hojas y las leyó—. Aquí está —resopló—. Un grupo de jubilados americanos, de Filadelfia, estado de Pensilvania.

—¿Dónde se alojaban? —terció Julián.

—En Madrid —dijo Pedro Molina, y aclaró—: visitan Toledo como parte de las excursiones que les ofrecen en la capital. Vienen en el tren de alta velocidad, les espero en la estación con el autocar e iniciamos un circuito de mediodía. Les llevo a comer asado y luego de vuelta a la estación. Ahí termina mi cometido.

—¿Están en Madrid?

—No —dijo—. Al día siguiente iban a Segovia y a La Granja, y al otro regresaban a Estados Unidos.

—¿Me permite ver los papeles?

—Claro —asintió Pedro Molina—. La agencia de Madrid me remite por fax la relación de clientes que forman el grupo. Figuran sus nombres, dirección, número de teléfono y pasaporte, y otros datos útiles en caso de que pierdan o les roben el bolso o la cartera. Lo cual sucede a menudo. Es gente mayor y nosotros nos encargamos de presentar las denuncias.

—Háganos fotocopias —le pidió Aurora.

Pedro Molina se levantó, fotocopió las hojas y se las entregó. Aurora y Julián salieron de la agencia.

—No servirá de nada —protestó Aurora, y agitó los papeles delante de sus narices—. Viven en Filadelfia.

Julián les echó un vistazo. El grupo lo formaban veinte personas: siete parejas y seis turistas individuales.

—Sólo tenemos que hacer trece llamadas —calculó—, pedirles que nos envíen las fotografías que tomaron en Toledo y echarles un vistazo.

—En cuanto menciones las palabras «periodista» o «policía» —contrapuso Aurora— te colgarán el teléfono. Nadie quiere problemas.

—Diré que pertenezco a la agencia de viajes —planeó Julián sin ningún pudor—, que hemos organizado un concurso fotográfico entre nuestros clientes y que para participar tienen que mandarnos por correo electrónico las fotografías de su visita a Toledo.

—Mientes bien. No te costará ningún esfuerzo.

—El ganador —remató Julián su plan— recibirá una estancia gratuita de una semana para dos personas en la ciudad española que elija o cuatro mil dólares. Brillante, ¿no? Hasta yo participaría. —Sonrió.

—Las pruebas obtenidas de manera ilícita carecen de validez judicial.

—¿Quién va a enterarse? —protestó Julián, cansado del pesimismo de Aurora—. Si identificamos a los asesinos dices que has recibido una denuncia anónima y santas pascuas.

—Caminas sobre arenas movedizas.

—Para ser corresponsal de guerra —se defendió— hay que despojarse de muchos prejuicios.

—¿Harás tú las llamadas? —inquirió Aurora.

—Sin inconveniente.

—Preferiría quedarme al margen —se sinceró—. Si algo sale mal me juego el puesto.

Cenaron en el restaurante del Parador y luego subieron a su habitación. Aurora

abrió el programa Dashboard de su iBook G4 y consultó la diferencia horaria entre España y Filadelfia: seis horas. Julián miró el reloj de la pantalla: las diez de la noche. Esperaría hasta las doce, las seis de la tarde en Filadelfia, para efectuar las llamadas. A esa hora calculó que los componentes del grupo ya estarían en sus casas. Los americanos cenan pronto.

Se tumbó en la cama y repasó las cientos de notas acumuladas en su libreta. Aurora no comprendía cómo podía aclararse en aquel batiburrillo de escritura. Dejó su Browning en un cajón de la mesita de noche, se quitó la ropa, se puso un pijama de pantalón corto y camiseta, y se acostó a su lado con el ordenador apoyado en el regazo. Llevaba su propia estadística del caso. Pinchó el icono del programa Pages e introdujo varias notas en un modelo preestablecido que utilizaba para presentar sus informes.

Julián estaba convencido de que su plan daría resultado. Faltaban diez minutos para la medianoche, cogió su teléfono móvil e hizo la primera llamada. Sonó el pitido de conexión y carraspeó.

—*Hello!* —dijo una voz de mujer.

—*Mrs. Ashle?*

—*Yes* —respondió con acento de Filadelfia—. *Who's speaking, please?*

—*I am Pedro Molina, of the travel agency Poletours.*

—*What is it, mister Molina?* —dijo cordial, sin advertir el cambio de voz debido al eco de la línea—. *A beautiful city, Toledo. It seems anchored in the Middle Ages.*

—Señora Ashley —atajó Julián, directo a su objetivo—, la agencia ha convocado entre sus clientes un concurso fotográfico sobre la ciudad y nos gustaría contar con su participación. —Aurora le observaba en silencio, sorprendida de su facilidad para embaucar a la gente—. ¿Qué me dice? Hay cuatro mil dólares de premio o su equivalente: una semana en un hotel de primera en la capital de España que usted y su esposo elijan.

—*Great!* —exclamó, entusiasmada—. *What do we have to do?*

—Sólo tiene que enviarnos —respondió— las fotografías que tomaron durante su visita a Toledo. Un jurado procederá a seleccionarlas y si resultan agraciados se les comunicará por teléfono.

—*Okey. Thanks.*

Patty Ashley se comprometió a remitirle las fotografías a la dirección de correo electrónico que Julián le facilitó. Marcó el siguiente número. Pertenecía a Christopher Stafford, un turista individual. La conversación se desarrolló en términos semejantes y el señor Stafford también quedó en mandarle una copia digital de las fotografías que había tomado durante su estancia en Toledo. A las tres de la madrugada, las nueve de la noche hora de Filadelfia, efectuó la última llamada. Apagó su teléfono móvil y sonrió satisfecho.

—¿Te enviarán las fotografías? —dijo Aurora.

—Todos se han comprometido.

—Diciéndoles que participarán en un concurso —desconfió de la eficacia de su método— te arriesgas a que sólo te lleguen las mejores.

—Los turistas son vanidosos por naturaleza —afirmó Julián convencido—. Les he visto en decenas de países y al segundo día ya creen que lo saben todo, que son los mejores fotógrafos, que nadie ha comprado más barato que ellos... Me mandarán todas las fotografías. Ya lo verás.

Aurora apagó la luz de la mesita de noche y se acurrucó junto a él. A los pocos minutos oyó su respiración profunda, pausada. Se había dormido. Le besó y le deseó buenas noches.

Durmieron hasta que el cuerpo les dijo basta. Aurora se levantó, corrió las cortinas y el sol entró como el destello de un rayo. De manera instintiva miró el reloj: las diez y media de la mañana. Julián también se levantó. La abrazó de la cintura por detrás y le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Ella ronroneó somnolienta y contemplaron la panorámica de Toledo que les brindaba su habitación.

Algunas personas del grupo prometieron enviarle las fotografías de inmediato y Julián deseaba comprobar los resultados. El hecho de utilizar cámaras digitales facilitaba las cosas. Aurora llamó al servicio de habitaciones y pidió que les subieran el desayuno: bollería variada, café y leche, y macedonia de frutas. Se metió en el baño y se puso un albornoz para recibir al camarero. Julián aprovechó para afeitarse y ducharse. Al salir la mesa estaba preparada. Desayunaron y planearon analizar las fotografías que les hubiesen llegado esa misma mañana.

Aurora retiró los platos y cubiertos, se sirvió una segunda taza de café con leche y colocó su iBook G4 encima de la mesa. Lo enchufó a la red y conectó su módem USB. Le pidió a Julián su dirección de correo electrónico y el código de acceso, y entró en el servidor. Tenía dieciséis mensajes: tres de agencias de prensa sobre eventos culturales y trece de los componentes del grupo de Filadelfia. Su suerte había cambiado. Los turistas americanos le habían remitido las fotografías. Abrió los e-mails. Tras unas líneas de cortesía un archivo adjunto contenía las imágenes. Trasladó los archivos a la memoria de su ordenador: en total 1.834 fotografías en diversas resoluciones.

—Verlas —protestó Aurora— nos llevará todo el día.

—Pediremos otro termo de café. —Julián sonrió, y se sentó a su lado.

—Eliminaré —dijo Aurora— las que no pertenezcan al hospital de Tavera o sus intermediaciones.

—Bien pensado.

Pulsó una tecla y la pantalla se dividió en treinta rectángulos ocupados por fotografías. Pinchó con el ratón las del hospital de Tavera o sus alrededores y desechó

el resto. Reinició el proceso con otra tanda de imágenes. Una hora y media más tarde concluyó la selección. Reunió las fotografías en una carpeta y observó el número que figuraba en una ventana de la pantalla: 360.

—Todas —observó Julián— llevan el código horario y pertenecen al día y hora que nos interesa.

—Pensé que sería más difícil —admitió Aurora—. Las fotografías del interior del hospital las dejaré aparte. No creo que los asesinos del profesor Benari se entretuvieran en hacer visitas turísticas.

Colocó las imágenes seleccionadas en la pantalla y eliminó las que mostraban las dependencias interiores del hospital de Tavera. En total 50. La cifra se reducía. Sólo quedaban para analizar 310.

—Los turistas —dedujo Aurora a la vista de algunas instantáneas— tomaron fotografías al entrar en el hospital y al salir. Dividámoslas en dos grupos.

—¿Según su código horario?

—Sí. La mayor parte se registraron a las doce horas y quince minutos —señaló en la pantalla una fotografía—, la hora en que el grupo llegó al hospital de Tavera. El resto, alrededor de la una y veinte, la hora en que finalizó la visita.

Dividió las fotografías: 208 mostraban un código horario alrededor de las 12.15 horas y 102 sobre las 13.20 horas.

—Comencemos por el primer grupo —determinó Julián—. A Abraham Benari le asesinaron en torno a las doce y media.

Retiró las imágenes y seleccionó la primera del primer grupo. A diferencia de las cribas anteriores, esta vez la fotografía ocupaba por completo la pantalla del ordenador. Mostraba un primer plano de la portada del hospital. Aurora miró a Julián, asintió y procedió a visionar la siguiente: una fotografía de la fachada lateral y varios peatones que caminaban por la acera. Recortó la imagen de los viandantes y la amplió al máximo. Julián negó con la cabeza. Ninguno se parecía al hombre del bléiser marrón y al negro de cabeza rapada que le acompañaba como un perro faldero. Colocó una tercera instantánea con peatones también captados de manera casual por el fotógrafo. Julián la estudió con atención y la rechazó.

Cada fotografía que Aurora situaba en la pantalla Julián la escudriñaba hasta el mínimo detalle. Se fijaba en las personas que se colaban en las imágenes o en los automóviles estacionados. Quedaban sólo diez del primer grupo de 208. Aurora situó otra fotografía en la pantalla. Mostraba una vista lateral del hospital de Tavera tomada con una óptica angular. Como en otras ocasiones, amplió a los peatones y Julián acercó los ojos a la pantalla. Le dolían las cervicales debido a la mala postura que adoptaba en la silla. Difuminados por la distancia, dos hombres caminaban por la acera del hospital, en dirección contraria al hotel Paraíso. La corpulencia de uno de ellos le hizo sospechar.

—Recorta —le pidió a Aurora, que apuraba su tercera taza de café con leche— estas dos siluetas y amplíalas al máximo.

Pulsó algunas teclas, accionó el ratón, y los dos hombre llenaron la pantalla aunque de forma borrosa. Julián respiró con profundidad y echó el cuerpo hacia atrás.

—Les tenemos —dijo.

—¡Maldita sea! —exclamó Aurora—. Están de espaldas.

—¿A quién pertenece la fotografía?

—A los señores Armstrong —dijo, tras consultar los correos electrónicos.

—Lo recuerdo —asintió Julián—. Hablé con Eddie Armstrong. Me comentó que había hecho muchas fotografías.

—Quizá aparezcan en otras de la misma serie —planteó Aurora.

Julián asintió y ella comprobó la hora en que se había tomado la instantánea: las 12.31 horas; y el modelo de la cámara digital: una Canon Ixus 980 IS.

—Hemos tenido suerte —suspiró—. La cámara trabaja a quince megapíxeles. Podré ampliar las fotografías y conservar cierta nitidez.

Buscó el resto de instantáneas tomadas por Eddie Armstrong, hizo las operaciones necesarias y los sujetos aparecieron en otras dos imágenes.

—Tampoco nos sirven —protestó Julián—. También los muestran de espaldas.

—Se marchaban del hotel.

—Eso parece. Ya habían hecho su trabajo.

—Espera un momento —dijo Aurora, y amplió un poco más las fotografías. Los píxeles se convirtieron casi en cuadrículas—. Mira. —Señaló un sector de la pantalla—. ¿Qué dirías que lleva el tipo corpulento en la mano?

—¿Una cartera? —dudó Julián, a causa de la borrosidad de la ampliación.

—La funda de un portátil —precisó Aurora—. El ordenador de Abraham Benari.

—Son ellos —dijo Julián—. Sin ninguna duda.

—No podemos identificarles —lamentó Aurora—. La suerte les acompaña.

—Quizá no —musitó Julián, y se masajeó las cervicales—. Repasemos las fotografías del primer grupo.

—¡Hay doscientas ocho!

—Si llevaban el mismo vehículo que el día de la subasta —arguyó— van en busca de un BMW-525 de color azul.

Aurora manipuló de nuevo el teclado. Su manejo del ordenador sorprendía a Julián. Repasaron las imágenes del primer grupo y aislaron las que mostraban coches de color azul. Después las ampliaron una a una para comprobar la marca y el modelo de los vehículos. Varias fotografías registraban un BMW-525 de color azul estacionado en la acera opuesta a la fachada lateral del hospital de Tavera, cerca de un restaurante chino.

—Selecciona —dijo Julián— la que consideres más apropiada para leer la

matrícula.

Aurora pinchó varias imágenes, estudió su calidad y escogió dos. Luego las amplió hasta el límite de la resolución. Respiró aliviada. Las horas de trabajo, de dejarse la vista en la pantalla del ordenador, habían dado fruto. La matrícula del BMW-525 de color azul se distinguía, aunque con dificultad. La anotó: 4813-GGK.

—Averigua a quién pertenece —dijo Julián, sin disimular su excitación.

—Está hecho.

Aurora dio las órdenes precisas a su ordenador, introdujo su clave y accedió al sistema Duque de Ahumada, la base central de datos de la Dirección General de la Guardia Civil. Buscó el archivo Traffic-CR^[12] e introdujo la matrícula. De inmediato obtuvo la respuesta. El vehículo pertenecía a la agencia AVIS de alquiler de automóviles. Consultó en Internet el número de teléfono de la empresa y llamó. El director de flotas consultó los datos que le dictó y la remitió a la oficina que la empresa tenía en el aeropuerto de Barajas. Efectuó una segunda llamada.

—Un BMW-525 —repitió el encargado de la agencia AVIS del aeropuerto, para tener la certeza de que había registrado bien los datos facilitados por Aurora— de color azul, matrícula 4813-GGK. Espere un momento —dijo y accedió desde su PC a la cartera de clientes—. Está alquilado —afirmó al recuperar el teléfono.

—¿A nombre de quién?

—Artexport —leyó en la pantalla—, una empresa domiciliada en la calle Florida, 835 de Buenos Aires, Argentina.

—¿Figura el nombre del conductor?

—Sí —dijo el encargado de la agencia—: René Chénier, con carné de conducir expedido en la República de Haití. ¿Precisa el número?

—De momento no. ¿Se trata de un hombre de color negro?

—Sí —certificó—. Un tipo muy corpulento. Le recuerdo.

—¿Pagó con tarjeta de crédito?

—Una VISA platino —respondió— a nombre de Osvaldo Sousa y cargo a Artexport.

Aurora le agradeció la información y colgó.

—Son nuestros —dijo satisfecha—. Pediré a la UCO que solicite a la Agrupación de Tráfico, a la Policía Nacional y a las policías locales y autonómicas la localización del vehículo y me informe.

—Insiste en que no intervengan —dijo Julián—. Debemos tener cautela hasta estar seguros de que asesinaron a Clara Letamendi y Abraham Benari.

—Lo haré —convino Aurora—. Solicitaré también información a la Interpol sobre René Chénier y Osvaldo Sousa.

—¿Qué hacemos mientras? —preguntó Julián.

—Se me ocurren un montón de cosas. —Aurora sonrió—. Aunque lo mejor será

vestirnos y salir a comer. Son las dos de la tarde. Hemos pasado la mañana encerrados en la habitación.

Habían terminado el segundo plato, se disponían a pedir los postres y sonó el iPhone de Aurora. Cogió el teléfono, esbozó una sonrisa de complicidad y le mostró la pantallita a Julián. Le llamaban de la Unidad Central Operativa.

—La policía municipal de Madrid —dijo, tras una corta conversación telefónica— ha localizado el BMW en el aparcamiento del hotel Villamagna.

—Debemos irnos.

—He pedido que controlen sus movimientos y que bajo ninguna circunstancia intervengan.

Julián apremió al camarero para que le trajese la cuenta y fueron en busca de su Opel Insignia.

Aparcó frente al hotel Villamagna, un establecimiento de lujo y reputación en la capital. En la rampa que conducía al paseo de la Castellana estaba el BMW-525 de color azul. Aurora efectuó una llamada a la UCO para que retiraran la vigilancia. Desde ese momento ella se encargaría de controlar la situación. Esperó unos minutos y miró a su alrededor. Un joven, que llevaba un auricular acoplado al oído, cabeceó y se marchó. Entraron en el hotel, se dirigieron a la recepción y se identificó como teniente de la Guardia Civil.

—¿Están alojados —preguntó— los señores Osvaldo Sousa y René Chénier?

El empleado rastreó en el ordenador el listado de reservas y asintió.

—Habitaciones 203 y 206.

—Gracias —dijo Aurora, y le ordenó—: No les pase ninguna llamada hasta nuevo aviso.

—Como mande.

Subieron a la segunda planta y buscaron la habitación 206. Julián pegó la oreja a la puerta y escuchó el parloteo de una retransmisión deportiva. René Chénier, el negro de cabeza rapada, estaba dentro. Aurora le pidió que se apartara, desenfundó su pistola, tiró de la corredera para situar una bala en la recámara y golpeó la puerta con los nudillos.

—*Qui est lá?* —gritó alguien desde dentro, y bajó el volumen del televisor.

—Servicio de habitaciones, señor Chénier —dijo Aurora, también elevando la voz.

El ruido del pestillo la puso en tensión. Empuñó el arma con las dos manos y la alzó a la altura de sus ojos. El negro abrió la puerta y, antes de que pudiera reaccionar, le encañonó.

—Guardia Civil —espetó Aurora con frialdad—. Apoye las manos en la nuca y gire despacio hacia la pared. —El hombre negro obedeció—. Regístrale —dijo a Julián, como si hablara a un compañero.

—Cometen un error —protestó René Chénier, con dejo afrancesado.

—¡Silencio! —le ordenó Aurora.

Cerró la puerta y Julián cacheó al hombre de cabeza rapada. Sujeto a su cinturón encontró un revólver Smith & Wesson 686, con cañón de 63,5 milímetros y empuñadura de goma Hogue. El arma preferida de los guardaespaldas y matones.

—Está limpio —afirmó Julián al concluir el cacheo. Vació el tambor del revólver y lo arrojó sobre la cama.

—Colócale —dijo Aurora, sin dejar de apuntarle— las manos a la espalda e inmovilízalas.

Julián le retorció el brazo con una llave de judo que había aprendido de joven. El hombre negro dibujó una mueca de dolor en su cara. Aurora registró la habitación sin encontrar nada de interés.

—¡Quiero hablar con un abogado! —insistió René Chénier en su protesta—. ¡Soy víctima de un atropello!

—¡Cállese! —gruñó Aurora.

Él esbozó una sonrisa burlona.

—Esto no quedará así —les amenazó.

—Escúcheme bien —dijo Aurora, y le empujó el mentón hacia arriba con el cañón de su Browning—: a la mínima le vuelo los sesos. ¿Entendido? ¡Responda!

—Su negligencia les costará cara.

—Vamos a ir a la habitación de su jefe —dijo Aurora—. Dirá que tiene algo para él. Nada más. Si varía un milímetro el guión se arrepentirá.

Julián agarró al hombre negro y lo empujó hacia la puerta. Si intentaba zafarse le rompería el brazo. Aurora abrió y salieron al pasillo. Por suerte estaba vacío. Se plantaron frente a la habitación 203 y Julián llamó.

—¡Ya va...! ¡Ya va...! —dijo una voz de marcado acento porteño.

—¡Soy René, jefe! —gritó el hombre negro, con el cañón de la pistola hundido en su riñón derecho—. ¡Traigo una cosa para usted!

—¡Ché, boludo! —rezongó Osvaldo Sousa desde el interior de la habitación. Abrió la puerta en pantalón de pijama y desnudo de cintura para arriba—. ¿Qué diablos...?

—¡Guardia Civil! —gritó Aurora—. ¡Levante las manos! ¡Vamos! ¡Obedezca!

Osvaldo Sousa se quedó petrificado y miró a su guardaespaldas con desprecio. Le había traicionado. Julián empujó al hombre negro y los cuatro entraron en la habitación. Colocó a René Chénier y Osvaldo Sousa contra la pared y Aurora le entregó sus grilletes.

—Átales al radiador —dijo, y procedió a leerles sus derechos—: «Tienen derecho a guardar silencio, a designar libremente a un abogado, a que se informe a un familiar o persona que designen...».

—¡A la mierda! —masculló el hombre negro.

Aurora se calló, enfundó su pistola y echó una ojeada a la habitación. Encima del escritorio había un ordenador portátil Sony VAIO conectado a la red y a su lado un cenicero repleto de colillas de Dunhill International.

—Soy ciudadano argentino —protestó Osvaldo Sousa—. Pónganme en contacto con mi embajada. Tengo derecho a efectuar una llamada.

—Antes —dijo Aurora con voz de mando— deberá responder unas preguntas.

—Calle, jefe —le aconsejó el otro—. No dé bola a este par de *connards*. No tienen nada.

—¿De qué nos acusan? —se envalentonó Osvaldo Sousa.

—De las muertes —dijo Aurora— de Clara Letamendi y Abraham Benari.

—Se equivocan —contraatacó Osvaldo Sousa—. No conocemos a ninguno de los dos. ¡Llamen a mi embajada!

—Yo —dijo Julián, sin reprimir una risa burlona— preferiría cumplir condena en España antes que en Argentina. Aquí las cárceles son más decentes.

—Anda a cantarle a Gardel —arremetió Osvaldo Sousa—. Nadie irá al talego.

—Les vi en Sumartis —relató Julián para mostrar sus cartas—. Salieron detrás de Clara Letamendi en el BMW-525 que alquilaron en la agencia AVIS del aeropuerto. La siguieron hasta su domicilio y la asesinaron. Encontré una colilla de Dunhill International en la escalera. El ascensor estaba averiado y tuvieron que subir y bajar a pie.

—La colilla —opuso Osvaldo Sousa, tranquilo— pudo arrojarla cualquiera. No soy el único del mundo que fuma cigarrillos Dunhill International.

Julián se acercó a la cara del hombre negro y la observó con detenimiento. En la mejilla derecha, casi cicatrizada, conservaba la huella del arañazo que le hizo Clara Letamendi al defenderse.

—A éste —se burló Julián— van a rifárselo los maricones de la cárcel. Los tipos de color y corpulentos ponen muy cachondos a los «osos».

—¡Que te den...! —dijo René Chénier.

—En cuanto comparen tu ADN —le amenazó Julián— con los restos de piel hallados bajo una uña de Clara Letamendi será fácil situarte en la escena del crimen. Van a caerte de veinte a treinta años.

—Piénseselo —le aconsejó Aurora—. El ordenador del profesor Benari —señaló el portátil— también le sitúa en la habitación del hotel Paraíso de Toledo. Las cámaras de seguridad registraron su entrada. En cuanto a usted —se dirigió a Osvaldo Sousa—, el ADN de una colilla de Dunhill International hallada en el sifón del váter también le incrimina. Sólo precisamos comparar los marcadores genéticos para acusarle.

Osvaldo Sousa sintió el suelo temblar bajo sus pies. Tenían suficientes pruebas

para acusarles de dos asesinatos. No se imaginaba en la cárcel. Siempre se había librado. Miró a su guardaespaldas. Aguantaba bien el tipo y decidió cargarle el muerto, convertirlo en su cabeza de turco particular. Para eso le pagaba.

—René les asesinó —dijo de sopetón.

El hombre negro abrió los ojos como platos y se abalanzó contra su jefe.

—*Fils de pute!* —gritó, mientras con la mano libre le atizaba manotazos.

—¡Quietos! —vociferó Julián, y se las vio y deseó para separarles.

—Me ordenó matarles —confesó René Chénier, excitado—. Debía simular una muerte natural. Inyectarles un émbolo en las venas. *Merde!* Así nadie sospecharía.

—Clara Letamendi —dijo Julián— opuso resistencia y la estrangulaste.

—La *femme* resultó brava.

—¿Dónde aprendió la técnica del émbolo? —le interrogó Aurora.

—En el *Corps des Léopards* —confesó, derrumbado por la traición de su jefe. No se comería él solo el marrón.

—¿Por qué mataron a Clara Letamendi y Abraham Benari? —inquirió Julián a Osvaldo Sousa.

—Soy persona de bien —alegó en su defensa—. Jamás ordené matar a nadie.

—*Trou du cul* —le despreció René.

—¿Qué buscaban en el piso de Clara Letamendi? —siguió Aurora.

Osvaldo Sousa la miró y decidió pergeñar su propia estrategia de defensa. Si le convenía, ante el juez cambiaría su versión de los hechos. Una colilla de cigarrillo le situaba en el escenario pero no le convertía en el asesino material.

—Compró —dijo— un libro que me interesaba y acudí para hacerle una oferta.

—¿A la una de la madrugada? —ironizó Julián.

—Me cuesta dormir.

—¿Qué interés tiene ese libro? —acometió Aurora.

—Para mí ninguno —respondió Osvaldo Sousa, y sus palabras sonaron sinceras—. Soy anticuario y un cliente me encargó adquirirlo.

—Deme su nombre.

—Aaron Russo —respondió sin vacilar—. Un importante naviero de Rosario. Se enriqueció exportando productos agrícolas de la Pampa. Colecciona arte y ediciones raras e incunables.

—¿Por qué buscaba esa edición? —insistió Julián.

—Alguien le llenó la cabeza de pájaros —despreció el anticuario argentino—. Hace años Aarón conoció en México a un exiliado catalán de origen judío. Le dijo que antes de la guerra regentaba en Barcelona una librería de lance y que para huir de las tropas franquistas tuvo que vender un ejemplar único del *Pardes rimmonim* y que no descansaría hasta recuperarlo.

—Conozco la historia.

—Entonces sabe que digo la verdad. —Osvaldo Sousa sonrió—. Según le relató el librero a Aarón —siguió, para intentar convencerles— el volumen ocultaba las claves de otro libro, el llamado *Libro de Dios*. Un texto sagrado para los judíos que desapareció de una sinagoga de forma misteriosa. Aarón, por respeto a sus antepasados, estaba comprometido en su búsqueda.

Julián miró a Aurora. Su conversación con Eliyahm Karaskash, el *rav* de la *yeshivá* de los jasiditas, cobraba un protagonismo inesperado.

—¿Aarón Russo es judío? —inquirió Julián.

—Sí —respondió Osvaldo Sousa, en un tono despectivo que dejaba claro su antisemitismo—. En Argentina reside la mayor comunidad judía de Hispanoamérica y la sexta más numerosa fuera de Israel. En Buenos Aires tenemos el único McDonald's del mundo de comida *kosher*.

—¿Por qué se retiró de la subasta? —insistió Julián—. Para adquirir el libro sólo debía pujar un poco más que Clara Letamendi.

—Trabajo a comisión —arguyó— y había rebasado el límite de mis ganancias. Además —aclaró—, sabía que ella pujaba en nombre del Ministerio de Cultura y supuse que no renunciaría a llevarse el libro.

—Háblenos del *Libro de Dios* —dijo Aurora.

—Aaron —afirmó Osvaldo Sousa— estaba convencido de la existencia de ese libro. El boludo creía en las leyendas judías. Según la tradición el *Libro de Dios* lo componen tres láminas de oro de un valor incalculable. Aarón quería el *Pardes rimmonim* para descifrar su secreto y acceder al conocimiento del *Libro de Dios*. Llevaba años intentando averiguar su paradero.

—¿Qué papel jugaba el profesor Benari en esta historia?

—Les he dicho cuanto sé —le desafió Osvaldo Sousa—. Tengo derecho a guardar silencio.

—¿Para qué se llevaron su ordenador? —le presionó Julián.

—Solicito el *habeas corpus* —exigió Osvaldo Sousa, desafiante.

—En menos de setenta y dos horas —les pronosticó Aurora— estarán ante el juez y les garantizo que decretará su ingreso en prisión incondicional sin fianza. Me encargaré personalmente de convencerle.

—Pelotuda.

Aurora se acercó al ordenador del profesor Benari, pulsó el teclado y la pantalla permaneció inalterable con un fondo abstracto.

—No han podido entrar en el sistema —afirmó—. Se precisa una clave de acceso.

—El profesor se la llevó a la tumba —supuso Julián—. ¿Qué hacemos con ellos?

—Llamaré a la Central —dijo Aurora— para que les trasladen a dependencias policiales. Debo tomarles declaración.

—Estos imbéciles —receló Julián— se han cerrado en banda. Cambiarán su

versión ante el juez. Negarán todo lo que han dicho.

—Tenemos suficientes pruebas para enchironarles. —Aurora cogió su iPhone y habló con sus compañeros de la UCO—. En diez minutos —dijo al colgar— estarán aquí.

—Muchas piezas siguen sin encajar —acometió Julián, pensativo—. ¿Cómo supieron de la existencia del programa GHJ-1235-X?

—Habrá que investigar —sentenció Aurora—. De momento hemos cazado a los asesinos de Abraham Benari y Clara Letamendi. Ya puedes escribir tu artículo.

—Todavía hay demasiados flecos sueltos.

—Sí —admitió Aurora—. Pero estos dos pasarán una temporada entre rejas.

Alguien llamó a la puerta de la habitación. Aurora miró su reloj. Habían transcurrido ocho minutos.

—Ya están aquí mis compañeros —supuso.

Abrió y se quedó paralizada ante una imagen fuera de tiempo y lugar. Un sujeto vestido de hábito negro, la cara oculta tras una máscara de cuero rígido y una capucha calada, levantó la mano derecha. La llevaba enfundada en una bolsa de plástico. Aurora intuyó la maniobra, gritó «arma» y se abalanzó sobre Julián. Rodaron por el suelo. El misterioso personaje disparó dos veces. Aurora intentó repeler la agresión. Desfundó su Browning y abrió fuego. Sus proyectiles se estrellaron en la pared del pasillo. El sujeto había desaparecido. Se había esfumado como una aparición. Julián se acercó a Osvaldo Sousa y René Chénier. Sujetos al radiador, habían quedado a merced del sicario. Las balas habían impactado de lleno en sus cabezas. Dos disparos certeros. Un charco de sangre se extendía bajo sus pies.

—¡Joder! —exclamó Julián—. ¿Qué ha pasado?

Aurora observaba la escena, con la pistola todavía en la mano. Los guardias civiles que acudían a hacerse cargo de los detenidos asomaron en la puerta de la habitación.

—¡A sus órdenes, teniente! —dijo el cabo al mando de la patrulla, un compañero de la UCO.

—¡Cierren todas las salidas! —les apremió Aurora, y enfundó su arma—. ¡Registren el hotel de arriba abajo! ¡Un asesino anda suelto!

A través de su emisora el cabo de la Guardia Civil pidió refuerzos e impartió las instrucciones precisas.

—Nos hemos librado por los pelos —suspiró Aurora.

—¿Quién demonios era? —dijo Julián, sin salir de su asombro—. Ocultaba el arma en una bolsa de plástico.

—Para recoger los casquillos —dedujo Aurora—. Ha utilizado una pistola y no quería dejar ninguna huella.

—Un profesional.

—De los buenos —determinó convencida—. Dos únicos disparos y les ha volado la cabeza a estos desgraciados.

—¿Has visto lo mismo que yo?

—Si te refieres a una especie de monje, sí.

—Creí sufrir una alucinación.

—Teniente —dijo el cabo—, las salidas del hotel han sido clausuradas. El edificio está acordonado. Vamos a proceder a registrarlo planta por planta y nos ayudaría tener una descripción del individuo.

—Vestía un hábito de color negro —dijo Aurora para sorpresa del cabo—, llevaba una máscara de cuero y disparó con una pistola desde el interior de una bolsa de plástico.

—Teniente...

—¡Busquen a un fraile o algo parecido! —ordenó—. Extremen las precauciones. Es peligroso.

El cabo transmitió la descripción por la emisora.

—¿Ordena alguna cosa más, teniente?

—He solicitado a la Interpol información sobre las dos víctimas —dijo Aurora, y señaló los cuerpos de Osvaldo Sousa y René Chénier—. Pregunte a la UCO si les ha llegado.

—De inmediato —dijo el cabo, y se marchó.

Los guardia civiles vaciaron las habitaciones anejas, trasladaron a los huéspedes a la recepción y precintaron el pasillo con cinta plástica. Un hombre vestido de traje y corbata, acompañado de tres policías nacionales, se abrió paso.

—¿Quién está al mando del operativo? —vociferó fuera de sí.

—Yo —dijo Aurora.

—¿Y quién cono es usted? —la increpó.

—La teniente Santillana —respondió Aurora, y le mostró su TIP—, de la Unidad Central Operativa.

—Soy el comisario Ramón Abascal —se presentó, y exhibió su placa—, de la Brigada de Homicidios. Debo pedirle que retire a sus hombres. Es nuestra jurisdicción —protestó.

—¿Quién les ha avisado?

—La dirección del hotel.

—Investigaba un asesinato en Toledo —arguyó Aurora—, seguía a los asesinos y al proceder a su detención alguien les ha matado.

—Debería haber comunicado el operativo —le reprochó Ramón Abascal— a la Comisaría General de Policía Judicial. Hubiésemos colaborado.

—No tuve tiempo —replicó enojada por su arrogancia—. Podían darse a la fuga.

—Bastaba una llamada —bufó el comisario Abascal, desbordado.

—¡Cabo! —gritó Aurora—, retire a los nuestros. La Policía Nacional controla la situación —gruñó molesta.

—Tengo que rogarle —dijo el comisario Abascal, en tono imperativo— que vaya a la Brigada a prestar declaración.

—Desde luego —aceptó, y abandonó la alcoba.

El comisario les dio la espalda, para organizar a sus hombres, y Julián aprovechó para coger el ordenador de Abraham Benari.

—¿Qué haces? —le increpó Aurora—. ¿Has perdido el juicio? Robar la prueba de un asesinato se considera un delito grave.

—Nadie tiene por qué enterarse.

Cogió a Aurora y la arrastró pasillo adelante hasta desaparecer de la vista del comisario. Llamó a los ascensores y descendieron a la recepción. Las salidas estaban vigiladas por policías nacionales. Aurora mostró su TIP y les dejaron abandonar el hotel. Los guardias civiles se habían replegado y aguardaban montados en sus vehículos. Un furgón mortuario y una unidad de la policía científica, del Laboratorio de Actuaciones Especiales, estacionaron frente a la entrada.

—Regresen a la base —ordenó Aurora al cabo.

—Espero el informe que ha solicitado —la puso al tanto—. La UCO ha quedado en remitírmelo al hotel.

—Gracias, cabo —dijo—. En cuanto llegue entréguemelo. Mientras, reúname con sus compañeros. No quiero problemas con la Nacional.

—Sí, teniente.

Aurora se giró y encaró a Julián.

—Devuelve el ordenador —le dijo en tono imperativo.

—Esconde muchas claves —protestó—. Precisamos averiguar qué contiene.

—El acceso —le recordó Aurora— está protegido por una contraseña confidencial. Entrégaselo a la policía. Tienen expertos y obtendrán la información.

—¿Crees que van a tomarse este caso en serio?

—Hay dos víctimas —alegó.

—Conozco el procedimiento policial —afirmó Julián—. Dos extranjeros, con un nivel de vida alto, asesinados por un sicario profesional es igual a un ajuste de cuentas entre bandas de narcotraficantes.

—¿Olvidas que tengo que prestar declaración?

—A eso voy —incidió Julián—. En cuanto les digas que el asesino vestía como un monje, que el profesor Benari perseguía la fórmula de la creación de la vida artificial, que en la Edad Media un tal Low dio vida a un *golem*, que al parecer existen tres láminas de oro, el *Libro de Dios*, con dichas claves, que Osvaldo Sousa y René Chénier asesinaron a Clara Letamendi para hacerse con un libro del siglo XVI que contiene parte de esa fórmula o la manera de interpretarla, etcétera, etcétera...,

puedo asegurarte que te mandarán al psiquiatra.

Aurora meditó sus palabras. Julián le había abierto los ojos. Investigaban una trama nada convencional y la exposición veraz y rigurosa de los hechos resultaba poco convincente. Nadie la tomaría en serio, se burlarían de ella y se convertiría en el hazmerreír de la profesión.

—Tú ganas —cabeceó resignada—. Otra vez te sales con la tuya. Nunca me pidas una muestra de mi amor. Te he dado ya suficientes.

—Debemos averiguar —reflexionó Julián más tranquilo— quién ha matado a Osvaldo Sousa y René Chénier, su móvil, y cómo supieron ellos de la existencia del programa GHJ-1235-X.

—Nos ocultaron información —afirmó Aurora.

—Era predecible.

—¿Qué les digo a los sabuesos de la Brigada de Homicidios? —dijo Aurora, como si meditara en voz alta—. Me obligarán a rellenar un informe.

—Bajo ningún concepto —le aconsejó Julián— menciones el ordenador. Diles que gracias a las cintas de seguridad del hotel Paraíso y a mi colaboración diste con los asesinos de Clara Letamendi y Abraham Benari, pero que desconoces el móvil de los asesinatos. Les estabas interrogando cuando alguien les mató.

—Te llamarán a declarar.

—Toreo bien esas reses.

—¿Y el ordenador? —inquirió Aurora—. Descriptar una clave de acceso no está al alcance de cualquiera. Puedo intentar que Daniel Marín nos eche una mano. De manera extraoficial, claro.

—Déjalo. —Julián rechazó su oferta—. Haría demasiadas preguntas.

—Ninguno de nosotros —arguyó convencida— tiene los conocimientos necesarios. Me manejo bien con los ordenadores, pero ando lejos de ser una *hacker*.

—Conozco a la persona indicada —le confió—. Mientras cumples el protocolo con la Brigada me encargaré del asunto. Te llamaré esta noche y hablamos.

Julián hizo intención de besarla, pero el cabo de la Guardia Civil le interrumpió.

—Teniente —dijo con unos folios en la mano—, acaban de llegar vía e-mail los informes de la Interpol que había solicitado. He pedido que los imprimieran y aquí los tiene.

—Buen trabajo —le agradeció Aurora—. Ya puede regresar a la base con sus compañeros.

El cabo subió a una furgoneta y los vehículos de la Guardia Civil abandonaron el recinto del hotel Villamagna. Julián y Aurora hojearon los papeles. Había dos grupos grapados de manera independiente. El primero lucía el membrete de la Policía Federal de Argentina y el segundo, de la Policía Nacional de la República de Haití. Correspondían a los informes policiales de Osvaldo Sousa y René Chénier. Los

leyeron con atención. Osvaldo Sousa, un empresario argentino nacido en Mendoza en julio de 1954, tenía un amplio historial policial. Sus padres regentaron una importante bodega y poseyeron extensos viñedos que su hijo heredó y vendió para dedicarse a la compraventa de arte. Durante las dictaduras de Videla y Galtieri trapicheó con cuadros robados, según informes de varias policías sudamericanas, y al frente de un grupúsculo de fascistas asaltó las viviendas de algunos opositores que aparecieron poco después muertos o fueron declarados «desaparecidos». Realizó compras ilegales de arte para prebostes del régimen y obtuvo su protección. En 1983, al implantar Raúl Alfonsín la democracia, desapareció del país ante las acusaciones de corrupción y asesinato denunciadas en algunos periódicos y reapareció tres años después al promulgarse la ley 23492 de Punto Final, que paralizaba los procesos judiciales contra los autores de detenciones ilegales, torturas y crímenes cometidos durante las dictaduras militares. Se estableció en Buenos Aires y fundó Artexport, la principal empresa y galería de arte argentina. La última página del informe la ocupaba una orden de busca y captura internacional expedida por la Interpol argentina que reclamaba a Osvaldo Sousa para interrogarle como imputado en la muerte de Aaron Russo, naviero y coleccionista de arte que pereció en un accidente de tráfico sospechoso.

—La codicia les pudo —dedujo Aurora a la vista del informe—. Mataron a Aaron Russo para apoderarse del libro. Osvaldo Sousa vio posibilidades de negocio.

—Calificó las láminas del *Libro de Dios* «de valor incalculable». —Julián sonrió—. Creo que también le dio crédito a la leyenda.

Aurora pasó las hojas y leyeron el segundo informe. Perteneecía a las actividades de René Chénier, natural de Puerto Príncipe, capital de la República de Haití, nacido en abril de 1960 de padres desconocidos. Abandonado por sus progenitores, se crió y educó en varios orfanatos. A los dieciocho años le detuvieron por actividades ilegales (eufemismo que utilizaba la policía haitiana para los delitos de prostitución masculina: René Chénier había ejercido de gigoló en las playas frecuentadas por turistas americanas de edad avanzada). En 1979 ingresó en el Cuerpo de los Leopardos, fundado en 1971 por Jean Claude Duvalier, alias *Bébé Doc*, para contrarrestar la influencia de los *tonton macoute*, la policía secreta de François Duvalier. En 1986, tras la insurrección que acabó con la dictadura de *Bébé Doc*, René Chénier abandonó la milicia, se trasladó a Argentina, para huir de la justicia haitiana, e ingresó al servicio de Osvaldo Sousa. La policía le consideraba autor material de quince asesinatos cometidos durante su permanencia en el Cuerpo de los Leopardos, y de otros cinco como sicario a sueldo.

—Tiene causas pendientes —dijo Aurora al concluir la lectura— en Haití, República Dominicana, Uruguay, Panamá y Argentina.

—Los Leopardos —arguyó Julián— sólo aceptaban a tipos sin escrúpulos.

—¿Qué significa *tonton macoute*?

—Deriva del francés *tonton*, «tío», y *macoute*, «saco» —expuso Julián—, y proviene de un cuento popular haitiano que asustaba a los niños con «el tío del saco».

—Mi madre —recordó Aurora— me metía miedo con un personaje parecido, «el hombre del saco».

—La policía secreta de François Duvalier —dijo Julián—, alias *Papa Doc*, practicaba el vudú y los haitianos creían que Duvalier encarnaba a Baron Samedi, «el Señor de los Cementerios».

—Dos elementos de cuidado —resopló Aurora fatigada—. Identificar a su asesino será difícil. Tenían decenas de enemigos. Cualquiera pudo matarles.

—Deja que se encargue Baron Samedi de ellos.

—Debo marcharme —dijo Aurora, al tiempo que miraba su reloj—. Cuando termine de declarar aprovecharé para presentarme en la UCO y aclarar lo sucedido esta tarde. Llámame por la noche y ponme al corriente.

Julián asintió, miró a su alrededor, y la besó.

Un taxi dejó a Aurora frente a la puerta de su edificio, pagó la carrera y se apeó. Había declarado en la Brigada de Homicidios según los consejos de Julián y después había ido a la UCO para dar su versión de lo sucedido en el hotel Villamagna. Sus superiores respaldaban su actuación. Confiaban plenamente en ella. Pulsó el botón del ascensor y subió a la tercera planta. Abrió su apartamento, entró y casi pisa un sobre que alguien había deslizado por debajo de la puerta. Lo cogió. El papel amarilleaba y carecía de destinatario y remitente. Rasgó la solapa, convencida de que se trataba de una convocatoria de la comunidad de vecinos, y extrajo un pergamino con dos frases de caligrafía cuidada:

Abandone la investigación.

Una retirada a tiempo es la mejor victoria

Metió el pergamino y el sobre en una bolsita de plástico de las que utilizaba para congelar alimentos y llamó al Laboratorio Central de Criminalística de la Guardia Civil para que fueran a recogerla. No se trataba de una convocatoria de la junta de vecinos. Luego inspeccionó palmo a palmo el apartamento. Todo permanecía en orden. Conectó el módem USB a su iBook G4 y accedió al megaordenador Duque de Ahumada. Revisó los archivos que contenían información de los asesinatos cometidos en los últimos veinticinco años, y en ninguno el sicario se parecía al tipo que había entrado en el hotel Villamagna y asesinado a Osvaldo Sousa y René Chénier. Cerró el ordenador y lo guardó en su funda. Poco después llamaron a la puerta. Por la mirilla observó a dos compañeros de la Guardia Civil. Les abrió y se identificaron como miembros del Gabinete de Criminalística. Acudían a recoger el

sobre y el pergamino. Les entregó la bolsita y les apremió para que del laboratorio le pasaran el informe lo antes posible. Los guardias civiles asintieron. Aurora cerró la puerta y deslizó el fiador. Había anochecido y estaba cansada. Había tenido un día muy agitado. Se desnudó y se metió en la cama. Antes de apagar la luz de la lamparita de noche metió una bala en la recámara de su Browning y la colocó al alcance de su mano.

V

Nápoles

Martes, 26 de febrero de 1585

El viaje desde Praga le había agotado. En poco más de cinco semanas Martín de Ayala había recorrido mil trescientos kilómetros y se había enfrentado a las situaciones más adversas para cumplir su misión. Las órdenes recibidas le obligaban a proteger con su vida la lámina de oro que portaba, a llegar por rutas secundarias al reino de Nápoles, en poder de la corona española, y a embarcarse hacia la Península para entregar en Madrid su hoja del *Libro de Dios* a Bernardino de Mendoza, superintendente general de Inteligencia y Secretos del rey Felipe II.

Martín de Ayala entró en Nápoles por la puerta Capuana y se dirigió en su cabalgadura a la cartuja de San Martino, situada en la cumbre del monte Sant Erasmo, junto al castillo de Sant Elmo, que dominaba la ciudad. Contempló la imponente figura del Vesubio, en la orilla oriental del golfo, desmontó del caballo y llamó a la puerta del convento. A través de la mirilla unos ojos le observaron.

—¿Qué deseáis, forastero?

—Ver al prior —solicitó con autoridad—. El padre Pasquale Bechi.

—¿Quién le reclama?

—Martín de Ayala.

La mirilla se cegó. El ocaso se adueñaba del monte Sant Erasmo y la noche caía poco a poco sobre la capital del reino de Nápoles. Abajo, en la bahía, las luces mortecinas de las naos refulgían sobre las aguas. Martín de Ayala acarició al caballo. Se desprendería de su montura en cuanto consiguiera un pasaje hacia España. Oculto en la espesura del bosque, un hombre, vestido de hábito negro y máscara de cuero, le observaba.

El fraile a cargo de la portería le abrió.

—Pasad —dijo—, el padre Pasquale os recibirá.

Martín de Ayala ató su caballo a una armella encastrada en el muro. El monje le pidió que depositara su pistola de llave de chispa en la portería, para respetar la santidad del lugar, y le condujo al claustro. Le señaló a un cartujo que caminaba de rodillas con los brazos en cruz.

—Ése de ahí —señaló, y se retiró.

Martín de Ayala se acercó al fraile.

—¿Padre Pasquale?

—El mismo —respondió con esfuerzo debido al dolor.

—¿Tantos y tan graves son vuestros pecados?

—La penitencia —afirmó el padre Pasquale Bechi, atenazado por un pinchazo de dolor— la impuso nuestro fundador, san Bruno, para apaciguar el espíritu y mantenerse alerta ante la acechanza del diablo.

—Los filósofos griegos y romanos asimilaban el dolor al mal —le rebatió Martín de Ayala—, y Epicuro definió la felicidad como la ausencia del dolor.

—La Virgen María —insistió el padre Pasquale Bechi— ayudó a la redención de los hombres con sus «siete dolores». Yo me conformo con redimir mi alma mortificándome en nombre del Señor.

Martín de Ayala le tendió una mano, le ayudó a levantarse y vio sus rodillas en carne viva, laceradas y ensangrentadas por la penitencia.

—Deberíais curaros las llagas.

—¿Sois hijo de Jacobo de Ayala?

—Sí —dijo, y cumplió el besamanos—. Mi padre os tenía en gran estima.

—Un buen hombre —suspiró—. Desde que erais niño no había vuelto a veros. ¿Qué os trae hasta mí?

—Necesito refugio durante dos o tres noches.

—¿Estáis de paso?

—Regreso de un largo viaje —dijo Martín de Ayala— y debo embarcar rumbo a España lo antes posible. Buscaré una nao que parta de inmediato.

—Tarea difícil —vaticinó el padre Bechi—. El Nuevo Mundo ha desplazado las rutas marítimas a los puertos de Amberes, Lisboa y Sevilla, y han disminuido las naves que arribaban a Nápoles para mercadear.

—¿Puedo quedarme, padre?

—Estáis en vuestra casa —dijo dispuesto a atender su demanda—. Os acompañaré a una celda, aunque debo advertiros que para nuestra orden las comodidades son la antesala del infierno.

—Estoy hecho a las penurias —aceptó Martín de Ayala.

El padre Pasquale Bechi le condujo a una celda de unos pocos metros cuadrados, dotada de un camastro de madera y colchón de hojas de pino, un reclinatorio, colocado frente a un crucificado y una imagen de san Bruno, y un nicho en la pared con los seis volúmenes de la Biblia políglota complutense, editada en Alcalá de Henares por un consejo de sabios dirigidos por Diego López de Zúñiga. La celda, cuya puerta abría al claustro, ni siquiera contaba con un ventanuco.

—Ordenaré traeros una palmatoria y dos mantas —dijo el padre Bechi—, aunque el frío morderá vuestras carnes como un perro rabioso. Nuestra regla prohíbe utilizar braseros para calentarnos.

—Os estoy agradecido, padre.

—Esperad a dormir una noche en este helero —bromeó el fraile con malicia— para darme las gracias. ¿Tenéis hambre?

—No os preocupéis.

—Mandaré serviros una pitanza.

—¿Podéis haceros cargo de mi montura?

—La caridad —dijo el fraile— también debe manifestarse hacia las bestias del Señor. Acomodaré a vuestro caballo en las cuadras y le daremos forraje y agua.

El padre Pasquale Bechi se retiró y Martín de Ayala cerró la puerta de la celda. Carecía de cerrojo. Sólo disponía de una balda de madera en la parte interior. La falta de mobiliario dificultaba su intención de ocultar la lámina. Consideraba una imprudencia llevarla encima sin necesidad. Debía recorrer las calles y muelles de Nápoles, y cientos de golfines deambulaban por ellos dispuestos a desplumar a cualquiera al menor descuido. Por precaución había recurrido al fraile, antiguo confesor de su familia, para solicitarle alojamiento. Los mesones, fondas y figones, debido a la afluencia de marinos, comerciantes y buscavidas, le parecían poco fiables.

Revisó la celda y el colchón le pareció el mejor escondite para su lámina de oro. Sacó la navajita de su hatillo de herramientas y cortó el hilo de una costura. Separó la tela y embutió la lámina en el relleno de pinaza. Luego cogió una aguja, enhebró el bramante y cosió de nuevo la tela del colchón con puntadas idénticas. Lo colocó sobre el camastro y se tumbó encima. La hoja del *Libro de Dios* estaba bien oculta.

Durante dos días Martín de Ayala había recorrido los muelles de Nápoles sin éxito. Tenía que embarcar en una nao, aunque la falta de cartilla de mareante le impedía hacerlo mediante una contrata oficial. Había intentado sobornar al capitán de una carabela lusitana, que transportaba una remesa de alfombras otomanas al puerto de Cartagena, y en el último momento el hombre se negó, temeroso de que fuese un tapado al servicio de las naves piratas que surcaban el Mediterráneo.

Anocheecía y Martín de Ayala decidió regresar al convento. Al día siguiente lo intentaría otra vez. El padre Pasquale Bechi le había advertido de las dificultades. Empezó la subida al monte Sant Erasmo. La senda que conducía a la cartuja de San Martino penetraba en un bosque de altas coníferas. Sólo el viento, cargado de brisa marina, y el ulular de los búhos y lechuzas rompían la quietud. Espoleó al caballo y el animal apretó el paso. Un hombre vestido de hábito negro le seguía a pie, sin hacer el menor ruido, protegido por la foresta y acortando el camino a través de la maleza. Al llegar a la entrada del convento se quedó a una distancia prudente, para evitar que pudieran verle, y esperó. Martín de Ayala desmontó del caballo, llamó a la puerta y entró. Dejó su pistola de llave de chispa en la portería y se dirigió a su celda. Un fraile se hizo cargo de su montura y otro atrancó la puerta.

El hombre de negro prendió una vela que llevaba en el bolsillo. La alzó a la altura de su cara y proyectó la luz, moviéndola de arriba abajo, hacia una ventana de la galería superior. Repitió el movimiento tres veces, sopló la vela y aguardó la respuesta. Al instante la llama de un farolillo formó una cruz brillante tras los vidrios

de la ventana. Otro hombre, también vestido de negro, el rostro cubierto por una máscara de cuero y tullido del dedo meñique de la mano derecha, apagó el farolillo y descendió apresurado al claustro.

Martín de Ayala entró en su celda. De detrás de la puerta surgió el hombre de negro, le agarró por la espalda y le inmovilizó con maestría de luchador. El agente de Bernardino de Mendoza intentó librarse de la presa. Forcejeó con todas sus fuerzas. De manera mecánica echó mano a la cintura para desenfundar su pistola. De nada le sirvió, la había dejado en la portería. El brillo de una daga alumbró sus ojos y sintió el frío del acero atravesarle el corazón. Martín de Ayala emitió un leve gemido, dobló las piernas y cayó al suelo sin vida. El hombre de negro se cercioró de su muerte. Le tomó el pulso en las venas del cuello y limpió la sangre de la daga en la tela del colchón. Luego registró sus ropas. Halló una bolsa repleta de escudos de oro, un hatillo con herramientas para abrir cerrojos, un breviario y un mapa con varias rutas señaladas, pero ni rastro de la lámina de oro. Inspeccionó la celda. Removió las mantas del camastro, palpó el colchón y hojeó los libros de la *Biblia políglota complutense*. Nada. Miró a su alrededor extrañado. En la parte del colchón donde había limpiado la daga se había formado una mancha rectangular. Rajó la tela y buscó entre la pinaza. Allí estaba la hoja del *Libro de Dios*.

Capítulo 6

Recogió a Aurora frente a los jardines del Canal de Isabel II, cerca de la Dirección General de la Guardia Civil, y condujo hacia la Calle 30. En el asiento trasero de su Opel Insignia llevaba el ordenador portátil de Abraham Benari. Aurora lo miró preocupada. Penetrar un sistema informático protegido resultaba muy difícil. Sólo expertos de la Guardia Civil, la Policía Nacional, el Centro Criptológico Nacional o de las policías autonómicas estaban capacitados y disponían de la tecnología necesaria para reventar una clave de acceso encriptada. Sonó su iPhone y Aurora pulsó un botón para dar entrada a la llamada. Julián la observó cabecear, darle las gracias a su interlocutor y guardarse el teléfono en el bolsillo.

—¿Ocurre algo que deba saber? —le preguntó intrigado.

—Alguien pretende asustarme para que abandone la investigación.

—¿Te han amenazado?

—Anoche —le puso Aurora al corriente— encontré un anónimo bajo la puerta de mi apartamento que me invitaba a hacerlo.

—¿Qué decía?

—«Abandone la investigación. Una retirada a tiempo es la mejor victoria».

—Suen a gamberrada —sonrió Julián, sin darle importancia—. ¿De quién sospechas?

—La mandé al laboratorio —le explicó— para que analizaran la escritura, el papel y la tinta y acaban de pasarme el informe.

—Con las huellas y el ADN —dedujo Julián— situarán a tu misterioso comunicante. Apuesto por un vecino que quiere fastidiarte. Seguro que se ha enterado de lo nuestro —bromeó— y ha tenido un ataque de celos.

—No hay huellas ni rastros de epiteliales —afirmó seria— salvo los míos. El papel contiene fibras vegetales del árbol palo brasil y la tinta utilizada para escribir el texto también pertenece a dicho árbol.

—¿Dónde está el problema?

—Que el palo brasil —dijo Aurora, sin salir de su asombro— es un árbol que se extinguió en el siglo XVI.

—Una tinta y unas fibras antiguas —murmuró Julián, dejando de bromear.

—Eso parece —convino—. Según me han comentado del laboratorio, los colonos portugueses cortaron millones de árboles de palo brasil para exportar su madera y extraer una tinta muy apreciada por la aristocracia europea.

—¿Y la escritura?

—De escuela caligráfica —dijo Aurora—. El estudio grafológico resulta inútil.

—Alguien quiere amedrentarnos.

—Eso parece.

Julián cabeceó preocupado, sin encontrarle una explicación, y aceleró para adelantar a una furgoneta.

—Debemos mantener la calma —afirmó al concluir la maniobra.

—Esta mañana —dijo Aurora para cambiar de tema— he leído tu artículo en *El País*. Ayer trabajaste duro.

—Quería entregarlo antes del cierre de la edición.

—Sólo hablabas —sonrió— de redes de tráfico ilegal de obras de arte y de la posible implicación de Osvaldo Sousa y René Chénier en la compraventa de cuadros robados y varios asesinatos en Sudamérica. Nada de libros raros, ni cábala, ni un sicario vestido de fraile. Un artículo muy ambiguo teniendo en cuenta la información de que dispones.

—Me apliqué mi propio consejo —arguyó Julián—. Tampoco quería acabar en el diván de un psiquiatra. —Siguió las indicaciones del GPS de su Opel Insignia y enfiló en dirección a Alcobendas—. El artículo me ha servido para convencer al jefe de mi departamento y prorrogar el plazo de la investigación. Dispongo de financiación durante otros diez días. ¿Y tu declaración?

—Bien —dijo Aurora satisfecha—. Como suponías, la policía se inclinó por un ajuste de cuentas entre traficantes y sigue esa línea de investigación.

—Eso les mantendrá ocupados —determinó Julián—. ¿Vas armada?

—Como siempre —respondió—. Estoy de servicio.

—Esconde tu pistola en la guantera —dijo—. Tenemos una cita con alguien que detesta a los maderos y picoletos.

—Un respeto —gruñó Aurora—. Ningún ciudadano honrado teme a la Benemérita.

—Nadie ha dicho que sea un santo. —Julián sonrió—. Le busca la policía por delitos informáticos.

—¡Un *hacker*!

—De los mejores de Europa —certificó Julián convencido—. Le conocí en 1993, durante la guerra de Bosnia. Interceptaba y anulaba las comunicaciones de los serbios para la inteligencia militar española.

—¿Cómo se llama?

—Desconozco su verdadero nombre —admitió indiferente—. Utiliza el *nickname* de AN. Las siglas de Águila Negra.

—¡Joder! —gruñó Aurora de nuevo—. Si la policía le busca tengo la obligación de detenerle. ¡Presté un juramento!

—Olvídalo por unas horas —le exigió—. Dame tu palabra de honor.

Aurora permaneció callada. Sacudió la cabeza para demostrarle su disconformidad y depositó su pistola enfundada en la cartuchera en la guantera del coche.

—¿Satisfecho?

—Le he pedido un favor personal —se justificó Julián—. Jugamos en su campo y debemos respetar sus normas.

—¿Trabaja solo?

—Pertenece a la Red Scorpion —dijo—, un grupo de *hackers* internacionales, de los denominados *black hats*, que actúan de manera coordinada en multitud de países.

—Aniquilan bancos, bases de multinacionales, sistemas de seguridad...

—Míralo desde el lado bueno —intentó Julián convencerla—. También colaboran con los grupos antisistema y antiglobalización.

—¿Dónde has quedado?

—Ni idea —admitió—. Me ha facilitado un punto GPS y me ha dicho que le espere.

—Acabamos de pasar el indicador de Alcobendas.

Julián asintió. Guiado por el navegador, llegó a un barrio marginal, de casas bajas pobladas por gitanos rumanos, y luego entró en un camino sin asfaltar. A derecha e izquierda se abría un páramo desolado batido con fuerza por ráfagas de viento que levantaban columnas de polvo. Se cruzaron con un camión, que regresaba de efectuar un vertido ilegal de escombros, y siguieron adelante hasta que la señal del GPS se mantuvo estática en la pantalla. Habían llegado al punto de encuentro. Un secarral yermo alejado de cualquier resquicio de civilización. Ni siquiera volaban los gorriones.

Apagó el motor y se bajó del Opel Insignia. El aire frío le cortó la cara. Julián consultó su reloj. Pasaban cinco minutos de la hora convenida. Se levantó las solapas del chaquetón, embutió las manos en los bolsillos y pateó el suelo para entrar en calor. Confiaba en Águila Negra. Acudiría a la cita. Desde el interior del automóvil Aurora le señaló la cortina de polvo que levantaba una motocicleta que se aproximaba a gran velocidad. Poco después una Harley Davidson Fat Boy se detuvo junto al coche. El motorista, un hombre corpulento vestido de cazadora y pantalón de cuero negro, se despojó del casco. En el cuello lucía el tatuaje de un escorpión, con el abdomen en posición de defensa, y en las orejas varios *piercings*.

—Así me gusta —bromeó Águila Negra—. Puntual.

—Te has retrasado diez minutos —le reprochó Julián, y se acercó para darle un abrazo.

—¿Cómo te trata la vida?

—Bien —afirmó Julián—. No puedo quejarme.

—Me enteré —dijo Águila Negra— de la muerte de tu esposa por los periódicos. Lo siento.

—Tu pésame llega un poco tarde. ¿No te parece?

—Más vale tarde que nunca —alegó Águila Negra—. Preséntame a tu

compañera.

Se acercaron al coche y Aurora bajó el cristal de la ventanilla.

—Un amigo de los tiempos de Bosnia —dijo Julián—. Le salvé el pellejo en el mercado de Sarajevo. Su *discman* a pleno volumen le impidió oír el zumbido del primer obús que cayó.

—Escuchaba a los *Sex Pistols* —bromeó— y su *God save the Queen*. Un clásico del *punk rock* que requiere unos cuantos decibelios en las orejas.

—Encantada —dijo Aurora sin ningún entusiasmo.

—¿También eres periodista? —inquirió Águila Negra.

—Sí —respondió a secas.

Águila Negra echó un vistazo a los alrededores. No se divisaba ni un alma. Cogió un *walkie talkie* que llevaba prendido a la solapa de la chupa.

—Todo en orden, chicos —dijo—. Podéis retiraros. Cambio y corto.

—¿Nos controlabas? —espetó Julián.

—Los maderos me andan a la zaga —protestó—. Me han tendido varias trampas. Aurora apretó los puños y miró la guantera del coche.

—¿Vamos a quedarnos aquí de palique? —preguntó Julián, helado de frío.

—No. —Águila Negra sonrió—. ¡Seguidme!

Se enfundó el casco y arrancó su Harley Davidson. El petardeo característico de su tubo de escape retumbó en la soledad del páramo. Echó a andar y Julián le siguió al volante del Opel Insignia. El polvo que levantaba la moto le cegaba. Por suerte a los pocos kilómetros recuperaron el asfalto. El *hacker* desconfiaba hasta de su propia sombra. Entró en el casco urbano de Alcobendas, zigzagueó por varias calles, apuró al límite algunos semáforos para comprobar que nadie controlaba sus pasos, y salió de nuevo de la ciudad. Rodó por carreteras secundarias, accedió a un polígono industrial y detuvo la moto frente a un taller mecánico. Julián estacionó detrás, cogió el portátil de Abraham Benari y se apeó del coche.

—Acompañadme —Águila Negra les invitaba a entrar.

El taller de reparación de automóviles y motos lo atendían cinco operarios igual de corpulentos que Águila Negra, vestidos con monos azules y embadurnados de grasa hasta las cejas. Les observaron con desconfianza. En el cuello también lucían el tatuaje de un escorpión con el abdomen erguido. Las paredes las decoraban pósteres de *pin-ups*, almanaques de hojas raídas con fotografías de chicas desnudas de senos turgentes y voluptuosos, un cartel del Tío Sam con su célebre *I want you!* tachado y sustituido por un explícito *Fuck you!*, y pintadas de carácter subversivo en contra del fascismo, el capitalismo, la explotación de los pueblos del Tercer Mundo y la opresión de las dictaduras.

Subieron una escalera de peldaños de madera y llegaron a un altillo presidido por la fotografía en blanco y negro de un individuo de aspecto siniestro. Debajo había una

mesa con quince CPU'S conectadas en red, seis pantallas de veinticuatro pulgadas y ocho teclados. Águila Negra cogió dos botes de cerveza Mahou de un arcón refrigerador y se los ofreció. Julián y Aurora los aceptaron y se sentaron en dos sillas de escay.

—¿Tu hermano? —bromeó Julián, y señaló la fotografía clavada con cuatro chinchetas a la pared.

—Mi ídolo —subrayó Águila Negra, y le presentó con la entonación de un locutor en el ring—: Vladimir Levin, graduado en Matemáticas por una universidad tecnológica de San Petersburgo, y *hacker* de prestigio internacional.

—Una perla. —Julián sonrió.

—Robó diez millones de dólares —dijo Águila Negra, orgulloso— de las cuentas corporativas del Citibank de Nueva York.

—Acabó en la cárcel —replicó Aurora, que conocía el caso.

—Pasó tres años encerrado —aclaró Águila Negra—, pagó doscientos cuarenta mil dólares de multa y salió en libertad. Todavía le quedan unos nueve millones para vivir a cuerpo de rey.

—¿Qué ordenadores utiliza? —curioseó Aurora, asombrada por la instalación.

—Clónicos.

—¿Confecciona sus propias CPU'S?

—Desconfío de las marcas —admitió Águila Negra—. Las empresas les colocan chips secretos para interceptar y localizar sus aparatos.

—Eso forma parte de las leyendas urbanas.

—Quizá —admitió Águila Negra, con aires de superioridad—, pero la bofia todavía no ha hincado sus zarpas en mi culo.

—El día menos pensado —sentenció Aurora molesta— le caerán encima.

—Espero —se burló— que vengan acompañados de los bomberos.

—¿Vas a pegarle fuego al chiringuito? —siguió Julián con la broma.

—Las alarmas del local —les explicó Águila Negra, y acarició un bidón colocado bajo la mesa que sustentaba las CPU'S— están conectadas a este barril de cerveza convertido en una bomba incendiaria. Si alguien entra en mi santuario le achicharraré a lo bonzo.

—¿Ha fabricado una bomba? —espetó Aurora, estupefacta.

—Aprendí en Bosnia —confesó Águila Negra sin tapujos—. Sólo se precisa un poco de nitrometano, polvo de aluminio y nitrato amónico para convertir el taller en el infierno de Dante.

—El mismo explosivo que utiliza ETA —recordó Julián.

Aurora conocía bien los efectos del amonitol, un explosivo de manejo delicado y alto poder destructivo. Había participado en la investigación para descubrir a los autores del atentado de julio de 2009 contra la casa cuartel de la Guardia Civil de

Burgos, y se imaginó la escena si alguien violentaba la cerradura con las alarmas conectadas. El taller volaría por los aires como un castillo de fuegos artificiales.

Águila Negra cogió otra cerveza del arcón refrigerador y se sentó en un taburete de ruedas y asiento giratorio.

—¡Salud! —brindó, y alzó el bote—. Veo que has traído el ordenador que precisas desencriptar.

—Sí —dijo Julián—. Aquí está.

Se lo entregó y Águila Negra inspeccionó el portátil de Abraham Benari, lo conectó y tecleó al azar sin ningún resultado.

—Un buen aparato —alabó—. Los Sony VAIO son los fórmula uno de los portátiles.

—¿Podrás abrir el sistema?

—Me ayudaría —dijo Águila Negra— conocer algunos datos de su propietario. El noventa por ciento de las veces las claves de acceso están relacionadas con efemérides particulares: fechas de nacimiento, de boda, el nombre del cónyuge, de los hijos, de la mascota...

—Tendrás que apañártelas como puedas —le retó Julián, que desconocía la vida familiar del profesor Benari—. Pero antes quisiera pedirte otro favor.

—Aprovecha la oportunidad.

—Preciso ver los e-mails de una persona.

—Coser y cantar —determinó—. ¿Sabes su dirección de correo electrónico?

—Sí —dijo, y le mostró la tarjeta de Clara Letamendi.

Águila Negra bebió un trago de cerveza, deslizó el taburete y se colocó frente a un teclado. Pulsó su *nickname*, AN, las siglas de Águila Negra, pero también el nombre del dios sumerio del cielo, el soberano de los dioses, y a continuación introdujo la dirección electrónica que le interesaba: «Clara-Letamendi@ya.com».

—¡Listo! —exclamó, y bebió otro trago de cerveza.

—¿Cómo lo ha conseguido? —musitó Aurora, sorprendida por la rapidez de la operación.

—He instalado un sistema *backdoor* en los principales servidores —le explicó— que me permite controlar cualquier cuenta de correo electrónico. Además, dispongo de un MSN-PHUK que carga de forma automática e-mails con sólo introducir la dirección.

—¿Ha diseñado usted estos juguetes?

—La *backdoor* sí —afirmó Águila Negra, orgulloso—. El MSN-PHUK lo desarrolló el Gran Oscarín, un *hacker* también autor del troyano *Cabronator*. El chico estaba en la lista de los grandes *black hats* del mundo, junto a nombres míticos como Kevin David Mitnick, Mark Abene o Robert Tappan, pero se confió y le detuvo la Guardia Civil en la Operación Clon.

Julián acercó los ojos a la pantalla y leyó la lista de correos del servidor de Clara Letamendi. Había varios de temas relacionados con su trabajo y dos, fechados el mismo día de la subasta, que la amenazaban de muerte si acudía a la puja. Osvaldo Sousa y René Chénier fueron a su casa para ajustarle las cuentas. Sabían que el libro no obraba en su poder. Bebió un sorbo de cerveza y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Esos cabrones —le dijo Julián a Aurora— sólo querían venganza.

—Ya sabemos —resopló ella— por qué la mataron.

—Se negó a dejarles el camino libre.

—Pasemos —intervino Águila Negra— a lo verdaderamente difícil. Destripar la clave de este jodido ordenador.

—Adelante —le animó Julián.

De una caja de herramientas de precisión Águila Negra cogió un destornillador de estrella de la marca Manutan y desarmó la base del Sony VAIO. Colocó unas pinzas de conexión en dos puntos determinados y las derivó a una cepeú. Luego manipuló un teclado y observó las indicaciones que aparecían en la pantalla. Sacudió la cabeza y lo intentó de nuevo. La pantalla mostró un rectángulo dividido en quince casillas.

—Hemos dado —afirmó Águila Negra— el primer paso.

—¿Conoce la clave? —musitó Aurora, que admiraba su destreza.

—Todavía no, muñeca —refunfuñó—. De momento sé que consta de quince dígitos numéricos, alfabéticos, alfanuméricos o simbólicos.

—Nadie memoriza quince números, letras o signos —opuso Aurora.

—Es cierto —convino Julián—. Las tarjetas de crédito, los pins de los móviles, las combinaciones de las cajas fuertes de los hoteles... sólo tienen cuatro números para facilitar su memorización.

—Tenéis razón —admitió Águila Negra—. Recordar más de cuatro números resulta difícil para el común de los mortales. Pero hay excepciones. Akira Haraguchi, un japonés de sesenta y un años, logró aprenderse los primeros cien mil decimales del número pi tras ocho años de estudio.

—¿Cuánto tiempo tarda en recitarlos? —preguntó Aurora.

—Dieciséis horas y media.

—¿Cómo logró la hazaña? —inquirió Julián, un tanto incrédulo.

—Al parecer —expuso Águila Negra— ha desarrollado un sistema que asocia los números a los caracteres hiragana, un silabario de la escritura japonesa junto al katakana. Quizá el propietario de este ordenador utilizaba un método parecido para recordar la clave de acceso.

—El ordenador —reflexionó Julián— pertenecía a un profesor de cábala. Eso amplía las posibilidades.

—Hemos pinchado en hueso —lamentó Aurora—. Estamos en un callejón sin

salida.

—La manera más sencilla de acceder a una clave sin necesidad de recordarla —resumió Águila Negra— consiste en emplear fórmulas preestablecidas.

—Cita un ejemplo —le pidió Julián, sin comprender a qué se refería.

—Imaginaos —dijo— una clave de quince números relacionados con la tabla de multiplicar del ocho: 8 por 1 igual a 8, el primer dígito; 8 por 2 igual a 16, los dos dígitos siguientes, y así hasta completar los quince números: 816243240485664. Fácil, ¿verdad?

—Sólo precisamos averiguar —ironizó Aurora, sin ver la solución al problema— la fórmula de mnemotecnia que utilizó el profesor Benari.

—Podría hacer algunas pruebas —arguyó Águila Negra—, pero al tercer fallo el disco duro se formateará de manera automática y desaparecerá la información. El tipo que programó este chisme sabía qué se llevaba entre manos.

Julián apuró la cerveza de su bote y suspiró. Estaban perdidos. Se levantó de la silla y se acercó a la ventana que dominaba el taller. Los operarios colocaron un viejo Simca 1000 en el foso de reparación y procedieron a desmontar los amortiguadores.

—Intenta lo primero que se te ocurra —dijo como última alternativa.

—Es arriesgado —afirmó Águila Negra—. Al tercer fallo...

—¡Fibonacci! —espetó Aurora—. El profesor Benari bautizó su programa como GHJ-1235-X y guarda relación con la secuencia de Fibonacci. Quizá la clave de acceso también esté relacionada con ella.

—¿Conoces la secuencia de Fibonacci? —le preguntó Julián a Águila Negra, y consultó su libreta de notas.

—¿Me tomas por imbécil? —protestó el *hacker*—. Los números de Fibonacci forman parte de la base de la informática. Los *Fibonacci's heaps* son estructuras de datos muy particulares, desarrolladas en 1984 por Michael Fredman y Robert Tarjan. ¿Satisfecho? ¿O te doy otra lección?

—Prueba —le autorizó Julián.

Águila Negra respiró hondo y colocó un número de la secuencia de Fibonacci en cada una de las quince casillas:

123581321345589

Luego pulsó la tecla de *enter* y esperó nervioso la reacción del ordenador. La pantalla se fundió en negro, temió lo peor, y pasados unos segundos apareció una nueva casilla de siete dígitos.

—¿Y ahora qué? —musitó Aurora.

—Sigue con la secuencia de Fibonacci —le alentó Julián.

—Cometeremos un error —sentenció Águila Negra—. Si pretendía continuar la

fórmula, le bastaba abrir una casilla de veintidós dígitos.

—Todavía tienes tres opciones.

Águila Negra obedeció y colocó en las siete casillas los números que proseguían la secuencia de Fibonacci:

1442333

Miró a Julián y Aurora. Cabecearon en señal de aprobación y apretó la tecla de *enter*. La pantalla se fundió en negro y al instante mostró las palabras *write error*.

—Otras dos meteduras de pata —dijo Águila Negra— y los archivos desaparecerán.

—Un momento —terció Aurora—. El nombre del programa está compuesto por una secuencia alfanumérica. Los siete dígitos de la segunda casilla —vaticinó— son letras, no números.

—Puede... —dudó Águila Negra, y se acarició la barbilla.

—Prueba —le autorizó Julián—. Sin miedo.

Tecleó de nuevo e introdujo la secuencia alfabética de los números de Fibonacci:

ABCEHLL

Pulsó sin demora la tecla de *enter*. La pantalla se fundió en negro y apareció de nuevo el mensaje *write error*. Águila Negra golpeó la mesa enfadado. Se había tomado el trabajo como un reto personal.

—Sólo tenemos otra oportunidad —dijo Aurora, que daba por perdida la información.

—Afinamos —determinó Águila Negra— o adiós al disco duro.

Los tres guardaron silencio. Águila Negra pulsó las teclas para encontrar una puerta trasera que le permitiera acceder a los archivos. Julián paseaba por el altillo nervioso y Aurora permanecía atenta a las manipulaciones del *hacker*.

—El teclado... —espetó Aurora de repente—. Ahí está el error.

—Habla claro —protestó Águila Negra.

—Carece de la letra eñe —dijo, y señaló el portátil del profesor Benari—. El Sony VAIO tiene un teclado inglés. ¿Comprende?

—Ahora sí, encanto. —Águila Negra sonrió—. Un pequeño detalle que he pasado por alto. Por eso ha fallado la secuencia. Hay una diferencia de tres letras entre el alfabeto español y el inglés. ¿Pruebo otra vez?

—Sí —le autorizó Julián.

Tecleó la secuencia alfabética de Fibonacci y se saltó la letra elle, sólo propia del alfabeto castellano:

ABCEHM

—*Alea jacta est* —dijo Águila Negra.

Sonrió y apretó la tecla de *enter*. La pantalla se fundió a negro y acto seguido apareció una carpeta con tres archivos.

—¡Eureka! —exclamó Aurora.

El primer archivo, titulado GHJ-1235-X, cabía suponer que estaba relacionado con el programa para descifrar textos de cábala, y el segundo y el tercero aparecían identificados como BL y LDD.

—Ábrelos —le apremió Julián.

Águila Negra procedió a dar las órdenes al ordenador. Manipuló las teclas y la pantalla se llenó de signos incomprensibles.

—¿Qué son? —dijo Aurora.

—La información de los archivos —especificó el *hacker*— también está encriptada.

—Otro escollo —resopló.

—¿Puedes descifrar su contenido? —inquirió Julián.

—Depende —vaciló Águila Negra— del programa de criptografía que haya utilizado. Hasta los cuarenta hits puedo intentarlo con bastantes garantías. A partir de los cincuenta y seis o sesenta y cuatro *bits* la cosa se complica, y por encima de los ciento veintiocho resulta imposible. Ni siquiera los técnicos de la Agencia Nacional de Seguridad de Estados Unidos se atreven con programas de criptografía superiores a ciento veintiocho *bits*.

—¿Cómo procederá? —dijo Aurora, que conocía las dificultades que entrañaba descifrar un archivo encriptado.

—Mediante un barrido —expuso Águila Negra— y la ayuda de algunos aparatos y programas diseñados por la Red Scorpion.

—Confío en ti —afirmó Julián.

Águila Negra se puso manos a la obra. A los pocos minutos aparecieron en la pantalla las siglas PGP (*Pretty Good Privacy*), un programa de criptografía creado a principios de los noventa por Phil Zimmermann, un activista antinuclear. Estaba de suerte. Conocía todas las versiones y había penetrado en varios correos electrónicos y archivos encriptados en PGP. Julián le pidió permiso para tomarse otra cerveza y Águila Negra asintió en silencio. Le ofreció una a Aurora, que la rechazó. Abrió su bote y dio un trago. Luego se sentó en su silla. La espera sería larga. Águila Negra pertenecía al club de los mejores *black hats* del mundo, pero carecía del don de hacer milagros. Aurora se acercó a la ventana que dominaba el taller. Los operarios habían desmantelado los amortiguadores del Simca 1000 y engrasaban algunas piezas de la suspensión. Luego pidió permiso a Águila Negra para acomodarse a su lado y

observar las operaciones que realizaba.

Llevaban dos horas reclusos en el altillo. Una estufa de queroseno calentaba la estancia y consumía el oxígeno. A Julián le lloraban los ojos. Aurora permanecía junto al *hacker*. Le hubiese gustado hacerle cientos de preguntas sobre su forma de actuar, pero permaneció callada para evitar distraerle. Águila Negra resopló, se secó con un trapo sucio de grasa el sudor de su frente y pulsó una tecla. El laberinto de signos incomprensibles del primer archivo se convirtió en un texto escrito en inglés. Por suerte Abraham Benari utilizaba en su ordenador la lengua de Shakespeare en sustitución del hebreo.

—¿Qué tenemos? —dijo Julián, más relajado.

—El contenido del primer archivo —afirmó el *hacker*—. Información exhaustiva para manejar el programa GHJ-1235-X.

—¿Y los otros?

Pinchó con el cursor el archivo BL y lo abrió sin dificultad. Lo encabezaba la frase *Books of the Library* y algo parecido a un segundo código:

40.4237605 - 3.6902315

—

—Un nuevo tropiezo —resopló Águila Negra, abatido.

Julián prestó atención a las cifras. Su estructura le resultaba familiar. Abrió por enésima vez su libreta de notas, pasó algunas hojas, buscó las coordenadas DD que figuraban en la carta remitida a Abraham Benari desde la República Checa y comparó los números.

—Son coordenadas decimales —afirmó seguro.

—Lo averiguaré en un periquete —contestó Águila Negra.

Abrió un enlace de Internet para convertir coordenadas, colocó los números que figuraban en el archivo y los tradujo al sistema sexagesimal de grados, minutos y segundos.

40° 25' 25.54" N 3 o 41' 24.83" W

—

Ahora —le pidió Julián, con la experiencia adquirida gracias a Daniel Marín, el guardia civil del Grupo de Delitos Telemáticos— conviértelas al sistema UTM que utilizan los GPS y localiza el lugar que señalan.

—A mandar. —Águila Negra sonrió.

Pulsó las teclas y obtuvo el código UTM:

X = 441447.64 Y = 4475020.91 Huso = 30 Hemisferio = Norte

—

—¿Adónde pertenecen? —insistió Julián.

—Tranquilo —le apaciguó Águila Negra—. Esto requiere su tiempo.

Manipuló las teclas, con la precisión de un pianista, y pinchó un icono. El punto geográfico que determinaban las coordenadas apareció en la pantalla:

Paseo de Recoletos, 20. Madrid (Europa, España)

—

—¿Qué hay ahí? —musitó Aurora intrigada.

—La Biblioteca Nacional —respondió Julián, tan sorprendido como ella.

Águila Negra pasó a las páginas siguientes del archivo BL y encontró una lista de libros, sus autores, la fecha de publicación, el editor y el lugar de impresión.

—Esta bibliografía —dedujo, satisfecho de su trabajo— pertenece a libros conservados en la Biblioteca Nacional de Madrid.

—Háznos una copia —solicitó Julián—, y abre el tercer archivo.

Águila Negra imprimió las hojas y las grapó. Luego pinchó las siglas LDD y penetró en el tercer y último archivo del ordenador de Abraham Benari. La primera página la encabezaba el título *Location in Decimal Degree*, y en la segunda había otras tres coordenadas DD.

50.0899560 14.4185375

50.0892433 14.4170262

50.0903706 14.4172997

Repitió la operación anterior y las tradujo al sistema sexagesimal:

50° 5' 23.84" N 14° 25' 06.73" E

50° 5' 21.88" N 14° 25' 01.29" E

50° 5' 25.33" N 12° 25' 02.28" E

Luego al sistema UTM empleado por los GPS:

X = 458406.22 Y = 5548794.39 Huso = 33 Hemisferio = Norte

X = 458297.49 Y = 5548715.99 Huso = 33 Hemisferio = Norte

X = 458318.03 Y = 5548841.18 Huso = 33 Hemisferio = Norte

—

Sitúan —aventuró Águila Negra— lugares muy próximos entre sí. La variación entre las coordenadas se limita a unos segundos de diferencia.

—Como en Toledo —observó Aurora.

El *hacker* efectuó su última manipulación y obtuvo la localización exacta de los puntos que señalaban.

Cervena, 1. Praga (Europa, República Checa)

Siroka, 3. Praga (Europa, República Checa)

U Stareho Hrbitova, s/n. Praga (Europa, República Checa)

—

—Tres direcciones de Praga —caviló Julián, y le pidió que también las imprimiera.

—De Praga procedía la carta con las tres coordenadas de Toledo —suspiró Aurora—. La historia se repite. ¿Qué habrá en esos lugares?

—Otro peldaño que debemos superar —resopló Julián.

—Después de todo ha sido fácil —presumió Águila Negra, henchido de orgullo.

—Gracias a ti —reconoció Julián.

—¿Qué hago con el Sony? —les tanteó Águila Negra con intención.

—Quédatelo —dijo Julián—. Te lo has ganado. Conserva el disco duro por si acaso.

—Hoy es mi día de suerte. —Águila Negra sonrió—. Si me necesitas, ahora ya sabes dónde encontrarme.

Julián cabeceó, terminó su cerveza y se guardó los folios en el bolsillo.

Ambos coincidieron en que debían averiguar la importancia de los libros de la lista encriptada en el archivo BL. Julián estacionó su Opel Insignia en el subterráneo de la plaza de Colón y caminaron hacia el paseo de Recoletos para encontrar la entrada a la Biblioteca Nacional. Subieron su monumental escalinata, pasaron los controles de seguridad y un empleado les condujo hasta el despacho de Antonio Espinola, director del Departamento de Adquisiciones. Julián confiaba en que sus conocimientos bibliográficos les aportaran un poco de luz.

—No esperaba verle tan pronto —dijo Antonio Espinola, y se levantó de su butaca para recibirle.

—La teniente Santillana. —Julián cumplió las formalidades—. De la Unidad

Central Operativa.

—Tanto gusto. —Antonio Espinola le estrechó la mano—. Siéntense, por favor, y díganme qué les ha traído a mí.

—Esto —dijo Julián, y le entregó la lista de libros.

Antonio Espinola se tomó su tiempo para leerla. Al terminar parecía preocupado. La expresión de su rostro había cambiado a medida que avanzaba en la lectura de los títulos. Luego se levantó, cogió un volumen de tapas negras encuadernado en piel y lo abrió. Cotejó los datos y marcó con una cruz la casi totalidad de los libros de la lista de Abraham Benari.

—¿Dónde han obtenido esta bibliografía? —les inquirió sorprendido.

—Lo siento —se excuso Julián—, debo mantener la fuente de información en secreto. Mi código deontológico me obliga.

—Lo suponía —musitó Antonio Espinola, y clavó de nuevo los ojos en el volumen de tapas negras—. Siempre intento ayudarle —dijo, tras meditar unos instantes—, pero en esta ocasión mi cargo me obliga a mantener cierta reserva.

—Investigamos dos asesinatos —terció Aurora para presionarle.

—Usted —Antonio Espinola señaló con el dedo a Julián— sólo me habló de la muerte de Clara Letamendi.

—Poco después —dijo, sin la intención de entrar en pormenores, para rebajar la tensión— apareció asesinado en Toledo un profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén y sospechamos que su muerte está relacionada con la de Clara Letamendi y la adquisición del *Pardes rimmonim*.

Antonio Espinola respiró con profundidad, apoyó los codos en la mesa y juntó las manos a la altura de la boca. Les observó en silencio, mientras calibraba hasta dónde podía desvelar la información que atesoraba su volumen de tapas negras.

—¿Guardará el secreto profesional? —le preguntó a Julián.

—Le doy mi palabra de honor.

—¿Y usted, teniente?

—Si la información —dijo Aurora— atañe a los casos investigados, tendré que reflejarla en un informe, solicitarle una declaración oficial y, llegado el momento, el fiscal le citará como testigo ante el juez.

Antonio Espinola cerró el volumen de tapas negras.

—No tengo nada más que decirles, señores —concluyó, y se levantó de la butaca para acompañarles a la puerta.

—Un momento —le rogó Julián—. La teniente se ha expresado mal —dijo, y le lanzó una mirada recriminatoria—. Sólo intentaba explicarle que dirige una investigación oficial. Estoy convencido de que jamás comprometería la seguridad de la información facilitada por un testigo.

—De eso puede estar seguro —convino Aurora—. ¿A qué teme?

—Mi cargo —arguyó Antonio Espinola— también me obliga a mantener la confidencialidad sobre asuntos que afectan a la seguridad de la Biblioteca Nacional.

—Lo comprendo —dijo Aurora, y asintió con la cabeza—. Hable con tranquilidad. Nunca traicionaría su confianza.

Julián respiró aliviado y Antonio Espinola recuperó la comodidad de su butaca. Abrió el volumen de tapas negras y con la punta de un bolígrafo marcó un título que coincidía con la lista del archivo BL.

—Este registro —dijo, preocupado— contiene la totalidad de los libros robados de la Biblioteca Nacional. La información se considera confidencial.

—Los robos se denuncian a la policía —afirmó Aurora.

—Por supuesto —arreció Antonio Espinola—. Pero se mantienen en secreto. Nunca se hacen públicos, para evitar las críticas de los medios de comunicación e inspirar confianza a los ladrones con el propósito de que pongan los libros en circulación y puedan recuperarse.

—¿Cómo accedió a esta información el profesor Benari? —inquirió Julián.

—Sólo las denuncias presentadas —expuso Antonio Espinola— incluyen todos los títulos robados.

—Ese hombre —sacó Julián en conclusión— movía hilos insospechados.

—La lista es completa —admitió Antonio Espinola—. Figuran los diez libros robados o mutilados en agosto de 2008, como una *Cosmografía* de Ptolomeo editada en 1482. En el mundo se conservan sólo ciento veinte ejemplares de este libro.

—El profesor estaba al día —opinó Aurora.

—Aparecen también —siguió Antonio Espinola— los ciento veinte libros, de los siglos XVI al XVIII, robados en distintos años y recuperados en mayo de 1988 en el domicilio de un bibliófilo, entre ellos un ejemplar del *Malleus maleficarum* de Sprenger y Kramer, editado en 1485, un *Tractatus de proportiorum instrumento*, de Galileo, de 1635, un *De revolutionibus orbium coelestium*, de Copérnico, de 1566...

—Libros rarísimos.

—Los mapas robados en 2008 —especificó— estaban valorados en un millón y medio de euros.

—Los ladrones eligen bien —afirmó Julián.

—Los robos de libros y arte —determinó Aurora— casi siempre se ejecutan por encargo.

—La lista —continuó Antonio Espinola— incluye ciento cincuenta y ocho libros, también de los siglos XVI al XVIII, robados en distintas épocas y recuperados por las fuerzas de seguridad. Sólo tres ejemplares —trazó un círculo azul con el bolígrafo en cada uno de ellos— nunca han aparecido.

Julián cogió los folios de la lista de Abraham Benari y leyó los títulos:

De adventu Antichristi et fine mundi, Arnau de Vilanova, 1299.

Curationum medicinalium centuriae septembre, Amatus Lusitanus, 1551.

De generationi rerum naturalium, Paracelso, 1564.

Repasó las notas sobre el *Pardes rimmonim* acumuladas en su libreta. El ejemplar adquirido por Clara Letamendi, según le comentó Carlos Navarro, director de Sumartis, había pertenecido a Amatus Lusitanus, un médico y alquimista judío portugués que al parecer dejó escritas en tinta simpática varias acotaciones cabalísticas en los márgenes de las páginas que correspondían a la secuencia de Fibonacci. Julián comunicó al director de Adquisiciones de la Biblioteca Nacional el nombre del antiguo propietario del libro.

—Amatus Lusitanus escribió varios libros —declaró Antonio Espinola, intrigado—. En realidad se llamaba João Rodrigues de Castelo Branco, por la ciudad portuguesa en la que nació en 1511; ejerció de profesor de Anatomía en la Universidad de Ferrara, junto a Giambattista Canano, y de médico en la corte romana del papa Julio III. Al comenzar las persecuciones de los judíos huyó a Salónica y allí murió en 1568. Me inclino a pensar que estamos ante una simple y llana casualidad. Las acotaciones descubiertas en los márgenes del *Pardes rimmonim* todavía no han sido descifradas. Por teléfono le comenté que no siguen las leyes de Zipf. Eso complica el trabajo.

—¿Estos tres libros —Aurora señaló la lista— tienen algo en común con el *Pardes rimmonim*?

—Nada —afirmó Antonio Espinola—. Sus autores fueron médicos y alquimistas, y Moisés Cordobero, cabalista.

—La cábala y la alquimia comparten espacios comunes.

—No puede negarse —admitió el director del Departamento de Adquisiciones—. La alquimia y la cábala se basan en la simbología de los números. Dante, en *La divina comedia*, se valió del simbolismo de la cábala, como demuestra la proliferación de los números tres, seis, nueve y diez. Números empleados con carácter simbólico en alquimia.

—¿Esos libros también podrían contener símbolos ocultos? —planteó Aurora.

—Todos los libros guardados en la Biblioteca Nacional se someten a rigurosos análisis y nada indica que en estos títulos hubiese escritura invisible.

—¿Se han producido robos últimamente? —inquirió Julián.

—A raíz de las sustracciones de 2008 —expuso Antonio Espinola— se reforzó la seguridad de la biblioteca. Pero cada día entran miles de lectores y acabar con los robos resulta imposible —lamentó—. Hace dos semanas sufrimos el último.

—¿Otro libro de la lista? —le interrogó Aurora.

—No —respondió—. Ha sido un robo muy extraño.

—¿Por qué motivo?

—Rompe el esquema de los anteriores —confesó Antonio Espinola—. Los robos

siempre se habían producido de día, en horas lectivas, y éste se perpetró de noche. Alguien entró y se llevó los planos originales de la Biblioteca Nacional dibujados por Francisco Jareño.

—Su arquitecto —recordó Julián.

—Una acción muy arriesgada —opinó Aurora.

—Sobre todo —apostilló Antonio Espinola— por el escaso valor económico de los mismos.

—¿Su precio no justifica el robo?

—De ninguna manera —insistió Antonio Espinola—. La Sala Goya, donde está el Servicio de Cartografía, conserva importantes códigos cosmográficos y portulanos. Los reyes de España dominaron un vasto imperio y la cartografía siempre contó con un lugar destacado en las bibliotecas reales. Los planos de Francisco Jareño se guardaban en el almacén asignado a la Sala Goya y en el mueble contiguo había mapas de un valor extraordinario que el ladrón despreció.

—Raro —admitió Aurora, sin comprender los motivos. Rechazaron lo valioso y se llevaron unos simples planos.

—El jefe de seguridad de la Biblioteca Nacional —les confió Antonio Espinola— y los policías que investigaron la denuncia tampoco encontraron una explicación razonable que justificase una acción tan arriesgada y poco lucrativa.

—Un error —dedujo Julián.

—Fueron a tiro hecho —adujo Antonio Espinola—. No cometieron ningún error.

—Háblenos del robo —le rogó Julián.

—Como les he dicho —expuso—, el ladrón entró de noche...

—O permaneció oculto —le interrumpió Aurora— hasta que cerraron la biblioteca.

—En cualquier caso —continuó Antonio Espinola—, una vez clausuradas las puertas y activados los sistemas de seguridad, resulta imposible entrar o salir de la biblioteca sin ser detectado por la vigilancia electrónica o los guardias.

—¿Podríamos entrevistar —dijo Julián— a los vigilantes que estaban esa noche de servicio?

—Por mí no hay inconveniente —aceptó—. Aunque puedo asegurarles que será inútil. Los policías les tomaron declaración sin ningún resultado.

—De todas maneras nos gustaría hacerles unas preguntas —insistió Aurora.

—Al agente del sector donde se produjo el robo —les puso Antonio Espinola en antecedentes— le expedientaron, cesaron de empleo y sueldo, y luego la dirección decidió despedirle.

—¿Le consideran sospechoso? —preguntó Julián.

—No —respondió Antonio Espinola—. Su currículum laboral como guarda jurado estaba limpio. La policía le ha investigado, ha pinchado su teléfono, y han descartado

su participación.

—¿Por qué le despidieron?

—Negligencia laboral —aclaró—. Acudió a trabajar bajo los efectos del alcohol. Al parecer no detectó la intrusión.

—Facilítenos su domicilio.

Antonio Espinola buscó en una agenda de teléfonos interiores el correspondiente al jefe de seguridad, le pidió la dirección del guarda jurado, y se la entregó a Julián.

—Si descubren cualquier cosa —les pidió el director de Adquisiciones— les ruego por favor que me lo comuniquen. Podría ayudarnos a recuperar los planos.

—Descuide —dijo Julián, y se despidieron.

Desde el interior de un furgón Citroën Jumper, de color blanco y cristales tintados, un hombre vestido de hábito negro y el rostro oculto tras una máscara de cuero observaba con un visor nocturno Yukon Phantom la entrada del taller mecánico regentado por Águila Negra. Había estacionado el furgón a suficiente distancia para no llamar la atención y controlar los movimientos de los operarios del taller. Suspiró fatigado y su exhalación sonó ahogada por el cuero de la máscara. Subió el cristal de la ventanilla y pasó del asiento delantero del conductor a la trasera del furgón. Cogió un Motorola 9505 dotado de sistema Iridium, un teléfono satélite de cobertura terrestre, incluyendo los océanos, vías aéreas y regiones polares, y efectuó una llamada.

—Señor —dijo el hombre de hábito negro al responder alguien al otro extremo de la conexión—, voy a entrar. Debo eliminar al *hacker*.

—¿Es necesario?

—Ha reventado las claves del ordenador del profesor Benari —arguyó el hombre de negro—. Se trata de un *black hat* y a la menor oportunidad venderá la información al mejor postor.

—Adelante —le autorizó la voz anónima—. Ese ordenador nunca debió caer en manos ajenas a las nuestras.

—Se me adelantaron los mercenarios —lamentó el hombre del hábito negro, refiriéndose a Osvaldo Sousa y René Chénier—. Ayer acabé con ellos, pero la presencia del periodista y la teniente me impidió recuperar el ordenador. La Guardia Civil rodeaba el hotel.

—Nunca olvidéis que la paciencia tiene más poder que la fuerza —dijo la voz anónima.

—Hemos localizado sus domicilios —afirmó—. Mantienen una relación sentimental y pasan muchas noches juntos. Les hemos dejado un anónimo invitándoles a abandonar la investigación.

—No harán caso —vaticinó la voz del auricular.

—Podemos eliminarles en cuanto lo ordenéis.

—De momento sólo contrólenles —ordenó, tajante—. Acabar con ellos sería imprudente. El asesinato de una teniente de la UCO y un prestigioso periodista provocaría un terremoto que sacudiría los cimientos de nuestra operación de rescate.

—Se acercan al secreto, señor.

—Desde hace más de dos mil años —argumentó— nadie conoce nuestra existencia y debe seguir siendo así. Ya habrá tiempo para tomar la decisión.

—Vuestras órdenes serán cumplidas, señor.

—Borrad todas las huellas de la investigación del profesor Benari —dictó la voz anónima con autoridad—. Destruid las pruebas. Si el periodista y la teniente se acercan a la tercera lámina, entonces...

—Así se hará, señor.

—Cuidaos —le aconsejó— y nunca olvidéis que al finalizar la partida el peón y el rey duermen en la misma caja.

El hombre del hábito negro y la máscara de cuero desconectó el teléfono satélite. De la guantera del furgón cogió una pistola Norinco NP22, con cargador de quince proyectiles del calibre 9 milímetros Parabellum, la enfundó en una bolsa de plástico y la sujetó a su muñeca con cinta adhesiva para evitar que las vainas se esparcieran por el suelo. Bajó el cristal de la ventanilla y echó una última ojeada con el visor nocturno. Las calles del polígono industrial estaban desiertas. Observó la entrada del taller y comprobó que la copia de la llave de seguridad para abrir la persiana enrollable estaba en el bolsillo de su hábito. Miró el reloj del salpicadero de la furgoneta: las 23.36 horas. Se apeó y caminó emboscado por las sombras.

Los mecánicos, todos miembros de la Red Scorpion, habían finalizado su turno de trabajo. Águila Negra solía marcharse con ellos. Recorrían algunos kilómetros para disfrutar de sus Harley Davidson y luego paraban a tomar unas cervezas en algún tugurio de carretera. Pero esa noche tenía trabajo extra. Al abandonar el último de sus operarios la nave, se quedó solo en el altillo. Apagó las luces, conectó el circuito periférico de la alarma, un sistema de infrarrojos que detectaba el mínimo aumento de la temperatura, y encendió las quince CPU'S de sus ordenadores. Las seis pantallas de 24 pulgadas mostraron diferentes fondos y Águila Negra se sentó frente a sus ocho teclados. Introdujo su *nickname*, AN, y preparó el sistema para una acción *hacker*. A las 00.00 horas de Madrid la Red Scorpion, con la participación de sus mejores *black hats*, efectuaría un ataque masivo a los ordenadores de la administración, la policía y el ejército birmanos como protesta por el arresto domiciliario de la premio Nobel de la Paz Aung San Suu Kyi. El ataque pretendía paralizar al país, bloquear los sistemas de radar, desbaratar las transacciones bancarias, reventar los filtros de Internet colocados en los servidores para censurar la información que recibían los internautas birmanos, y paralizar las comunicaciones militares y estratégicas. Un ataque *hacker* coordinado a escala mundial. Águila Negra aportaría su pequeño grano de arena.

Consultó el reloj digital de una pantalla: las 23.47 horas. En trece minutos Birmania entraría en el caos informático. Sus estructuras de poder se tambalearían y sus gobernantes conocerían el terror de la globalización de las comunicaciones. Sonrió y se frotó las manos, listaba listo.

Retrepó su espalda en la silla y el pitido de la alarma sonó a bajo volumen en los altavoces de una pantalla. Pulsó el teclado y apareció un mensaje: «*Violation of the security perimeter*». El sistema de rayos infrarrojos había detectado un aumento puntual de la temperatura en la nave. Tecleó y el panel de información registraba 36,8° centígrados, la temperatura corporal de un ser humano, en oposición a los 19° de temperatura ambiente. Observó el taller a través de la cristalera. La negrura envolvía los objetos. Todo parecía en orden. Podía tratarse de una rata o un ratón, de temperatura corporal aproximada. No había oído ningún ruido y nadie podía entrar sin forzar las rejas de las ventanas exteriores o la persiana de hierro y el cerrojo blindado de la entrada. Por si acaso echaría un vistazo. La policía le seguía los pasos desde hacia años y debía mantener la guardia alta. Así había logrado eludir la acción de la justicia.

Encendió las luces del taller y miró de nuevo desde el altillo. Nada. La pantalla mostraba un parpadeo constante con el mensaje «*Violation of the security perimeter*». Se situó frente a un teclado, abrió un programa e introdujo su *nickname* dos veces, una en sentido inverso: ANNA, la clave secreta que activaba el sistema de ignición de la bomba incendiaria. Pasados diez minutos debía regresar y desactivarla con otra clave (NANA) o el taller volaría en mil pedazos y quedaría reducido a cenizas. Si los maderos pretendían cazarle morirían achicharrados. Comprobó que la puerta del altillo estuviese cerrada con sus dos pasadores de seguridad, abrió el candado de una taquilla metálica, cogió una Sarasketa del calibre 12 y cañones recortados, que mantenía siempre cargada, y se metió un puñado de cartuchos en los bolsillos. Lanzó una mirada a la fotografía de Vladimir Levin y liberó los pasadores de la puerta. Descendió por la escalera de madera. Los peldaños crujieron bajo sus pies.

—¿Quién anda ahí? —gritó Águila Negra, con el dedo índice apoyado en el gatillo de la escopeta.

No hubo respuesta y descendió hasta el último escalón. Prestó atención al mínimo ruido. Sólo escuchaba el jadeo de su respiración. La persiana enrollable de la puerta de entrada estaba desajustada. Una leve ranura en la base delataba que alguien la había abierto. Contempló palmo a palmo la superficie del taller y vio una sombra extraña que partía de detrás de una pila de neumáticos usados. Sonrió aliviado. No se trataba de la policía, sino de un ladrón de polígonos industriales. Un chorizo en busca de una caja fuerte inexistente.

—¡Sal o te vuelo los cojones! —gritó Águila Negra, sin reprimir una sonrisa.

Esperó unos segundos y luego disparó dos cartuchos. El estruendo retumbó en la

nave y los neumáticos saltaron por los aires. Un bulto se deslizó ante sus ojos con la velocidad de un rayo. Águila Negra recargó la escopeta e intentó descubrir dónde se había ocultado el intruso. Del foso de reparación surgió una mancha oscura. El sujeto del hábito negro disparó su arma y alcanzó a Águila Negra en el hombro. Lanzó un aullido de dolor y respondió con otros dos cartuchos de su escopeta. Las postas alcanzaron el depósito de un viejo Ford Capri y la gasolina se esparció por el suelo.

—¡Da la cara, hijo de la gran puta! —le retó Águila Negra, y recargó su escopeta con las manos ensangrentadas. La herida del hombro le manaba a borbotones—. ¡No seas cobarde!

Alguien chistó a su espalda y presintió la muerte cercana. Águila Negra se giró despacio. Una especie de fraile le encañonaba con una pistola enfundada en una bolsa de plástico. Levantó la escopeta y, antes de que pudiera apretar el gatillo, el intruso disparó su arma, le alcanzó en el pecho y se desplomó sin borrar la sonrisa de sus labios. Faltaban sólo dos o tres minutos para que la bomba estallara. El sujeto vestido de hábito negro y máscara de cuero se acercó al cuerpo de Águila Negra, comprobó que estuviese muerto, y se dispuso a subir la escalera para registrar el altillo y recuperar el ordenador del profesor Abraham Benari. Colocó el pie en el primer peldaño, crujió y sonó un ruido sordo, el eco de un tornado devastador. Alzó la vista y una inmensa bola de fuego le envolvió.

El aroma a café flotaba en el aire. Aurora había preparado dos exquisitos descafeinados largos en su cafetera Nespresso y horneado una bandejita de cruasanes para el desayuno. Julián se levantó de la cama y caminó hacia la cocina. La vio vestida con una bata de estampados, el pelo alborotado e inclinada sobre el fregadero para lavar unos cacharros. La abrazó por detrás, le besó el cuello y ella cerró los ojos.

—Te quiero —musitó estremecida.

—Vuelve a la cama —le propuso Julián—. Ardo en deseos de amarte.

—Tenemos obligaciones —dijo para zafarse—. Esta mañana debemos interrogar al vigilante jurado de la Biblioteca Nacional.

—Siempre el deber —protestó—. Cuando esto acabe, huiremos a un lugar lejano. Para que nadie nos interrumpa. ¿Dónde te gustaría ir?

—A un sitio paradisíaco —respondió—. Proponme alguno, hombre de mundo.

—Las Seychelles —dijo sin pensarlo.

—¿Has estado allí?

—En el 89 —recordó—. Durante las elecciones generales que dieron la presidencia a France Albert René. Una semana de trabajo y otra de descanso antes de regresar. Visité varias islas: Mahé, Bird, Cerf, Curieuse, La Digue, Praslin...

—Un auténtico paraíso —suspiró ella, con la imagen de los cocoteros y las playas blancas de arenas coralinas dibujadas en su mente.

—El general Gordon —Julián sonrió—, el héroe de la batalla de Jartum,

aseguraba que el jardín del Edén estuvo en el valle de Mai.

—Resolvamos este caso —le apremió Aurora entusiasmada—. Jamás he viajado a un país tan remoto.

Se sentaron a la mesa a desayunar y Aurora conectó un transistor que tenía en la cocina para escuchar las noticias. Buscó en el dial una emisora y dio el primer sorbo a su café. Julián paladeó un cruasán. Pasados unos minutos arrancó el informativo de las nueve de la mañana: «Arde una nave en un polígono industrial de Alcobendas —anunció el locutor, y acto seguido una voz de mujer desgranó la información—: Alrededor de la medianoche se produjo un incendio en un polígono industrial de Alcobendas que devastó un taller mecánico. La Guardia Civil investiga las causas del incendio y sospecha que podría tratarse de un almacén clandestino de la banda terrorista ETA, al haber hallado restos de nitrometano, un componente del amonitol, la sustancia explosiva utilizada por ETA en los últimos atentados...».

—El taller de Águila Negra —musitó Julián perplejo.

—La bomba incendiaria cumplió su cometido —apostilló Aurora—. Debo informar de inmediato. Mis compañeros andan perdidos. El nitrometano les ha despistado.

Julián asintió en silencio. Aurora cogió su iPhone y efectuó una llamada a la UCODEX^[13]. La atendió el oficial de guardia y le informó de las actividades de Águila Negra y la Red Scorpion, y de la bomba incendiaria confeccionada con nitrometano.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Julián al colgar.

—En el taller han aparecido dos cadáveres —dijo—. No podrán identificarlos. Están calcinados y resulta imposible obtener huellas dactilares o muestras de ADN. Según el informe preliminar del forense, uno presenta dos impactos de bala: en el hombro y el corazón. El otro murió achicharrado a causa del fuego.

—¿Águila Negra?

—Me temo que sí —dijo Aurora—. He pedido a mis compañeros que me informen de sus pesquisas.

—¿Quién querría asesinar a un *hacker*?

—Se me ocurren cientos de personas —dijo Aurora—, entre ellas alguien interesado en recuperar el ordenador de Abraham Benari.

—¿Sospechas de la relación entre su muerte y el caso que investigamos?

—Barajo esa posibilidad.

—Águila Negra —meditó Julián— se enfrentó al intruso, pero antes activó la bomba. El tipo le mató y murió abrasado mientras buscaba el ordenador.

—Una secuencia lógica —convino Aurora.

—¿Qué interés tenía ese ordenador? —se preguntó Julián en voz alta—. Sólo contenía un programa de descifrado de cábala, instrucciones para manejarlo, una lista

de libros y tres coordenadas de Praga.

—Vete a saber —resopló Aurora—. También tendremos que averiguarlo.

—De la lista —argumentó Julián— tres libros nunca se recuperaron. ¿Adónde fueron a parar?

Aurora sacudió la cabeza, desconcertada, y dio un sorbo de café.

—Quizá guardan relación con el robo de los planos.

—Lo dudo. —Julián rechazó su análisis—. Han pasado demasiados años para pensar en una concordancia directa de los hechos.

—Todo es posible —suspiró Aurora—. Déjame hacer otra llamada.

Cogió de nuevo su inseparable iPhone y pulsó un botón. Julián la oyó hablar con un guardia civil del Grupo de Patrimonio Histórico y preguntarle por el resultado de las investigaciones que permitieron localizar los libros robados de la Biblioteca Nacional en diferentes períodos. Julián la observó sin apartar un segundo la mirada. El cinturón de su bata se había aflojado y mostraba sus piernas estilizadas y sus pechos tersos y redondeados. Sintió el impulso de colgarle el teléfono, tirarlo a la basura, levantarla en volandas y llevarla a la cama. Había encontrado a su compañera ideal, a una mujer para compartir las inquietudes de su trabajo y su vida, y temía perderla. Ya le había ocurrido una vez. Si Aurora desaparecía de su vida, su corazón estallaría en pedazos como el taller de Águila Negra. Bebió un sorbo de café y el sabor amargo le borró los malos pensamientos.

—La investigación de los robos —dijo Aurora para transmitirle su conversación telefónica— se coordinó entre la Guardia Civil, las policías autonómicas y la Policía Nacional. Al parecer había implicados de varias comunidades.

—¿Profesionales?

—No —dijo—. Aficionados que pretendieron sacar tajada de las deficiencias de seguridad de la Biblioteca. Se alertó a los anticuarios y coleccionistas y les cazaron en cuanto pusieron en circulación los libros.

—¿Y los ejemplares que nunca se recuperaron?

—La policía —siguió Aurora— sospechó desde el primer momento que los habían vendido, pero al interrogar a los ladrones juraron y perjuraron que desaparecieron de manera misteriosa. En tres ocasiones alguien entró donde guardaban su botín y se llevó uno de los ejemplares.

—¡No tiene sentido! —exclamó Julián—. ¡Un ladrón roba a otro ladrón!

—La policía —aseguró Aurora— jamás averiguó el motivo de los robos, quién o quiénes los perpetraron y el lugar adonde fueron a parar los libros.

Julián apuró el café de su taza y suspiró.

El vigilante jurado despedido tras el último robo perpetrado en la Biblioteca Nacional vivía en el barrio de Orcasitas, surgido en la década de los cincuenta para dar cabida a los inmigrantes que llegaban a la capital procedentes de la Mancha,

Andalucía y Extremadura. Pasaron frente a la iglesia de Maris Stella, conocida en el barrio como «la iglesia rota» debido a los bombardeos que sufrió durante la Guerra Civil, doblaron por varias calles estrechas y Julián detuvo su Opel Insignia delante de un bloque de ladrillo visto y ventanas de carpintería de aluminio, construido en los años sesenta por el Instituto Nacional de la Vivienda. La carencia de ascensor les obligó a subir a la cuarta planta por la escalera. Al pisar el rellano, Julián respiró con profundidad para recuperar el resuello.

—Deberías hacer deporte —le recriminó Aurora—. Estás en baja forma.

—El deporte mata —arguyó convencido—. Mira la cantidad de atletas y futbolistas que fallecen de muerte súbita.

—Excusas.

Julián consultó su libreta de notas y le mostró a Aurora el nombre del vigilante jurado en una página. Lo leyó y llamó al timbre. El ruido de una chicharra eléctrica retumbó en el interior del piso.

—¡Voy..., voy...! —gritó alguien y la puerta se abrió—. Si vienen a venderme algo —les dijo— han llegado en mal momento. Estoy en la cola del paro.

El hombre hizo intención de cerrarles la puerta en las narices y Aurora se lo impidió.

—Teniente Santillana, de la UCO —dijo, y esgrimió su TIP—. ¿Santiago Ruiz?

—Sí —admitió a la defensiva—. ¿Vienen por el asunto del robo?

—Queremos hacerle unas preguntas.

—Ya declaré en comisaría.

—Deseamos conocer los pormenores —terció Julián, y se identificó como periodista—. Nos interesa el relato de los hechos de primera mano. Se trata de una visita extraoficial.

Santiago Ruiz les invitó a entrar. Exponer los hechos a un periodista podría ayudarle a demostrar su verdad. Les condujo a un saloncito con muebles de Ikea, algo sucio y desordenado, presidido por una librería mural cuyos estantes sostenían trofeos ganados en campeonatos de tiro de diferentes modalidades y algunos volúmenes del temario para la obtención de la licencia de vigilante jurado. Un televisor Samsung de 46 pulgadas y pantalla plana destacaba en el centro del mueble. Les ofreció un sofá de dos plazas para sentarse y él se acomodó en un sillón cubierto por una funda estampada que lo protegía de la suciedad.

—Vivo solo —dijo para justificar el desorden—. Me divorcié hace dos años y cuando me despidieron tuve que prescindir de la asistenta.

—Señor Ruiz —arrancó Aurora—, háganos un resumen de su currículum profesional.

—Trabajé toda mi vida de transportista —la complació—. Tenía una camioneta en propiedad y me defendía bien hasta que la crisis del 93 me dejó sin clientes. Ante

la falta de expectativas laborales decidí tramitar una licencia de vigilante jurado. Varios amigos míos trabajaban de guardas y les iba bien. Obtuve la acreditación y a las pocas semanas ingresé en Segutecsa, la empresa encargada de la seguridad de la Biblioteca Nacional.

—¿Sólo ha trabajado para una compañía?

—Sí —admitió dolido—. Pronto cumpliría diecisiete años de servicio. Ya ve cómo me lo han pagado.

—Al parecer —dijo Aurora con intención de presionarle— acudió a trabajar bajo los efectos del alcohol. Las reglas a este respecto son estrictas para quienes en el desempeño de nuestra función portamos un arma.

—¡No estaba ebrio! —exclamó ofendido—. ¡Jamás me he emborrachado en mi vida!

—Cuéntenos qué ocurrió —le pidió Julián—. Según fuentes de la biblioteca, le expedientaron por el robo y le despidieron alegando problemas con el alcohol.

Santiago Ruiz clavó la vista en sus trofeos de tiro y meditó unos segundos. Luego exhaló el aire de sus pulmones con un bufido.

—Mi turno comenzaba a las nueve de la noche —inició su relato—. Antes de incorporarme a mi puesto había cenado y tomado dos copas de vino. Nada del otro mundo. A mí el vino nunca me ha afectado. Como pueden comprobar, soy un tipo corpulento y peso cerca de noventa kilos.

—Los efectos del alcohol en el organismo —precisó Aurora— también dependen de la edad, el metabolismo, la cantidad de alimento ingerido, la composición del mismo...

—Al salir del mesón —siguió Santiago Ruiz— me topé en la calle Fuencarral con un control de alcoholemia de la Policía Municipal. Me pararon y me hicieron soplar. Supongo que influyó el hecho de que fuese de uniforme.

—Dio positivo —dedujo Julián.

—Sí —admitió sin arrepentimiento—. Aunque sólo 0,35.

—El máximo en el aire espirado —puntualizó Aurora— es de 0,25 miligramos por litro, y en sangre, de 0,50 gramos por litro. Bebió más de dos copas de vino.

—Después de la cena —confesó, como el niño pillado en una mentira— un amigo me invitó a un café y una copita de coñac. Les juró que ahí se acabó.

—Suficiente para dar positivo —sentenció Aurora—. Los mayores índices en sangre y aire exhalado se obtienen entre los treinta y noventa minutos después de la ingesta.

—Justo me pillaron en la hora crítica —lamentó Santiago Ruiz—. Cuatrocientos euros de multa y retirada de cuatro puntos del carné de conducir. Ya saben cómo funciona esto. Pagaré antes de los quince días de plazo y la cuantía se reducirá al cincuenta por ciento. Con un poco de suerte el Ayuntamiento no comunicará a

Tráfico la sanción y me libraré de la retirada de puntos.

—Le despidieron con motivo —afirmó Julián.

—Di positivo en un control de tráfico —insistió Santiago Ruiz—, pero no estaba borracho. Quiero dejarlo claro.

—¿Qué sucedió al incorporarse a su puesto? —siguió Aurora con el interrogatorio.

—Nada —respondió—. Me presenté en el control como cada noche y comencé mi turno.

—¿En qué consiste su función?

—Patrullo los pasillos —expuso— hasta que se marcha el último empleado. Luego se conecta el sistema de alarma y permanezco en el retén de guardia para cubrir posibles eventualidades.

—¿A qué hora se produjo el robo? —inquirió Julián.

—Hacia las doce de la noche —recordó—. A las tres horas de someterme al control de alcoholemia. Mi sangre ya estaba limpia.

—Relátenos su versión.

—En el retén de guardia —acometió Santiago Ruiz decidido— sonó el teléfono de comunicación interior. Llamaba el jefe de la sala central de control de alarmas para reportar una incidencia en el almacén de la Sala Goya.

—La sala de cartografía.

—Acudí a comprobar qué sucedía —dijo—. Según estudios de nuestra empresa en casas particulares, sólo uno de cada mil avisos corresponde a un asalto real, y en instituciones con vigilancia permanente, como la Biblioteca Nacional, el número se eleva a uno de cada cien mil.

—Pensó que se trataba de una falsa alarma —conjeturó Aurora.

—Basta que un insecto se pose en un sensor —argumentó—, que alguien deje una ventana abierta o una subida o bajada de la tensión eléctrica para provocar una falsa alarma. Atenderlas forma parte de la rutina. Cada mes se producen varias por diferentes motivos.

—¿Tienen instrucciones?

—Claro que sí —arreció—. Debemos inspeccionar el sector y comprobar que todo esté en orden. Si algo resulta sospechoso, se comunica de inmediato el incidente al control central, se refuerza la presencia de vigilantes jurados en la zona de la alarma y se avisa a las fuerzas de seguridad. De lo contrario se vuelve a activar el circuito.

—¿Siguió el protocolo? —inquirió Julián.

—Al pie de la letra —afirmó Santiago Ruiz—. Al entrar en el almacén no advertí nada sospechoso. Sólo observé una carpeta encima de un archivador. Pensé que algún bibliotecario la había olvidado. Me acerqué para ver qué contenía y en ese preciso

instante un hombre vestido como un monje se me vino encima...

—Un momento —le interrumpió Aurora, creyendo haber oído mal—. Describa con detalle a su agresor.

—Le repito que no estaba ebrio —recalcó Santiago Ruiz para curarse en salud—. El ladrón vestía una especie de hábito negro. Lo vi con estos ojos —dijo, y señaló sus cuencas con los dedos índice y corazón en forma de uve.

Julián y Aurora se miraron desconcertados.

—¿Podría identificarle? —dijo Aurora.

—¿Bromea? —espetó Santiago Ruiz—. Todo ocurrió en cuestión de segundos. Hasta me pareció que llevaba una máscara en la cara.

—¿Cómo reaccionó?

—Caí al suelo —narró—, intenté desenfundar mi revólver y el tipo me disparó con una Taser X26C...

—¿Se fijó en el tipo de arma? —receló Julián.

—Conozco bien la Taser —protestó Santiago Ruiz ante su desconfianza—. Quise comprarme una: cincuenta mil voltios y dieciséis miliamperios de intensidad a una distancia de cuatro a cinco metros, y más de mil euros de costo. Eso me hizo desistir.

—La descarga eléctrica le paralizó —aventuró Aurora—. Le dejó *k.o.*.

—Perdí el conocimiento unos minutos —relató— y al recuperar la conciencia di la alarma. Por suerte tengo un corazón de hierro.

—¿Registraron la biblioteca? —continuó Julián.

—Palmo a palmo —detalló el vigilante—, y ninguna puerta o ventana estaba forzada.

—El ladrón —argumentó Julián— pudo entrar en horas lectivas y esconderse en algún rincón.

—Imposible —rechazó Santiago Ruiz de plano—. Al cerrar la biblioteca la registramos de arriba abajo: lavabos, despachos, almacenes, cuartos de máquinas, conductos de calefacción y refrigeración, salas de lectura... Ni un milímetro queda sin comprobar.

—¿Cómo explica la presencia de un extraño? —insistió Aurora.

—Le he dado mil vueltas al asunto —confesó abatido— y sigo sin una respuesta convincente. Debió de esfumarse en los dos o tres minutos que permanecí inconsciente.

—A la vista de lo sucedido —afirmó Julián—, nadie se tragó su versión.

—La dirección de la biblioteca —relató el vigilante— me pidió un informe detallado de los hechos y expuse la verdad. Ese tipo tenía la fuerza de un toro. Me derribó como a una pluma. Nunca me había sucedido nada parecido. Durante tres años patrullé el metro de Madrid, me enfrenté a sujetos fuertes como una roca y siempre salí airoso.

—La dirección niega la veracidad de su informe —le planteó Julián.

—Hicieron un inventario del almacén —dijo Santiago Ruiz— y faltaban unos mapas. Me acusaron del robo y de inventarme la historia como coartada.

—Coincidirá —terció Julián— en que resulta un tanto increíble.

—Lo sé —rezongó Santiago Ruiz, y miró al suelo, abatido—. La policía hurgó en mi vida, descubrieron que horas antes había dado positivo en un control de alcoholemia, me acusaron de trabajar bajo los efectos del alcohol y me despidieron. Eso es todo. Nadie cree mi versión. Les juro que yo no robé esos mapas.

De regreso al automóvil, Julián y Aurora caminaron en silencio, cogidos de la mano y preocupados por el relato que acababan de escuchar. La versión del vigilante sobre el robo resultaba inverosímil para cualquiera que tuviera la paciencia de escucharle salvo para ellos. Habían sido testigos del asesinato de Osvaldo Sousa y René Chénier a manos de un sicario idéntico al descrito por el guarda.

—¿Qué piensas? —dijo Julián.

—Estoy hecha un lío —admitió Aurora—. Parece probado que a Clara Letamendi y Abraham Benari les mató René Chénier cumpliendo las órdenes de Osvaldo Sousa, y también parece claro que tenían un móvil: ajustarle las cuentas a la tasadora por adquirir el *Pardes rimmonim* y apoderarse del programa de descifrado de cábala.

—También querían recuperar —siguió Julián con su hipótesis— un supuesto libro grabado en tres láminas de oro con los secretos de la creación.

—Eso parece.

—La teoría para la argumentación de los crímenes —opinó Julián, en el papel de abogado del diablo— resulta impecable. Pero los hechos se desmienten por sí solos: un libro de oro escrito en el siglo XVI con claves para la creación de vida artificial, un profesor universitario que da crédito a dicho libro y rastrea en Toledo fragmentos de escritura hebrea, una lista de volúmenes robados en la Biblioteca Nacional, tres de ellos desaparecidos en circunstancias extrañas, un sicario vestido de monje que se esfuma sin dejar rastro, un robo sin pies ni cabeza cometido, según un vigilante jurado, por el misterioso sicario... Si escribo la historia me despiden del periódico.

—Alguien más persigue las claves del *Libro de Dios* —determinó Aurora.

—¿Crees la historia del rabí Low?

—Sólo como elemento de reflexión —admitió Aurora—. El *rav* Eliyahm Karaskash parecía convencido.

—De acuerdo —resopló Julián—. Continúa.

—Un sicario, al servicio de alguien desconocido, se encarga de borrar las huellas del *Libro de Dios* —meditó Aurora—. Sigue los pasos de Osvaldo Sousa y René Chénier, da con ellos y les mata para silenciarles...

—Un segundo —la frenó Julián—. Si el sicario intenta proteger las claves del *Libro de Dios*, el profesor Benari también estaba en su punto de mira.

—Así es —convino Aurora—. Osvaldo Sousa y René Chénier se le adelantaron y tuvo que matarles.

—¿Y Clara Letamendi? —le planteó—. ¿También era su objetivo?

—No —dijo Aurora—. Ella sólo adquirió el *Pardes rimmonim*. Desconocía el contenido secreto del libro, las acotaciones ocultas con tinta simpática en los márgenes. Jamás figuró entre los objetivos del sicario. Su muerte es responsabilidad única del anticuario y su guardaespaldas. La mataron por venganza, porque les impidió hacerse con el libro.

—Hilas fino —determinó Julián—. Según tú, el sicario también mató a Águila Negra para apoderarse del ordenador del profesor Benari y hacer desaparecer el programa.

—Correcto —asintió Aurora—. Y murió en el taller a causa del incendio provocado por la bomba. Caso cerrado. Hagamos las maletas y marchémonos a las Seychelles.

—Todavía no —dijo Julián—. El sicario robó los planos originales de la Biblioteca Nacional por algún motivo y me temo que está relacionado con los tres ejemplares que desaparecieron de un modo misterioso.

—Esta mañana he apuntado esa posibilidad —protestó Aurora— y la has rechazado de plano. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Desconocía que el robo lo había perpetrado el sicario —se excusó Julián—. La declaración de Santiago Ruiz cambia las cosas. Alguien pretende ocultar las claves del *Libro de Dios*. Eso ha precipitado los hechos. Debemos averiguar el contenido de los libros desaparecidos de la Biblioteca Nacional y si guardan relación con los puntos que investigamos en Toledo. Sospecho que todo forma parte de una trama secreta.

—Debo darte la razón —suspiró Aurora. Se peinó los cabellos con la mano y le propuso—: Visitemos a fray Agustín Valbuena. Nadie sabe de libros tanto como él.

—Buena idea —aceptó Julián—. Mañana iremos a El Escorial. Esta tarde indagaremos sobre las tres coordenadas de Praga que figuraban en el ordenador del profesor Benari. Necesitamos también saber qué esconden esos lugares.

—¿Conoces Praga?

—He estado dos veces —dijo Julián—. Pero nunca me he dedicado a hacer turismo por la ciudad.

La Oficina de Turismo de la República Checa atendía al público ni la calle Madre de Dios, 45, en la parte alta de la ciudad, una zona donde convivían los chalés de lujo y las casitas de familias humildes. Julián llamó al portero automático, esperó a que abrieran y empujó la puerta. Se harían pasar por una pareja de novios que preparaba su viaje de bodas. A Aurora la idea le entusiasmó y le cogió del brazo. Un estrecho pasillo, acotado por una verja de hierro, separaba las dependencias de la Oficina de

Turismo de los jardines de la Embajada de la República Checa. Subieron una empinada escalera y accedieron al interior de un local decorado con multitud de pósteres de edificios monumentales de Praga, el principal reclamo turístico del país, paisajes de naturaleza exuberante y panorámicas del castillo de Litomysl y los centros históricos de Cesky Krumlov y Tele, declarados Patrimonio de la Humanidad. Una funcionaría, vestida con un traje chaqueta de color azul, se presentó para atenderles.

—Buenas tardes —dijo con un acento cerrado.

—Hola —le correspondió Julián—. Organizamos nuestro viaje de novios a Praga y quisiéramos un poco de información.

La funcionaria cabeceó y esbozó una sonrisa de complicidad. En la escuela de turismo había aprendido que su imagen formaba parte de la puerta de entrada al país y la amabilidad cotizaba. Les pidió que esperaran y al poco regresó cargada de folletos, mapas y una pequeña guía de viajes editada por la Czech Airlines.

—Aquí tienen —dijo, servicial— información sobre las principales visitas a realizar en Praga, y un listado de restaurantes, hoteles, galerías de arte, tiendas de antigüedades, de cristal de Bohemia...

Julián abrió su libreta de notas y le mostró la página donde figuraban las direcciones que almacenaba el ordenador de Abraham Benari.

Cervera, 1

Siroka, 3U

Stareho Hrbitova, s/n

La funcionaría las leyó y asintió sin mostrar sorpresa. Luego desplegó un mapa, que formaba parte del paquete de folletos que les había entregado, y con un bolígrafo señaló decidida los lugares.

—Se trata —dijo— de tres de los monumentos más importantes del barrio de Josefov, la antigua judería de Praga: las sinagogas Altneu y Pinkas, y el cementerio judío. No dejen de visitarlos. Son piezas únicas de la arquitectura medieval.

—Háblenos de Josefov —le pidió Julián.

—En 1781 —expuso la funcionaría para complacerles— José II de Habsburgo proclamó el Edicto de la Tolerancia, abolió las leyes antisemitas y la judería tomó el nombre de Josefov en honor del emperador. Durante la ocupación nazi de 1939 a 1945 el elegante barrio judío se mantuvo intacto por orden expresa de Hitler. De ahí su importancia artística. Josefov figura entre las aljamas más antiguas de Europa. Sus orígenes se remontan al siglo XII.

—¿Hitler protegió la judería? —preguntó Aurora, sorprendida.

—Pensaba convertirla —aclaró la funcionaría— en el museo de una raza desaparecida.

—Eso salvó a Josefov de la destrucción —dedujo Julián.

—Sí —convino la funcionaría—. El barrio judío de Varsovia corrió peor suerte.

—¿Todavía viven judíos en Josefov? —inquirió Aurora.

—Algunos —aventuró sin precisar—. Durante la Segunda Guerra Mundial más de ciento cuarenta mil judíos de Josefov fueron trasladados al gueto de Terezín, una población de Bohemia al norte de la República Checa. Treinta y tres mil murieron allí y ochenta y cinco mil en diversos campos de exterminio. Sólo sobrevivieron unos pocos miles. Si les interesa el tema —les recomendó— visiten el memorial a las víctimas del Holocausto en la sinagoga Pinkas.

Al abandonar la Oficina de Turismo, Julián sacó su libreta, repasó las anotaciones de la entrevista con el *rav* Eliyahm Karaskash y comprobó que había mencionado la sinagoga Altneu. Allí, según la tradición, el rabí Low de Praga había ocultado los restos de su *golem* y las tres láminas de oro del *Libro de Dios* que contenían el secreto de la creación.

VI

Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial *Miércoles, 13 de marzo de 1585*

La nieve embarraba los caminos y dificultaba el galope de las caballerías. Bernardino de Mendoza partió de Madrid al anochecer y pernoctó en una casona de Galapagar habilitada para este menester. Había solicitado una reunión urgente con Felipe II, para entregarle la única lámina del *Libro de Dios* que obraba en su poder, y debía presentarse sin demora en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

Pedro del Hoyo, secretario personal del Monarca, le esperaba en la puerta del cenobio acompañado de un lacayo. Le ordenó hacerse cargo de las caballerías y el carruaje y, sin perder tiempo, condujo a Bernardino de Mendoza al gabinete privado del Rey. Felipe II firmaba documentos. Al verles interrumpió su labor y despidió a los escribanos que le asesoraban. Pedro del Hoyo anunció al superintendente general de Inteligencia y Secretos y se retiró sin darles la espalda.

—Bernardino —le saludó Felipe II emocionado—, me alegro de veros.

El superintendente general de Inteligencia se cuadró marcial e inclinó la cabeza.

—Majestad —dijo solemne.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Poco más de tres meses, señor.

—¿Habéis cumplido la misión que os encomendé? —inquirió Felipe II impaciente.

—Ha habido problemas, señor —dijo sin entrar en detalles, y le entregó una cajita de madera forrada de terciopelo.

Felipe II la abrió. Contenía una lámina de oro. La miró ensimismado, pasó las yemas de los dedos sobre las letras y símbolos que mostraba, y se acercó a una ventana para percibir mejor los signos grabados en su superficie. En su parco entender, se trataba de fórmulas mágicas. Los rayos del sol penetraban con fuerza y la lámina dibujaba escardillos sobre las cortinas, el mobiliario y las paredes. Despedía irisaciones de un amarillo intenso y rojo púrpura. El Rey cerró la cajita y la dejó encima de la mesa.

—¿Y las otras dos láminas? —preguntó.

—Las hemos perdido, señor.

—¡Qué...!

—Cumplí vuestras órdenes —relató Bernardino de Mendoza con la conciencia tranquila y el honor incólume—, y pedí a un agente infiltrado en Praga que averiguara la veracidad de la información que me confiasteis.

—¿El marrano de la aljama de Gerona?

—Sí, señor —asintió—. Desempeñó su misión a rajatabla. Se ganó la amistad de un comerciante de la judería, primo del rabí Jehuda Low ben Bezazel, y éste le aseguró que las tres láminas del *Libro de Dios* estaban ocultas en algún lugar de la sinagoga Altneu.

—¿Le confió el secreto sin más?

—Entre los judíos —argumentó Bernardino de Mendoza— nadie da crédito a la existencia de dichas láminas. Lo consideran sólo una leyenda. Pero la información de que disponíais vos cambiaba los hechos.

—Bien —suspiró el Rey—. ¿Dónde está el problema?

—Elegí para la misión —prosiguió Bernardino de Mendoza— a tres de mis mejores hombres: el capitán Lucas de Allende, que estaba al frente del operativo, y los soldados Domingo de Aramia y Martín de Ayala.

—Al capitán —recordó Felipe II— le conocí durante una recepción en palacio. Sirvió en Flandes.

—Sí, señor. —Bernardino de Mendoza confirmó sus palabras.

—Hubiese sido más discreto —opinó el Rey— mandar sólo a un hombre.

—Para garantizar la misión —arguyó el superintendente general de Inteligencia— debía desplazar a tres agentes. Uno por cada lámina.

—No discutiré vuestras razones —convino el Rey—. Seguid.

—Se trasladaron a Praga por separado para no levantar sospechas. Se instalaron en una fonda de la Ciudad Pequeña y pergeñaron la operación sobre el terreno.

—Actuaron con la cautela que exigía su misión —reflexionó Felipe II.

—Tras días de vigilancia —relató Bernardino de Mendoza—, de estudiar las costumbres de la comunidad judía y las vías de escape, decidieron asaltar la sinagoga Altneu una noche de sabbat.

—El momento más oportuno —convino Felipe II, conocedor de las costumbres hebreas.

—Penetraron en la sinagoga sin ningún contratiempo —expuso Bernardino de Mendoza para satisfacerle— y en el arca sagrada descubrieron un compartimento secreto que guardaba las láminas de oro.

—Entonces —levantó Felipe II la voz— tuvieron en su poder las hojas del *Libro de Dios*.

—Como les ordené —siguió, dejando la cuestión planteada por el Monarca en el aire—, se repartieron las tres láminas y partieron por separado a los puertos de Venecia, Génova y Nápoles para embarcar y regresar a España.

—Ahora comprendo —dijo Felipe II— la necesidad de desplazar a tres hombres.

—Me consta —continuó Bernardino de Mendoza— que llegaron a los puertos citados. Pero ocurrió algo espantoso, Majestad...

—¡Por Dios! —gruñó el Rey ante su silencio—. Me tenéis en ascuas. Dadme todos los detalles. Os lo ordeno.

—El capitán Lucas de Allende —obedeció— se enroló en una carraca lusitana rumbo al puerto de Barcelona. Pero la noche antes de zarpar, mientras paseaba por los muelles, un hombre intentó matarle.

—Debo entender —dijo Felipe II— que salió ileso del atentado.

—Abatió al agresor de un pistoletazo —especificó Bernardino de Mendoza— y trajo su lámina de oro a Madrid. La que ahora obra en vuestro poder.

—¿Habéis averiguado de quién se trataba y los motivos de semejante acción?

—No, señor —admitió Bernardino de Mendoza—. Según el informe presentado por el capitán Lucas de Allende, nunca le había visto antes. Vestía hábito negro y cubría su rostro con una máscara de cuero.

—¿Insinuáis que pertenecía a la Iglesia?

—El capitán —aclaró Bernardino de Mendoza— ha refutado esa posibilidad.

Felipe II respiró preocupado. Cogió del brazo a Bernardino de Mendoza, le llevó hasta unos sillones y le pidió que se sentaran. El peso de la responsabilidad le fatigaba.

—¿Qué suerte corrieron los otros soldados?

—Domingo de Aranda —expuso Bernardino de Mendoza— apareció degollado en el camarote de timoneles del *Tromp*, un galeón de los Países Bajos que zarpó de Génova rumbo a los puertos de Marsella y Valencia.

—Que Dios le tenga en su gloria —susurró Felipe II.

—A Martín de Ayala —siguió— le hallaron los cartujos de San Martino de Nápoles desangrado en la celda que ocupaba a la espera de embarcar rumbo a España.

—Sufragad en mi nombre —dijo el Rey— una misa por sus almas.

—Las láminas que portaban Martín de Ayala y Domingo de Aranda —concluyó su relato— desaparecieron.

—¿Conocía alguien su misión?

—Nadie, señor —aseguró convencido—. Se mantuvo en secreto. Sólo vos, un servidor y los tres agentes estaban al corriente.

—¿Habéis interrogado a los testigos?

—Los crímenes —admitió Bernardino de Mendoza— se perpetraron en silencio, con premeditación y alevosía. No hubo testigos.

—¿Sospecháis quién asesinó a nuestros hombres?

—Tarde o temprano lo descubriré, señor —dijo Bernardino de Mendoza en tono de juramento—, y haré justicia.

—¿Pudieron descubrir su condición de agentes del Rey?

—Imposible —determinó—. Jamás cometieron una indiscreción. Siempre

deposité mi plena confianza en ellos.

—Agradezco vuestros desvelos —dijo Felipe II fraternal—. Recibid mi pésame por la muerte de los soldados. Ordenaré a la tesorería real que entregue a sus familiares directos una pensión vitalicia.

—Vuestra generosidad os honra, señor —alabó Bernardino de Mendoza—. Si no ordenáis nada más, quisiera retirarme. Asuntos de Estado urgentes me requieren en Madrid.

—Quedaos un momento —le rogó el Rey—. Quiero teneros de testigo.

Bernardino de Mendoza permaneció sentado. Felipe II se levantó, cogió una campanilla y la hizo tintinear. Al instante entró un sirviente, a quien ordenó ir en busca de Pedro del Hoyo.

—¿Habéis mandado llamarme? —dijo el secretario al presentarse ante el Rey.

—Sí —suspiró Felipe II—. Quiero entregaros algo. Pero antes debo pedir os que juréis guardar secreto.

Felipe II abrió un cajón de su mesa de despacho, cogió una Biblia Regia y le pidió a Pedro del Hoyo que manifestara su juramento. El secretario posó la mano derecha sobre el ejemplar de las Sagradas Escrituras y levantó la izquierda.

—Juro por mi conciencia y honor —dijo ceremonioso— guardar y hacer guardar cuanto Su Majestad me confíe.

Felipe II cogió la caja de madera forrada de terciopelo y se la entregó. Pedro del Hoyo la abrió y contempló la lámina de oro del *Libro de Dios*.

—Entregadla —le ordenó el Rey— a los alquimistas de la torre de la Botica. Que descifren su contenido e informadme de inmediato. No os importe la hora, ni el acto que presida. En cuanto sepáis algo, comunicádmelo.

—A vuestras órdenes, Majestad.

Capítulo 7

El frío de la sierra de Guadarrama les golpeaba con la fuerza de un ariete y el vaho de sus bocas se convertía en una densa nube de vapor. Julián y Aurora apretaron el paso hacia la puerta del monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Un barrendero, vestido con el uniforme del servicio municipal de limpieza, el rostro oculto tras unas gafas negras y una gorra de piel con orejeras y visera, les siguió con la mirada. Cogió la escoba y le resbaló de la mano. Pese a los años transcurridos desde que le amputaron el dedo meñique derecho, todavía no se había acostumbrado a manejarse con soltura.

Fray Agustín Valbuena, monje agustino, experto bibliófilo y responsable de la conservación y catalogación de la biblioteca del monasterio, les había citado a las nueve de la mañana, una hora antes de la apertura del Real Sitio al público. Habían madrugado para llegar puntuales a la reunión y ni siquiera les había dado tiempo de tomar un café caliente y espabilarse. Aurora sintió la vibración de su iPhone en el bolsillo interior de la chaqueta y remoloneó antes de abrir ésta y exponer su cuerpo al aire helado. Sacó el teléfono y contempló la pantalla para conocer el origen de la llamada: UCODEX. Descolgó y, sin detener la marcha, habló unos minutos. Luego sonrió y miró a Julián.

—¿Novedades? —preguntó él.

—Sorpréndete —dijo—. Balística ha analizado los proyectiles que albergaba uno de los cuerpos carbonizados en el taller de Águila Negra y fueron disparados con la misma arma que asesinó a Osvaldo Sousa y René Chénier.

—Enhorabuena —la felicitó—. Tu hipótesis ha resultado cierta. El sicario acudió al taller para recuperar el ordenador de Abraham Benari, mató a Águila Negra y murió a causa de la bomba incendiaria. Menospreció a su adversario.

—Entre los escombros han encontrado dos armas: una Norinco NP22, la pistola del sicario, como ha demostrado balística, y una Sarasketa de cañones recortados del calibre doce.

—Águila Negra vendió cara su vida.

—Según el informe del forense —explicó Aurora— uno de los cuerpos tenía el dedo meñique amputado mediante cirugía.

—¿El sicario?

—Resulta fácil deducirlo —coincidió—. Águila Negra conservaba sus diez dedos en muy buena forma.

—Un detalle a tener en cuenta.

—¿Cómo localizó el sicario a Águila Negra? —meditó Aurora en voz alta—. ¿Cómo supo que el ordenador obraba en su poder?

—Vigilaba nuestros pasos —sentenció Julián.

—Debemos extremar las precauciones —determinó Aurora—. Ese tipo actuaba

por mandato.

—¿De quién?

—Eso me gustaría saber.

De manera instintiva echaron la vista atrás. Nadie les seguía. La explanada que precedía al monasterio estaba desierta. Sólo un barrendero del servicio municipal de limpieza recogía los papeles y bolsas de plástico que el viento arrancaba de las papeleras y arremolinaba en los rincones. Al llegar se identificaron en el control de acceso y un conserje llamó por teléfono a fray Agustín Valbuena y le comunicó su presencia en la puerta principal. El conserje atendió sus indicaciones y pidió a una guía, dispuesta a recibir al primer grupo de turistas, que les condujese hasta la biblioteca. Los primeros funcionarios del Real Sitio acudían a sus puestos de trabajo.

Fray Agustín Valbuena les esperaba para darles la bienvenida a su santuario particular. La edad había encorvado su espalda, sus ojos precisaban gafas bifocales para ver de lejos y de cerca, sus piernas flojeaban ante las interminables y pronunciadas escaleras del monasterio, pero conservaba una memoria excelente. Saludó a la guía por su nombre, le agradeció que les hubiese acompañado, y abrazó a Aurora de manera efusiva.

—Mi niña se ha hecho mujer —dijo nostálgico—. Ya no podrías hacer el caballito en mis rodillas.

—Padre, éste es un amigo mío periodista...

—Julián Castilla —recordó el fraile con los ojos entornados—. Hablé contigo por teléfono.

—Tenía ganas de conocerle.

—Supongo —dijo el fraile— que habéis estado en el monasterio de El Escorial otras veces.

—Una visita imprescindible —intervino Julián.

—Nunca veréis —afirmó fray Valbuena orgulloso— una biblioteca más hermosa e importante que ésta. Sus fondos atesoran cuatro mil manuscritos árabes —recitó, y con el brazo extendido señaló los anaqueles de maderas nobles—, quinientos ochenta griegos, setenta y dos hebreos, más de dos mil latinos y más de cuarenta mil impresos.

Aurora elevó la mirada al techo y contempló la bóveda de cañón decorada con los frescos de Pellegrino Tibaldi —alegorías de la Filosofía y la Teología—, y otros que ilustraban el *trivium* medieval: Gramática, Retórica y Dialéctica, y el *quadrivium*: Aritmética, Música, Geometría y Astrología.

—¿Cómo nació esta joya? —preguntó picada por la curiosidad.

—La biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo —la complació el fraile— se fundó con los cuatro mil volúmenes de la biblioteca particular del rey Felipe II. En 1576 recibió la donación de la biblioteca de Diego de Mendoza, y más tarde, por

orden del Rey, se trasladaron aquí ciento ochenta y tres volúmenes de la capilla Real de Granada, y casi trescientos de los monasterios de San Jerónimo de la Murta y de Poblet. Además, cuenta con doscientos libros prohibidos depositados por la Inquisición a instancias de su gran bibliotecario, humanista y sacerdote Benito Arias Montano.

—Un legado importante.

—En 1614 —siguió fray Agustín Valbuena— se enriqueció con los fondos de la biblioteca de Muley Sidán, sultán de Marruecos que accedió al trono en 1603 al morir su padre, Muley Ahmed.

—¿Ha sufrido robos? —inquirió Julián.

—No llame al mal tiempo —bufó el fraile contrariado—. Parte de su legado se perdió en 1671 al producirse un incendio que devoró cuatro mil manuscritos, y otra parte importante durante la Guerra de la Independencia. Aquí —dijo, y señaló de mal humor una pared— colgaba el retrato de Felipe IV pintado por Velázquez, el famoso Silver Philip.

—¿Lo robaron las tropas francesas? —curioseó Aurora.

—Sí —dijo el fraile de peor humor—. Luego pasó a una colección privada y en 1882 lo compró la National Gallery de Londres.

—El valor de los libros almacenados puede tentar a los ladrones —insistió Julián.

—Téngalo por cierto —admitió fray Valbuena, con un golpe de voz que sonó a reproche—. En 2008 un húngaro robó el mapa desplegable de un tratado de cosmografía editado en Basilea en 1537.

—Lo recuerdo —dijo Aurora—. Mis compañeros del Grupo de Patrimonio Histórico se encargaron de detenerle en la denominada Operación Biblión.

—Hay ejemplares rarísimos —subrayó el fraile—, como un Apocalipsis de san Juan, un *Camino de perfección* autógrafo de Santa Teresa, una Biblia del siglo XIV, un *Itinerario antonino* del siglo VII, un ejemplar de los *Tres libros de las sentencias*, de san Isidoro, un *Código virgiliano o albedense* del siglo X... En fin —concluyó para no aburrirles—, ejemplares de un valor incalculable desde el punto de vista económico y cultural que están en las listas de los ladrones de libros.

Hizo un gesto y les invitó a entrar en su despacho. Un cuartito adjunto dotado de una mesa escritorio de madera, una poltrona de tiras de cuero y otras dos sillas de asientos de madera cubiertos por cojines de tela, muy delgados debido al desgaste del relleno. Sobre el escritorio había libros de encuadernaciones ajadas por el paso de los siglos, un tintero, una pluma estilográfica, lápices de distintos gruesos de mina y una regla milimetrada de plástico transparente. En un rincón destacaba una fotocopidora. La única concesión a la tecnología.

Julián y Aurora tomaron asiento y fray Agustín Valbuena les ofreció una taza de té verde de una pava que humeaba sobre un infiernillo eléctrico. Aceptaron para

calentar sus cuerpos. Les sirvió las tazas y un platito de galletas Birba de distintos sabores que cogió de una preciosa caja de metal. Se excusó por carecer de azúcar. El médico le había prohibido su consumo debido a la artrosis de sus rodillas. El azúcar activaba la eliminación del calcio y producía osteoporosis.

—¿Ha desayunado? —le preguntó Aurora.

—Me levanto a las cinco de la madrugada —dijo el fraile—, cumplo las reglas del aseo, las oraciones matutinas y guardo ayuno hasta la hora del almuerzo.

Julián y Aurora asintieron. La vida monástica estaba llena de sacrificios. El fraile les dejó que bebieran unos sorbos de té, comieran algunas galletas, y luego les interrogó sobre el motivo de su visita.

—¿Habéis venido para indagar acerca del *Pardes rimmonim*?

—El caso se ha complicado —suspiró Aurora.

—Os escucho.

Julián paladeó una exquisita galleta de chocolate, bebió un poco de té y le narró de forma sucinta los hechos: la adquisición del *Pardes rimmonim* por una experta tasadora de arte que murió asesinada por orden de un anticuario que también intentaba apoderarse del libro, las acotaciones indescifrables que aparecieron en los márgenes de las páginas que correspondían a la secuencia de Fibonacci, el interés de un profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén por interpretar textos hebreos ocultos en tres lugares de Toledo, su muerte a manos del anticuario y su guardaespaldas para apoderarse de un programa informático desarrollado por el profesor y, a su vez, el asesinato de éstos por un sicario que vestía de forma parecida a un monje, la entrevista que mantuvieron con un *rav* de la *yeshivá* de los jasiditas de Jerusalén, las coordenadas DD que señalaban tres puntos de Praga, la lista de libros robados en la Biblioteca Nacional y la desaparición, por causas desconocidas, de tres de ellos... Al terminar bebió otro sorbo de té y esperó su reacción.

Fray Agustín Valbuena se ajustó las gafas y levantó. Cerró la puerta, que hasta ese momento había permanecido entornada, y se sirvió una taza de té caliente. Luego regresó a su poltrona de tiras de cuero.

—Recordadme —pidió, sin ocultar su preocupación— los lugares de Toledo.

—La cueva de Hércules —dijo Aurora— y las sinagogas de Santa María la Blanca y El Tránsito.

Los anotó en un pedazo de papel con su pluma estilográfica y los contempló un instante mientras degustaba un sorbo de té verde.

—Y los puntos de Praga —insistió—, ¿sabéis cuáles son?

—Las sinagogas Altneu y Pinkas —siguió Aurora—, y el cementerio judío. Tres monumentos del barrio de Josefov.

Bebió otro sorbo de té y se levantó sin emitir ninguna opinión. De una estantería de madera cogió un atlas de ciudades históricas del mundo. Buscó la doble página de

Toledo, la colocó en la fotocopidora y obtuvo un duplicado. Luego hizo lo mismo con el mapa urbano de Praga y regresó a su escritorio. Leyó en el papel los lugares de ambas ciudades y los situó en sus planos correspondientes con seis aspas. Cogió la regla de plástico transparente y un lápiz de punta fina y unió las aspas de los planos con líneas rectas. Cada fotocopia mostraba un triángulo irregular.

—Alguien —emitió fray Agustín Valbuena su veredicto— da credibilidad a una leyenda medieval.

—¿El *golem*? —preguntó Aurora, familiarizada con el concepto tras su charla con el *rav* Eliyahm Karaskash.

—La creación —puntualizó el fraile— de seres artificiales por medios alquímicos o cabalísticos.

—Padre...

—Sé —dijo, y se adelantó a la opinión de Aurora— que resulta extraño oír a un fraile hablar en estos términos. No pretendo sentar cátedra en asuntos de fe. Desde el punto de vista de la Iglesia la creación pertenece sólo a Dios, y ahí digo amén. Pero la historia del pueblo hebreo está plagada de tradiciones cabalísticas sobre la creación de seres artificiales o *golems*, y los tratados medievales de alquimia hablan de una manera profusa de homúnculos.

—El cristianismo y el judaísmo tienen puntos de contacto —metió baza Julián.

—Algo a tener presente —convino el fraile—. Los cinco primeros libros de la Biblia, el Pentateuco, en la tradición judía se denominan Tora. La historia narrada en el Pentateuco está impregnada de la experiencia de Dios, y el primero de sus libros, el Génesis, habla de la creación.

—¿Qué simbolizan los dos triángulos?

—La luz o sabiduría —expuso—, y quienes poseen la sabiduría absoluta tienen el poder de la creación. Con un vértice hacia el cielo, el triángulo alude al fuego o rayo divino, a la potencia creadora masculina; con un vértice hacia la Gea, simbolizaba el agua y el sexo femenino, ambos imprescindibles para la generación de la vida.

—Esos lugares —dedujo Julián— están relacionados con la creación.

—Así es —ratificó el fraile.

—En Santa María la Blanca —apuntó Aurora pensativa— el guía nos habló del sello de Salomón, que estaba compuesto de dos triángulos.

—Dos triángulos equiláteros entrelazados —especificó fray Agustín Valbuena—, el símbolo de la creación o de la hierogamia entre el cielo y la tierra. En algunas sociedades secretas —abundó en el asunto—, como los francmasones, el triángulo juega un papel importante en la representación de la sabiduría divina, como piedra básica del templo masónico, de los reinos mineral, vegetal y animal, y de las tres etapas del desarrollo intelectual del ser humano asimilado a los procesos alquímicos de *separatio*, *fermentatio* y *putrefactio*.

—Esos monumentos esconden un secreto que el profesor Benari intentaba descifrar —concluyó Aurora.

—Todo apunta en ese sentido —convino fray Valbuena tras apurar su último sorbo de té—. El triángulo se considera la representación geométrica del número tres, el número de la generación de la vida: del uno y el dos, el hombre y la mujer, nace el tres, el hijo; y también de los compuestos básicos de la alquimia: azufre, sal y mercurio.

—¿Por qué desde antiguo —le preguntó Julián— se da credibilidad a la creación de seres artificiales?

—La leyenda —argumentó el fraile— aparece en la Edad Media como parte del logro científico de los hombres. Salomón ben Gabirol, más conocido como Avicebrón, un filósofo andalusí nacido en Málaga en 1021, escribió la *Fons vitae* o *Fuente de la vida*, una obra de carácter místico filosófico que según algunos eruditos encierra claves herméticas para la obtención alquímica de seres artificiales. La importancia de esta obra hizo que se tradujese al árabe y al hebreo.

—¿Hay constancia histórica de la leyenda? —incidió Aurora.

—El ser humano —aportó fray Valbuena— siempre ha procurado imitar a Dios. La *imitatio Dei* consiste en repetir los modelos ejemplares de manera que cada acción pueda ser sacralizada. Atendiendo a este principio sería, desde un punto de vista teológico, legítimo reproducir el modelo de la creación, y a ello se acogieron los alquimistas.

—¿Alguien ha creado vida artificial? —le preguntó Julián para ponerle en un brete y obligarle a emitir una opinión personal.

—Si hacemos caso a la historia de la alquimia, sí —determinó fray Valbuena sin problemas de conciencia—. Alberto Magno, que ingresó en la orden dominica en 1223, según sus discípulos creó un ser artificial capaz de hablar. Cada uno de sus miembros correspondía a un planeta. La tradición asegura que Tomás de Aquino, otro hombre de religión, se encargó de destruir aquel ingenio al morir el *Doctor Universalis*.

—Hay una notable diferencia —apuntó Aurora— entre construir un autómatas y dar vida a un ser de carne y hueso.

—Claro..., claro... —cabeceó el fraile, cuyas respuestas intentaban mantenerse dentro de la ortodoxia—. Algunos entusiastas de la alquimia hablan de un ser humano semejante a nosotros.

—Cada cual arrima el ascua a su sardina —opinó Julián.

—Jacob Grimm —siguió fray Valbuena—, que recopiló junto a su hermano Wilhelm numerosas tradiciones y cuentos populares, en su *Periódico para eremitas*, que en ocasiones se traduce como *Diario para solitarios*, describe el proceso de creación de un *golem*.

—¿Dos folcloristas de prestigio —dudó Aurora— daban pábulo a la confección de homúnculos?

—En realidad —aclaró el fraile— los hermanos Grimm se limitaron a reproducir la historia talmúdica de Rahba, que dio vida a un *golem* y lo regaló al rabí Zera.

—¿Qué animaba a los alquimistas y cabalistas a perseguir la vida artificial? —dijo Julián.

—Algo tan sencillo como el convencimiento de que estaba en sus manos.

—Ya...

—El pensamiento del ser humano —planteó el fraile— está en constante evolución y a medida que la alquimia avanzaba las fórmulas propiciatorias de los homúnculos o *golems* también progresaron. A partir del siglo XVI entre los alquimistas europeos se hizo imprescindible el uso del atanor para la obtención de homúnculos, mientras que los rabinos seguían con sus tradiciones milenarias.

—Cábala y alquimia —suspiró Aurora—, dos ciencias hermanas con miles de secretos por desentrañar.

—La fusión de la cábala y la alquimia —especificó fray Agustín Valbuena— se produjo ante el convencimiento de los alquimistas occidentales de que leyes análogas a la transmutación de los metales podían producir la generación.

—Un pensamiento muy extendido.

—Para los alquimistas —dijo— los metales tenían alma, estaban vivos, y de ahí que en los manuscritos medievales se representasen con figuras humanas cuyos actos estaban relacionados con las operaciones alquímicas.

—Por raro que parezca —admitió Aurora— los alquimistas creían en su capacidad para confeccionar seres humanos artificiales.

—Si suponéis que se trataba de cuatro chalados —les advirtió el fraile—, estáis equivocados. Paracelso, el prestigioso médico y alquimista, en su obra *Les sept livres de l'archidoxe magique*, sostenía la posibilidad de crear homúnculos.

Al oír el nombre del alquimista suizo, Julián se masajeó la nuca. Abrió su libretita, su imprescindible memoria de papel, y repasó las notas. A estas alturas de la investigación empezaban a surgir puntos de contacto que consideraba reveladores: una coordenada DD del ordenador del profesor Benari situaba la sinagoga Altneu, mencionada también por el *rav* de la *yeshivá* de los jasiditas, y un libro de los tres desaparecidos de la Biblioteca Nacional pertenecía a Paracelso. Mantuvo la libreta abierta por la página que contenía los libros robados y nunca recuperados y apuró las últimas gotas de té.

—Padre —dijo para reclamar su atención—, los lugares de las coordenadas de Praga pertenecen a monumentos de la cultura hebrea, como dos de los puntos de Toledo.

—Así es.

—Sin embargo —puso Aurora de manifiesto—, la cueva de Hércules rompe la regla. No pertenece a la cultura judía.

—Algunos estudiosos sitúan en ella la mesa de Salomón, ¿recuerdas?

—Reflexionemos —propuso Julián para ordenar sus ideas—. Si Abraham Benari había investigado los tres puntos de Praga y, de no haberle asesinado, tenía previsto investigar los tres de Toledo con su programa informático, eso indica que precisaba datos, elementos tangibles para analizar, y la mesa de Salomón jamás ha aparecido.

—Comprendo tu planteamiento —dijo fray Agustín Valbuena—. Los símbolos cabalísticos de las sinagogas de Santa María la Blanca, El Tránsito, Altneu y Pinkas son evidentes en sus arquitecturas, como en el cementerio judío de Josefov, pero la cueva de Hércules...

—El profesor Benari —intervino Aurora— era un experto en cábala. La cueva de Hércules esconde elementos relacionados con la misma. Estoy convencida. Ese hombre sabía qué se llevaba entre manos.

—Hace años recorrí una parte de la misma —admitió el fraile agustino—. Esperad un momento. —Desapareció del despacho y a los pocos minutos regresó con un viejo álbum de fotos en blanco y negro—. Esto quizá pueda ayudarnos —dijo. Pasó las hojas hasta encontrar las imágenes de la cueva de Hércules y las observó. Luego seleccionó cuatro, que mostraban la entrada a la misma, abrió un cajón del escritorio, cogió una lupa y estudió los detalles un buen rato—. Aquí está la clave —suspiró y señaló las hiladas de piedra.

Julián y Aurora se levantaron de sus incómodas sillas, se colocaron a espaldas del fraile y contemplaron las fotografías sin advertir nada de especial.

—Un ensamblaje perfecto —dijo Aurora—, teniendo en cuenta que carecen de argamasa.

—El número de sillares remite de una manera directa a la cábala —sentenció fray Agustín Valbuena, satisfecho de su buen ojo como si acabara de descubrir la cuadratura del círculo.

—¿Puede precisar? —le rogó Julián.

Cogió un lápiz, para evitar manchar con la tinta de la pluma estilográfica las fotos, y contó en voz alta los sillares que componían la entrada: uno, dos, tres..., veinte..., treinta..., cincuenta..., cien..., ciento diez... y ciento treinta y siete. Julián y Aurora se miraron sin comprender la importancia de la cifra.

—El valor numérico de la palabra «cábala» en hebreo —especificó el fraile— suma ciento treinta y siete: khoph equivale al 100, beth al 2, lamed al 30 y bei al 5; en total, 137.

—Las hiladas hablan de la importancia cabalística de la cueva de Hércules —afirmó Julián.

—Sí —ratificó el fraile.

—¿Qué esconde? —inquirió Aurora.

—Vete a saber —dijo fray Valbuena, tan sorprendido como ellos—. Como ya sabéis, la leyenda señala a la mesa de Salomón.

—El profesor Benari buscaba elementos concretos —observó Julián— y la mesa de Salomón es una entelequia.

—Ese cabalista —consideró el fraile— quizá sólo buscaba una ecuación oculta en la cueva relacionada con la creación de seres artificiales.

—La sección áurea —recordó Aurora, con las explicaciones sobre el número *phi* bailando en su memoria— arranca en 1,618... No se parece en nada al número 137.

—No me refiero al «número de oro» o «sección áurea» —aclaró el fraile—. En la naturaleza existen varios números misteriosos y el 137 figura entre los más importantes de la cábala.

—Supongo que hay una razón de peso —dijo Julián.

—La gematria —expuso fray Agustín Valbuena— analiza el valor numérico de la palabra sometida a estudio y compone otras palabras cuyas letras tienen un valor idéntico. Si aplicamos esta técnica al vocablo «cábala», como hemos visto, obtenemos el valor 137, el mismo que suman dos palabras muy importantes relacionadas también con la cábala: «sabiduría» y «profecía», hokmá y nevuá, en hebreo.

—La cábala —dedujo Aurora, a raíz de sus explicaciones— nace de la unión o matrimonio de ambos conceptos.

—Eso es.

—Un mundo al que dedicar una vida entera —suspiró Julián.

—Hay más —dijo el fraile—. En cábala la técnica del notaricon consiste en unir las letras iniciales o finales de una palabra para formar una nueva y descifrar el mensaje hermético que encierra. Si aplicamos el notaricon a hokmá y nevuá, y procedemos a separar las letras iniciales, obtenemos heth y nun, que forman hen, la palabra hebrea para «gracia».

—Una palabra de transcendencia teológica.

—Para el cristianismo y el judaísmo —expuso el fraile— la gracia simboliza la concesión de un don divino, superior a los bienes de la naturaleza, y este don tiene el amor divino como origen o causa. En el Antiguo Testamento la palabra «gracia» aparece sesenta y seis veces y en el Nuevo, ciento veintiocho. ¿Comprendéis su importancia?

—El profesor Benari —insistió Aurora— buscaba en los lugares de las coordenadas un número secreto, una ecuación para llegar a la fórmula matemática de la vida, y la cueva de Hércules esconde algunas claves de la misma.

—Al parecer —remató el fraile— andaba bien encaminado. El número 137, el número hermético de la cábala, encierra los grandes misterios de la física.

—¿Como la secuencia de Fibonacci?

—Hermanos de sangre —convino fray Valbuena—. El 137 en física moderna se considera el «inverso de la constante de estructura fina», relacionado con la posibilidad de que un electrón absorba o emita un fotón, y expresa una propiedad importante del espacio en concordancia con la creación universal.

—El número del equilibrio cósmico —resumió Aurora.

—Puede considerarse así —convino el fraile— al tratarse de un valor muy cercano a la constante alfa que permite la existencia del universo.

—Un número incomprensible para la física —incidió Julián.

—Hasta hoy sí —determinó fray Valbuena—. El 137 enlaza la física del microcosmos y el macrocosmos y se considera un número puro, sin dimensión, que encierra los secretos del electrón, la luz, el cuanto de acción...

—Una cifra absoluta —insistió Aurora.

—Richard Feynman —dijo el fraile—, premio Nobel de Física en 1965, como ejercicio de humildad sugirió a sus colegas que colgaran en sus laboratorios un cartel con el número 137.

—¿Nadie ha logrado interpretarlo? —curioseó Julián.

—Nadie —recalcó fray Agustín Valbuena—. Los físicos llevan más de sesenta años enzarzados en su estudio sin resultados convincentes. Werner Heisenberg, doctor en Matemáticas y premio Nobel de Física en 1932 por el desarrollo de la mecánica cuántica matricial, aseguraba que todos los problemas de la mecánica cuántica se resolverían si llegase a comprenderse el número 137.

—Le agradecería —le pidió Aurora— algunos ejemplos prácticos. La secuencia de Fibonacci me impresionó.

—El 137 —relató el fraile— incluso parece marcar el destino de las personas. Wolfgang Pauli, padre de la mecánica cuántica, dedicó gran parte de su vida a ponderar el significado del 137. Los últimos días de su vida sufrió una grave intervención quirúrgica y un alumno suyo acudió al hospital a visitarle. Pauli le preguntó el número de su habitación y, para su sorpresa, ocupaba la 137.

—Una broma del destino.

—La anécdota es verídica —afirmó fray Valbuena— y se repite en otros muchos casos. Leon Lederman, director del Fermilab, un laboratorio de física de altas energías que alberga el tercer acelerador de partículas más potente del mundo, al hacerse cargo del laboratorio alquiló una casa a cincuenta kilómetros de Chicago y tenía el número 137.

—La vida es un sumar y restar. —Aurora sonrió.

—Estoy convencido —dijo fray Agustín Valbuena—. Prestad atención a estos datos. La edad del universo, según los últimos cálculos, se establece en trece mil setecientos millones de años. El 137 es el número primo cuyas combinaciones

menores también son números primos: 1, 3, 7, 13,17... El ángulo del arco iris suma 137 grados, y el ángulo áureo, por ejemplo el que separa las hojas de una planta, es también de 137 grados.

—Sorprendente —musitó Julián.

—Una última curiosidad —dijo el fraile—. Julio César, que aseguraba descender de los dioses, nació un trece de julio.

—Una matemática incomprensible rige nuestras vidas —afirmó Aurora.

—A eso se refería Virgilio con su frase *Numero Deus impari gaudet*^[14]. Una frase que en 1986 cobró vigencia al publicarse el libro *The anthropic cosmological principle*, que analiza las diez maneras en que la vida del cosmos es sensible a los valores de las constantes universales.

—Estoy segura —insistió Aurora— de que el profesor Benari buscaba una ecuación para lograr el milagro de la creación.

—Como divertimento —suspiró fray Valbuena— me parece una excelente manera de perder el tiempo.

—Alguien más creía en esa posibilidad —terció Julián—. La persona que le remitió la carta.

—¿Sabéis de quién se trata?

—No.

En el despacho se hizo un silencio repentino y Julián aprovechó para mostrarle a fray Agustín Valbuena la hojita con los tres títulos de los libros desaparecidos de la Biblioteca Nacional.

—¿Qué opina? —le preguntó.

Se acercó la libreta a los ojos. Aunque sus gafas montaban cristales bifocales, precisaba revisar las dioptrías.

—De *adventu Antichristi et fine mundi*, de Arnau de Vilanova —leyó, casi en un susurro—, *Curatationum medicinalium centuriae septembre*, de Amatus Lusitanus, y *De generationi rerum naturalium*, de Paracelso.

—¿Qué interés tienen estos libros? —le apremió Aurora.

—Mucho —bufó fray Valbuena—. Sólo por su antigüedad valdrían un montón de dinero. Respecto a sus contenidos, son especulaciones médicas, filosóficas, metafísicas y alquímicas.

—¿Están relacionados con los secretos de la creación? —inquirió Julián.

—Quizá —aventuró el fraile— albergan acotaciones invisibles como el *Pardes rimmonim* de la subasta.

—Debemos descartar esa posibilidad —refutó Aurora—. Interrogamos sobre el particular a un responsable de la Biblioteca Nacional y negó el hecho.

—Puede que mantengan —aportó Julián— algún tipo de relación con los lugares de las coordenadas.

Fray Agustín Valbuena arqueó una ceja. Se levantó de su poltrona, consultó un grueso diccionario enciclopédico de cábala y alquimia y cabeceó en silencio. Acto seguido tomó asiento de nuevo.

—Su parentesco —dijo— no reside en las coordenadas, sino en los autores.

—Vivieron en épocas distintas —opuso Julián—. No pudieron conocerse.

—Cierto —admitió el fraile—. Arnau de Vilanova nació en 1238 y falleció en 1311, Amatus Lusitanus en 1511 y 1568...

—Dos siglos más tarde.

—Paracelso —siguió el fraile— vio la luz en 1493 y murió en 1541.

—Arnau de Vilanova y Paracelso —señaló Aurora— pudieron intercambiar información. Vivieron casi en la misma época.

—Nunca se ha demostrado —intervino el fraile—. Arnau de Vilanova mantuvo contactos con Ramón Llull, otro gran alquimista, pero a Paracelso nunca le conoció.

—¿Dónde está la relación? —insistió Julián.

—En dos circunstancias —determinó fray Valbuena con aplomo—. La primera, en que los tres fueron alquimistas y médicos importantes de su tiempo. Arnau de Vilanova —expuso— estudió Medicina en Aix y Montpellier, enseñó esta práctica en Barcelona y ejerció de galeno en la corte de Pedro III. Al principio los dominicos le protegieron y más tarde le acusaron de practicar la magia y tuvo que refugiarse en París.

—Un hombre de ciencia —cuestionó Julián—, un médico ilustre, ¿creía en la magia?

—En Tarragona —respondió el fraile— quemaron en público sus libros por orden del obispo, que le acusó de practicar la medicina astrológica, realizar una interpretación terapéutica de los sueños y destilar sangre humana.

—Nunca había oído —dijo Aurora— que pudiera destilarse la sangre.

—Arnau de Vilanova dejó el proceso documentado —afirmó fray Valbuena—. De la sangre humana destilada obtenía una droga muy potente que sanaba numerosas enfermedades y prolongaba la vida.

—Un hombre de elevados conocimientos en anatomía y alquimia —observó Julián.

—Como Amatus Lusitanus —siguió fray Agustín Valbuena—, un destacado médico del siglo XVI de ascendencia hebrea. Pertenece a los Chabib, una familia de marranos, y cabe suponer que se educó en la tradición esotérica judía. Tras graduarse en la Universidad de Salamanca, por presiones de la Inquisición, huyó a Portugal. Según sus coetáneos diseccionó un cadáver durante una clase, una práctica poco habitual en su época.

—Otro médico con notables conocimientos de anatomía.

—Se le atribuye —dijo el fraile para ratificar sus palabras— el descubrimiento de

la circulación de la sangre tras estudiar la vena ácigos.

—Tres eminencias de la ciencia médica —subrayó Julián.

—Arnau de Vilanova, Amatus Lusitanus y Paracelso —convino fray Valbuena— se consideran los puntales de la medicina moderna.

—El nombre de Paracelso —terció Aurora— es el único que me suena.

—Paracelso —le aclaró fray Valbuena— recibió sus primeras lecciones de alquimia de su padre, que enseñaba química en las escuelas mineras de los Függer, una familia de banqueros.

—Los Függer —recordó Julián— colaboraron con la Casa de Austria y obtuvieron numerosas prebendas, entre ellas la explotación de las minas de cinabrio de Almadén.

—Ejerció de médico militar —continuó el fraile— y realizó curaciones gracias a sus investigaciones con plantas y minerales. Viajó a Venecia, Rodas y Constantinopla, y allí Paracelso recibió del alquimista Salomón Trismosín la piedra filosofal.

—La llave de la eterna juventud. —Aurora sonrió.

—Ha dicho —insistió Julián— que la relación entre los tres autores reposaba en dos circunstancias.

—La primera en el hecho de ser médicos prominentes, como hemos visto, y la segunda en que les interesaba la cábala.

—¡Vaya! —exclamó Aurora—. Volvemos al punto de partida.

—Arnau de Vilanova —expuso el fraile—, además de un *magister medicinae*, estudió cábala, aunque nunca dejó sus opiniones en ningún texto; Paracelso, también un erudito de la cábala, trasladó parte de sus enseñanzas a la obra *Philosophia sagax*; y por último, Amatus Lusitanus descendía de una familia de judíos conversos que a buen seguro practicaban la cábala.

—El *Pardes rimmonim* —resumió Aurora— oculta importantes conocimientos de cábala, los tres lugares de Toledo y Praga también están relacionados con la cábala, y los autores de los libros desaparecidos de la Biblioteca Nacional, además de médicos y anatomistas, poseían amplios conocimientos de cábala. Navegamos en círculo. Cualquier hilo del que tiremos conduce a la cábala.

—Existe una tercera relación... —soltó fray Agustín Val— buena, serio.

—Hable —le instó Julián.

—A los tres —dijo— se les atribuye la creación o el estudio de homúnculos.

—¿Qué?...

—Eso sostiene la tradición alquímica —dijo el fraile para dejar sentado que hablaba por boca de otros—. Arnau de Vilanova, según algunos autores, confeccionó un homúnculo, aunque jamás citó como descubrimiento propio la creación de vida artificial.

—Un mutismo razonable —apostilló Aurora— para evitarse más problemas con la Inquisición.

—Llevar la contraria a la Iglesia y sus dogmas —matizó Julián— acarrearía la muerte en la hoguera. Resulta lógico que Arnau de Vilanova guardara silencio sobre un tema tan delicado.

—Louis Figuier —continuó el fraile—, un prestigioso científico francés del siglo XIX, aseguraba que Amatus Lusitanus analizó un homúnculo confeccionado por Julius Camilus, y Paracelso, en la obra desaparecida de la Biblioteca Nacional, enseñaba a fabricar homúnculos con suma precisión.

—¿Ha leído el libro? —le preguntó Aurora.

—Sí.

—¿Cuál es el primer paso? —inquirió Julián.

—Macerar durante cuarenta días en un alambique el esperma de un varón.

—Los homúnculos adquirieron fama en la Edad Media —suspiró Aurora— y todavía hay locos capaces de matar en pos del secreto de la creación.

—Los *golems* —apuntó fray Valbuena— recobraron su protagonismo a partir del siglo XIX tras la publicación de la novela *El golem*, de Gustav Meyrinck, un judío que también escribió libros de corte esotérico y alquímico, como *El ángel de la ventana de Occidente*, basado en la vida del célebre alquimista John Dee.

—Desde el punto de vista histórico —Aurora sonrió— el siglo XIX queda cerca. Las especulaciones parecen fundadas.

Fray Agustín Valbuena se levantó y acercó a una ventana que daba al patio de los Reyes. El sol alumbraba las techumbres y el graznido de las urracas rompía la paz del recinto. Llevaba cuarenta años como responsable de la biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial y jamás había visto tantos córvidos. La falta de depredadores naturales facilitaba el incremento de sus poblaciones. Veinte o treinta años atrás los halcones anidaban en las torres del monasterio. Se retiró de la ventana, se acercó a la pava y la destapó. El agua se había consumido. La rellenó con agua de una jarra de cerámica y echó tres cucharaditas de té verde.

—Padre —dijo Julián preocupado—, ¿ha oído hablar de un libro compuesto de tres láminas de oro que contendría los secretos para la creación de seres artificiales?

—¿Te refieres al *Libro de Dios*?

—Sí.

—¿Cómo habéis sabido de él?

—El *rav* de la *yeshivá* de los jasiditas —dijo Julián— nos relató la historia del rabí Low de Praga, de la ocultación del libro en la sinagoga Altneu y su posterior desaparición.

—Ese tema lo conozco como la palma de mi mano —admitió el fraile—. He buscado pruebas de su existencia en todos los libros de la biblioteca, en infinidad de

documentos del monasterio, y nunca ha aparecido una sola línea. Otra leyenda para entretenimiento de amantes de lo oculto.

—¿Qué relación guardan el monasterio de El Escorial y el *Libro de Dios*? —inquirió Aurora, sin comprender el interés que confesaba el fraile.

—De una manera directa ninguno —respondió—. Pero una antigua leyenda sitúa una de las láminas aquí.

—¿Cómo llegó hasta el monasterio? —preguntó Julián.

—Debido al interés de Felipe II por la alquimia —Fray Agustín Valbuena sonrió—. Necesitáis otra vez de mis conocimientos. Andáis perdidos.

—Jamás —admitió Aurora, como si precisara justificarse— me había enfrentado a una investigación tan compleja y surrealista.

Fray Agustín Valbuena cabeceó. Hablar le secaba la garganta y el té le suavizaba las cuerdas vocales. Además, le ayudaba a regular el azúcar de la sangre y a evitar la osteoporosis que agravaba la artrosis de sus rodillas. Se levantó y les ofreció otra taza. Julián y Aurora la rechazaron. El té verde tenía muchas cualidades pero también un alto contenido de cafeína. Se sirvió una segunda taza de *lû châ*, como se llamaba el té verde en pinyin. Fray Valbuena se había acostumbrado a su consumo en China, cuando de joven anduvo de misionero en distintos lugares de la provincia de Zhejiang, que produce el mejor té verde del mundo, el *xi hu longjing* o *pozo del dragón*. Cada mes recibía un paquete de un fraile agustino amigo suyo.

—Este monasterio —dijo, tras un primer sorbo de té— como bien sabéis se construyó por mandato de Felipe II. A los ojos de los historiadores y sus coetáneos, Felipe II sirvió a los intereses del Imperio y de la Iglesia, pero como todo ser humano tenía una cara oculta y en secreto practicaba la astrología, la magia y la alquimia.

—¿Felipe II —puso en duda Julián— aceptaba estas cosas?

—Creía en el ocultismo a pie juntillas —afirmó el fraile—. Aunque como otros papas y reyes de su tiempo condenaba dichas prácticas en público.

—La doble moral impera desde hace siglos —ironizó Aurora.

—Rodolfo II —siguió el fraile—, su sobrino, cobijaba en Praga a un montón de astrólogos, magos, alquimistas, cabalistas y hermetistas de toda clase y condición. Por la corte praguense pasaron desde Giordano Bruno a Robert Fludd, sin olvidar a Martinus Rulandus, autor del *Lexicon alchemiae, sive dictionarium alchemisticum*.

—Tres de las coordenadas remiten a Praga —murmuró Aurora.

—Otro dato inquietante —subrayó Julián.

—Desde los doce años —concretó el fraile— Rodolfo II se educó en la corte de Felipe II y allí entró en contacto con el ocultismo, la cábala, la magia y la alquimia. Para su tío enseñanzas primordiales que debía conocer un futuro rey.

—Mientras la Inquisición perseguía a brujas y endemoniados por pueblos y aldeas —soltó Aurora molesta— las cortes europeas bullían de seguidores de las artes

maléficas.

—Debo darte la razón —convino fray Valbuena, como si entonara un *mea culpa*—. Los Médicis, los banqueros florentinos que pertenecían al partido güelfo, protegieron a Nostradamus; los Tudor, con Isabel I a la cabeza, reinaron al son de astrólogos y alquimistas de la talla de John Dee... El poder —lamentó— siempre ha estado al margen de la justicia.

—En ese aspecto las cosas han cambiado poco —protestó Julián.

—¿A John Dee —recordó Aurora— Gustav Meyrinck le dedicó un libro?

—Eso he comentado —admitió el fraile, y prosiguió para hacerles comprender las aficiones ocultistas de reyes y papas—: Jacobo I se consideraba un experto en demonología y el papa Urbano VII recibió lecciones de astrología del célebre dominico Tommaso Campanella, redactor de la obra *Civitas solis* o *La ciudad del sol*, un texto cumbre del pensamiento comunista.

—La corte de Felipe II —resopló Julián— estaba plagada de curas y ocultistas.

—Incluso desde mucho antes —precisó fray Valbuena—. Su padre, Carlos I, también sentía curiosidad por la alquimia y el esoterismo, y contrató de cronista a Agrippa von Nettesheim, artífice de un libro emblemático del hermetismo renacentista, *De occulta pbilosophia sive de magia*.

—En este clima cultural —razonó Aurora— resulta fácil comprender la creencia en homúnculos.

—A John Dee —continuó el fraile—, astrólogo oficial de la corte inglesa, Felipe II le encargó su horóscopo y en recompensa le regaló un espejo circular de obsidiana procedente de la cultura azteca de México que, según opinaba Dee, tenía poderes mágicos. Dicho espejo se conserva en el British Museum.

—Felipe II gobernó al dictado de los horóscopos —despreció Julián.

—Está demostrado —afirmó fray Valbuena algo contrariado—. Antes de trasladar la corte a Madrid, de poner la primera piedra de este monasterio, de ordenar zarpar a la Armada Invencible o asaltar la ciudad de San Quintín, para fijar los días de sus cuatro bodas u otros aspectos de su vida, consultó a los astrólogos de la corte.

—Hoy —bromeó Aurora— le bastaría con leer las páginas que los periódicos y las revistas dedican a estas tonterías.

—Los cuadros del Bosco —incidió Julián— hablan en clave alquímica y tengo entendido que Felipe II sintió debilidad por este pintor holandés.

—Otro dato que ratifica mis palabras —convino el fraile—. Felipe II adquirió nueve cuadros del Bosco y *El jardín de las delicias* lo colgó en su dormitorio.

—Un detalle que demuestra la importancia que tenía para el Rey —determinó Aurora.

—El tríptico de *El jardín de las delicias* —dijo el fraile, que había estudiado el tema— está plagado de simbología alquímica. El cuadro presenta tantos misterios

que ni siquiera sabemos su verdadero nombre. Llegó a El Escorial en 1593 como una pintura de la «diversidad del mundo», y el padre Sigüenza lo cita como *El cuadro de las fresas*. Desde mi punto de vista esconde claves para la creación de seres artificiales.

—¿En qué basa su afirmación? —preguntó Julián.

—Figura un versículo de los Salmos —aclaró—, un libro sapiencial del Antiguo Testamento, que reza: *Ipse dixit et facta sunt, Ipse mandavit et creata sunt*.

—¿Qué significa?

—«Él mismo lo dijo y todo fue hecho, Él mismo lo ordenó y todo fue creado».

—¿La cábala —preguntó Aurora— también le interesaba a Felipe II?

—Por supuesto —respondió fray Valbuena—. En el siglo XIII la cábala había arraigado con fuerza en la península Ibérica, gracias a las aportaciones de judíos sefardíes como Jacuto, autor del *Juhasín o Cronología*, y *Gedaliah ben Yahía*, con su obra *Cbalchelet ha-qabbala* o *Cadena de la cabala*. Sin olvidar a Moisés de León, que escribió el *Sefer ba-Zobar* o *Libro del esplendor*.

—Si a Felipe II —dedujo Julián— le interesaban la cábala y la alquimia, en esta biblioteca debe de haber buenos ejemplos.

—Por descontado —afirmó el fraile—. Se conservan ediciones príncipe del *Ars chemiae*, *De secretis naturae*, *De auditu qabbalístico*, *De intentione alcbymistarum* y otros cientos de libros que tratan de estos temas. Gracias a ellos y a diversos documentos del archivo de Simancas se han podido conocer las inclinaciones herméticas de Felipe II.

—¿Dónde trabajaban los cabalistas y alquimistas a su servicio? —preguntó Aurora.

—Aquí —respondió el fraile, y abrió los brazos en abanico—, en la denominada torre de la Botica. A partir de 1567 varios alquimistas contratados por Pedro del Hoyo, secretario personal del Rey, constituyeron el llamado Círculo de El Escorial.

—Datos concretos —dijo Julián tomando notas— que no admiten controversia.

—Al Círculo de El Escorial —continuó el fraile— perteneció Juan de Herrera, arquitecto del monasterio que dejó en sus medidas, pinturas y salas numerosos símbolos ocultistas. Juan de Herrera estaba considerado un experto en cábala, alquimia y otras ciencias herméticas.

—Hace años —recordó Julián —*El País* publicó un artículo sobre los misterios que encierra el monasterio. ¿Qué hay de verdad?

—Ya sabéis lo que escribió don Ramón de Campoamor: «En este mundo traidor, nada es verdad ni mentira, todo es según el color del cristal con que se mira».

—¿Y de qué color es su cristal? —dijo Aurora.

—Al hacerme cargo de la biblioteca —dijo el fraile para responder a su pregunta— había oído muchas cosas sobre la construcción del monasterio y sus claves

herméticas. Algunas me parecían tan sorprendentes que las metía en el cajón de las mentiras, hasta que un día decidí investigarlas.

—Háganos un resumen —le solicitó Julián intrigado.

Fray Agustín Valbuena bebió otro sorbo de té verde y les observó para estudiar su reacción.

—En primer lugar —dijo— resulta sospechoso que el monasterio esté consagrado a san Lorenzo.

—El día de su onomástica —arguyó Julián— se libró la batalla de San Quintín, a cuya victoria obedece la construcción del monasterio.

—Sí..., sí... —cabeceó fray Valbuena—. Conozco la versión oficial de los hechos. Pero las aficiones alquímicas de Felipe II me obligan a mirar en otra dirección. San Lorenzo trajo el santo grial a la Península. El grial se había trasladado de Jerusalén a Roma y el papa Sixto II, por razones desconocidas, lo entregó a san Lorenzo y éste lo depositó en el monasterio de San Juan de la Peña, cerca de Jaca.

—Todo un símbolo —afirmó Aurora.

—Para buscar la ubicación del monasterio de San Lorenzo —siguió el fraile— Felipe II creó una comisión de expertos en distintas materias: geólogos, astrólogos, médicos, filósofos..., cuyos nombres se mantuvieron en secreto.

—¿Por alguna razón especial? —incidió Julián.

—Se ignora —respondió el fraile indiferente—. La comisión recorrió los alrededores de Madrid hasta encontrar un sitio apropiado para levantar el monasterio.

—¿Qué les hizo inclinarse por El Escorial? —dijo Aurora.

—Diversos factores —adujo—: la cercanía a la capital, la abundancia de manantiales y canteras, los espesos bosques de donde obtener madera...

—Supongo —intervino Julián— que también hubo una lectura esotérica.

—Sí. —El fraile sonrió—. Según relata José Quevedo en su *Historia del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial*, cerca de aquí había un palacete del rey don Rodrigo.

—El rey que penetró en la cueva de Hércules —recordó Aurora, y se concentró en los datos que aportaba fray Valbuena.

—El mismo —convino—. En ese palacete residía la amante del Rey, Florinda, hija del conde Julián. La joven, enviada por su padre a la corte de Toledo para completar su formación, sufrió el acoso de don Rodrigo y se entregó a los pecados de la carne. El conde Julián montó en cólera por la ofensa que había sufrido su hija y en venganza decidió apoyar la invasión árabe de Tariq.

—Mi tocayo —bromeó Julián— la armó buena. Su despecho nos costó varios siglos de dominación musulmana.

—A partir de la seducción —aclaró el fraile— Florinda recibió el apodo de La Cava, que en árabe significa «la prostituta».

—Un lío de faldas —resumió Aurora— de los cientos que han protagonizado nuestros reyes.

—Salvo por el simbolismo que entraña —determinó el fraile—. La Cava alude de una manera directa a La Kaaba, la piedra negra adorada por el islam, el meteorito de forma cúbica que preside la mezquita de Masjib al-Haram de La Meca. La misma piedra cúbica que representó Juan de Herrera en la basílica de El Escorial y que cita en su *Discurso de la figura cúbica según Raimundo Lulio*. Otra de las obras conservadas en esta biblioteca.

—Ramón Llull —observó Julián, tras una rápida consulta a su libreta— mantuvo contactos con Arnau de Vilanova.

—Tomas bien los apuntes. —El fraile sonrió.

—¿Qué esconde la piedra cúbica?

—El *Ars magna* de Llull —siguió fray Agustín Valbuena— declara al cubo el cuerpo geométrico más perfecto y lo asimila a Dios. En la pintura de la basílica la arista de la piedra cúbica sigue el eje del edificio a cuyo alrededor evoluciona el resto de la obra.

—Simbolismo puro —suspiró Julián.

—La próxima vez que visite el monasterio —dijo Aurora— me gustaría que fuese mi guía.

—Será un placer —aceptó el fraile, y continuó—: Juan Bautista de Toledo, otro hermetista, delimitó con estacas el terreno sobre el cual debía construirse el monasterio de San Lorenzo y resultó un rectángulo de doscientos veinticuatro metros de este a oeste y ciento setenta y seis de norte a sur.

—¿Cifras cabalísticas? —resopló Julián.

El fraile asintió y apuró el té de su taza.

—Estas medidas —dijo— guardan paralelismo con el templo de Salomón y la sección áurea o secuencia de Fibonacci.

—El puzle toma forma gracias a Juan de Herrera —afirmó Aurora.

—Sus conocimientos de alquimia y cábala —matizó fray Valbuena— están fuera de duda. En su biblioteca personal atesoraba textos de Hermes Trismegisto, la mayor parte de la obra de Ramón Llull y libros esenciales de la magia como la *Monas hieroglyphica mathematice, magice, cabalistiche et analogice explicata* de John Dee o la *Filosofía secreta* de Pérez de Moya.

—Supongo que este monasterio esconde cientos de misterios —aventuró Julián.

—Hablar de todos nos llevaría varios días —concluyó fray Valbuena—. Solamente las fechas de su construcción y las constelaciones que las gobernaron darían para varios libros.

Felipe II murió el 3 de septiembre de 1598, el mismo día que finalizaron las obras.

Julián estiró la nuca hacia atrás. La incomodidad de la silla y las horas que llevaba sentado le obligaron a levantarse. Dio unos pasos para estirar las piernas y curioseó los volúmenes ordenados en los anaqueles del despacho. Hablaban de la arquitectura del monasterio y sus secretos, de la vida de Felipe II, de sus relaciones con la Iglesia, de la economía del Imperio. Destacaban los volúmenes de la *Historia de los heterodoxos españoles*, de Menéndez y Pelayo, un ejemplar de *Felipe II y la alquimia*, de Francisco Rodríguez Marín, y una edición inglesa de *Giordano Bruno and the hermetic tradition*, de Frances Amelia Yates.

—Padre —incidió Julián, todavía de pie—, ¿robó Felipe II el *Libro de Dios*?

—Jamás he hallado una prueba al respecto —dijo fray Agustín Valbuena—. A mi entender se trata de una leyenda más de las muchas urdidas en torno a la figura del Rey y su afición por la alquimia y el esoterismo.

—¿Le importaría referirnos el contenido de esa leyenda? —solicitó Aurora.

—El relato es breve —dijo—. Ha quedado demostrado que Felipe II tenía interés por el ocultismo. —Julián y Aurora asintieron—. El Rey tuvo noticias de la existencia del *Libro de Dios* y encargó a Bernardino de Mendoza, superintendente general de Inteligencia y Secretos, que organizara una expedición para apoderarse del mismo. Por razones desconocidas sólo una lámina llegó a su poder. Eso es todo. Como veis, la historia suena a cuento chino. Ningún ensayo académico le da credibilidad. Ni siquiera se ha acreditado la existencia del *Libro de Dios*. He removido la biblioteca y los archivos de arriba abajo y ningún documento avala la historia.

—¿Escondió la lámina en algún lugar del monasterio? —inquirió Julián.

—Eso sostiene una versión de la leyenda —resopló fray Valbuena—. Otras la sitúan en la tumba de Bernardino de Mendoza, apodado El Ciego, en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Torija, otras hablan de que Felipe II ordenó fundirla para que nadie accediera al secreto de la creación y utilizó el oro para confeccionar la última piedra del monasterio.

—Siempre se ha dicho que faltaron piedras y sobró oro —remató Aurora.

—¿Qué valor tendría ese libro? —dijo Julián.

—Incalculable —respondió el fraile—. Si existiera, se asimilaría al Decálogo, al Arca de la Alianza o la tumba de Alejandro Magno, el gran reto de la arqueología moderna.

—¿Por qué una versión de la leyenda —cuestionó Aurora— señala que la lámina del *Libro de Dios* podría ocultarse en la sepultura de Bernardino de Mendoza?

—Primero —dijo fray Agustín Valbuena, sin darle importancia— porque Bernardino de Mendoza dirigió los servicios de inteligencia del Rey, y segundo porque Torija también se erige como posible depositaria de la mesa de Salomón.

—¿Hay argumentos a su favor? —inquirió Julián.

—Se sabe —expuso el fraile— que los templarios llegaron a Torija en el siglo XII. Sus asentamientos estaban guiados por diversos factores, principalmente el estratégico, y Torija dominaba un valle de acceso a las tierras del norte.

—Un buen motivo para instalar una guarnición —convino Aurora.

—Los amantes de la arqueología fantástica —siguió fray Valbuena— sitúan a los templarios en Torija debido a la presencia en Guadalajara de prestigiosos cabalistas.

—¿Hubo judíos en Guadalajara? —preguntó Julián, que desconocía los pormenores de la historia de la ciudad.

—Sí —admitió el fraile—. Durante el siglo XIII Guadalajara albergó la comunidad judía más floreciente de la Mancha y un importante centro de cábala. En 1240 nació en ella Moisés de León, autor del *Sefer ba-Zohar*, y en 1492, el año del descubrimiento de América, se fundó en Guadalajara la primera imprenta hebrea.

—Entonces —reflexionó Aurora— resulta más lógico que los templarios se hubiesen asentado en Guadalajara.

—Lo hicieron —determinó fray Valbuena— y fundaron un convento que luego pasó a los franciscanos y en el siglo XV se convirtió en panteón de la familia Mendoza.

—La presencia de templarios en Torija —afirmó Julián— no la acredita como depositaria de la mesa de Salomón.

—Algunos esoteristas —el fraile sonrió— localizan en Torija un centro de poder o punto de emanación de energías telúricas. Lugares muy apreciados por los eremitas y místicos.

—En resumen —resopló Aurora—, ningún dato científico sitúa la mesa de Salomón en Torija.

—Eso es —asintió fray Valbuena—. Sólo su topónimo. Según las crónicas de Abd al-Hamid ibn Humayd, la mesa de Salomón quedó en poder de Tariq. Al-Razi asegura que Tariq la trasladó a Wad-al-Hayara, el «río de las piedras secas», que dio nombre a Guadalajara, y desde allí se dirigió a un monte y atravesó un valle hasta llegar a la «Ciudad de la Mesa» que algunos identifican con Torija tras especular y enredar la madeja convirtiendo el nombre de Tariq en Tarij y de ahí a Torija.

—Una teoría algo forzada —despreció Julián—. Sin pies ni cabeza.

—Sí —admitió el fraile agustino—. La mayoría de filólogos coinciden en derivar el topónimo Torija del latín *turricula*, «torrecita», debido a la presencia de una atalaya musulmana. Aunque no puede obviarse que a setenta y cinco kilómetros de Torija, en Zorita de los Canes, se alza Recópolis, la ciudad visigoda fundada por Leovigildo en el siglo VI.

Julián anotó las últimas palabras de fray Agustín Valbuena en su libreta y recobró la incomodidad de su silla.

—El monasterio —dijo pensativo— quedó en manos de los monjes jerónimos.

—Correcto —dijo el fraile.

—¿Cómo vestían?

—¿Acaso sospechas —gruñó fray Valbuena molesto por su pregunta— que el sicario pertenece a la Orden de San Jerónimo?

—Sólo pretendo obtener datos para el análisis.

—Los jerónimos —dijo el fraile de mala gana— vestían hábito pardo y blanco.

—Tengo entendido —opinó Aurora— que fueron monjes muy especiales.

—Los primeros jerónimos —relató fray Valbuena, para defender a sus predecesores al frente del monasterio— llegaron a la Península por mandato de su maestro. Se instalaron cerca de Toledo y practicaron la vida eremítica. ¿Qué tiene de especial?

—Se apartaron de los dictados de la Iglesia —aclaró Aurora.

—¿Dónde has leído tales patrañas? —dijo el fraile, y la amonestó con un dedo enhiesto—. Los eremitas estaban mal vistos por la sociedad debido a que movimientos paralelos se entregaban a prácticas inmorales. Pero eso duró poco. En 1373 Gregorio XI decretó la bula *Salvatori humani generis*, y los eremitas formaron una comunidad aceptada por la Iglesia con el nombre de Ordo Sancii Hieronymi, de donde derivan sus siglas, OSH.

—¿Cuándo quedó el monasterio bajo la tutela de los agustinos? —preguntó Julián.

—En 1858 varios hechos marcaron el final de los jerónimos y veintisiete años después el rey Alfonso XII entregó El Escorial a los agustinos filipinos de Valladolid.

—Todavía profesan monjes jerónimos —dijo Aurora.

—En 1969 —aclaró el fraile— se constituyeron de nuevo en orden monástica, aunque en la actualidad sólo poseen dos monasterios: El Parral en Segovia y Yuste en Cáceres.

—Los agustinos visten de negro —bromeó Julián, y señaló su hábito.

—¿También sospechas de nosotros?

—Ni por un segundo, padre.

—Vestimos de negro desde los tiempos del papa Alejandro IV —le siguió la corriente—. Nuestro hábito se caracteriza por sus mangas anchas, capillo y esclavina, y una correa, también negra, que cuelga por delante.

—El detalle de la correa le descarta como sospechoso. —Aurora rió—. El sicario llevaba una máscara de cuero.

—¿Alguna orden viste así? —inquirió Julián, ahora sin atisbo de bromear.

—Para un hombre de religión —arguyó fray Valbuena— el hábito es un símbolo exterior de su actividad espiritual. No conozco ninguna orden que lleve máscara. Siento no poder ayudaros en este punto.

El sol había ganado altura y sus rayos incidían sobre el escritorio del fraile. Se

levantó y bajó la persiana para proteger los libros. Luego recobró su poltrona. El agua de la pava hervía y el vapor esparcía la fragancia del té por la estancia.

—Espero haberos sido de ayuda —dijo fray Valbuena—. Mi especialidad son los libros. En cuanto al tema del sicario estoy desconcertado.

—Sus enseñanzas nos han aclarado muchas cosas —le agradeció Aurora.

—Siempre a vuestra disposición.

Julián cerró su libreta y se levantó. Le dolían las nalgas y se apresuró a salir. El frío apretaba, debido a las ráfagas de viento, y la quietud de las primeras horas de la mañana se veía alterada por los cientos de turistas que acudían en modernos autocares para visitar la octava maravilla del mundo.

—Este caso parece una matrioska —dijo Aurora—. Cada vez que abres una muñeca contiene otra. Cada vez que solucionamos un interrogante surge otro.

—De momento —reflexionó Julián— sabemos que los tres libros desaparecidos de la Biblioteca Nacional, el *Pardes rimmonim*, los tres puntos de Toledo y los tres de Praga están relacionados con la cábala y los secretos para la creación de seres artificiales.

—¿Adónde conduce esta afirmación? —inquirió Aurora perdida—. Los sospechosos de los asesinatos de Clara Letamendi y Abraham Benari han muerto. El sicario también pereció en el incendio del taller de Águila Negra.

—No pienso tirar la toalla —arreció Julián—. Ese sicario obedecía órdenes.

—Estoy de acuerdo —resopló Aurora—. Detrás del sicario alguien movía los hilos. ¿Quién?

—Debemos averiguarlo —dijo Julián dispuesto a seguir—. Estoy convencido de que el *Libro de Dios* existe.

—¡Por favor!...

—Estábamos de acuerdo —argumentó para convencerla— en que la misión del sicario consistía en borrar las huellas de su existencia. Evitar que alguien pudiera dar con el libro, o con otros que encierran fragmentos del secreto de la creación.

—Está bien —admitió Aurora, sin ganas de discutir—. Dime el siguiente paso.

—Investigar dónde se esconde la supuesta lámina del *Libro de Dios* que poseyó Felipe II.

—Se trata de una leyenda —protestó—. Ya has oído a fray Valbuena.

—Ha dicho que Felipe II —puntualizó Julián decidido a salirse con la suya—, guiado por sus delirios alquímicos, ordenó a Bernardino de Mendoza que organizara una operación secreta para robarlo.

—También ha dicho —opuso Aurora— que la leyenda sonaba a cuento chino y que jamás ha encontrado una sola prueba de la veracidad de la misma.

—Una operación de alto secreto —aportó Julián para rebatirle— nunca queda reflejada en documentos. Deberías saberlo.

—¿Qué propones? —dijo, rendida ante su tenacidad.

—Realizar unas pesquisas en Torija —planeó—. Allí está la tumba de Bernardino de Mendoza y quizá esconde esa lámina o las claves para encontrarla.

Julián y Aurora se alejaron en dirección al Opel Insignia. El barrendero les siguió con la mirada. Dejó la escoba apoyada en el carrito de la basura, sacó del bolsillo un teléfono satélite e informó de sus movimientos.

El GPS señaló a Julián de que El Escorial y Torija estaban separados por 128 kilómetros. Consultó el reloj. Tenían poco más de una hora de viaje. Miró a Aurora y ella asintió. Arrancó su Opel Insignia y enfiló hacia la A-6 para enlazar con la M-40 y la A-2. Tras una hora y veinte minutos al volante los torreones del castillo de Torija les señalaron el final del camino.

Abandonó la autovía y un coche imitó su maniobra. Había sido fácil seguirles. Por una empinada cuesta Julián llegó a la población alcarreña encaramada sobre una loma que dominaba el paso natural entre Castilla y Aragón. Estacionó el automóvil en la plaza de la Villa, una construcción de estilo castellano, soportales planos, fuente central y empedrado de cantos rodados, y se encaminaron a la iglesia, cuya torre campanario descollaba entre las techumbres de las casas de piedra y aleros de madera. El conductor del vehículo que les había seguido informó de su posición. Dejó el teléfono satélite en la guantera y se rascó el muñón de la amputación de su dedo meñique derecho.

La puerta principal de la iglesia estaba en restauración y un andamiaje impedía el acceso. Rodearon el templo, de grandes proporciones, y llamaron a una puerta lateral. Nadie les abrió.

—¿Buscan al cura? —curioseó una anciana que pasaba por la calle.

—Sí —dijo Aurora.

—Le encontrarán ahí —señaló la mujer—, en la primera casa de la Plazuela.

Fueron en la dirección indicada, una placita de casas bajas, soportales sujetos por pilares de piedra y madera, y llamaron a una puerta. Les abrió un hombre de mediana edad.

—¿Qué desean?

—Somos periodistas —dijo Julián, y le mostró su credencial—. Escribimos un artículo sobre el viaje de Camilo José Cela a la Alcarria y nos gustaría visitar la iglesia para documentar nuestro trabajo.

—Estaré encantado de mostrársela —dijo—. Me llamo Ricardo Blas.

—Aurora Santillana —correspondió— y Julián Castilla.

El párroco de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción les estrechó la mano, cordial.

—Esperen un momento —dijo.

A los pocos minutos reapareció con un manajo de llaves y les pidió que le

siguieran. Cruzaron la Plazuela y por la Travesía de la Iglesia se plantaron ante una tercera puerta de acceso al templo. El cura barajó las llaves hasta hallar la que buscaba. Abrió y les invitó a entrar.

—Si siguen los pasos de don Camilo en la Alcarria —dijo Ricardo Blas— deben visitar el castillo y su exposición sobre el tema. El castillo se ha convertido en el Centro de Interpretación Turística de la Provincia de Guadalajara.

—¿Qué puede referirnos de esta iglesia? —inquirió Aurora.

—La fábrica actual data del primer tercio del siglo XVI —expuso el párroco— y la primitiva iglesia se alzó sobre los restos de un templo románico anterior, gracias a la iniciativa del primer vizconde de Torija y conde de La Coruña, don Lorenzo Suárez de Mendoza y Figueroa.

—Un mecenas —dedujo Julián.

—Un hombre que amaba a esta tierra —convino Ricardo Blas— y se desprendió de sus buenos dineros para darle a la iglesia el estilo gótico tardío que muestra con detalles renacentistas y platerescos. Debido a la calidad de su arquitectura, en 1991 recibió la declaración de Bien de Interés Cultural con la categoría de monumento.

—Sus dimensiones impresionan —alabó Aurora.

—Presenta planta basilical de tres naves —aportó el párroco—, con capillas en su cabecera, crucero y ábside rectangular, y una torre campanario de veintinueve metros de altura, planta cuadrada, cuatro cuerpos divididos por cornisas, seis huecos para campanas y terraza balaustrada. Preciosa, ¿verdad?

—Sí —dijo Julián, que observaba el arco triunfal y la bóveda de crucería con terceletes.

—Este arco triunfal —señaló Ricardo Blas—, entre el presbiterio y la nave central, figura como principal exponente del plateresco alcarreño. Está labrado en piedra caliza de Tamajón y su ornamentación muestra grutescos y motivos vegetales como bellotas y hojas de roble, y figuras quiméricas de grifos y lechuzas.

—¿Se conserva alguna tumba? —incidió Aurora, con disimulo.

—Varias —respondió el cura—. Bajo nuestros pies —señaló el suelo— hay una cripta mortuoria, aunque las tres tumbas más importantes están en los laterales del altar mayor y el presbiterio.

—¿A quiénes pertenecen?

—Vengan —dijo Ricardo Blas. Subió las escaleras del presbiterio y les situó en el altar mayor—. En estas dos —miró a ambos lados— yacían don Alonso Suárez de Mendoza y doña Juana Jiménez de Cisneros. A su muerte fueron sepultados en la capilla mayor del convento de Lupiana hasta que su sucesor, don Alonso Suárez de Mendoza, solicitó a Felipe II el permiso real para trasladar los cuerpos a esta iglesia.

—¿Y la otra tumba? —preguntó Julián.

—Ahí —señaló el párroco—. Al bajar la escalera. Antes de cruzar el arco

triunfal.

Aurora y Julián dirigieron la vista hacia el lugar sin ver ninguna lápida.

—¿Está seguro? —dudó Julián.

—Perdonen —dijo Ricardo Blas—. La cubre la alfombra.

Descendieron los peldaños que separaban el altar mayor del presbiterio y el párroco retiró la gruesa alfombra que tapizaba ese sector del pavimento de la iglesia. Debajo apareció una lápida rectangular, deteriorada en parte, con una serie de inscripciones latinas algo borrosas y una calavera central con dos tibias cruzadas, símbolo de la muerte.



—¿Quién está enterrado aquí? —preguntó Aurora.

—Otro benefactor de la iglesia —respondió Ricardo Blas—. Don Bernardino de Mendoza, hijo de Alonso Suárez de Mendoza y Juana Jiménez de Cisneros, cuyas sepulturas acabamos de admirar en el altar mayor.

Julián sonrió complacido. Estaban ante la tumba que había mencionado fray Agustín Valbuena y podía ocultar la lámina del *Libro de Dios*.

—¿Qué sabe de la biografía de este personaje? —incidió Julián.

—Poca cosa —admitió el párroco—. La dinastía de los Mendoza procede de Álava y a partir del siglo XIII entraron al servicio de los reyes de Castilla. Hacia el siglo XIV se asentaron en Guadalajara y fueron personajes relevantes de la historia provincial.

—Una familia influyente en la corte —afirmó Aurora.

—Sí —ratificó Ricardo Blas—. El padre de don Bernardino descendía del marqués de Santillana, y su madre, del fundador de la Universidad Complutense, el todopoderoso cardenal Cisneros. Tuvieron diecinueve hijos y Bernardino nació el décimo. Un hermano suyo, don Lorenzo Suárez de Mendoza, ostentó el virreinato de México.

—¿Bernardino de Mendoza estuvo al servicio de Felipe II? —inquirió Julián,

para corroborar las palabras de fray Agustín Valbuena.

—Con una entrega absoluta —proclamó Ricardo Blas, que había leído una biografía del hidalgo—. En 1560 entró a las órdenes del Monarca, peleó en Flandes y las costas del Magreb, y luego se convirtió en embajador del Rey en Inglaterra y París. Durante el asedio de París sufrió disentería y en su vejez perdió la vista hasta quedarse ciego.

—Una vida agitada —sentenció Aurora.

—Tanto desde el punto de vista bélico como intelectual —determinó el párroco—. Sus obras sobre la estrategia y el arte de la guerra todavía gozan de consideración entre los militares.

—¿Realizó labores de espionaje? —siguió Julián.

—Sí —convino Ricardo Blas—. Gracias a don Bernardino el Rey se evitó muchos quebraderos de cabeza. Su servicio de información tenía ojos hasta en los rincones más apartados del Imperio.

—¿Qué significan las palabras grabadas en la tumba? —incidió Aurora, con dificultad para leer el texto.

—La lápida —la complació el párroco— está orlada por la frase latina *Ecce ego, sicut foenum arui et nunc inpulnere dormio expectans resurrectionem mortuorum et vitam venturi seculi, amen*.

—¿Puede traducirla? —le pidió Julián.

—Sí, claro —dijo el cura, y recitó de memoria—: «Heme aquí, como el heno me sequé y ahora duermo esperando alcanzar la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero, amén».

Las partes del texto que faltan —especificó— han podido reconstruirse gracias al testamento de don Bernardino, conservado en el Archivo Histórico Nacional, que recoge los detalles de su lauda.

—¿Y el resto de inscripciones? —insistió Aurora.

—En la parte superior de la calavera —siguió Ricardo Blas— se lee: «OBIIT D. BERNARDINVS A MENDOZA. ANNO M.604. 3A DIE AVGVTI». Que significa —tradujo ante su expectativa—: «Muerte de don Bernardino de Mendoza, año de 1604, a 3 del día de agosto».

—Las frases que flanquean la calavera —supuso Julián— parecen una sentencia.

—Lo son —afirmó el párroco—. A la izquierda reza: «NEC POTES» y a la derecha «NEC TIMEAS». «Ni deseas, ni temas». Toda una declaración de principios que resume su estilo de vida basado en la austeridad y la voluntad de servicio a la patria y al Rey.

—¿Ha inspeccionado la tumba? —preguntó Aurora.

—Sí —admitió Ricardo Blas—. Se abrió durante las obras de restauración de la iglesia y en su interior no había nada. Ni siquiera huesos.

—¿Desaparecieron sus restos mortales? —se sorprendió Julián.

—Déjenme que les explique —solicitó el párroco ante su ignorancia de la historia de Torija—. La iglesia de Nuestra Señora de la Asunción —acometió— ha sufrido varios saqueos a lo largo de su dilatada existencia. En el siglo XVIII, durante las Guerras de Sucesión, se perdió parte de su legado, otro tanto ocurrió en el siglo XIX, en la Guerra de la Independencia, cuando Juan Martín Díez, *el Empecinado*, voló los muros del castillo para evitar que sirvieran de refugio a las tropas francesas.

—¿Cuándo —dijo Aurora— desaparecieron los restos de Bernardino de Mendoza?

—Lo desconozco —contestó Ricardo Blas—. La tumba restó perdida hasta el siglo XIX, cuando la descubrió Juan Catalina García.

—¿Un buscador de tesoros? —le tanteó Julián.

—Un hombre de ciencia —precisó el párroco— que dirigió el Museo Arqueológico de Madrid y se convirtió en el primer cronista oficial de Guadalajara.

—Quizá —aventuró Aurora— los restos mortales de don Bernardino desaparecieron en la Guerra Civil del 36.

—Es la hipótesis más aceptada —convino Ricardo Blas—. El 8 de marzo de 1937 los soldados del Corpo Truppe Volontarie, al mando del general italiano Mario Roatta, iniciaron el asedio de Guadalajara y en Torija se estableció un frente.

—¿La saquearon los republicanos?

—Sí —dijo el párroco, sin esconder su malestar—. Convirtieron la iglesia en un cine y quemaron las puertas, los retablos, las imágenes, los bancos, la cancela, la sillería del coro, los vestidos de la liturgia, los libros de rezos, el archivo parroquial...

—Un descalabro difícil de reparar —afirmó Julián.

—Con el paso del tiempo —cabeceó Ricardo Blas— la iglesia ha recobrado algo de su antiguo esplendor. Ese retablo —señaló hacia el altar mayor— procede de la parroquial de Santa María de Atienza y se trasladó en la década de los setenta. Lo mismo puede decirse de otras piezas. Allí —dirigió su mirada hacia el segundo tramo de la nave del evangelio— estaba la capilla del Sagrario, que las milicias republicanas convirtieron en el ambigú del cine tras desmantelar su magnífica reja.

—Nada se salvó —afirmó Aurora.

—Algunas piezas sí —la contradijo el párroco—. Días antes de la entrada de las tropas republicanas se creó una Junta para ocultar los objetos más valiosos, como un crucificado del siglo XVII, el sagrario del águila bicéfala, la custodia y la pila bautismal del siglo XVI, entre otros de menor entidad.

—¿Pudo la Junta hacerse cargo de los despojos de don Bernardino de Mendoza? —preguntó Julián.

—De ser así —refutó Ricardo Blas— figuraría en el inventario de bienes que se levantó y hubiesen aparecido al finalizar la contienda. Mucho me temo que los

republicanos vaciaron las tumbas para ver si contenían algo de valor.

—Si ocultaba algún objeto valioso, desapareció —lamentó Aurora, dando por estéril su búsqueda en Torija.

—Sin duda —convino el párroco—. Tras la Guerra Civil el estado de ruina de la iglesia hizo que nadie le prestara atención. Ni siquiera don Camilo, cuando en 1946 anduvo por estas tierras, le dedicó unas líneas en su libro *Viaje a la Alcarria*.

—Sí habla de Torija —le rebatió Julián, que había leído la obra.

—Se limita —insistió Ricardo Blas, buen conocedor del texto— a describir a unas mujeres que cantaban y lavaban la ropa, la situación del pueblo, el viejo parador de Marcelina García, y a citar de pasada el castillo y la iglesia.

—No es poco.

—Ni siquiera —protestó el párroco— habló de la iglesia durante su viaje de 1985 para escribir la segunda parte del libro, *Nuevo viaje a la Alcarria*. Don Camilo se fijaba más en las gentes que en las piedras.

—Un viaje —precisó Julián— que hizo en Rolls Royce.

—Ha sido un placer charlar con usted —dijo Aurora, con ánimo de marcharse.

—Espero haberles sido de utilidad —deseó Ricardo Blas.

—Recopilamos historias para nuestro artículo —mintió Julián para seguir con la pantomima— sobre la Alcarria que recorrió Camilo José Cela. Su relato ha sido muy interesante.

—Deberían hablar con Anselmo Heredia —les aconsejó el cura—. Para chismes y cuentos se las pinta como nadie.

—¿Quién es? —sintió curiosidad Aurora.

—Un pastor del pueblo —aclaró Ricardo Blas— que anduvo toda su vida por estos montes y valles. Si le visitan les recitará coplillas y narrará historias de bandoleros y fantasmas.

—¿Dónde podemos encontrarle? —inquirió Julián.

—Pregunten en el bar Tayca —dijo el párroco—, en la plaza de la Villa.

Se despidieron del cura y salieron a la calle. El aire traía la fragancia de los leños consumidos en las chimeneas de las casas. El calor de hogar que añoraban.

—¿Pretendes hablar con ese tal Anselmo? —protestó Aurora, aterida de frío.

Julián la abrazó de la cintura para abrirla.

—Ya que estamos aquí —arguyó— aprovecharemos para indagar un poco más. A lo mejor sabe algo. Al parecer es una especie de cronista local.

—Me sorprende tu optimismo.

El bar Tayca abría sus puertas en una esquina de la plaza de la Villa, muy cerca del castillo. Entraron y preguntaron por Anselmo Heredia.

—Acaba de salir —les dijo el camarero— hacia la ermita de Nuestra Señora del Amparo. Todas las tardes da un paseo hasta allí.

—¿Cómo se llega a la ermita? —preguntó Aurora.

—A la salida del pueblo —señaló en la dirección— verán el camino y la ermita. No tienen pérdida.

La ermita de Nuestra Señora del Amparo, patrona de Torija, una construcción del siglo XVIII, se alzaba a la linde de un amplio y bien asentado camino, vigilado por un altozano coronado de antenas de telefonía. Un viejo, apoyado en una garrota, avanzaba a paso lento. Julián y Aurora le dieron alcance.

—¿Anselmo Heredia? —le abordó Julián.

—Sí —respondió el hombre—. ¿Qué se les ofrece?

—Recopilamos material —dijo Aurora— para escribir un artículo sobre el viaje de Camilo José Cela a la Alcarria y Ricardo Blas, el cura, nos ha recomendado que hablásemos con usted.

—¿Para qué? —se extrañó Anselmo Heredia.

—Dice —sonrió Julián, ante la actitud desconfiada del pastor— que sabe coplillas e historias muy interesantes sobre el pueblo y sus montes.

—«Tres cosas tiene Torija —cantó Anselmo Heredia, con buena entonación— que no tiene Trijueque: el castillo, la picota y los caños de la fuente». ¿Qué les parece?

—¡Bravo! —aplaudió Aurora, ante su espontaneidad.

—¿Las historias que cuenta —dijo Julián para saber a qué atenerse— son auténticas?

—Todas son verdad —afirmó el pastor— aunque la gente no las crea. Algunas las escuché de boca de mis abuelos y mis padres, y otras las viví en mis propias carnes. Si supiera de letras escribiría un libro.

—¿Cuántos años tiene? —Aurora sonrió.

—Ochenta y cuatro —respondió—. Pero no se lleve a engaño: mi memoria es tan fresca como este invierno.

—Nadie lo duda —intervino Julián convencido.

—¿Les interesan —dijo Anselmo Heredia, con ganas de conversar— historias sobre la noche en que Felipe II durmió en el castillo de Torija; del general carlista Miguel Gómez perseguido por su homónimo isabelino Isidro Alaix; del Empecinado, el guerrillero que reventó el castillo con pólvora, o un relato pormenorizado —sonrió y se acentuaron las arrugas de su cara— sobre los fantasmas que visitaron la sepultura de don Bernardino?

Julián y Aurora cruzaron una mirada de desconcierto. El viejo pastor contaba entre su repertorio de historias y leyendas con anécdotas sobre la tumba de Bernardino de Mendoza.

—La historia de los fantasmas —le desafió Aurora— no pretenderá hacernos creer que es cierta.

—Se lo juro por la memoria de mis antepasados —arremetió Anselmo Heredia, y se llevó la mano derecha al corazón—. Estos ojos —los señaló— fueron testigos.

—Convénzanos —le invitó Julián a iniciar el relato.

—La noche del 3 de julio de 1936 —arrancó Anselmo Heredia—, quince días antes del alzamiento fascista contra la República, un grupo de diez niños jugábamos al escondite...

—¿Qué hora era? —le interrumpió Aurora, para centrar y valorar su relato.

—Sobre las once de la noche —recordó el pastor.

—¿Permanecían los niños en la calle hasta tan tarde? —receló Julián.

—Hacía calor —arguyó Anselmo Heredia— y nuestros padres tomaban la fresca mientras charlaban sobre asuntos del campo. Los niños habíamos terminado el colegio y correteábamos por el pueblo. En aquellos días no ocurrían las cosas que ahora se oyen.

—¿Qué edad tenía? —inquirió Aurora.

—Diez años —respondió el pastor—. Si hubiese sido mayor no habría pasado tanto miedo.

—Ya... —dijo Julián, temiendo que fuese una fantasía infantil. Había niños que se inventaban amigos imaginarios.

—En el juego del escondite —expuso Anselmo Heredia— utilizábamos de «casa» la picota del pueblo. El niño que la guardaba arrancó a contar hasta cien y los demás corrimos a escondernos donde mejor nos parecía. La mayoría se acurrucaban en los quicios de las puertas, los soportales de la Plazuela y la plaza de la Villa, o detrás del pilón de la fuente. Yo prefería los alrededores de la iglesia.

—¿Por algún motivo? —dijo Aurora.

—Estaban muy oscuros —Anselmo Heredia sonrió— y como había gente enterrada en el templo a los otros niños les daba miedo.

—Seguro que nunca le descubrían —afirmó Julián para darle coba.

—Miré hacia la iglesia —dijo el pastor apoyado en su garrota— y vi que la puerta estaba entreabierta. Pese a la hora no me extrañó. El segundo fin de semana de julio se celebraba la fiesta de San Cristóbal y algunas mujeres, en sus ratos libres, se dedicaban a engalanar el templo.

—¿Se le apareció un fantasma y salió corriendo? —bromeó Aurora, helada de frío y con intención de abreviar el relato.

—Entré en la iglesia —continuó Anselmo Heredia—, no vi a nadie, oí un murmullo de voces y me escondí en una silla del coro situada tras el facistol. —Hizo una pausa y les comentó—: Les habrá dicho don Blas que antes la parroquia tuvo rango de colegiata y disponía de un coro de madera de nogal con veintiún siales.

—Una pieza —dijo Julián— de las muchas desaparecidas durante la Guerra Civil.

—Iba a abandonar mi escondite —siguió el pastor, con la voz cargada de misterio

— y de la sacristía salieron dos personas. Por sus ropajes, parecidos a sotanas, pensé que eran curas. Temí una reprimenda por haberme ocultado en la iglesia y permanecí agazapado en la silla.

—¿Cómo vestían? —inquirió Aurora, que hasta ese momento había escuchado al pastor sin demasiado interés.

—Igual que los frailes —describió Anselmo Heredia—. Con hábitos negros, aunque llevaban las caras cubiertas por máscaras.

Julián y Aurora se estremecieron y por primera vez le tomaron en serio.

—¿Qué hicieron? —le apremió Julián.

—Cerraron la puerta y apagaron las luces —dijo el pastor—. La iglesia quedó en penumbra. Sólo los hachones y las velas de las capillas alumbraban la nave central. Los dos hombres se acercaron a la tumba de Bernardino de Mendoza. De debajo de los hábitos sacaron unas palanquetas y levantaron la lápida sepulcral.

—¿Les vio las manos? —preguntó Aurora.

—Sí —respondió Anselmo Heredia—. No pronunciaron ni una sola palabra. Se comunicaban con signos, como los sordomudos, supongo que para no hacer ruido, y me llamó la atención que a los dos les faltaba el dedo meñique de la mano derecha.

—Casi no había luz —cuestionó Julián.

—Cierto —admitió—, pero los frailes se alumbraban con linternas de petaca.

—¿Saquearon la tumba? —incidió Aurora.

—Alumbraron su interior con las linternas —dijo Anselmo Heredia—. Removieron la osamenta, colocaron la lápida en su sitio y se fueron con el mismo sigilo que habían llegado.

—¿Se llevaron algún objeto? —quiso saber Julián.

—Nada que yo viese —afirmó el pastor—. Apenas emplearon cinco minutos en la operación.

—¿Sospecha de quiénes se trataba? —preguntó Aurora.

—De fantasmas —afirmó Anselmo Heredia, sin atisbo de bromear.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Salí detrás de ellos —refirió— y di varias vueltas por el pueblo. Se desvanecieron como el humo.

Julián y Aurora se quedaron boquiabiertos. Le agradecieron a Anselmo Heredia el tiempo que les había dedicado y éste continuó su paseo hacia la ermita de Nuestra Señora del Amparo. Más allá el camino conducía a la fuente del Real y a las inmediaciones de una huerta que perteneció a un convento templario. Ellos regresaron al automóvil.

—Quizá —aventuró Julián— la leyenda tiene una parte de verdad y la tumba guardaba la lámina de oro.

—Anselmo —arguyó Aurora— no vio que se llevaran nada.

—Entonces —le planteó—, ¿para qué la abrieron?

—Para comprobar que estaba vacía —dijo Aurora segura—. Que no ocultaba nada.

—Sabían que iba a estallar una guerra —reflexionó Julián—, que habría saqueos, y decidieron inspeccionar la tumba por si acaso.

—Eso debió de ocurrir.

Aurora dormía a pierna suelta. Julián mantenía la lamparilla de la mesita de noche encendida. La visita a Torija le quitaba el sueño. Las declaraciones de Anselmo Heredia habían dado un nuevo giro a la investigación. Hacía más de setenta años dos individuos, vestidos con hábitos negros y máscaras, habían registrado la tumba de Bernardino de Mendoza. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al recordar las palabras del pastor. Se sentó en la cama, cogió los folletos que les había dado la empleada de la Oficina de Turismo de la República Checa y les echó un vistazo. En un mapa comprobó que los lugares encriptados en el ordenador de Abraham Benari con sus coordenadas DD, como les había señalado fray Agustín Valbuena, formaban un triángulo. El símbolo esotérico de la creación. Luego buscó en la guía de Praga publicada por la Czech Airlines la información sobre las sinagogas Altneu y Pinkas y el cementerio judío.

La sinagoga Altneu (en alemán), conocida en checo con el nombre de Staronová (Vieja Nueva), estaba considerada el templo judío más antiguo de Europa Central. De estilo gótico germánico (siglo XIII), mostraba una rica decoración de piedra y, en su interior, varios manuscritos y objetos hebreos. Frente al arca de la alianza colgaban más de setenta cortinas ornamentadas con perlas e hilo de oro. La más antigua la donó en 1601 Karpel Sachs, el primer *pamess*^[15] de la comunidad judía de Praga.

Julián cogió su libreta de notas y repasó la conversación mantenida con el *rav* de la *yeshivá* de los jasiditas. Rodolfo II, aficionado a la alquimia por influencia de su tío Felipe II, ordenó al rabí Low viajar a Praga. Jehudá Low ben Bezazel confeccionó un *golem*, cuyos restos reposaban en la sinagoga Altneu, y grabó en tres láminas de oro las fórmulas cabalísticas con el secreto de la creación de seres artificiales. La sinagoga Altneu parecía un lugar clave para la cábala.

Pasó algunas hojas de la guía hasta encontrar el segundo punto señalado por las coordenadas: la sinagoga Pinkas. La información resultaba escasa. Se había convertido en un monumento a las víctimas del Holocausto y los nombres de los 77.297 judíos checos asesinados por los nazis en la Segunda Guerra Mundial fueron grabados en sus paredes entre 1992 y 1996. Los datos sobre la fecha de su construcción resultaban confusos. La guía señalaba el año 1535 por iniciativa de Aarón Meshullam y los folletos la retrocedían a 1479.

Por último, el cementerio judío de Josefov se fundó en la segunda mitad del siglo XV y estuvo en activo hasta 1787. Albergaba 12.000 tumbas góticas, renacentistas y

barrocas, y yacían 100.000 judíos. La primera inhumación se produjo en 1439. Un dato le llamó la atención: en el cementerio estaba enterrado el rabí Jehudá Low ben Bezazel, el creador del *golem*, en una tumba junto al muro de poniente donde también descansaba su esposa en un sarcófago que lucía un león grabado (*löwe* en alemán significaba «león»).

Julián se levantó de la cama, llamó por teléfono a una central de reservas que funcionaba las veinticuatro horas del día y reservó dos pasajes de avión para Praga.

VII

Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial

Domingo, 13 de septiembre de 1598

La ceguera le había apartado de la vida militar. La enfermedad se manifestó con un humor acuoso y un intenso escozor en los ojos que le provocaba cefaleas terribles. Año tras año su pérdida de visión aumentó hasta incapacitarle para el servicio de armas. Bernardino de Mendoza había servido a Felipe II con entrega y honor. Estuvo a las órdenes del duque de Alba en los Países Bajos, combatió a los bereberes en el Norte de África, tomó parte en las expediciones a Orán y la isla de San Antonio, y en Malta luchó junto a Juan de Austria para detener el avance de los otomanos. Después, Felipe II le encomendó su primera misión diplomática ante la corte de Pío V, para obtener la bendición del Pontífice en la expedición contra los Países Bajos, y como buen soldado peleó en Mook y Möns.

Vivía retirado de las intrigas de la corte en su casa de la calle Convalecientes de Madrid. Disfrutaba de una holgada economía gracias a que el Rey le había nombrado «trece» del Capítulo General de la Orden de Santiago y concedido la encomienda de Alange, en Badajoz, con una renta anual de cinco mil ducados. La poca visión que todavía conservaba, tras haberse operado del ojo izquierdo en París, la gastaba en traducir del latín la obra *Politicorum sive civilis doctrinae libri sex*, de Joest Lips. Su casa, anexa al monasterio de bernardos de Santa Ana, a cuya edificación contribuyó con notables donaciones, disponía de una puerta de acceso al convento y de una ventana abierta al crucero de la iglesia para atender los oficios religiosos.

Dejó la pluma de ganso y la lupa que utilizaba para escribir y se frotó los ojos. Apenas veía sombras donde se posaban los objetos y las siluetas de las personas se convertían en fantasmas a la luz de las velas. Durante el día, bajo los rayos del sol, ganaba algo de visión. Había oído misa de sábado y antes de acostarse quería concluir una página de la traducción que tanto tiempo le ocupaba. Pasó algunas hojas de la edición latina de Joest Lips y Juan Beltrán de Aguirre, su sirviente de mayor confianza, entró apresurado en el despacho.

—Señor —dijo—, ha llegado un mensajero real.

Bernardino de Mendoza entornó los ojos y vio que su criado le tendía una plica. La acercó a la luz de un candelabro. Estaba lacrada con el escudo imperial y rasgó nervioso la solapa ayudado de una plegadera. Contenía un folio escrito mediante un sistema de cifra de su invención, que había utilizado para comunicarse con el Rey y los secretarios de Estado Juan de Idiáquez y Martín de Idiáquez. Le pidió a Juan Beltrán de Aguirre que aguardara fuera y cogió un grueso libro con las claves de

descifrado. Buscó la correspondiente y procedió a descifrar el mensaje. Luego leyó la carta con dificultad a causa de su ceguera.

Annus Encarnationis Nostri Domine Jesuchristi ex MDXCVIII die veneris XI septembris

Mi fiel y querido Bernardino: En el lecho de muerte, consciente de vuestra ceguera, y a sabiendas de la lealtad y el respeto que siempre me habéis profesado, debo pedir os que acudáis sin demora al monasterio de San Lorenzo del Escorial, pues antes de morir debo encomendaros una última misión que sé cumpliréis con entrega, discreción y honor. Ecce signum Filipus II Rex et Imperator

Preparad mi carruaje —gritó Bernardino de Mendoza a Juan Beltrán de Aguirre, que esperaba en la puerta—. Debo partir de inmediato a El Escorial. El Rey reclama mis servicios.

—Sí, señor —dijo su fiel sirviente, y se apresuró a cumplir la orden recibida.

Bernardino de Mendoza se vistió con una casaca forrada de piel, para soportar el frío de la larga noche de viaje que tenía por delante, y media hora más tarde partía acompañado de dos palafreneros y un guarda de escolta hacia el monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Conocía la gravedad de la enfermedad del Rey y temía llegar demasiado tarde.

—Fustigad a los caballos —ordenó, acomodado en el asiento del carruaje—. Esta noche no deben trotar, sino volar.

Bernardino de Mendoza había seguido día a día la enfermedad del Rey. Desde hacía un año, al poco de cumplir los setenta, sufría de repetidos ataques de gota y había quedado inválido de la mano derecha debido a una grave artrosis. Las últimas noticias resultaban poco esperanzadoras. Su salud se había agravado hasta el extremo de impedirle permanecer de pie o sentado. Sólo tumbado en la cama encontraba cómodo y descanso. Desde el mes de julio estaba aquejado de fiebres tercianas que le producían accesos en la rodilla y el muslo derecho. Su enfermedad se complicó con una hidropesía que inflamó sus piernas, muslos y vientre. Quienes le atendían cuchicheaban que se había convertido en puro pellejo y un saco de huesos. Sus dolores aumentaban de intensidad y ni siquiera podían moverle para el cuidado de su higiene. Felipe II evacuaba en el lecho y su magro cuerpo nadaba en deyecciones, regueros de pus y gusanos.

Pedro del Hoyo condujo a Bernardino de Mendoza ante la presencia del Rey. Las cuatro campanadas de un reloj del monasterio le indicaron la hora. Al entrar en la alcoba sintió un hedor nauseabundo, atenuado por los cirios de esencias que la alumbraban. Los rumores sobre su falta de higiene resultaban ciertos. La cámara

estaba repleta de imágenes de santos y vírgenes, y de arquetas con relicarios. De las paredes colgaban lienzos de Jeroen Anthoniszoon van Aken, como *El jardín de las delicias*, *La extracción de la piedra de la locura*, *El carro de heno* o *La mesa de los pecados capitales*, que mostraba el lema: *Cave, cave, Dominus videt*^[16].

Bernardino de Mendoza observó aquella escenografía macabra e inquietante, sintió un escalofrío y se acercó al lecho del Rey. Un fraile jerónimo asperjó con un hisopo agua bendita sobre el cuerpo del moribundo y se retiró para respetar su intimidad.

—Majestad —susurró Bernardino de Mendoza a su oído—, he acudido nada más recibir vuestro correo.

—¿Qué hora es? —dijo el Rey confuso, sin distinguir el día de la noche.

—Las cuatro de la madrugada del domingo día trece.

—Mi querido amigo —musitó Felipe II con un hilo de voz apenas audible—, debo encomendaros una última misión antes de abandonar el mundo de los vivos.

—No habléis así, señor.

—*Obscuro oppido mors appropinquai*^[17] —susurró, como una letanía.

—Os escucho.

—He rogado a Cristo —dijo el Rey en un tono muy apagado— que me mantuviese con vida hasta poder veros. —Hizo una pausa y tragó saliva—. Han pasado trece años y medio desde que trajisteis a mis manos una hoja del *Libro de Dios*.

—Lo recuerdo, señor.

—Mis alquimistas jamás lograron descifrar su contenido —confesó el Rey abatido—. Sin las otras dos láminas resulta imposible comprender sus símbolos y letras. Contiene una cábala secreta y desconocida por los hombres...

—Ahora sólo importa vuestra salud —señaló Bernardino de Mendoza, angustiado por la fatiga que mostraba el Rey—. Descansad, señor.

—No me interrumpáis —protestó Felipe II, casi sin fuerzas para hablar—. Esa lámina forma parte de una mónada indivisible.

—Jamás he dejado de buscar las otras.

—Escuchad, Bernardino —dijo Felipe II sacando fuerzas de flaqueza—. Sólo Dios conoce la hora de mi muerte, aunque la presiento cercana, y antes de cerrar los ojos para siempre quiero entregaros esa lámina.

—Señor, yo...

—Me atormenta la idea de que caiga en poder de los herejes.

—No penséis en eso.

Felipe II giró la cabeza hacia una mesita situada junto al cabecero, que utilizaban los galenos para administrarle los remedios.

—Abrid el segundo cajón —le ordenó— y cogedla.

Bernardino de Mendoza cumplió la voluntad del Rey con dificultad debido a su ceguera. Reconoció la cajita de madera forrada de terciopelo que él mismo ordenó labrar para guardar la lámina de oro.

—¿Qué debo hacer con ella, señor?

—Entregadla en persona a mi hijo y sucesor —dijo Felipe II—. Pero hacedlo sólo tras el acto de coronación, y como secreto de Estado para que goce de la custodia oficial por los siglos de los siglos. Cumplid vuestra última misión en nombre del Rey.

—Os lo juro ante Dios, señor —dijo Bernardino de Mendoza, y se santiguó—. Ahora descansad. No os conviene fatigaros.

—*In coelo quies*^[18] —murmuró Felipe II.

Bernardino de Mendoza cogió la cajita de madera forrada de terciopelo y la guardó en un bolsillo de su casaca. El rostro del Rey dibujaba constantes muecas de dolor. A cada minuto su respiración se hacía más débil. Abandonó la alcoba y dejó a Felipe II en el trance final de su agonía. Un fraile entró con un incensario y humeó el perfume hacia las cuatro esquinas. Una hora más tarde, a las cinco de la madrugada, Pedro del Hoyo le comunicó la muerte del Rey.

Solicitó audiencia privada con el nuevo Monarca. El sepelio de Felipe II se realizaría en la estricta intimidad de la familia y sin grandes boatos. Bernardino de Mendoza ya no pintaba nada en la corte. Había pasado parte de la mañana en la sacristía, velando el cuerpo del Rey en un ataúd de madera y caja de plomo, para evitar que los humores de la enfermedad escaparan, y deseaba regresar cuanto antes a su casa de la calle Convalecientes. Las lágrimas vertidas por el difunto habían aumentado el dolor de sus ojos y la cabeza estaba a punto de estallarle a causa de una cefalea.

Felipe III, apodado *El Piadoso*, hijo de Felipe II y su cuarta esposa, Ana de Austria, recibió a Bernardino de Mendoza en las dependencias reales del monasterio. Conocía la estima de su padre por el viejo funcionario y, pese a las circunstancias y compromisos que debía atender, se avino a concederle unos minutos. Bernardino de Mendoza, siendo Felipe III Príncipe de Asturias, le había dedicado su obra *Teoría y práctica de la guerra*.

—¿Qué deseáis del Rey? —preguntó Felipe III, en un improvisado gabinete de audiencias.

—Vuestro padre —expuso Bernardino de Mendoza— me encomendó entregaros esta cajita.

—¿Qué contiene?

—Una lámina de oro.

—Dadla al tesorero —se desentendió Felipe III, sin comprender la importancia del objeto.

—Majestad —dijo Bernardino de Mendoza, y se inclinó ante el nuevo Rey—,

está lámina pertenece al libro más importante del mundo, el *Libro de Dios*, y contiene el mayor secreto de la Humanidad.

—¿Las claves de la transmutación alquímica? —inquirió Felipe III, sin evitar una sonrisa burlona.

—Un secreto más codiciado todavía —afirmó Bernardino de Mendoza serio—. El secreto de la creación.

—Ofendéis al Rey con estas majaderías —arremetió Felipe III, que a diferencia de su padre despreciaba las prácticas esotéricas.

—Nada más lejos de mi intención, señor.

—Sólo Dios conoce el milagro de la vida.

—Dios lo confió a los hebreos —arguyó Bernardino de Mendoza— y de sus hijos procede esta lámina de oro.

Felipe III abrió la cajita y observó los signos, letras y símbolos cabalísticos grabados en el metal. La lámina conservaba la intensidad de su brillo y sus irisaciones de rojo púrpura. Le pareció una buena obra de orfebrería.

—¿De dónde procede? —sintió curiosidad.

—De la sinagoga Altneu de Praga —respondió Bernardino de Mendoza—. Vuestro padre, Dios le acoja en su gloria, me encargó sustraer las tres hojas de oro que componían el *Libro de Dios* y ponerlas a su disposición.

—¿Y las otras dos?

—Desaparecieron, señor —dijo Bernardino de Mendoza, con sentimiento de culpa—. Dos de mis hombres fueron asesinados para arrebatárselas.

—¿Quién cometió semejante atrocidad?

—Nunca descubrí a los asesinos y sus causas.

Felipe III cabeceó pensativo. El respeto por su padre le obligaba a cumplir su voluntad. Cerró la cajita de madera forrada de terciopelo.

—¿Qué debo hacer con ella?

—Guardadla —dijo Bernardino de Mendoza— entre los secretos de Estado. Como tal os la entrego en nombre del difunto Rey. Cumplid su última voluntad. Es cuanto os pido, señor.

Felipe III asintió. Miró la cajita y mandó llamar a Juan de Velázquez de Velasco, su general de Inteligencia, y le ordenó custodiarla en la cámara acorazada de palacio, junto al resto de documentos declarados secretos de Estado, con la orden expresa de que nadie accediera a ella sin el consentimiento del Rey.

Capítulo 8

En poco menos de media hora un taxi les trasladó del aeropuerto internacional de Ruzně al hotel Four Seasons de Praga, un establecimiento de lujo situado en la calle Veleslavinova, sobre la ribera del Moldava y cerca del puente de Carlos IV. Al volante de un viejo Skoda un hombre vestido de mono negro, gorra y pasamontañas del mismo color siguió al taxi. Sólo sus ojos y sus manos quedaban al descubierto. Su mano derecha carecía del dedo meñique.

Un botones retiró sus equipajes del portamaletas del taxi. Julián abonó la carrera, se registraron y subieron a una habitación que también había reservado la noche anterior. Desde la ventana, vestida con lujosas cortinas de tela, Aurora observó una magnífica vista de los barrios de Hradcany y Malá Strana, con sus torres góticas y barrocas descollando sobre las techumbres de los edificios de la orilla opuesta del Moldava.

Colocó su iBook G4 sobre el escritorio, lo conectó a Internet y consultó su lista de correo electrónico. Julián la sorprendió con el viaje a primera hora de la mañana y no había tenido tiempo de contactar con su superior de la Comandancia de Toledo para comunicarle que se ausentaba unos días. Le mandó un correo electrónico y esperaba su respuesta. Un e-mail del comandante Alberto Contreras, autorizándola a tomar las decisiones que considerase oportunas, la tranquilizó. Cerró el iBook y respiró aliviada. Luego entró en el baño, de paredes y suelos de mármol, dotado de ducha y bañera, y un váter independiente. Salió y se dejó caer de espaldas sobre la cama.

—Resulta obvio —dijo— que ya habías estado aquí.

—La primera vez en enero del 93 —Julián sonrió— para cubrir la declaración de independencia de las repúblicas Checa y Eslovaca, y la última en 2001. Escribí un artículo sobre la exposición «Gloria de la Bohemia Barroca». Entonces descubrí este hotel. ¿Qué te parece?

—Una maravilla —afirmó—. Sabes cuidarte.

—Si pasas tiempo fuera de casa valoras las comodidades.

—¿Y ahora qué? —suspiró Aurora, sin ganas de levantarse de la cama.

—Indagaremos en los lugares de las tres coordenadas.

—Dos sinagogas y un cementerio —resopló sin entusiasmo—. Supongo que Praga tiene cosas más interesantes.

—No hemos venido de turismo.

—Me lo temía —protestó Aurora contrariada, y se levantó a regañadientes.

—Son tres monumentos relacionados con la historia del pueblo judío —acometió Julián—. El rabí Low está enterrado en el cementerio de Josefov.

—¿Cómo lo sabes?

Julián señaló el montón de folletos que les habían entregado en la Oficina de Turismo de la República Checa y reposaban sobre la mesa escritorio de la habitación.

—Anoche leí hasta tarde —dijo—. Averiguaremos qué esconden esos lugares e intentaremos hallar a la persona que remitió la carta al profesor Benari con las coordenadas de Toledo.

—Lo dices —protestó Aurora— como si fuese fácil encontrar una aguja en un pajar.

—Soy un hombre de suerte.

El barrio judío de Josefov quedaba cerca del hotel. Caminaron por la calle 17 Listopadu y llegaron a la sinagoga Altneu o Staronová, frente al viejo Ayuntamiento, un edificio del siglo XVI dotado de un reloj de cifras hebreas y manecillas que giraban al revés. El barrio bullía de turistas y de tiendas de recuerdos que comercializaban figuritas de barro con la imagen del *golem* creado por el rabí Low. Observaron el exterior de la sinagoga y luego accedieron a su interior. Los grupos de visitantes permanecían en silencio para escuchar las explicaciones de los guías. Numerosas arañas de cristal de Bohemia alumbraban el espacio central delimitado por dos pilares. Se acercaron al tabernáculo, donde se guardaban los rollos de la Tora, y echaron un vistazo.

Salieron y se dirigieron a la sinagoga Pinkas. Su exterior mostraba una decoración sencilla y el interior, como había leído Julián en los folletos y les había comentado la empleada de la oficina de turismo, albergaba un memorial a las víctimas del Holocausto. En las paredes estaban grabados en rojo, amarillo y negro los nombres de los judíos exterminados en el gueto de Terezín, y en el piso superior se mostraban pinturas y dibujos realizados por los niños del gueto. Anton Malloth, apodado El Bello Toni, antiguo jefe nazi de Terezín, fue procesado en Múnich en 2001 y condenado a prisión perpetua por crímenes de guerra. Murió de cáncer en noviembre de 2002 a los 90 años.

La sinagoga Pinkas se hallaba en la entrada del cementerio judío de Josefov. Abonaron los tiques y siguieron el sendero delimitado por cables de acero. Bajo la sombra de los árboles se alzaban infinidad de estelas funerarias en completo desorden, cubiertas de verdín y musgo debido a la humedad, rotas o resquebrajadas, con inscripciones hebreas y piedrecitas o pedacitos de papel que los visitantes depositaban con súplicas y deseos, a imitación del Muro de los Lamentos. Situar la tumba del rabí Lowles resultó fácil debido a la cantidad de turistas agolpados frente a ella en pugna por hacerse un hueco y disparar sus cámaras fotográficas.

Habían recorrido los lugares encriptados en el ordenador de Abraham Benari y nada les había llamado la atención, salvo el interés que despertaba el barrio de Josefov entre los turistas. Nada raro. Tras la restauración llevada a cabo entre 1893 y 1913 conservaba su arquitectura original, el trazado de sus calles, y una atmósfera

difícil de encontrar en otras aljamas europeas.

—El paseo —dijo Aurora— ha estado bien.

—Algo escapa a nuestra comprensión. —Julián cabeceó, enfadado consigo mismo—. Estos lugares fueron estudiados por el profesor Benari porque están relacionados con la cábala y la confección de seres humanos artificiales.

—El *golem* —determinó Aurora— en Praga se lo toman a cachondeo.

—Yo también —dijo— si no fuese por las muertes de las últimas semanas.

—Deberíamos indagar —planteó decidida— si han ocurrido hechos extraordinarios.

—La visita a una hemeroteca —convino Julián— nos sacaría de dudas, pero ninguno de los dos sabe checo.

—Preguntemos a los guías —propuso Aurora como alternativa—, a las personas encargadas de vender los tiques, a los vigilantes...

Julián asintió. Regresaron al local adjunto al cementerio, donde se vendían los tiques para su visita y libros y guías sobre el barrio de Josefov, y le preguntaron a la encargada. La mujer frunció el ceño desconcertada. Estaba acostumbrada a que los turistas le formularan las preguntas más extrañas y ridículas, pero hasta la fecha nadie se había interesado por sucesos extraños acontecidos en el cementerio y en dos sinagogas de las seis que conservaba el barrio.

—Suceden pocas cosas —rumió la mujer—. Algún judío se desmaya al leer en las paredes de Pinkas el nombre de un antepasado, un robo al descuido, niños que se extravían...

—Nos referimos —incidió Julián— a hechos excepcionales. Dignos de aparecer en las páginas de los periódicos.

—Hace dos años —recordó la encargada de vender los tiques— visitó el cementerio Michelle Obama, la mujer del presidente de Estados Unidos, y hace dos meses murió una arqueóloga que excavaba la tumba del rabí Low. De ambos hechos se ocuparon los periódicos.

—¿Una arqueóloga? —inquirió Aurora, y miró a Julián de soslayo.

—La mujer sufrió un colapso en la habitación de su hotel —relató todavía apenada—. Me caía bien. Siempre tenía algún detalle amable conmigo.

—¿Dónde se alojaba? —tiró del hilo Julián.

—En el Paíz —respondió—. Lo eligió porque está en *U Obecního domu*, a un paso del cementerio. Venía todos los días andando a la excavación.

La conversación que mantenían el periodista y la teniente con la encargada de vender los tiques llamó la atención de un hombre que hojeaba libros junto al mostrador. Rondaba los setenta y cuatro o setenta y cinco años, de aspecto huesudo, delgado en extremo, los pómulos hundidos y la nariz aguileña. Se abrochó el abrigo, se subió las solapas para protegerse el cuello, se quitó la kipá que llevaba en la cabeza

y la guardó en un bolsillo. Los libros dejaron de interesarle.

Julián y Aurora se alejaron del local de venta de entradas y desde una cabina, para evitar que el número de sus teléfonos móviles quedara registrado, llamaron a la Policía de Investigación Criminal de Praga. Julián se identificó como periodista y solicitó hablar con el departamento de prensa.

—*Tiskové oddlení*^[19] —respondió una mujer.

—*My name is Julián Castilla* —se presentó en inglés—, soy periodista y trabajo en un artículo sobre la eficacia de las policías europeas en la identificación de ciudadanos extranjeros.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Castilla? —inquirió la mujer también en inglés.

—Hace unos meses —continuó— murió una arqueóloga americana en el hotel Pariz y desearía conocer el protocolo de actuación de la policía checa para determinar su identidad.

—Estaría registrada y poseería un pasaporte.

—Ya... —susurró Julián, mientras buscaba la manera de convencerla—. El caso me ha sido facilitado por la Embajada de la República Checa de Madrid. Me gustaría entrevistar al responsable de la investigación.

—Espere, por favor —musitó la mujer, y consultó su ordenador—. Hable —dijo al recuperar el teléfono— con el inspector Alois Sobotka, de la comisaría de Karlovo Námesi.

—*Děkuji*^[20].

Julián recuperó las monedas sobrantes y paró el primer taxi que pasó junto a la cabina. Quince minutos después les dejaba frente a la comisaría de la plaza Karlovo, un edificio de la época comunista, deslucido y un tanto siniestro. Preguntaron por el inspector Alois Sobotka y el policía de guardia les indicó que subieran al segundo piso. Al abrirse las puertas del ascensor, un joven, con jersey de lana, camisa de franela y pantalón tejano algo corto de perneras, les esperaba. En su cintura portaba una Baikal MP-446 Viking, una pistola de fabricación rusa.

—¿Julián Castilla? —pronunció en inglés, con un acento muy marcado.

—Encantado —dijo, y le estrechó la mano—. Le presento a mi compañera, Aurora Santillana. Trabajamos para el periódico *El País*.

Julián le mostró su credencial y el policía asintió indiferente. De la oficina de prensa le habían comunicado la visita y rogado que atendiera la petición. La policía checa quería lavar su imagen ante los medios de comunicación extranjeros, debido a una serie de altercados de amplia repercusión internacional, como la represión violenta de los manifestantes antiglobalización durante la celebración de la 55 Asamblea Anual del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

—Acompañenme —les rogó.

El inspector Sobotka les condujo por un largo y estrecho pasillo, dotado de una

máquina expendedora de agua y paneles de corcho con fotografías de los delincuentes más buscados en Chequia, hasta un cubo de cristal que delimitaba una mesa, dos sillas y un pequeño archivador metálico. Les ofreció asiento y para ganar intimidad bajó las persianas venecianas de láminas de aluminio que protegían los cristales.

—A su disposición —dijo, y se sentó frente a su mesa—. La oficina de prensa me ha dicho que trabajan en un artículo sobre nuestros métodos de identificación.

—Esperamos no importunarle demasiado —se disculpó Julián, con la intención de ganarse su confianza—. Realizamos un análisis comparativo entre las policías europeas de los países firmantes del Acuerdo de Schengen.

—En 2004 —recordó el policía— la República Checa se adhirió a Schengen.

—Su embajada en Madrid —continuó Aurora con la farsa— nos habló del caso de una arqueóloga americana que murió en el hotel Pariz. Creo —dijo para alabarle— que hicieron una investigación impecable.

—Resultó fácil —determinó el inspector Sobotka—. Estaba registrada y había solicitado a las autoridades checas los permisos necesarios para realizar una excavación en el cementerio de Josefov.

—¿Suelen darse este tipo de permisos?

—De ninguna manera —negó el policía, y alzó los brazos en un gesto de desaprobación—. Se trató de un caso excepcional. La petición venía avalada por la comunidad judía de Estados Unidos y la embajada americana y nuestro gobierno se vio obligado a ceder. Cuestiones políticas, ya saben...

—Háganos un resumen de los hechos —le solicitó Julián.

—Recibimos una llamada de la dirección del hotel Pariz —relató—. Una huésped apareció muerta en su habitación. La encontró la gobernanta.

—¿Cómo la identificaron? —incidió Aurora.

—Con su pasaporte —especificó el inspector Sobotka—. Se trataba de Katherine Jones, profesora de la Universidad de Pensilvania y directora del Museo de Arqueología y Antropología de dicha universidad. Nada complicado. A las pocas horas la Embajada de Estados Unidos confirmó su identidad y el Ministerio de Asuntos Exteriores checo nos informó de sus actividades científicas en el país.

—¿De qué murió? —inquirió Julián.

—Esperen un segundo. —El inspector Alois Sobotka efectuó una consulta en el ordenador que tenía sobre la mesa, anotó un número, se levantó y cogió una carpeta del archivador—. Con el expediente a la vista —dijo— responderé mejor a sus preguntas.

—¿Figura el informe del forense? —dijo Aurora.

—Aquí está —cabeceó el policía checo, y extrajo un pliego de folios—. Sufrió un colapso cardíaco.

—¿Se detallan los motivos? —preguntó Julián.

El inspector Alois Sobotka repasó el informe para recordar los datos.

—Causas naturales —dictaminó al concluir la lectura—. Esa mujer vivía con un elevado índice de estrés. Viajaba a Pensilvania todas las semanas, atendía sus responsabilidades como profesora y directora del museo, y regresaba a Chequia. Para colmo estaba en proceso de divorcio y su marido le reclamaba la custodia del hijo menor de la pareja debido a sus continuos desplazamientos al extranjero. Dejaba al niño al cuidado de sus abuelos y tíos y eso desagradaba al padre. Según el forense, la tensión nerviosa y el elevado ritmo de trabajo le provocaron el colapso. Si lo desean —les ofreció— pueden echar un vistazo al informe de la investigación. Está en inglés. Remitimos una copia a la Embajada de Estados Unidos.

—Eso facilitaría nuestra labor —convino Aurora.

—Todo suyo. —Mostró su conformidad el policía y lo deslizó sobre la mesa.

Julián cogió la carpeta. Lucía el emblema del Departamento de la Policía de Investigación Criminal checo y, en el centro, una etiqueta adhesiva con su contenido:

Department of Criminal Police of the Czech Republic
Inspector Alois Sobotka
Collated copy for the Embassy of the United States of America
Case Katherine Jones
File n° 3.408/2010/42-BS
Crime Scene Investigation
Forensic Report.

Abrió la carpeta.

En una funda de plástico pegada a la primera hoja había un DVD. Le preguntó al inspector el contenido y éste le informó de que almacenaba las fotografías tomadas por la policía científica en el lugar de los hechos. Pasó a la siguiente hoja. Figuraba la filiación completa de la profesora Katherine Jones, un duplicado de su fotografía de pasaporte, los datos del mismo, sus títulos académicos, copia de los permisos solicitados ante los ministerios de Exteriores y Cultura de la República Checa, las respectivas fechas de entrada y salida del país, y un sinnúmero de datos que sólo pretendían demostrar ante las autoridades estadounidenses que la policía checa había realizado bien su trabajo.

Las siguientes hojas resumían la investigación de la policía científica. Señalaban la ausencia en la habitación de huellas ajenas a la víctima o a los empleados del hotel, descartaban cualquier signo de violencia en el cuerpo y en la cerradura de la puerta de entrada o en las ventanas, certificaban que el cadáver se mantenía en su posición *post mortem* y establecían, a modo de conclusión, la falta de indicios para determinar que

la víctima fuese objeto de una agresión.

El informe del forense ratificaba las conclusiones de la policía científica. Lo encabezaba una fotografía en blanco y negro del cuerpo de la víctima tomada en la mesa de autopsias. Un fallo del corazón, producido por un agotamiento súbito de la energía cardíaca y el deterioro de los pulmones debido al tabaquismo (sufría una EPOC^[21]) le habían provocado la muerte (diferentes pruebas demostraban su causa, así como la presencia de cianosis). El cuerpo carecía de signos de violencia (microhematomas o hematomas, heridas sangrantes, laceraciones, etcétera), los análisis rechazaban la ingestión de tóxicos o medicamentos de alto riesgo (sólo se detectó la presencia de pequeñas dosis de Barbital, un sedante para dormir) y las uñas carecían de restos sanguíneos o epiteliales fruto de una actitud defensiva ante un agresor. Según el dictamen forense nada demostraba que la muerte de la profesora Katherine Jones obedeciese a causas externas.

Las últimas páginas contenían el informe del trabajo de campo dirigido por el inspector Alois Sobotka. Adjuntaba las transcripciones de las declaraciones del personal del hotel, los interrogatorios a la gobernanta y a los empleados de la limpieza, una relación del resto de huéspedes y una investigación rutinaria, cotejada a través de los servicios de Interpol de los países a que pertenecían, sobre sus antecedentes penales. Todos estaban limpios. El informe también resaltaba la falta de elementos de juicio para acreditar una muerte violenta. Conclusión: muerte por causas naturales. El certificado de defunción cerraba el informe. Julián miró a Aurora y le devolvió la carpeta al policía.

—Inspector Sobotka... —intervino Aurora, carraspeó, se cubrió la boca con las manos y tosió de manera estrepitosa. Las palabras le habían desatado un ataque de tos. Se ahogaba, le faltaba la respiración, se levantó para evitar atragantarse—. Agua... —pidió casi asfixiada—..., agua...

El policía salió a toda prisa en busca de la máquina expendedora. Apenas cerró la puerta, Aurora recuperó el habla.

—Vigila —le ordenó nerviosa a Julián—. No disponemos de mucho tiempo.

Obedeció sin rechistar. Se colocó ante una persiana, separó las lamas con los dedos y controló el pasillo. Aurora sacó de un bolsillo interior de su chaqueta un lápiz de memoria TDK de 16 GB, lo conectó al ordenador del inspector, un Hewlett Packard Pavilion Elite, introdujo el DVD con las fotografías tomadas en la habitación del hotel Pariz y las descargó a su *pendrive*. Luego borró cualquier rastro de la intrusión y se guardó el lápiz USB en el bolsillo. Cinco segundos después el inspector Sobotka acudió presto con un vasito lleno de agua. Aurora lo bebió de un trago.

—*Thanks* —dijo, y aparentó estar sofocada.

—A veces —resolvió el policía, con el susto en el cuerpo— la saliva equivoca su recorrido y ocurren estas cosas.

—Casi me ahogo —dijo Aurora, simulando estar alterada—. Necesito tomar un poco el aire. Creo que me he mareado.

—No hay inconveniente —convino el policía checo—. ¿Han terminado?

—Sí —terció Julián—. Sus explicaciones han sido esclarecedoras.

—Quedo a su disposición —se ofreció—. Llámenme si precisan algo más.

El inspector Alois Sobotka les acompañó a los ascensores y les despidió deseando que Aurora se recuperara. Salieron a la calle, caminaron en dirección a la boca de metro de Karlovo Námesi, y se alejaron de la comisaría. Julián detuvo la marcha.

—¿A qué diablos ha venido eso?

—Necesitamos esas fotografías.

—¿Para qué?

—Sospecho —dijo Aurora seria— que a Katherine Jones le inyectaron un émbolo como al profesor Benari. Eso le produjo el colapso cardíaco. También lo intentaron con Clara Letamendi.

—¿Piensas que Osvaldo Sousa y René Chénier la asesinaron?

—Estoy convencida —determinó firme—. Excavaba la tumba del rabí Low. Un buen móvil a estas alturas de la investigación. Ella se convirtió en el primer eslabón de una cadena de muertes.

—El forense —intentó Julián desmontar su teoría— no encontró señales de agresión en el cuerpo. El informe resultaba concluyente.

—La autopsia —arguyó enérgica— estuvo condicionada por el resto de la investigación. Nadie sospechó de una muerte violenta, una muerte por émbolo venoso.

—¿Dónde le pincharon? —insistió—. Una aguja siempre deja huella.

—En la cabeza —determinó—. La fotografía de la profesora en la mesa de autopsias mostraba su cabellera. Le practicaron una autopsia rutinaria. De lo contrario la hubiesen rapado para estudiar el cuero cabelludo.

—Lograron engañarles.

—Las policías de la Europa del Este —lamentó Aurora— todavía tienen muchas carencias y falta de formación. Durante años sólo se dedicaron a reprimir a los disidentes políticos.

—Quizá andas por el buen camino —aceptó Julián.

—Vayamos al hotel —le apremió Aurora—. Analizaremos las imágenes. Cogieron el metro en Karlovo Námesi. El viejo que hojeaba libros en el local de venta de tiques del cementerio de Josefov les siguió de nuevo los pasos. Se colocó en el extremo opuesto del andén, para no llamar su atención, y al entrar el convoy en la estación, anduvo hacia ellos para subir en el vagón contiguo al suyo. Minutos antes el conductor del Skoda había observado a los tres caminar hacia la entrada del subterráneo. Se bajó del vehículo y también tomó el metro.

Julián y Aurora hicieron transbordo en Mustek y se apearon en Staromestská, la parada más cercana al hotel Four Seasons. El viejo esperó hasta el último momento y, al sonar el pitido que anunciaba el cierre de las puertas, se bajó a toda prisa. Al subir las escaleras resopló fatigado. Le faltaba el aire. Hacía muchos años que había dejado atrás la juventud y temió perderles. Apretó el paso, ganó la calle y les vio girar a la derecha por Veleslavinova. Se apostó en la esquina y observó que entraban en el hotel. Dejó pasar unos segundos, mientras recuperaba el resuello, y luego se dirigió a la recepción. Preguntó al empleado por el número de habitación de la pareja que acababa de entrar y le pidió un sobre y una hojita de papel. Escribió algo, metió la hojita en el sobre y le rogó que se encargara de entregárselo. El joven lo dejó en un casillero y se dedicó a atender a los huéspedes que esperaban su turno para efectuar el *check-in*. El conductor del Skoda observó todos sus movimientos.

Se acomodó en una butaca de brazos acolchados frente al escritorio, conectó su iBook G4 y descargó las fotografías del lápiz de memoria. Julián cogió una silla y se sentó a su lado. Aurora colocó la primera imagen en la pantalla. Mostraba una vista general de la habitación, con el cuerpo de la profesora Katherine Jones tendido en el suelo, cerca de la cama. La calidad de la imagen resultaba excelente. La policía checa utilizaba buenas cámaras. Pinchó un icono y obtuvo la información técnica. Las fotografías fueron tomadas con una Nikon D3X de 24,5 megapíxeles de resolución. Eso le permitiría ampliarlas a un tamaño considerable.

—¿Qué buscamos? —dijo Julián, perdido.

—Algo que confirme mis sospechas —respondió Aurora— y demuestre la autoría del asesinato a manos de Osvaldo Sousa y su guardaespaldas haitiano.

Julián asintió y Aurora abrió una segunda fotografía en la pantalla. Ofrecía una imagen en primer plano del cuerpo de la víctima. Vestía un camisón de seda y estaba tendida decúbito supino. El colapso la había desplomado de repente. Las siguientes tomas mostraban el cuerpo desde distintos ángulos. La cama estaba sin deshacer. Le seguían una serie de fotografías monográficas: primeros planos de la mesita de noche, las huellas tomadas en la habitación, los armarios con la ropa colgada en perfecto orden, los cierres de la maleta sin señales de haber sido forzados, el bolso y diversas instantáneas de su contenido (pintalabios, un paquete de pañuelos de celulosa, un tubito de crema hidratante, un monedero, el pasaporte, un cepillo para el pelo, etcétera). En las fotografías nada estaba desordenado o mostraba signos de violencia.

—Revisemos —le propuso Julián— los objetos de la mesita de noche.

Aurora cabeceó y situó en la pantalla la fotografía que le solicitaba. Seleccionó los objetos uno a uno y procedió a ampliarlos. Junto a la lamparita había un reloj Hublot de oro, de línea clásica, esfera negra y pulsera de caucho, valorado en unos tres mil euros. Un botín que ningún ladrón rechazaría. Pasó a los siguientes: un teléfono móvil Nokia 5800 Xpress, de pantalla táctil, un juego de llaves agrupado en

un aro de plata con el escudo de la Universidad de Pensilvania, varios billetes de coronas checas y dólares sujetos por una pinza también de plata, un paquete de tabaco Marlboro, un encendedor Dupont de oro y laca china, un cenicero repleto de colillas, una agenda de piel...

—Regresa a la imagen del cenicero —le pidió Julián—. El informe del forense achacaba el colapso al estrés y a su adicción al tabaco.

—Osvaldo Sousa —meditó Aurora— también fumaba de manera compulsiva.

—Si estuvo en la habitación —vaticinó Julián— quizá dejó una colilla.

—Veámoslo.

Aurora colocó de nuevo en la pantalla la fotografía del cenicero. Estaba repleto de colillas en apariencia iguales. Entró en Internet y buscó la página web de la firma Philip Morris, fabricante de los cigarrillos Marlboro. Escudriñó un detalle de los mismos y se fijó en la longitud de los filtros y su color. Después entró en la web de British American Tobacco y observó una fotografía de los cigarrillos Dunhill International. Las colillas de unos y otros se diferenciaban sin problemas. Dunhill colocaba su marca bien visible a la altura del filtro. Regresó a la fotografía del cenicero y la amplió al máximo. Un montón de colillas tomaron forma ante sus ojos. La mayoría eran de Marlboro y estaban manchadas de carmín. Había colillas tan aplastadas que resultaba imposible determinar su marca y otras consumidas hasta el mismo filtro.

—Ésa de ahí —señaló Julián en la pantalla—. Parece diferente al resto.

Aurora fijó los ojos. Con la ayuda del programa Adobe Photoshop recortó la colilla en cuestión y la amplió hasta el límite de su resolución. La imagen permanecía nítida, pero resultaba imposible leer la marca. Intentó aumentar el tamaño un poco más y la colilla se convirtió en una masa borrosa de color blancuzco.

—Necesitamos ayuda —determinó contrariada—. No dispongo de ningún programa de reconstrucción de imágenes.

—Déjalo —dijo Julián, cansado.

—Si Osvaldo Sousa estuvo en la habitación —arguyó Aurora— esa colilla pertenece a un cigarrillo Dunhill International. Una prueba del asesinato de la profesora Katherine Jones.

—¿Cómo piensas solucionarlo?

—Llamaré a Daniel Marín —dijo decidida—, del Grupo de Delitos Telemáticos.

Cogió su iPhone y tras unos pitidos el guardia civil experto en matemáticas e informática descolgó.

—Sí —dijo.

—Soy la teniente Santillana —respondió Aurora al otro lado de la comunicación — del Departamento de Investigación Criminal.

—La recuerdo —asintió—. ¿Algún problema con las coordenadas DD?

—No..., no... —dijo—. Preciso su colaboración para reconstruir una fotografía.

—¿Soporte digital o película? —la interrogó Daniel Marín para hacerse una idea de la dificultad.

—Digital.

—¿Cuántos megapíxeles?

—Veinticuatro y medio.

—Sin problema —afirmó—. ¿Puede enviármela por e-mail?

—De inmediato —convino—. Es urgente.

—Si me dice qué busca —dijo Daniel Marín servicial—, podría centrar la atención en ello.

—La fotografía pertenece a un cenicero —le informó Aurora— y preciso leer la marca de una colilla situada en el ángulo superior derecho de la imagen.

—Recorte ese sector y mándemelo —le aconsejó—. En cuanto tenga el resultado, le remitiré la ampliación a la misma dirección de correo electrónico.

—¿Cuánto tardará?

—No sé... —vaciló Daniel Marín—. En el grupo disponemos del último programa de reconstrucción algorítmica de imágenes digitales, pero necesito ver la fotografía para evaluar el tiempo. Calcule unos veinte o treinta minutos.

—Espero su respuesta —dijo Aurora cargada de paciencia.

Abrió el correo electrónico y en un archivo adjunto envió la imagen al Grupo de Delitos Telemáticos.

Julián cerró la pantalla del iBook G4 y le acarició la entrepierna. Ella suspiró. Se levantó, le cogió de la mano y apartó a un lado la colcha de la cama. Se desnudaron entre besos cargados de deseo. Se abrazaron y Julián sintió los pezones de ella en su pecho. La contempló en silencio. Desde que habían llegado a Praga el sexo había quedado en un segundo lugar. Media hora les permitiría recuperar el tiempo perdido.

Aurora miró el reloj. Habían pasado una hora haciendo el amor y le había parecido un minuto. Se puso un jersey, conectó su iBook y entró en la lista de su correo electrónico. Tenía un mensaje de Daniel Marín: «Espero que le sirva —leyó—. La marca es visible. Quedo a sus órdenes. Saludos». Abrió el archivo adjunto y encontró dos fotografías. La primera mantenía el formato original (*original image*, indicaba una pestaña de color negro y letras blancas) y la segunda delimitaba, en una cuadrícula que ocupaba la pantalla al completo, la colilla objeto de su atención (*reconstructed image x 300*). A la altura del filtro podía leerse con nitidez: «Dunhill».

—¡Bingo! —exclamó Aurora, orgullosa de sí misma—. A la profesora la asesinaron Osvaldo Sousa y René Chénier.

Julián se levantó de la cama, se cubrió con la camisa y contempló la fotografía de la pantalla. Aurora había acertado.

—Enhorabuena —la felicitó—. Esa mujer murió de un colapso cardiaco

producido por un émbolo.

—El siguiente paso —incidió Aurora pensativa— es hallar el vínculo entre la profesora Katherine Jones y Abraham Benari.

—Perteneían al mundo universitario —diagnosticó Julián—. Podían intercambiar información.

—¿Y el resto de la trama? —preguntó confusa—. ¿Dónde encajan Osvaldo Sousa y René Chénier?

—La profesora excavaba la tumba del rabí Low —reflexionó Julián en voz alta— y esos tipos buscaban el *Libro de Dios*.

—Tiene que haber algo más —insistió Aurora—. ¿Cómo supieron el anticuario y su guardaespaldas que llevaba a cabo la excavación?

—De mil maneras —dijo Julián—. Era de dominio público.

—Rastrearé Internet —decidió Aurora.

Entró en Google y colocó en la ventana el nombre de «Katherine Jones», a continuación el signo + y «Universidad de Pensilvania». Pinchó la ventana de «buscar» y aparecieron en la pantalla las primeras diez referencias de las 14.400 que ofrecía la red. Abrió la página de *Wikipedia* y leyó en voz alta para que Julián le oyera:

Katherine Jones (Filadelfia, 1 de mayo de 1960-Praga 10 de octubre de 2010), catedrática estadounidense de la Universidad de Pensilvania y directora del Museo de Arqueología y Antropología (Penn Museum) de dicha universidad, especializada en arqueología del Oriente Medio y lenguas semíticas. Sus trabajos académicos, la mayoría publicados en la revista Expedition, editada por la Universidad de Pensilvania, han tenido un notable eco entre la comunidad científica internacional. La profesora Katherine Jones, entusiasta de las excavaciones como principal método científico de investigación, ha dirigido más de veinte expediciones arqueológicas y antropológicas de las cuatrocientas patrocinadas por la Universidad de Pensilvania desde su fundación en 1887. La profesora Katherine Jones destaca por su labor de investigación en el campo de las lenguas crípticas con notables trabajos sobre cábala y jeroglíficos. Su libro The cabbala and the principle of the life obtuvo una gran difusión mundial...

—

—Le interesaban la cábala y su relación con el origen de la vida —susurró Aurora.

—No presenta el perfil de la típica persona que persigue una quimera —determinó Julián.

—Su interés —afirmó Aurora— era estrictamente científico.

—Sigue buscando —le pidió Julián, le besó el cuello y se colocó detrás de ella para ver la pantalla.

Abrió otras páginas, leyó las primeras líneas y las descartó. Hasta que una reclamó su atención. Contenía un boletín que informaba día a día de las noticias que generaba el Quinto Congreso Mundial de Lenguas Crípticas, celebrado seis meses atrás en el hotel Palomar Washington D. C. Revisó su contenido y encontró los nombres de los ponentes. Katherine Jones y Abraham Benari figuraban como principales conferenciantes. La primera disertó sobre la importancia de descifrar la escritura críptica para comprender el pensamiento y desarrollo intelectual de los pueblos primitivos del Oriente Medio, y el segundo presentó a la comunidad universitaria el programa GHJ-1235-X.

Inspeccionó el resto de páginas del boletín y encontró varias fotografías tomadas durante la celebración del congreso. En ellas aparecían Katherine Jones y Abraham Benari en sus respectivos turnos de palabra. Otras imágenes ofrecían una vista general de la sala de conferencias del hotel Palomar Washington D. C. Amplió al máximo las fotografías para identificar las caras de los asistentes. Sentados en la tercera fila, aunque algo difuminados por la escasa calidad de las fotografías, descubrió a Osvaldo Sousa y René Chénier. Los señaló en la pantalla.

—Ahí están —musitó Julián.

—Sí —convino Aurora—. Se enteraron de la existencia del programa GHJ-1235-X en Washington, durante su presentación a la comunidad científica internacional.

—Y también —dedujo Julián— de que el Gobierno checo había autorizado a la profesora Katherine Jones a excavar la tumba del rabí Low.

Aurora revisó las últimas páginas del boletín. Contenían un resumen en inglés, francés, alemán, español y hebreo de las conferencias impartidas en el congreso. Buscó el texto castellano de la ponencia de la profesora Katherine Jones y amplió el tamaño de la letra.

—«Estoy convencida —leyó en voz alta— de la existencia en la tumba del rabí Low de tablillas con escritura críptica relacionadas con la cábala y la supuesta creación de vida artificial, una creencia muy arraigada en el pensamiento del pueblo judío. Si hasta la fecha dichas tablillas no han visto la luz se debe a que el cementerio de Josefov presenta doce niveles de enterramientos con cientos de lápidas apiladas unas encima de otras. La excavación sistemática de la tumba del rabí Low y sus adyacentes permitirá conocer dichas lápidas, situarlas en sus tumbas y proceder a investigar su contenido...».

—Su trabajo de excavación —conjeturó Julián— pretendía demostrar la existencia de textos cabalísticos relacionados con las creencias cosmológicas y esotéricas de los judíos.

—Como suponía —dijo Aurora—, la profesora Katherine Jones no buscaba el *Libro de Dios*. Su finalidad sólo era científica.

—Osvaldo Sousa y René Chénier —siguió Julián— vieron una buena oportunidad para indagar acerca de sus intereses. La siguieron hasta Praga y la interrogaron en el hotel sobre sus hallazgos en la tumba.

—No lograron sacarle nada —completó Aurora el desarrollo de los hechos— y la mataron para evitarse problemas. Podía denunciarles y pesaban sobre sus cabezas varias órdenes de busca y captura internacionales.

—Después —acometió Julián— siguieron la pista del profesor Benari hasta Toledo con la intención de apoderarse del programa GHJ-1235-X y descifrar la escritura oculta en el *Pardes rimmonim*. Estaban convencidos de que el libro acabaría en sus manos.

—El profesor —dijo Aurora— se negó a entregarles una copia del programa y le mataron. Les importaba un bledo dejar un reguero de cadáveres por media Europa. Estaban acostumbrados a matar y quedar impunes.

—Ya oíste a fray Valbuena —incidió Julián—. De hallarse, el *Libro de Dios* valdría igual que el Arca de la Alianza o las Tablas de la Ley. La ambición no conoce barreras y esos tipos carecían de escrúpulos.

—¿Qué tenemos hasta este momento? —suspiró Aurora, abatida.

—Seis cadáveres —proclamó Julián con ironía.

—Tres de las víctimas fueron asesinadas por Osvaldo Sousa y René Chénier —meditó Aurora—. Pero a ellos y a Águila Negra ¿quién les mató?

—Un sicario del que nadie ha oído hablar.

—Que a su vez —continuó Aurora— murió abrasado en el incendio del taller.

—La autoría de los asesinatos está resuelta.

—¿Eso crees? —inquirió Aurora y Julián se encogió de hombros—. Desconocemos la identidad del sicario, de dónde procedía, el móvil que le guiaba... No es casualidad que apareciera en lugares diferentes y tiempos distantes. Sin olvidar el anónimo que alguien dejó en mi apartamento.

—Hemos trabajado con la hipótesis de un asesino —expuso Julián—, pero Anselmo Heredia hace setenta y cuatro años ya observó a dos tipos vestidos de hábito negro y el rostro cubierto por una máscara. Unos sujetos idénticos al que mató a Osvaldo Sousa y René Chénier, entró en el taller de Águila Negra y asaltó al vigilante de la Biblioteca Nacional.

—Varios sicarios andan sueltos —musitó Aurora, y un escalofrío le recorrió la espalda—. ¿A qué nos enfrentamos?

—Ni idea —admitió Julián, también estremecido.

Capítulo 9

Se disponían a salir de la habitación y recorrer las calles de Praga en busca de un restaurante de cocina tradicional que preparaba una exquisita *kulajda*, una sopa de sabor agridulce, y un apetitoso *vepro knedlo zelo*, un asado de cerdo aderezado con chucrut, comino y *knedlíky* (panecillos de harina) que muchos checos consideraban el plato nacional. Julián extrajo la tarjeta que conectaba el circuito eléctrico, abrió la puerta y sonó el teléfono. Miraron el aparato desconcertados. Nadie, salvo el comandante Contreras, sabía que estaban en Praga. Aurora interrogó a Julián con la mirada. El comandante siempre la llamaba a su teléfono móvil. Julián cerró la puerta, retrocedió sobre sus pasos y descolgó.

—Sí —dijo a secas.

—Le hablo de recepción —dijo un empleado del hotel—. He mandado a un botones a su habitación con un envío para ustedes.

—Creo que se equivoca.

—Yo mismo he atendido al señor que lo ha entregado.

—¿Sigue ahí?

—No, señor Castilla —se excusó el recepcionista—. Lo dejó hace unas dos horas. No dijo que fuese urgente y como tenía trabajo...

—¿Puede describirle?

—Sí —dijo indiferente—. Un anciano delgado, vestido con un abrigo de lana...

Alguien llamó a la puerta.

—Gracias —se despidió Julián y colgó.

Aurora abrió y el botones le entregó un sobre. Julián le dio una propina y el muchacho regresó a su puesto. Observaron el envoltorio por ambas caras. Pertenecía al hotel y sólo figuraba el número de su habitación. Aurora rasgó la solapa y extrajo un papel, también con el membrete del hotel, y un texto escrito a mano en castellano:

Preciso hablar con ustedes lo antes posible. Acudan esta noche a las doce en punto a la Sinagoga Española 50.0902036 14.4207989

—Esos números... —murmuró Aurora para sí.

—Son idénticos a los que recibió Abraham Benari en Toledo y almacenaba su ordenador —advirtió Julián—. Unas coordenadas encriptadas en el sistema DD. La persona que ha dejado esta nota le remitió la carta al hotel Paraíso.

—¿Cómo ha dado con nosotros?

—Buena pregunta.

—Sabe que hemos descifrado las coordenadas —especuló Aurora—. Ha dejado esos números como seña de identidad. Para que confiemos en él.

—Comprueba que sean unas coordenadas.

—De inmediato.

Aurora conectó su iBook G4, buscó en Internet un conversor y puso en dos ventanas al efecto los números que figuraban en la nota. Pulsó una tecla y, de forma automática, aparecieron en la pantalla las coordenadas del sistema sexagesimal:

50° 5' 24.73" N 14° 25' 14.88" E

Las convirtió al sistema UTM de los GPS:

X = 458568.19 Y = 5548820.67 Huso = 33 Hemisferio = Norte

Luego obtuvo el lugar que señalaban.

Dusni, 12. Praga (Europa, República Checa)

Averigua —dijo a Julián— qué hay en esta dirección.

Abrió el mapa, situó la calle y vio que pertenecía al barrio de Josefov. Después rastreó los folletos turísticos hasta encontrar la dirección de las coordenadas. En la calle Dusni estaba la Sinagoga Española.

—Es la misma persona que envió la carta a Abraham Benari —afirmó Julián a la vista del resultado—. No tengo ninguna duda. Sabía que comprobaríamos las coordenadas. Por eso en la nota ha omitido la dirección de la sinagoga.

—Conoce la muerte del profesor Benari —dedujo Aurora.

—Y otras muchas cosas —suspiró Julián.

Cambiaron de planes y cenaron en el restaurante Palác Kinsky, próximo a la calle Dusni, un local muy animado que ocupaba parte del antiguo palacio de Goltz Kinsky, contiguo a la iglesia de Nuestra Señora de Tyn, para estar cerca de la Sinagoga Española y llegar puntuales a la cita.

Quince minutos antes de la medianoche salieron del restaurante y se adentraron en el barrio de Josefov. Oculto entre las sombras, el conductor del Skoda les observó. Sus órdenes le obligaban a seguirles día y noche. Las tiendas de recuerdos y artesanía habían cerrado sus puertas, los edificios monumentales permanecían en silencio, sin la algarabía de los visitantes, y los miles de turistas que recorrían a diario sus calles las habían abandonado. Buscaron el número 12 de la calle Dusni y llegaron a la Sinagoga Española o Spanelská, un templo utilizado por los judíos sefardíes que llegaron a Praga en el siglo XVI huyendo de las persecuciones de la Inquisición.

Julián miró su reloj. Faltaban tres minutos para las doce de la noche. Esperaron y

el tañido de las campanas de las iglesias y conventos de la Ciudad Vieja les señalaron el momento de entrar. Empujó la puerta. El chirrido de las bisagras reverberó en el interior del templo. Dos lámparas permanecían encendidas. Aurora se acarició de manera instintiva la cintura. Echaba en falta su Browning. Admiraron la decoración dorada de techos y paredes, y la proliferación de estrellas de David en las bóvedas.

—¿Hay alguien? —gritó Julián.

—Pasen —dijo en castellano un anciano que emergió de detrás de una columna.

Se acercó a ellos, inclinó la cabeza a modo de saludo, les rogó silencio con el dedo índice apoyado en los labios y cerró la puerta de la sinagoga con una gruesa llave de hierro. A continuación apagó las luces y les condujo a una salita alumbrada por dos quinqués de aceite de parafina, de paredes y bóveda también doradas, presidida por una gran estrella de David pintada en la pared de cabecera y debajo una *menorá* de cobre reluciente como el oro. Les ofreció dos sillas de madera y acolchado de terciopelo y, sin preguntarles, les sirvió dos vasitos de café con cardamomo.

El anciano se acomodó en otra silla frente a ellos. Les separaba una preciosa mesa circular de alpaca, sostenida por tres patas de madera de teca labradas con motivos vegetales, y la superficie grabada con una réplica del Templo de Salomón protegida por un cristal.

—Me llamo Ebam Peleg —dijo, tras el primer sorbo de café— y soy el rabí de la Sinagoga Española. ¿Habían estado antes en Praga?

—Sí —respondió Julián.

—¿Les gusta mi sinagoga?

—Es preciosa —respondió Aurora, sincera.

—Se construyó en 1590 —relató Ebam Peleg—, en el solar de la Vieja Escuela judía. En 1689 un incendio la arrasó y años después se reconstruyó y convirtió en la sede de los reformadores judíos.

—Un templo —terció Julián— que se aparta de la ortodoxia.

—Aquí —insistió el rabí sin contener su emoción— se celebraron los primeros rezos acompañados de música. Su organista, Frantisek Skroup, compuso la canción *¿Dónde está mi hogar?*, el himno nacional checo.

—Habla un castellano bastante correcto —dijo Julián.

—Pertenezco —aclaró el rabí— a una familia de judíos sefardíes. Mis antepasados vivieron en la judería de Ciudad Real.

—¿Cómo dio con nosotros? —inquirió Julián, ansioso por conocer sus intenciones.

—De casualidad —suspiró—. Estaba en la expendeduría de tiques del cementerio judío y les oí preguntar por hechos raros ocurridos en Josefov. Al decirles que murió una arqueóloga, sus caras cambiaron de expresión.

—Ya... —musitó Aurora.

—¿Quiénes pensó que éramos? —siguió Julián.

—Periodistas o policías —aventuró el rabí—. ¿Me equivoco?

—Ambas cosas. —Julián sonrió—. Ella es policía.

—Guardia Civil —especificó Aurora.

—Y yo periodista —subrayó Julián—. Trabajo para el diario *El País*.

—¿Qué investigan en Praga? —les tanteó Ebam Peleg.

—La muerte de seis personas —acometió Aurora—. Entre ellas, el asesinato del profesor Abraham Benari. ¿Le conocía?

—De sobra saben que sí —afirmó Ebam Peleg con un nudo en la garganta—. Por eso han dado credibilidad a mi nota. Dejarles la dirección de la sinagoga encriptada en sus coordenadas DD les ha convencido. ¿Estoy en lo cierto?

—Ha facilitado las cosas —admitió Julián.

—Decidí seguirles —expuso—. Katherine Jones y Abraham Benari colaboraban y si les interesaba su muerte, debía hablar con ustedes.

—Controló nuestros pasos —determinó Aurora, enfadada consigo misma por haber bajado la guardia. Nunca pensó que alguien pudiera vigilarles en Praga.

—Les vi entrar en la comisaría de la plaza Karlovo —relató Ebam Peleg—. Eso me ratificó en mi convencimiento de que eran policías o periodistas. Esperé a que salieran, les seguí hasta el hotel Four Seasons y decidí dejarles la nota. Necesitaba hablar con ustedes.

—¿Cómo se enteró de la muerte del profesor Benari? —intervino Julián.

—Recibo a diario el periódico *Ha'aretz* —dijo el rabí—, editado en Tel Aviv, y publicaron un amplio reportaje. El profesor Benari era una persona importante en Israel. Como sabrán, dirigía la cátedra de Cábalá de la Universidad Hebrea de Jerusalén.

—¿En qué consistía la colaboración entre Katherine Jones y Abraham Benari? —le interrogó Aurora para entrar de lleno en materia.

—La profesora Jones utilizaba el programa GHJ-1235-X —aclaró Ebam Peleg— para interpretar las tablillas cabalísticas que aparecían en la excavación de la tumba del rabí Low.

—Y usted —dedujo Julián, con un sorbo de café en la boca— a su vez colaboraba con el profesor Benari.

Ebam Peleg asintió con un leve movimiento de cabeza.

—¿Cómo ayudaba a Abraham Benari? —inquirió Aurora.

El rabí permaneció callado. Paladeó el último sorbo de café aderezado con cardamomo, al estilo de los beduinos del Néguev, y posó el vasito sobre el cristal de la mesa de alpaca.

—Abraham —arrancó decidido— intentaba recuperar una de las láminas del *Libro de Dios* que en el siglo XVI se conservaban en la sinagoga Altneu.

—¿Con ese fin le remitió las coordenadas de Toledo? —siguió Julián.

—Sí —admitió Ebam Peleg—. Abraham había estado en Praga para analizar con su programa la simbología de las sinagogas Altneu y Pinkas y el cementerio judío, y obtener información sobre el posible destino de las láminas.

—¿Qué ocultan esos lugares? —dijo Aurora, sin comprender la importancia de los mismos.

—La sinagoga Altneu —la complació el rabí— conserva inscripciones ocultas en sus piedras, como las marcas de cantería de los maestros picapedreros medievales, que Abraham intentaba interpretar con su programa.

—¿Qué pretendía descubrir? —profundizó Julián.

—Una pista sobre el paradero del *Libro de Dios* —afirmó tajante—. Una tradición asegura que el rabí Low dejó las claves para su hallazgo en las inscripciones de la sinagoga Altneu o Vieja Nueva, como se conoce en castellano.

—¿Y la sinagoga Pinkas? —terció Aurora—. En sus paredes sólo están grabados los nombres de las víctimas del Holocausto.

El rabí cogió aire y les miró a la cara. A la tenue luz de los quinqués sus ojos brillaban en la oscuridad como los de un gato.

—Antes de la Segunda Guerra Mundial —expuso Ebam Peleg— en Josefov vivían algunos de los cabalistas más notables del mundo. Al invadir los nazis la ciudad se ocultaron y cambiaron de identidad. Fueron detenidos, como la mayoría de mis compatriotas, y murieron en el gueto de Terezín.

—Sigo sin comprender qué esconde la sinagoga Pinkas —insistió Aurora.

—Esos cabalistas —siguió el rabí de la Sinagoga Española— trabajaron durante años para descifrar los símbolos de la sinagoga Altneu y el cementerio judío, y recuperar el *Libro de Dios*. Una misión eterna de los judíos desde su desaparición. Pero a su muerte sus nombres permanecieron en secreto, al igual que los estudios que habían realizado.

—Sus identidades figuran encriptadas en las paredes de Pinkas —caviló Julián.

—Sí —ratificó Ebam Peleg—. Camufladas en el laberinto de casi ochenta mil nombres. Los encargados de confeccionar la lista de las víctimas del Holocausto, viejos judíos que vivieron en el gueto de Terezín, decidieron mantener en secreto los nombres de los cabalistas por respeto a sus maestros. El profesor Benari intentaba descifrar esos nombres para acceder a sus estudios.

—¿Cómo pensaba hacerlo? —preguntó Aurora.

—¿Han visitado la sinagoga Pinkas? —Julián asintió—. Entonces habrán observado que los nombres de las víctimas están grabados en tres colores: amarillo, rojo y negro. Tres colores de un alto contenido simbólico.

—Una especie de criptograma —dedujo Julián.

—Más o menos —convino el rabí—. El amarillo se relaciona con el símbolo del

oro, del Sol o la luz, y personifica la eternidad y la gloria, algo que sólo puede lograrse con el conocimiento supremo de la cábala.

—¿Y el rojo y el negro? —preguntó Aurora, que paladeaba a pequeños sorbos el café con cardamomo.

—El rojo —siguió Ebam Peleg— simboliza el fuego y la sangre, y se considera el color de la vida y la fertilidad. Mis antepasados creían que protegía de los peligros y pintaban a los animales y a las casas de rojo para librarlos de las influencias malignas. ¿Logran ver su significado? —Asintieron y el rabí continuó—: Por último, el negro se relaciona con el absoluto, y en muchas culturas las Diosas Madres, las diosas de la fecundidad, son negras.

—Los tres colores hablan de los secretos de la vida —susurró Julián, admirado de los conocimientos del rabí.

—Abraham —siguió Ebam Peleg— opinaba que las letras y los colores habían sido combinados para encriptar el nombre de los cabalistas que murieron en el gueto de Terezín. Si lograba desentrañar sus identidades tendría una oportunidad de acceder a sus estudios y avanzar en la búsqueda del *Libro de Dios*.

—¿Y el cementerio de Josefov? —insistió Aurora, que le escuchaba atenta.

—Tanto la profesora Jones como Abraham Benari —dijo el rabí— estaban convencidos de que la tumba del rabí Jehuda Low ben Bezazel ocultaba claves muy importantes sobre los secretos de la creación de vida artificial.

—¿Sólo porque una leyenda le atribuye la creación de un *golem*? —incidió Julián.

—Es un factor a tener en cuenta —determinó Ebam Peleg.

—¡Se trata de una leyenda! —protestó Aurora, sin comprender la importancia que los judíos le atribuían.

—Las leyendas —dijo Ebam Peleg— casi siempre tienen un trasfondo de realidad, aunque muy enmascarada por el paso de los siglos y las aportaciones posteriores. La tumba del rabí Low muestra indicios que dan credibilidad a la confección del *golem* y su conocimiento de la fórmula para la creación de seres artificiales.

—Fórmula —dijo Aurora— que grabó en tres láminas de oro.

—El *Libro de Dios* —musitó el rabí.

—Háblenos de esos indicios —le pidió Julián, metido de lleno en la conversación.

—Primero está el nombre del rabí —comenzó Ebam Peleg—. ¿Saben qué significa Low?

—«León» —respondió Julián—, si los folletos turísticos no mienten.

—Correcto —afirmó Ebam Peleg complacido—. El león aparece como el primero de los cuatro reyes, simbolizados por animales, que Yahvé hizo aparecer ante los ojos

del profeta Ezequiel junto al río Kebar, y que san Juan reconoció en su visión en la isla de Patmos.

—Un animal —señaló Aurora— que simboliza la revelación de un conocimiento divino.

—El secreto de la creación —remató Julián.

—La interpretación simbólica de un nombre —rechazó Aurora— no otorga acta de veracidad a una leyenda.

—Los judíos —le rebatió Ebam Peleg— tenían al león por un animal solar relacionado con la luz y la sabiduría, e identificaban a Yahvé con un león. Salomón hizo fundir un león de oro y otro de plata para colocarlos en la entrada del Templo de Jerusalén, el templo de la sabiduría.

—Una tumba cargada de simbolismo —admitió Aurora.

—Hay evidencias todavía más sorprendentes —afirmó Ebam Peleg—. A ambos lados de la tumba del rabí Low se alinean las treinta y tres estelas funerarias de sus discípulos predilectos.

—Un número simbólico —conjeturó Julián, y recordó las enseñanzas sobre la secuencia de Fibonacci y el número 137.

—El número de la vida —dictaminó el rabí—. A las treinta y tres semanas un ser humano puede abandonar el claustro materno y sobrevivir por sus propios medios.

—Otro número para devanarse los sesos —suspiró Aurora.

—Según el cristianismo —dijo Ebam Peleg—, que asimiló creencias mucho más antiguas, Jesucristo vivió treinta y tres años, y la zona entre los ríos Tigris y Eufrates, donde supuestamente estuvo el jardín del Edén, se sitúa en la latitud 33° 33' 33". Para los judíos este número también está cargado de simbolismo porque David reinó treinta y tres años.

—Nada es casualidad —afirmó Aurora.

—De eso puede estar segura —convino Ebam Peleg—. Tampoco es casualidad que los grados de la masonería sean treinta y tres, que las tres partes de *La divina comedia* se compongan de treinta y tres cantos, y que el eje del ser humano, la columna vertebral, esté formada por treinta y tres vértebras durante la etapa fetal y la niñez. Después, en la edad adulta, se convierten en veintiocho debido a que los huesos del sacro y el cóccix se sueldan. La tumba del rabí Low —concluyó el rabí con voz grave— entraña una enseñanza hermética sobre la creación de seres artificiales. No les quepa ninguna duda.

—¿Y Toledo? —dijo Julián, mordido por la curiosidad—. ¿Qué buscaba el profesor Benari en la capital manchega?

—Lo mismo que en Praga y en otros centros importantes del judaísmo —respondió Ebam Peleg.

—Una fórmula —interpretó Aurora—, un número de oro capaz de propiciar la

vida de seres artificiales.

—Abraham —aclaró el rabí para demostrarles su buena voluntad— rastreaba huellas del saber cabalístico de los judíos para acceder a esa fórmula o al mismo *Libro de Dios*.

—La judería de Toledo —apuntó Julián— figuró entre las más importantes del mundo.

—El profesor Benari —dijo el rabí— estaba convencido de que los judíos toledanos poseyeron el secreto de la creación.

—¿Lo grabaron en las sinagogas de El Tránsito y Santa María la Blanca y en la cueva de Hércules? —dudó Aurora.

—Hice mis propias averiguaciones —expuso Ebam Peleg—. Mi familia procedía de Ciudad Real, como les he dicho, pero teníamos parientes en Toledo y sus archivos familiares, tras generaciones de pasar de padres a hijos, quedaron finalmente en mis manos. Gracias a ellos descubrí que la cueva de Hércules ocultaba enseñanzas cabalísticas y El Tránsito y Santa María la Blanca inscripciones y símbolos esotéricos relacionados con la cábala de la creación, cuyo análisis podría aportar un poco de luz en la búsqueda de la vida artificial.

—¿Comunicó sus sospechas al profesor Benari? —preguntó Julián.

—Estaba en Toledo y pensé que sería una buena ocasión para comprobar los datos sobre el terreno. Los tres lugares —siguió— componen un triángulo, al igual que las sinagogas Altneu y Pinkas y el cementerio de Josefov. Un símbolo de la creación.

—Le remitió una carta —dijo Julián— con los tres puntos encriptados en sus coordenadas DD.

—Sí. —Ebam Peleg cabeceó—. Siempre utilizábamos ese sistema. Resulta más difícil de interpretar si cae en manos ajenas.

—Pudo llamarle por teléfono o mandarle un correo electrónico —alegó Aurora.

—Internet pertenece a un mundo ajeno a mí —se justificó Ebam Peleg— y las comunicaciones telefónicas son inseguras. Debería saberlo. Como puede comprobar, vivo con la austeridad del Medievo.

—¿Por eso desprecia la luz eléctrica?

—Esa *menorá* —dijo el rabí, y señaló el candelabro de siete brazos que presidía la salita— se alumbra sólo en las fechas más importantes para los judíos, y estos quinqués conservan su fuego de manera perenne.

—¿Qué sabe del *Libro de Dios*?

—Poca cosa —admitió Ebam Peleg contrariado—. El rabí Low recibió de Yahvé el secreto de la creación, confeccionó un *golem*, y grabó la fórmula en tres láminas de oro que recibieron el nombre de *Libro de Dios*. Guardó las láminas en la sinagoga Altneu, la cual regentaba, hasta que alguien las robó.

—¿Quién? —soltó Aurora.

—Jamás se ha sabido.

—¿Felipe II? —le tiró de la lengua.

—Una vieja tradición le señala como el culpable —admitió el rabí a la defensiva—, pero nunca se ha demostrado. Le interesaba la alquimia y pudo ordenar el robo.

—Un momento —dijo Julián, e hizo un gesto de pausa con las manos. Meditó unos segundos, y habló—: Al inicio de nuestra conversación ha mencionado que el profesor Benari buscaba sólo una lámina de las tres que componen el libro.

—Según la misma leyenda —argumentó el rabí— por circunstancias desconocidas sólo una lámina llegó a poder del Rey.

—Lo sé —dijo Julián, pensativo.

—¿Adónde fueron a parar las otras dos? —inquirió Aurora.

—Felipe II mandó a Praga a tres de sus mejores agentes para robar las láminas —relató Ebam Peleg—, pero, como ya he dicho, por razones misteriosas sólo uno regresó a Madrid.

—¿Qué les ocurrió a los otros?

—Murieron —espetó Julián, que había seguido la narración con interés.

El rabí guardó silencio. La placidez de su rostro se había visto alterada por la afirmación del periodista. Les observó y luego se levantó con esfuerzo por el rato que llevaba sentado. Los huesos de sus rodillas crujieron como ramas secas.

—Deben irse —dijo.

—¿Les mataron unos hombres vestidos de hábito negro y la cara cubierta por una máscara de cuero? —le presionó Julián.

Ebam Peleg les dio la espalda. Caminó en silencio hacia las mesitas que sostenían los quinqués y relleno sus depósitos de aceite de parafina para evitar que se apagaran. A continuación avivó la mecha para aumentar la luz en los tubos de cristal. Sirvió otra ronda de café con cardamomo, de una cafetera de metal que mantenía caliente sobre las brasas de un escalfador, y recuperó su silla.

—¿Cómo han sabido de la existencia de los hombres enmascarados?

—En nuestra investigación —dijo Aurora para ganarse su confianza— nos cruzamos con un tipo que vestía de esa guisa.

El rabí se sumió de nuevo en un profundo silencio. Paladeó un sorbo de café y suspiró con la profundidad de un atleta de maratón al cruzar la meta.

—Háganme un resumen de lo sucedido —les rogó con semblante serio.

—Un anticuario y su guardaespaldas —narró Aurora— perseguían el *Libro de Dios* con fines económicos y para conseguir sus propósitos asesinaron al profesor Benari, a la profesora Katherine Jones y a Clara Letamendi, una tasadora de obras de arte que adquirió un ejemplar del *Pardes rimmonim*.

—Ahora comprendo muchas cosas —musitó el rabí.

—Detuvimos al anticuario y a su guardaespaldas —continuó Aurora— y mientras les interrogábamos irrumpió en la escena un hombre vestido de negro, con la cara cubierta por una máscara, y los asesinó.

—Intentaba proteger el secreto —murmuró Ebam Peleg para sí.

—Ese mismo individuo —continuó Julián— asesinó a un *hacker* al que acudimos para acceder a la información que contenía el ordenador del profesor Benari y sospechamos que robó unos planos en la Biblioteca Nacional de Madrid.

—Para más *inri* —resopló Aurora— hace más de setenta años alguien vio a unos sujetos de las mismas características en una tumba que pudo ocultar esa lámina del *Libro de Dios* que llegó a manos de Felipe II y, puestos a especular, tres libros que un experto relaciona con la obtención de la vida artificial fueron sustraídos de la Biblioteca Nacional de Madrid y nunca han sido recuperados. En mi opinión esos tipos los robaron.

—Suspendan la investigación —espetó Ebam Peleg—. Sus vidas corren peligro.

—¿Sabe quiénes son los hombres de negro?

—Sí —dijo en un tono apenas audible.

—¿Quiénes? —insistió Aurora, rígida por la tensión.

Ebam Peleg se tomó su tiempo antes de responder. Bebió los restos de café de su vasito y exhaló el aire de los pulmones. Debía convencerles del peligro que les acechaba. El conductor del Skoda escuchaba la conversación a través de la claraboya de cristal de la bóveda con un micrófono de contacto y alta sensibilidad acoplado a unos auriculares.

—Pertenece —dijo el rabí de sopetón— a la Sociedad de los Nueve Desconocidos.

—¿Una sociedad —incidió Julián— al estilo de los illuminati, masones, templarios, cátaros...?

—La sociedad más secreta —afirmó el rabí— de cuantas existen y han existido.

—Hable claro —dijo Aurora, un tanto confusa por su afirmación.

—¿Están dispuestos a aceptar —les desafió Ebam Peleg— que alguien gobierna el mundo por encima de los intereses de los gobiernos y sus países?

—¿Se refiere al Club Bilderberg?

—No —dijo Ebam Peleg con frialdad—. Hablo de los Nueve Desconocidos. Los hombres más poderosos del planeta.

—Empiece —le rogó Julián, y retrepó la espalda en su silla para ganar comodidad—. Cualquier información puede sernos útil.

—Como en otras muchas sociedades —comenzó Ebam Peleg—, el número de sus miembros está cargado de simbolismo. El nueve, en la mayoría de las culturas, se considera la cifra del Ser Supremo que induce a la totalidad, representada por el diez. Para los hebreos el nueve simboliza la Verdad Absoluta, y resulta sorprendente que la

suma de los nueve primeros números naturales tenga como elemento mágico el nueve.

Aurora hizo el cálculo.

—Disculpe —le interrumpió—. La suma de los nueve primeros números da cuarenta y cinco.

—Sí —sonrió Ebam Peleg, y le explicó—: En cábala el número secreto se obtiene reduciendo las cantidades a una sola cifra. Cuarenta y cinco: cuatro más cinco suman nueve.

—¿Quién fundó la Sociedad de los Nueve Desconocidos? —dijo Julián para centrar la charla.

—Asoka —respondió Ebam Peleg—. El mayor iniciado de la India. ¿Conocen su historia?

—No —admitieron al unísono Julián y Aurora, impacientes por escucharla de boca del rabí.

—En realidad —aclaró Ebam Peleg— se llamaba Maurya Vardhana y se ganó el epíteto de Asoka, «sin dolor», porque nació sin lastimar a su madre. Algunos textos antiguos le citan como *Pidayasi* o «de amable mirada», y también como *Devanampiya*, «el amado de los dioses».

—Por los sobrenombres —conjeturó Aurora— se trató de un rey benevolente.

—Al principio de su reinado —continuó el rabí—, en el siglo ni antes de nuestra era, Asoka figuró en la lista de los gobernantes más sanguinarios de la India. Atacó y conquistó el reino de Kalinga, que se extendía de Calcuta a Madrás, arrasó poblados enteros y pasó a cuchillo a hombres, mujeres y niños. Al finalizar la contienda, su ejército había hecho ciento cincuenta mil prisioneros y ordenó degollar a más de cien mil.

—¿Otra leyenda? —Julián desconfiaba de la veracidad del relato.

—Mi narración —especificó— se ciñe a documentos históricos como el Edicto de la Roca de Shahbazgarhi, en Pakistán.

—Hechos comprobados —asintió Aurora, satisfecha.

—Tras conquistar Kalinga —siguió Ebam Peleg—, Asoka sufrió una transformación espiritual. Abandonó las armas y se dedicó a difundir el budismo dentro y fuera de sus fronteras. De su nueva orientación espiritual perviven múltiples edictos en inscripciones repartidas por su vasto imperio.

—¿Qué promulgaban sus edictos? —intervino Julián.

—La necesidad —contestó— de practicar una serie de reglas morales basadas en la paciencia, la caridad y el amor a los semejantes. Para difundir esta doctrina Asoka mandó alzar infinidad de columnas de piedra con inscripciones morales que incluían la «rueda de la doctrina», símbolo de la revelación de la verdad. En Sarnath se conserva una de estas columnas rematada por leones.

—El símbolo de la luz y la sabiduría —recordó Julián— que también figura en la tumba del rabí Low.

—Asoka —prosiguió Ebam Peleg— predicó el vegetarianismo y prohibió las bebidas alcohólicas, los sacrificios de animales y el mal uso de la ciencia.

—¿De qué manera? —preguntó Aurora.

—Mediante un servicio de inspectores —dijo— que vigilaban la aplicación de sus principios.

—¿Persiguió a los alquimistas, astrónomos y galenos? —preguntó Julián.

—No —contestó Ebam Peleg, y les aclaró—: Bajo su reinado la ciencia se hizo hermética. Asoka prohibió su difusión para evitar que los seres humanos hicieran un mal uso de ella.

—¿Cómo?

—Ocultó los avances científicos —determinó el rabí— y fundó la Sociedad de los Nueve Desconocidos para custodiarlos.

—¿Disponía Asoka de conocimientos avanzados? —le planteó Aurora.

—¿Han visitado la India?

—Varias veces —respondió Julián—. La primera en el 81, durante las revueltas sijes del Punjab.

—En Delhi —expuso el rabí—, en el patio de la mezquita de Quwat ai-Islam, se alza un sólido pilar de hierro que recibe el nombre de «columna de Asoka».

—Lo recuerdo —dijo Julián—. Está a los pies del alminar de Qutub, una torre de la victoria construida en el siglo XIII por el sultán Qutub al-Din Aybak.

—¿Qué tiene de especial una columna de hierro? —preguntó Aurora.

—Pesa seis toneladas —especificó Ebam Peleg—, mide nueve metros de alto y, pese a ser de hierro y permanecer a la intemperie, nunca se oxida.

—¿Por qué?

—Ahí está el misterio —incidió el rabí—. El acero se conoce desde la más remota antigüedad y, según los historiadores, pasó de la India a Egipto hacia el año 1600 antes de nuestra era. Ahora bien —subrayó—, una cosa es el acero y otra muy distinta el acero inoxidable.

—Inventado a principios del siglo XX —añadió Julián.

—A finales del XIX —puntualizó Ebam Peleg— se efectuaron las primeras aleaciones de hierro con cobre y níquel que resistían la oxidación.

—Los siglos XIX y XX —señaló Julián— quedan muy lejos del reinado de Asoka.

—Nueve hombres gobiernan el destino del mundo —afirmó Aurora sin disimular una sonrisa—. Increíble. Menuda locura. Si hablásemos del G8^[22], el G20^[23], el FMI^[24] o los intereses económicos de las grandes multinacionales, estaría dispuesta a aceptarlo, pero una sociedad milenaria...

—Cuesta admitirlo —reconoció el rabí de la Sinagoga Española—. Lamento no

poder ofrecerles una prueba irrefutable de su existencia. Sin embargo, a lo largo de la historia varios personajes de relevancia han mantenido contactos con ellos.

—¿El hombre del hábito negro y máscara de cuero —receló Julián— pertenece a la Sociedad de los Nueve Desconocidos?

—Pienso que sí —afirmó Ebam Peleg—. Los Nueve Desconocidos, en opinión de muchos autores, son inmortales, gobiernan el mundo desde un lugar remoto e ignorado y tienen un nutrido grupo de adeptos. El hombre que vieron está a su servicio. Forma parte de la Sociedad. Visten el hábito negro y la máscara de cuero en el cumplimiento de una misión, siempre que la indumentaria no les delate. Son camaleónicos. Aunque sin el hábito y la máscara también se les puede reconocer.

—¿Cómo? —inquirió Aurora.

—Les falta el dedo meñique de la mano derecha —especificó Ebam Peleg—. Se lo amputan como símbolo de perfección.

Julián y Aurora sintieron sus entrañas removerse. El sicario que asesinó a Águila Negra carecía del dedo meñique derecho y, en opinión del forense, le había sido amputado mediante cirugía. Los «fantasmas» que Anselmo Heredia vio en la tumba de Bernardino de Mendoza también carecían del dedo meñique de la mano derecha.

—¿Por qué se cortan un dedo? —dijo Julián, sin comprender los motivos.

—¿Recuerdan mis palabras —acometió el rabí— sobre el simbolismo del número nueve? —Ambos asintieron—. El nueve representa al Ser Supremo. Por eso se cortan un dedo de la mano y al hacerlo asumen la totalidad simbolizada por el diez y el uno.

—Nueve dedos en las manos —contó Aurora en voz alta— y diez en los pies suman diecinueve, y el número secreto de diecinueve es diez.

—Buena reflexión —admitió el rabí—. Pero, como les he dicho, el número secreto sólo consta de una cifra, y diez, reducido a un dígito, da uno. El número del absoluto, de la mónada indivisible, de Dios o Yahvé.

—¿Los Nueve Desconocidos —siguió Julián— visten igual que sus adeptos?

—Sí —respondió el rabí.

—¿Qué secretos científicos se supone que protegen? —inquirió Aurora.

—Según la tradición —relató Ebam Peleg—, cada uno de los nueve custodia un libro con el saber de la Humanidad. El primero, y más importante, está dedicado a la microbiología y contendría las claves del proceso de la vida. Por eso se le conoce como el Libro del origen. El segundo hablaría de los secretos de la guerra psicológica y las técnicas de propaganda. El tercero, de la fisiología, y enseñaría cómo matar a un ser humano sólo con tocarle, invirtiendo su flujo nervioso...

—Algunas de esas enseñanzas —dedujo Aurora— forman parte de las artes marciales.

—El cuarto libro —siguió Ebam Peleg— registra el proceso de la transmutación de los metales. El quinto estudiaría los medios de comunicación. El sexto, los

secretos de la gravitación. El séptimo, la cosmogonía de la Humanidad. El octavo, la luz, y el noveno, dedicado a la sociología, formularía reglas sobre la evolución de las sociedades para evitar su caída.

—Nueve libros esenciales —suspiró Julián.

—Al principio fueron diez —confesó el rabí—. Pero uno escapó a la tutela de la Sociedad y, de alguna manera, certifica la existencia del resto.

—¿A qué libro se refiere? —le preguntó Aurora.

—Al manuscrito Voynich —respondió Ebam Peleg.

—¿Qué enseñanzas guarda? —siguió Julián.

—Nadie lo sabe —lamentó Ebam Peleg—. Les relataré lo poco que sé —dijo dispuesto a abrirles los ojos a un mundo que desconocían por completo.

—Le escuchamos.

—El famoso alquimista John Dee —arrancó el rabí— regaló al emperador Rodolfo II de Praga un libro que el duque de Northumberland robó de un monasterio durante sus campañas militares en defensa de Enrique VIII...

—Un momento... —le pidió Julián, revisó sus notas y comprobó que los nombres de John Dee y Rodolfo II habían aparecido en diversos momentos de su investigación relacionados con la alquimia y la confección de homúnculos—. Siga, por favor —dijo sorprendido.

—El manuscrito —continuó Ebam Peleg— se atribuyó a Roger Bacon, un alquimista inglés del siglo XIII que estudió en las universidades de Oxford y la Sorbona y se interesó por la criptología, como demuestra su obra *Epistola de secretis artis et naturae*. Aunque parece demostrado que el origen del libro es mucho más antiguo.

—¿Ese manuscrito —le preguntó Julián— ha llegado hasta nuestros días?

—Sí —respondió Ebam Peleg.

—¿Lo ha visto? —inquirió Aurora.

—En una ocasión —admitió—. Se trata de un volumen en octavo, de quince por veintisiete centímetros, escrito con pluma de ave, sin cubiertas y, según la numeración, ha perdido veintiocho páginas de las doscientas cuarenta del total.

—¿Dónde lo vio? —incidió Julián.

—Todo a su tiempo —le calmó el rabí—. El texto muestra varios colores y los dibujos que posee representan mujeres desnudas, diagramas y plantas desconocidas.

—¿En qué idioma está escrito?

—En alguna lengua críptica de ascendencia medieval —aventuró Ebam Peleg—. El manuscrito permaneció en poder de Rodolfo II y procedió a su estudio Jacobus Horcicky, conocido como Sinapius, un alquimista a cargo de la Farmacia Real de Praga que curó de una enfermedad al emperador.

—¿Está documentada la historia del manuscrito? —quiso cerciorarse Aurora,

para valorar en su justa medida la información.

—Desde que apareció en la corte de Praga, sí —sentenció el rabí—. Horcicky poseyó el manuscrito hasta 1622, cuando lo entregó a Georgius Barschius, otro alquimista de los muchos que pululaban por la corte de Rodolfo II. En 1666 pasó a manos de Johannes Marcus Marci, rector de la Universidad de Praga, que lo cedió para que intentara descifrarlo al célebre jesuita Athanasius Kircher, especialista en jeroglíficos reconocido entre los científicos más importantes de su época.

—Un manuscrito con claves secretas —apuntó Julián—, como el *Libro de Dios*.

—¿Cómo llegó hasta la actualidad? —le interrogó Aurora.

—A eso voy —dijo el rabí de la Sinagoga Española—. En 1680 Athanasius Kircher, incapaz de desvelar su contenido, regaló el libro a la biblioteca de los jesuitas y en 1912 un librero llamado Wilfred Voynich lo adquirió al colegio de Mondragone, en Frascati, una ciudad del Lacio.

—El librero —dedujo Julián— da nombre al manuscrito.

—Así es —convino Ebam Peleg—. Su título original se desconoce.

—Si tan importante es —incidió Aurora—, ¿por qué no actuó la Sociedad de los Nueve Desconocidos para protegerlo?

—La Sociedad sí entró en acción —expuso el rabí—. Pero comprendió que robar y ocultar el manuscrito no serviría de nada.

—¿Conoce los motivos? —insistió Julián.

—Wilfred Voynich —prosiguió Ebam Peleg— trasladó el manuscrito a Estados Unidos y lo mostró a numerosos especialistas en lenguas antiguas, jeroglíficos y criptografía, sin que nadie pudiera descifrar su Voynich decidió ampliar su campo de investigación e hizo cientos de fotocopias y las repartió entre los grandes especialistas del mundo. Robar el libro no serviría de nada. La Sociedad reaccionó tarde. Por alguna causa, antes de 1912 desconocía la existencia del manuscrito Voynich.

—Entiendo —musitó Julián.

—Pese a ello —aclaró el rabí—, la Sociedad de los Nueve Desconocidos no permaneció de brazos cruzados. En 1919 un grupo de fotocopias llegó a poder del profesor William Romaine Newbold, decano de la Universidad de Pensilvania y especialista en criptología y lenguas muertas.

—Otro intento de descifrarlo.

—Romaine Newbold —continuó Ebam Peleg—, al parecer, descifró el manuscrito y, a partir de 1921, impartió varias conferencias para dar a conocer sus descubrimientos.

—¿Había algo sorprendente? —dijo Aurora.

—Según Newbold —les explicó el rabí—, el texto de algunas páginas hablaba de la nebulosa Andrómeda, de la estructura de la célula y de la formación de embriones

humanos como fruto de la unión del esperma y un óvulo...

—Un manuscrito —le interrumpió Julián— que también trata del origen de la vida.

—En parte.

—Caso resuelto —bufó Aurora, con un cabeceó de resignación.

—En este punto —relató Ebam Peleg— entró en escena la Sociedad de los Nueve Desconocidos para obligar a Newbold a retractarse de cuanto había dicho. El decano de la Universidad de Pensilvania se desdijo de sus afirmaciones, confesó haber perdido la clave y se mostró incapaz de descifrar más páginas del libro. Murió en 1926 sin aportar nada nuevo. Mientras, un colega suyo, el profesor Manly, refutó sus investigaciones, aseguró que ciertos signos de la escritura del manuscrito Voynich eran simples deformaciones del papel, y poco a poco el interés por el libro desapareció.

—Ante la imposibilidad de recuperar el libro —vaticinó Aurora— la Sociedad de los Nueve Desconocidos amenazó a Newbold para que callara.

—Eso debió de ocurrir —admitió el rabí—. Los Nueve Desconocidos no asesinan salvo en contadas ocasiones. Romaine Newbold temió por su vida y borró cualquier pista de la clave que pudiera conducir al verdadero contenido del manuscrito.

—¿Primero intimidan? —le preguntó Julián, pensando en el anónimo que recibió Aurora.

—Sí —respondió el rabí—. Para los Nueve Desconocidos la vida es sagrada.

—Los modernos criptógrafos —le planteó Aurora— trabajan con ordenadores muy sofisticados para desencriptar textos. ¿Nadie ha vuelto a intentarlo?

—Todos los esfuerzos han sido en vano —lamentó Ebam Peleg—. En 1944 William Frederick Friedman, un célebre especialista en criptografía de ascendencia judía, premiado en numerosas ocasiones por los gobiernos estadounidenses, se propuso descifrar el manuscrito Voynich utilizando un ordenador RCA-301 de segunda generación y llegó a la conclusión de que el texto, además de estar cifrado, correspondía a una lengua artificial.

—¿Dónde se conserva en la actualidad? —dijo Julián.

—En 1930 —respondió el rabí de la Sinagoga Española—, tras la muerte de Wilfred Voynich, el manuscrito quedó en propiedad de su viuda, Ethel Boole, y en 1961 lo vendió a Hans Peter Kraus, un librero de Nueva York. Kraus lo puso a la venta por ciento sesenta mil dólares. Permaneció expuesto algún tiempo y durante un viaje a Nueva York tuvo ocasión de verlo. Nadie se interesó por adquirirlo y en 1969 Kraus lo cedió a la Biblioteca Beinecke de la Universidad de Yale, donde permanece en depósito con la signatura MS408.

—En su opinión —se interesó Julián—, ¿qué enseñanzas alberga el manuscrito?

—Pienso —dijo Ebam Peleg cauteloso— que desvela el secreto de las novias y los

quásares. Una fuente de energía millones de veces superior a la bomba atómica y tan sencilla de manejar que incluso un hombre del siglo XIII podría hacerlo. Esa capacidad de destrucción hizo que los Nueve Desconocidos actuaran.

—Ha dicho —recordó Aurora— que el manuscrito se conservaba en un monasterio saqueado por el duque de Northumberland.

—Sí.

—¿Conoce su procedencia primigenia?

—No. —El rabí cabeceó—. Se ha atribuido a Roger Bacon, como he comentado, pero todo apunta a que el alquimista se limitó a copiar en clave un documento más antiguo que perteneció al rey Salomón y contenía los grandes misterios de la Humanidad. Un ejemplar del Libro de Salomón ardió en 1350 por orden del papa Inocencio VI, convencido de que enseñaba un método para invocar al diablo.

—Todo un compendio del saber —afirmó Julián—. Aunque nada demuestra que existan la Sociedad de los Nueve Desconocidos ni los libros en cuestión.

—Disponemos —argumentó Ebam Peleg para convencerles— del testimonio de personajes como Ram Mohan Roy, un intelectual indio del siglo XIX líder del movimiento religioso Brahma Samaj, la Sociedad de Devotos del Verdadero Dios, que creía en la existencia de los Nueve Desconocidos, igual que Subhas Chandra Bose, un político también indio de mediados del siglo XX que desapareció en circunstancias extrañas.

—¿Qué le pasó? —dijo Aurora.

—Oficialmente —expuso el rabí— su avión se estrelló en 1945 en la prefectura de Taihoku, en la isla de Taiwán.

—Un accidente aéreo —aventuró Julián—. ¿Qué tiene de misterioso?

—En 1999 —siguió el rabí— el Gobierno indio creó la comisión Mukherjee para esclarecer las circunstancias de la muerte de Subhas Chandra Bose, y tras seis años de investigaciones y viajes a Japón, Taiwán y Rusia, determinó que el accidente aéreo jamás aconteció.

—Vaya... —Aurora suspiró.

—Su desaparición sigue siendo un misterio —subrayó Ebam Peleg— y algunas voces señalan a los Nueve Desconocidos como responsables.

—¿Le asesinaron?

—Me atrevería a afirmar —opinó el rabí— que le ayudaron a ocultarse. Le protegieron de los servicios de inteligencia británicos, que habían puesto precio a su cabeza. Chandra Bose, como Asoka, también sufrió una transformación espiritual en abril de 1919 al contemplar la matanza de Jallianwalla Bagh, en la que cientos de manifestantes fueron asesinados a sangre fría por el coronel Dwyer para reprimir una protesta pacífica.

—Todo son especulaciones —bufó Julián abatido.

—La Sociedad de los Nueve Desconocidos —argumentó el rabí— se considera el secreto mejor guardado del mundo. Lo poco que sabemos se debe a Louis Jacolliot y *Talbot Mundy*.

—¿Tuvieron acceso a la Sociedad? —desconfió Aurora.

—Louis Jacolliot —continuó Ebam Peleg—, un abogado francés del siglo XIX que ejerció de juez en la India y Tahiti, afirmaba haber mantenido contactos con los Nueve Desconocidos y, supuestamente, le mostraron unas tablillas, redactadas en sánscrito, que hablaban de la historia del continente de Rutas, en el océano Índico, destruido hace quince mil años con armas muy sofisticadas.

—Suenan al mito de la Atlántida.

—Eso mismo supuso Jacolliot —convino el rabí—. Reubicó el continente en el Pacífico y lo relacionó con la Atlántida.

—Este testimonio —dijo Julián— parece poco fiable.

—Por su parte —siguió Ebam Peleg— *Talbot Mundy*, un seudónimo que ocultaba a William Lancaster Gribbon, que escribió algunas obras como *Walter Galt*, también aseguraba tener contactos con la Sociedad de los Nueve Desconocidos. *Talbot Mundy* vivió en la India y en 1927 publicó el libro *The nine unknown men*^[25], que habla de una manera amplia de esta Sociedad.

—Los testimonios —señaló Aurora— se remontan a finales del siglo XIX y principios del XX. Un período muy alejado para darles credibilidad. Nadie puede interrogar ya a los protagonistas.

—Una época —justificó el rabí— de agitación intelectual y bélica que vio grandes avances científicos. Según la opinión de varios autores, Jagdish Chandra Bose, pionero de la radio en la India que produjo las ondas cortas de cinco milímetros y construyó el primer diodo semiconductor, recibió sus conocimientos de los Nueve Desconocidos.

—¿Qué base tiene su afirmación? —receló Julián.

—Neville Mott —respondió Ebam Peleg—, que en 1977 recibió el Premio Nobel de Física, en cierta ocasión declaró que los estudios de Jagdish Chandra Bose estaban sesenta años por delante del saber científico de su época.

—Dio a entender —reflexionó Aurora— que sus descubrimientos contaban con fuentes que escapaban a la comprensión de la física de su tiempo.

—Planteaba una duda —admitió el rabí— sobre el origen de sus investigaciones.

—¿Existen manifestaciones recientes de la Sociedad de los Nueve Desconocidos? —dijo Julián.

—La última —le complació Ebam Peleg— se produjo con otro científico indio, el doctor Vikram Sarabhai, padre del programa espacial de la India, que falleció en 1971 de un ataque al corazón. Muchas voces le señalan como beneficiario del saber de los Nueve Desconocidos.

—¿Conoce los detalles de su fallecimiento? —inquirió Aurora, alertada por el tipo de muerte del doctor Vikram Sarabhai.

—Sí —dijo el rabí—. El doctor Sarabhai estaba de visita en Thiruvananthapuram para asistir a la ceremonia de colocación de la primera piedra de la estación de tren de Thumla. Se sintió cansado, se acostó y murió.

—¿Pudieron silenciarle? —dijo Julián.

—¡Quién sabe! —resopló Ebam Peleg—. Tanto al doctor Sarabhai como al profesor Bose se les preguntó por la Sociedad de los Nueve Desconocidos y negaron cualquier contacto con ella.

—Si mantuvieron los vínculos que les atribuyen —incidió Julián—, parece lógico que los negaran.

—La creencia en un reino subterráneo que gobierna la Tierra —afirmó el rabí de la Sinagoga Española— es tan antigua como la propia Humanidad. Hesíodo, que vivió cinco siglos antes que Asoka, en su *Teogonía* habla de treinta mil inmortales que vigilan las obras de los mortales.

—Cuando el río suena —dijo Aurora, haciendo gala de su ironía— agua lleva.

—Místicos como Ramón Llull —intentó el rabí convencerla— creyeron en el mundo subterráneo de Aghartta, compuesto por numerosas galerías extendidas por Asia cuya capital, Chang Shambala o la «Fuente de la Sabiduría», estaría bajo el desierto de Gobi.

Julián hojeó su libreta de notas. El nombre de Ramón Llull, místico y alquimista mallorquín del siglo XIII, también había salido a colación en varias ocasiones.

—¿Ramón Llull —inquirió, y cerró la libreta— investigó la Sociedad de los Nueve Desconocidos?

—No —cabeceó Ebam Peleg—. Pero estaba convencido de la existencia de un reino subterráneo que gobernaba los destinos del mundo. En 1305 intentó llegar a las tierras del preste Juan, el soberano todopoderoso de dicho mundo.

—¿Logró su objetivo? —preguntó Aurora.

—El alquimista —siguió Ebam Peleg— solicitó al último Gran Maestre de la Orden del Temple, Jacques de Molay, un salvoconducto para adentrarse en los territorios prohibidos de Asia, pero se lo negó debido al peligro que entrañaba penetrar en unas tierras dominadas por el islam.

—Estamos —dijo Julián— hablando del siglo XIII.

—Exacto —ratificó Ebam Peleg—. Las primeras noticias del preste Juan aparecen en el siglo XII, en las crónicas del obispo Otto de Freising, hijo de Leopoldo III.

—¿Dónde arranca el convencimiento en la existencia de un mundo subterráneo?

—Varios papas y reyes —afirmó el rabí— aseguraban mantener correspondencia epistolar con el preste Juan, y el emperador Federico II de Staufen recibía regalos de

dicho personaje.

—Una leyenda que pervive a lo largo de la historia —opinó Julián.

—En el siglo xv —continuó Ebam Peleg— la figura del preste Juan renació gracias a las crónicas de un joven castellano llamado Pedro Tafur. En ellas relataba que, hallándose en el monasterio de Santa Catalina del Sinai, se cruzó con un viajero español convertido al islam que afirmaba proceder de una tierra extraña y misteriosa cuyos habitantes, sabios y poderosos, conocían los secretos del mundo y lo gobernaban.

—El calor del desierto provoca alucinaciones —bromeó Aurora.

—Es una posibilidad —admitió el rabí para evitar un debate que consideraba estéril—. Pedro Tafur, bajo el reinado de Juan II de Castilla, recorrió tres continentes y dejó una obra muy interesante, *Andanzas y viajes de Pedro Tafur* por diversas partes del mundo conocido, que ha pasado los análisis más rigurosos de los historiadores. Su descripción de Roma se considera un ejemplo de la literatura descriptiva de viajes. Eso obliga a dar credibilidad a sus palabras sobre el viajero del Sinai.

—¿Algún científico ha dado crédito al mundo subterráneo? —le interpeló Aurora.

—Leonard Euler —se defendió el rabí—, el matemático más importante del siglo XVIII, sostenía la existencia de un mundo subterráneo, y Edmund Halley, el célebre astrónomo inglés descubridor del cometa que lleva su nombre, también creía en un mundo oculto bajo la corteza terrestre. Sus teorías sobre la «tierra hueca» las recogió John Cleves Symmes, capitán de infantería y héroe de la guerra estadounidense de 1812, y proclamó las hipótesis de las esferas concéntricas y los vacíos polares.

—Julio Verne —apostilló Julián— escribió *Viaje al centro de la Tierra*, pero eso no demuestra que tal mundo exista.

—En 1927 —insistió Ebam Peleg en su argumentación— René Guénon, matemático, filósofo y metafísico francés, publicó su obra *El Rey del Mundo* y daba crédito a un gobierno mundial subterráneo, y Ferdinand Ossendowski, un científico polaco del siglo XIX afincado en Rusia, en los relatos de sus viajes por Mongolia asegura que varios lamas le hablaron de un reino subterráneo gobernado por el Rey del Mundo. Los lamas confiaron a Ossendowski que en el futuro estallaría una guerra tecnológica global, debido al materialismo de la raza humana, y el trigésimo Rey del Mundo, Rudracakrin, abandonaría su refugio milenario para acabar con la violencia.

—Parece describir la situación actual —elucubró Aurora.

—También le dio credibilidad —continuó el rabí de la Sinagoga Española— Nicolái Konstantínovich Roerich, un filósofo, pintor, escritor y arqueólogo que en marzo de 1925 emprendió una expedición de veinticinco mil kilómetros y cinco años de duración por gran parte de Asia, incluyendo los reinos de Sikkim, Ladakh y Tibet.

—¿El promotor del pacto internacional de su nombre? —le preguntó Julián.

—El mismo —afirmó Ebam Peleg—. La expedición debía estudiar la botánica, etnología e idiomas de la región, pero según parece el verdadero objetivo de Roerich era encontrar Shambala para devolver al Rey del Mundo un chintamani, una gema que otorgaba deseos y le había confiado la Liga de Naciones.

—¿Llegó a Shambala?

—Aseguró que estaba en la región de Altai —dijo el rabí—. En su obra *Shambala, in search of the new era*, Roerich la describe como una ciudad sagrada.

—Nicolái Roerich —dijo Julián, extrañado por las afirmaciones del rabí— figura entre los grandes hombres de la historia universal. ¿Seguro que habla del impulsor del Pacto Roerich?

—Sí —insistió Ebam Peleg con autoridad—. Roerich mantuvo contactos con el reino subterráneo y recibió el encargo de hermanar a los países del mundo. Se entrevistó con numerosos mandatarios y en 1929 redactó el Pacto Roerich para proteger con la Bandera de la Paz los tesoros culturales de la Humanidad en caso de conflicto bélico.

—Durante la invasión de Irak —resopló Aurora escéptica— no sirvió de mucho. El Museo Nacional de Antigüedades de Bagdad quedó arrasado.

—En 1954 —siguió Ebam Peleg, como si no la hubiese oído— el Pacto Roerich se utilizó en la Convención Internacional de La Haya para redactar el Tratado de Protección de los Valores Culturales.

—Denos una prueba —le pidió Aurora— de carácter incuestionable.

—Nada —sentenció Ebam Peleg— contiene la verdad absoluta. De todas maneras, intentaré complacerla. —Meditó unos segundos y arrancó—: Las noticias más fidedignas sobre un reino subterráneo que gobierna el mundo llegaron en época relativamente reciente, en 1957, al hacerse público el diario secreto de Richard Evelyn Byrd.

—Un aviador estadounidense que sobrevoló el Polo Norte y la Antártida —recordó Julián.

—Sí —dijo—. ¿Conoce su historia?

—El año 2009 —explicó— escribí un artículo sobre sus exploraciones con motivo del ochenta aniversario de su vuelo al Polo Sur. Se trataba de un científico, de un oficial de la marina americana.

—Por eso —subrayó Ebam Peleg— su testimonio adquiere un valor extraordinario.

—¿Alguien puede aportarme datos? —protestó Aurora.

—Hasta donde sé —habló Julián—, exploró los Polos y descubrió el territorio de Mary Byrd Land e importantes cadenas montañosas.

—Correcto —dijo el rabí—. En febrero de 1947, durante un vuelo ártico, el contraalmirante Richard Evelyn penetró por accidente con su avión en un país

subterráneo, se entrevistó con el Rey del Mundo y recibió un mensaje para los líderes del planeta.

—¡Fantasía! —espetó Aurora.

—Verdad o mentira —incidió Ebam Peleg—, un mes después, según relata Richard Evelyn en su diario, al regresar a Estados Unidos informó al Pentágono del incidente. Le retuvieron más de seis horas, le interrogaron los servicios de inteligencia y varios psicólogos evaluaron su estado mental. Finalmente, le pusieron bajo control de la Seguridad Nacional, le prohibieron hablar de lo sucedido y le recordaron que debía acatar las órdenes en su calidad de militar de alto rango.

—¿Obedeció?

—Sí —dijo el rabí de la Sinagoga Española—. La última anotación de su diario secreto la registró el 30 de diciembre de 1956, y tres meses después, en marzo del 57, murió.

—¿Quién reveló su diario? —preguntó Julián.

—Ray Palmer —dijo Ebam Peleg—, editor de la revista *Flying Saucers*, publicó un relato completo de los descubrimientos de Richard Evelyn basado en su diario secreto. El Gobierno de Estados Unidos destruyó casi todas las copias y prohibió a los aviones sobrevolar los Polos. Una prohibición que todavía perdura.

—La teoría de la conspiración —protestó Aurora— es tan vieja como la Humanidad.

—Debería leer —le propuso Ebam Peleg— el diario secreto de Richard Evelyn. Las afirmaciones que vierte ponen los pelos de punta.

—Para mí —intervino Julián— hay un hecho incuestionable. He visto con mis ojos al tipo que asesinó a Osvaldo Sousa y René Chénier, y vestía con hábito negro, máscara de cuero y, como supimos después, le faltaba el dedo meñique de la mano derecha.

—Un enviado —susurró Ebam Peleg— de los Nueve Desconocidos.

—Yo también le vi —contraatacó Aurora—. Nadie puede negar la evidencia. Pero me resulta difícil admitir que ese individuo pertenece a una sociedad secreta que lleva activa, como poco, dos mil quinientos años.

—Desde el reinado de Asoka —puntualizó el rabí.

—Si la Sociedad de los Nueve Desconocidos —planteó Julián— protege y oculta los avances científicos que pueden dañar a la Humanidad, quizá robó las láminas del *Libro de Dios*.

—El libro se guardaba en la sinagoga Altneu —arguyó Ebam Peleg— y los Nueve Desconocidos jamás profanarían un templo.

—A mí —dijo Aurora abatida— esta historia me desborda.

—¿Dónde —inquirió Julián, y clavó la mirada en el rabí— se esconde la lámina que supuestamente poseyó Felipe II?

Ebam Peleg guardó silencio, se acarició la barbilla y se levantó. Cogió uno de los quinqués, dio longitud a la torcida para avivar la llama y les pidió que le acompañaran. Les condujo a una habitación contigua a la salita, que almacenaba viejos muebles de la sinagoga, y señaló una trampilla de cemento a ras del suelo. Le pidió a Julián que la alzara y les invitó a descender por una angosta escalera de hierro oxidado. Aurora se apoyó en la barandilla y sus manos se mancharon de herrumbre. Se limpió en las perneras del pantalón. La escalera terminaba en una cripta circular abovedada. Las paredes estaban repletas de estanterías de madera con volúmenes encuadernados en piel y redactados en ladino y hebreo.

La cúpula de la bóveda la decoraba una estrella de David y las losetas de barro cocido del pavimento componían un nudo de Salomón. En las estanterías de la parte más alta se apilaban infinidad de carpetas con hojas de papel raído sujetas por cordones de seda. El rabí posó el quinqué sobre un montón de libros.

El conductor del Skoda cambió de posición y con el micrófono de alta sensibilidad rastreó las voces. Las ondas del aparato penetraban muros de hasta cuarenta centímetros de espesor. Escuchó de nuevo la conversación, aunque con más dificultad y, por si algo escapaba a su comprensión, la registró en una grabadora digital Olympus LS-11.

—¿Dónde estamos? —dijo Aurora, con la sensación de haber descendido al centro de la Tierra.

—En la antigua cripta de la Escuela Judía —les situó Ebam Peleg—. La utilizo para guardar los archivos de la sinagoga y los míos propios. Ahí —le indicó a Julián— encontrará una escalerita de tres peldaños. Cójala y baje la quinta carpeta empezando por la derecha.

Julián obedeció. Se encaramó a la escalerita y entregó al rabí una carpeta de color marrón cerrada por cordones de seda azul. Deshizo los nudos y la abrió. Contenía un montón de sobres. Buscó entre los envoltorios, cuyo papel amarilleaba y se descomponía debido al paso del tiempo, las malas condiciones de almacenamiento y la acción de los insectos, y separó uno. Dejó la carpeta junto al quinqué y extrajo la epístola que contenía. Se la mostró. Estaba escrita a pluma y las palabras, difuminadas debido al tiempo transcurrido, apenas podían leerse.

—Esta carta —dijo Ebam Peleg— pertenece a la correspondencia que mantuvieron mi bisabuelo y mi abuelo. Mi bisabuelo vivió en Madrid hasta su muerte y mi abuelo, tras la reorganización de la monarquía austríaca, se trasladó a Viena al convertirse los países checos: Bohemia, Moravia y una parte de Silesia, en provincias austríacas.

—¿La carta habla de los Nueve Desconocidos? —dijo Julián.

—No —respondió el rabí, y esbozó una sonrisa—. Cita el posible paradero de la lámina que quizá llegó a poder de Felipe II.

—Está en el monasterio de El Escorial —dijo Aurora, con la información aportada por fray Agustín Valbuena.

—Mi bisabuelo —continuó el rabí— regentaba una pastelería en la calle San Ginés de Madrid que suministraba dulces al palacio de Isabel II. Una tarde acudió a efectuar una entrega y escuchó de casualidad una conversación.

—¿Qué dice la carta? —le apremió Julián.

—Está en ladino —afirmó el rabí—. Les leeré un párrafo al pie de la letra. —Se puso unas gafas de presbicia, se acercó a la luz del quinqué, y dijo—: «Sé que nuestra comunidad busca el *Libro de Dios* desde el mismo día de su desaparición, y que nuestros sabios cabalistas jamás han hallado una pista de sus ladrones. Por eso mis palabras deben tomarse con la prudencia y resignación que el patriarca Abraham enseñó a nuestro pueblo. Hace unos días entregué un pedido en palacio y, mientras esperaba la firma de los albaranes para su posterior cobro, escuché un fragmento de conversación que mantenían dos altos funcionarios. La Reina había solicitado ver una lámina de oro que se guardaba en la cámara de los secretos de Estado. Uno de los personajes habló de una chiquillada sin importancia...».

—¿Es todo? —protestó Julián.

—Mi bisabuelo —dijo Ebam Peleg— pensó que esa lámina podría pertenecer al *Libro de Dios*. Pero la comunidad nunca dio valor a sus palabras.

—¿Por qué iba a dárselo? —inquirió Aurora, con la sensación de haber perdido la noche.

—Sólo quería facilitarles toda la información que poseo —se justificó el rabí.

—¿El profesor Benari conocía esta carta? —dijo Aurora.

—Desde luego.

—¿Y qué opinaba? —siguió Julián.

—Tampoco le dio importancia.

—¿Qué piensa usted?

—Lo mismo que mi bisabuelo —arguyó Ebam Peleg—. ¿Para qué guardar una simple lámina de oro en la cámara acorazada que custodiaba los secretos de Estado?

—La carta —observó Aurora— habla de una chiquillada. Los propios funcionarios descartan que se trate de algo importante. El libro se robó en el siglo XVI e Isabel II reinó en el XIX. Todo esto es absurdo.

—¿Cuándo está fechada la carta? —preguntó Julián.

El rabí acercó el papel a la luz del quinqué.

—El 25 de noviembre de 1843 —dijo—. Cinco días después de la coronación de Isabel II. Quizá el funcionario hablaba de chiquillada porque la Reina sólo tenía trece años.

Julián anotó la fecha en su libreta y regresaron a la salita. El silencio de la sinagoga les permitió escuchar los tres tañidos horarios de las campanadas de la

iglesia de Nuestra Señora de Tyn. Aurora miró su reloj sorprendida. Habían pasado tres horas sin darse cuenta.

—Debemos marcharnos —dijo.

—Abandonen la investigación —les aconsejó Ebam Peleg—. Si se acercan a los Nueve Desconocidos o al *Libro de Dios*, sus vidas corren peligro.

Agradecieron al rabí la información y abandonaron el templo. El conductor del Skoda recogió el micrófono de alta sensibilidad, sacó su teléfono satélite y transmitió la conversación que había grabado.

El barrio de Josefov estaba solitario. Sólo los camiones de la recogida de basuras transitaban por sus calles. Un viento helado y húmedo, debido a la cercanía del río, azotaba el asfalto. El metro había cerrado sus puertas y encontrar un taxi resultaba imposible.

—Caminemos —propuso Julián—. Estamos cerca del hotel.

Aurora se aferró a su brazo, miró en todas direcciones y echó a andar con buen paso.

—Tengo frío —musitó, arrebujada en su chaqueta.

—Para mí —dijo Julián— esto ha terminado.

—¿Abandonas?

—¿Qué más puedo hacer? —le preguntó—. El presupuesto y el tiempo que me había concedido el periódico se han agotado. No tengo nada coherente para escribir mi artículo. La información que he acumulado sólo sirve para redactar un libro de ciencia ficción.

—Vimos a ese hombre —dijo Aurora, sin dejar de mirar a sus espaldas de trecho en trecho.

—Hasta hace cinco minutos tú eras la escéptica —le reprochó Julián.

—Tengo que serlo —arguyó— para analizar la información. No puedo creerme lo primero que suelta un viejo rabí encerrado en una sinagoga que alumbraba con quinqués.

—A mí también me cuesta creer la historia de los Nueve Desconocidos, el *Libro de Dios*, la creación de vida artificial...

—A Osvaldo Sousa y a René Chénier —planteó Aurora— les asesinó un tipo vestido de hábito negro y máscara de cuero al que faltaba el dedo meñique de la mano derecha.

—Hay miles de chalados sueltos por el mundo.

—El asesinato del anticuario y su guardaespaldas quedará impune.

—No me incumbe —se desentendió Julián de mal humor—, y a ti tampoco. Depende de tus compañeros de la Brigada de Homicidios de la Policía Nacional. Ellos dirigen la investigación. Te echaron del escenario del crimen con cajas destempladas. Olvídate. Tú mejor que nadie conoces la cantidad de asesinatos que

quedan sin resolver. ¿Quieres una lista?

—Las investigaciones nunca se abandonan —esgrimió Aurora en su defensa y la de sus compañeros.

—Mañana regresamos a Madrid —determinó Julián decidido, y ella asintió.

Capítulo 10

Se levantó y preparó el desayuno. Había dormido en casa de Julián, habían hecho el amor con la pasión que les caracterizaba, pero no había pegado ojo en toda la noche. Su colaboración había terminado y Aurora temió que su relación también tuviera fecha de caducidad. No se imaginaba convertida en una amante ocasional. No quería verle sólo para satisfacer sus apetencias sexuales. Nunca había sentido nada parecido por un hombre. Se había enamorado. Entró en la habitación, le observó unos segundos, deseando detener el tiempo, y le despertó.

—Buenos días, cariño —dijo con un halo de tristeza—. He preparado el desayuno.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media.

—Hace una hora que debería estar en el periódico —protestó Julián, adormilado—. La buena vida se ha terminado. Otra vez al tedio de la redacción y los artículos culturales sobre exposiciones temporales, conferencias y museos.

—Llegamos muy tarde de Praga —dijo Aurora—. Tu jefe comprenderá el retraso.

—Ni siquiera sabe que estoy en Madrid.

—Julián... —musitó, y se retuvo.

—¿Qué?...

—Nada... Déjalo...

—Dime qué pasa. —Le miró preocupado—. Vamos —insistió—. ¿Qué te inquieta?

—¿Me quieres? —soltó Aurora, con la voz quebrada.

—¡Dios! —exclamó—. ¿Te atreves a dudarle? Lo he demostrado segundo a segundo. Si tengo que compartir la vida con alguien quiero que sea contigo.

—Ayer pensé...

Julián se levantó, la abrazó y se besaron. Separaron sus labios y vio correr dos lágrimas por sus mejillas. Las secó con las yemas de los dedos.

—Cásate conmigo —espetó.

—¿Te burlas de mí? —dijo Aurora, incrédula.

—Nunca he hablado más en serio —afirmó sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿Quieres casarte conmigo? —¡Sí!

—Prepararemos el papeleo necesario —planeó Julián entusiasmado— y en cuanto esté listo nos convertiremos en marido y mujer.

—¿Soportarás las bromas de tus compañeros cuando sepan que vas a casarte con una guardia civil?

—Seré la envidia del periódico —bromeó eufórico—. Les diré que me levantas las multas de tráfico.

—Ni lo sueñes.

Aurora le abrazó ilusionada y le besó con el corazón desbocado de emoción.

—¿Qué piensas hacer esta mañana? —le preguntó Julián, para conocer sus planes.

—Reportaré mi regreso de Praga a la Dirección General de la Guardia Civil y al comandante Contreras, y luego continuaré la investigación.

—¡No hablarás en serio! —se sorprendió—. El caso está cerrado. Nunca darás con los tipos del hábito negro y la máscara.

—Debo intentarlo.

—Perderás el tiempo —le advirtió—. Hemos resuelto tres asesinatos. ¿Qué más quieres?

—Todavía quedan otros tres impunes —arguyó Aurora—. Para mí las vidas de Osvaldo Sousa, René Chénier y Águila Negra también merecen un respeto. La ley no distingue entre buenos y malos.

—Carecemos —intentó Julián hacerla desistir— de pistas sobre la identidad de los hombres de negro.

—Adeptos de la Sociedad de los Nueve Desconocidos.

—¿Me tomas el pelo?

—No —dijo Aurora seria—. Planteémonos dos hipótesis.

—Te escucho.

—Imaginemos que la Sociedad existe...

—¿Desde el reinado de Asoka? —la interrumpió—. Es descabellado. Ninguna sociedad o secta ha pervivido casi tres mil años.

—La masonería lleva activa desde la Edad Media.

—Es diferente —alegó Julián—. La masonería ha sufrido numerosas refundaciones a lo largo de los siglos.

—La Sociedad de los Nueve Desconocidos —opuso Aurora— nunca ha dejado de estar en boca de la gente. Desde el siglo III antes de nuestra era hay manifestaciones de su presencia de una manera constante. Ya escuchaste al rabí de la Sinagoga Española.

—De acuerdo —asintió Julián—. Admitamos que existe y, de ser así, no olvides que te amenazaron.

—Persiguen —continuó Aurora— la lámina que supuestamente poseyó Felipe II.

—¿Y las otras dos? —Julián cuestionó su línea de interpretación.

—Obran en su poder desde el siglo XVI —afirmó Aurora—. La Sociedad conoció el robo perpetrado por los tres agentes del Rey, pasó a la acción y recuperó dos de las láminas. Miembros de la Sociedad asesinaron a dos de los emisarios de Felipe II.

—Todo son conjeturas. —Julián rechazó su argumentación—. No tenemos la certeza de que el *Libro de Dios* exista en realidad.

—Aunque se trate de una leyenda —subrayó Aurora—, alguien está empeñado en encontrarlo y mata para silenciar a quienes se acercan o saben demasiado del asunto.

—Estamos en el punto de mira de los hombres de negro —dijo Julián sin atisbo de bromear—. Un buen motivo para hacer mutis por el foro.

—Mientras no demos con ellos o la posible lámina, las muertes continuarán. Tengo el deber de impedirlo.

—Y bien —dijo Julián resignado, sin tener claras sus intenciones—, ¿qué propones?

—Investigar si existió esa lámina.

—Fray Agustín Valbuena ya lo hizo sin ningún resultado.

—Se limitó —intentó Aurora rebatirle— a indagar en los documentos de El Escorial.

—¿Dónde vas a buscarla?

—Disponemos de un dato que conoce muy poca gente.

—¿La carta del bisabuelo de Eban Peleg? —Aurora asintió en silencio—. Nadie le dio crédito.

—La primera regla del manual de investigación criminal —recitó Aurora decidida— enseña que a priori ninguna pista debe rechazarse por débil que sea.

—Lo sé —gruñó—. Cuéntame algo nuevo.

—Ayúdame, cariño —le rogó—. Formamos un buen equipo.

Julián la observó. Nunca podría negarle nada. La amaba demasiado. Pensó unos segundos, se puso un albornoz y fueron a la cocina. El café con leche todavía estaba caliente, sirvió dos tazas y untó unas rebanadas de pan tostado con mantequilla y miel.

—A tus órdenes —dijo rendido ante su tenacidad—. Llamaré a mi jefe y le pediré unos días más. No creo que haya inconveniente.

—Te quiero.

—Si me despiden del periódico —la amenazó Julián— tendrás que mantenerme.

—Espero que eso no ocurra. Tienes gustos demasiado caros para mi sueldo.

—¿Por dónde empezamos?

—Hagamos —decidió Aurora— un análisis de la situación. —Julián asintió y dio buena cuenta de una rebanada de pan—. El único dato de que disponemos es un fragmento de conversación que alude a cierta lámina de oro conservada en la cámara de secretos oficiales del palacio de Isabel II. ¿De qué podría tratarse?

—De una joya de la corona —dedujo Julián, sin demasiado entusiasmo.

—No hubiese pervivido hasta el siglo XIX.

—¿Qué sabes tú de joyas reales?

—Formé parte de un equipo —le explicó Aurora— encargado de redactar un informe sobre la seguridad del palacio Real y el palacio de la Zarzuela, y me empollé

el tema.

—¡Vaya!

—Las joyas reales de España —siguió Aurora— se perdieron en el incendio del Real Alcázar de Madrid de 1734, un siglo antes del reinado de Isabel II de Borbón.

—Si esa lámina de oro —reflexionó Julián— hubiese sido una joya, nunca habría llegado a manos de la Reina.

—Eso es —aprobó Aurora—. En el siglo XIX el rey Alfonso XII ordenó confeccionar una nueva corona y un cetro que, en la Guerra Civil del 36, también desaparecieron.

—La familia real luce joyas en los actos públicos.

—Son de propiedad privada —especificó Aurora—. Ninguna pertenece al Estado. Como joyas reales de titularidad pública sólo subsisten una corona tumular y un bastón de mando que se exhiben en la jura de las Cortes. Además —le rebatió—, una joya nunca se guardaría en la cámara de secretos oficiales. Si esa lámina estaba en la cámara, ten la certeza de que atañía a la seguridad del Estado.

—¿Qué información contendría para poner en jaque la seguridad del Estado?

—El secreto de la creación. —Aurora sonrió.

—¡Bromeas!

—Toda la investigación conduce en ese sentido.

—Admitamos que fuese así. —Julián cabeceó con la taza en la mano, moviéndola al ritmo de sus palabras—. Felipe II robó una lámina del *Libro de Dios* y durante tres siglos pasó de mano regia en mano regia...

—Difícil —admitió Aurora—, pero pudo ocurrir.

—La pregunta clave es dónde ha ido a parar.

—Sigue en la cámara de secretos oficiales.

—Hasta donde sé —dijo Julián—, Defensa descalificó los secretos de Estado anteriores al año 1960, puso la información al servicio de los historiadores y nadie ha hablado o citado una misteriosa lámina de oro grabada con símbolos extraños.

—Si esa lámina existió —afirmó Aurora—, Isabel II conocía su importancia y la hizo desaparecer.

—¿Insinúas que la fundió?

—No —dijo—. Debido a su importancia decidió protegerla, ocultarla para evitar que alguien pudiera hacer mal uso del secreto que contenía.

—Seguimos en las mismas —resopló Julián—. Desconocemos dónde pudo ocultarla.

—Quizá —vaticinó Aurora, aunque poco convencida— la llevó consigo en su huida a Francia.

—Demasiado arriesgado.

—¿Qué sabes de la vida de Isabel II?

—Nada —admitió Julián desarmado—. Sólo que tuvo un montón de amantes, que su reinado sufrió un período de convulsión, que huyó a París y murió en 1904.

—Precisamos información —resolvió Aurora—. Sólo si conocemos la personalidad de la Reina, sus debilidades, su círculo de amistades, sus problemas políticos, sus creencias..., podremos plantear una hipótesis sobre dónde pudo esconder la maldita lámina.

—Suponiendo —sonrió Julián— que existiera.

—Averiguémoslo —determinó Aurora.

Julián la observó mientras calibraba el peso de sus palabras. Empecinarse en buscar una lámina que nadie había visto y formaba parte de una leyenda le parecía una acción estéril. Perder el tiempo en cazar gamusinos. Dio un sorbo de café con leche. Ella esperaba su veredicto. Le interrogó con la mirada y él se rindió.

—Conozco a alguien que puede ayudarnos —dijo Julián dispuesto a seguir adelante.

—¿Quién?

—Un profesor de Historia jubilado —especificó— colaborador del periódico.

—Llámale —le apremió Aurora y le tendió su iPhone— y pídele una cita.

Julián asintió, cogió el teléfono y efectuó dos llamadas. La primera a su jefe, Francisco Granados, que le recriminó su falta de noticias, el haberse excedido del plazo acordado y las abultadas notas de gastos que había presentado. Le instó a incorporarse a sus tareas de información cultural y Julián le escuchó sin rechistar. Le dejó explayarse a gusto y luego, sin remordimientos, le pidió un poco más de tiempo. Su jefe se negó en redondo. Julián le juró que estaba a un paso de algo muy importante y logró arrancarle una semana más aunque sin asignación presupuestaria ni sueldo. Colgó, suspiró complacido y marcó el número de José Ballesteros, doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Sevilla. Estaba jubilado y ocupaba el tiempo en atender a sus nietos y escribir artículos con análisis comparativos sobre los conflictos políticos. Se ofreció a recibirles a la hora que desearan. Julián le agradeció las facilidades dadas y convinieron verse en el plazo de dos de horas.

El doctor José Ballesteros vivía en un edificio de la calle Ortega y Gasset. Al acceder al interior del portal, un conserje, en exceso celoso de su cometido, les salió al encuentro para preguntarles el motivo de su visita, pero antes de que pudiera abrir la boca Aurora le mostró su TIP y el hombre retrocedió y les franqueó el paso. Entre los vecinos había un coronel retirado de la Guardia Civil y supuso que se trataba de una visita oficial.

Se dirigieron al ascensor, un aparato de caja de madera y armazón de forja en servicio desde principios del siglo xx, y subieron al cuarto piso. Se plantaron ante una puerta de madera barnizada y mirilla de cobre reluciente como el oro, y pulsaron el llamador cerámico que sobresalía de una plaquita también de cobre. Un timbrazo

sonó en el interior del piso y una mujer mayor, vestida de cofia y el delantal orlado por una cenefa de ganchillo almidonado, les invitó a entrar. Les condujo a un salón con las paredes cubiertas de estanterías repletas de libros de historia y cuadros con escenas de batallas navales, y les pidió que esperaran. Pasados unos minutos entró el doctor Ballesteros, de pelo canoso pero abundante, bronceado, y vestido con un traje de corte inglés.

—Buenos días —dijo—. Lamento haberles hecho esperar pero atendía una llamada de teléfono. ¿Puedo ofrecerles algo de beber?

—No, gracias —rechazó Julián—. Hemos desayunado hace poco.

—¿No va a presentarme a la señorita?

—Disculpe —dijo—. La teniente Aurora Santillana, de la Unidad Central Operativa.

—Presiento —vaticinó el doctor Ballesteros con buen criterio— que nuestra charla tiene carácter oficial.

—Sólo —terció Aurora— precisamos información sobre la reina Isabel II.

—¿Desde cuándo la Guardia Civil investiga hechos históricos? —bromeó José Ballesteros.

—Su reinado —le explicó Aurora— podría estar relacionado con un delito actual.

—Comprendo —suspiró el doctor Ballesteros—. Siéntense, por favor. La comodidad facilita la conversación.

Julián y Aurora se arrellanaron en una pareja de butacas estilo Jorge III, con un tapizado de motivos vegetales, y el doctor José Ballesteros en un sillón de piel de Eileen Gray. Llamó a la sirvienta y le pidió un café. La mujer atendió su demanda y con la diminuta taza en la mano él les autorizó a iniciar la tanda de preguntas.

—¿Qué les interesa de la vida de Isabel II?

—Hechos importantes —dijo Julián, con el bolígrafo dispuesto a tomar notas.

—¿Pueden concretar?

—En realidad —confesó Aurora— andamos a ciegas. Creo que accedió al trono muy joven.

—A los tres años —convino el doctor Ballesteros—, en 1833. Les haré una exposición general de su reinado —les ofreció— y juzgan qué parte les interesa.

—Sáltese la genealogía —le pidió Julián— y céntrese en acontecimientos relevantes.

—En la vida de un monarca —arguyó— cualquier acto adquiere importancia. Por ejemplo, Isabel II se proclamó reina, como les he dicho, con sólo tres años y se hizo cargo de la regencia su madre, María Cristina de Borbón Dos Sicilias. Desde ese instante el infante Carlos María Isidro, hermano de Fernando VII, reclamó su derecho al trono al morir el Rey sin descendencia masculina y rechazar la Pragmática Sanción que abolía la Ley Sálica.

—Y estalló la Primera Guerra Carlista —afirmó Aurora.

—Sí —convino el doctor Ballesteros—. En aquella época Madrid sufría una epidemia de cólera mórbido y alguna de las sociedades secretas que actuaban en la sombra propagó el bulo de que los frailes habían envenenado las fuentes de la ciudad y causado la enfermedad.

—¿A qué sociedades secretas se refiere? —inquirió Julián.

—A la masonería, entre otras de menor entidad.

—¿Qué protagonismo tuvo? —preguntó Aurora.

—Bastante —dictaminó el doctor Ballesteros—. La situación económica del país rozaba la banca rota. El Gobierno precisaba adoptar medidas urgentes para restablecer el orden, fortalecer el ejército y consolidar la Hacienda. Pero cualquier acción resultaba estéril debido a la oposición del liberalismo masónico, que pretendía restablecer la Constitución de 1812. El Gobierno sólo controlaba Madrid y don Carlos ocupaba parte del norte de España y el levante.

—¿Y el resto del país? —dijo Julián.

—Estaba en poder de los masones —afirmó el historiador—. Las logias se infiltraron en el ejército y provocaban levantamientos al grito de «Constitución o muerte». Este caos propició que en 1837 don Carlos llegara a las puertas de Madrid, donde Espartero le plantó cara y tuvo que retirarse.

—¿Había judíos en la corte de Isabel II? —planteó Aurora. Sus preguntas tenían una intención clara: conocer las posibles conexiones de Isabel II y sus leales con las sociedades secretas y la influencia de los judíos en la regencia.

—Estaba trufada —respondió el doctor Ballesteros—. Sirva de ejemplo Juan Álvarez de Mendizábal, reclamado por la regente María Cristina para que viniera de Londres a poner orden en la Hacienda. Don Juan provenía de una familia judía de Cádiz. Muchos historiadores achacan a sus simpatías por los judíos la supresión de las comunidades religiosas y la venta de sus bienes por decreto en 1835.

—¿Cuándo terminó la guerra? —preguntó Aurora.

—En 1839 —respondió el doctor Ballesteros— el Tratado de Vergara acabó con las hostilidades y don Carlos se exilió en Francia.

—Isabel II se consolidó en el poder con el triunfo de Espartero —dedujo Aurora de las palabras del doctor.

—En 1843 —siguió— las Cortes declararon a Isabel II mayor de edad. Tres años antes María Cristina de Borbón se había exiliado a París y la regencia había quedado en manos del general Baldomero Espartero, protegido de las logias masónicas.

Julián consultó su libreta de notas. Según Eban Peleg, la carta remitida por su bisabuelo tras escuchar la conversación en palacio estaba fechada el 25 de noviembre de 1843, el año de la mayoría de edad de la Reina.

—Doctor —dijo pensativo, intentando cuadrar las fechas—, ¿puede precisar el

día en que se decretó la mayoría de edad de Isabel II?

—El 10 de noviembre —respondió, y Julián tomó nota.

—La regencia de Espartero pendía de un hilo —aventuró Aurora.

—Las hostilidades contra Espartero —determinó José Ballesteros— y su consejero, el brigadier Francisco Linaje, aumentaban. En marzo estalló un pronunciamiento en Málaga y se extendió por Granada, Almería y Sevilla. Juan Prim se sublevó en Reus, Barcelona quedó bajo la autoridad de una junta revolucionaria, y Valencia vivió un motín sangriento. En julio el general Espartero, abandonado de sus leales, embarcó en el Puerto de Santa María hacia su destierro de Londres.

—Hecho que propició la declaración de la mayoría de edad de la Reina —conjeturó Aurora.

—El despotismo del general Espartero —especificó el doctor Ballesteros— demostró que un regente ajeno a la familia real llevaba consigo las servidumbres del partido y sus compromisos. Por este motivo, a petición del Gobierno, las Cortes acordaron adelantar la fecha de la mayoría de edad de Isabel II para instaurarla en el trono en la plenitud de sus facultades constitucionales, y de esta manera se convirtió en reina con sólo trece años.

Julián repasó las fechas registradas en su libreta. Isabel II asumió la mayoría de edad el 10 de noviembre de 1843, el día 20 se convirtió en reina de España por ley, y el 25, haciendo uso de la autoridad de su cargo, según relataba en su epístola el bisabuelo de Eban Peleg, solicitó ver la lámina de oro. Se acarició la barbilla. La Reina conocía la existencia de la supuesta lámina del *Libro de Dios* desde mucho antes.

—¿A esa edad —preguntó— Isabel II tenía acceso a los secretos de Estado?

—Por supuesto —afirmó el doctor Ballesteros—. Su reinado era de pleno derecho, aunque con la perspectiva de la historia hoy se considera un disparate entregar el reino a una jovencita de trece años.

—La Reina —terció Aurora— se convirtió en un pelele de los poderes que pugnaban por el Gobierno.

—Su reinado comenzó con mal pie —dictaminó el doctor Ballesteros— y estuvo marcado por las presiones políticas y las luchas sangrientas. Según Antonio Pirala, el historiador mejor documentado sobre las guerras carlistas, sólo en un año hubo doscientas catorce ejecuciones por razones políticas.

—Me hago una idea de la convulsión que sufría el país —dijo Aurora.

—En octubre de 1846 —prosiguió el historiador— Isabel II, que tenía sólo quince años, contrajo matrimonio con su primo Francisco de Asís, un homosexual que la arrastró a numerosas aventuras extra conyugales y a concebir varios hijos bastardos.

—¿Está demostrada la homosexualidad de su esposo? —inquirió Aurora.

—La Reina —aclaró—, durante su exilio parisino, confió al embajador de España

en Francia, don Fernando León y Castillo, la opinión que le mereció Francisco de Asís el día de su boda: «¿Qué pensarías tú», le dijo, «de un hombre que la noche de bodas lucía sobre su cuerpo más puntillas que yo?».

—El comentario parece demoledor —afirmó Julián, sin evitar una sonrisa burlona.

—A Francisco de Asís —abundó el doctor Ballesteros— el pueblo le llamaba Paquita, y dicen que al enterarse la Reina del nombre del elegido para contraer matrimonio gritó: «¡No, con Paquita no!». Sin olvidar las coplillas que corrían de boca en boca de la gente: «Gran problema es en la corte —recitó el historiador— averiguar si el consorte, cuando acude al excusado, mea de pie o mea sentado».

—A todas luces se trató de una boda de Estado —sentenció Aurora.

—¿Francisco de Asís —preguntó Julián con intención— tenía potestad para acceder a los secretos de Estado?

—Ninguna —contestó el doctor Ballesteros—. Desde el principio el alejamiento entre ambos cónyuges quedó patente. Francisco se recluyó en una habitación del palacio de Oriente y luego en el palacio de El Pardo. Así vivieron.

—Isabel II —lamentó Aurora— no tuvo un solo día de paz y tranquilidad.

—Sus gobiernos caían como moscas —convino José Ballesteros—. Se pensó que la Reina abdicaría, pero salvó la situación llamando de nuevo al general Espartero, que se había sumado a los sublevados de Zaragoza.

—El descontento popular —opinó Aurora— conduce a la desesperación y a la exaltación de las masas.

—Se conspiraba —prosiguió José Ballesteros— para sustituir un gobierno por otro, y evitar así la quiebra de un sistema social que les beneficiaba en extremo.

—La famosa frase —recordó Julián— de *El gatopardo*: «Algo debe cambiar para que todo siga igual».

—Eso ocurrió —certificó el doctor Ballesteros—. Quienes defendían la República fueron silenciados y represaliados, y las Cortes proclamaron, por una nutrida mayoría, la continuidad de la monarquía. Sólo veintitrés diputados votaron en contra.

—«Algo debe cambiar...» —susurró Julián.

—Isabel II —conjeturó Aurora— no pudo zafarse de las manipulaciones de su gabinete. Sólo tenía veinticinco años.

—Cada cual defendía sus intereses —afirmó el doctor Ballesteros—. El socialismo mostraba sus primeros brotes en Andalucía, donde las diferencias sociales resultaban más evidentes que en el resto de España. La figura del «señorito andaluz» ha dejado mucha hambre y muerte tras de sí.

—¿No había manera de pacificar el país? —preguntó Julián.

—A priori no —respondió José Ballesteros tajante—. En 1855 los motines se

sucedían y la ideología socialista calaba en las clases más desfavorecidas. En Barcelona los obreros asaltaron las fábricas textiles, en Castilla incendiaron los almacenes de trigo y las harineras, que responsabilizaban de la carestía del pan, y el ministro Escosura, con una venda en los ojos, atribuía los males a una conspiración de los jesuitas.

—¿Quién estaba detrás?

—Los carlistas —afirmó el historiador—: alentaban el caos para desestabilizar la regencia isabelina, pero el verdadero motivo estaba en el hambre y la miseria que sufrían los obreros.

—Me alegro —dijo Aurora impresionada— de no haber vivido en esa época.

—En medio de esta incertidumbre —dijo el historiador—, en noviembre de 1857, Isabel II dio a luz al futuro Alfonso XII.

—¿Un hijo legítimo? —dudó Aurora, a tenor de las infidelidades de la Reina.

—Debido a la homosexualidad de su esposo —especificó—, diversas fuentes apuntan como padre de Alfonso XII al capitán de ingenieros Enrique Puig Moltó o al general Francisco Serrano, ambos amantes declarados de la Reina.

—El nacimiento de Alfonso XII calmó los ánimos —dijo Julián.

—De ninguna manera —negó el doctor Ballesteros—. Sólo la pericia de O'Donnell apaciguó al país. Entonces ocurrió un hecho inexplicable. El capitán general de Baleares, Jaime Ortega, al frente de una flotilla fondeó en San Carlos de la Rápita. Los expedicionarios se dirigieron a Amposta para presionar al Gobierno, destronar a Isabel II y colocar en el trono al conde de Montemolín, que formaba parte de la tropa junto a su hermano Fernando. La intentona fracasó y el general Ortega murió fusilado en Tortosa. El conde de Montemolín y su hermano fueron apresados y liberados tras la mediación de Austria y Rusia, previa renuncia a sus derechos dinásticos.

—Se acabó el problema sucesorio —dictó Julián—. El carlismo quedó descabezado.

—A los pocos meses murió don Fernando —dijo el doctor Ballesteros para hacerles comprender la situación— y un año después falleció Carlos Luis, conde de Montemolín, sin dejar descendencia. La herencia carlista recayó en su hermano Juan, de pensamiento liberal, que reconoció a Isabel II y dejó al carlismo sin líder.

—Tenía razón —se ratificó Julián en su pensamiento.

—En parte —contrapuso el historiador—. Su hijo, que también se llamaba Juan, educado por su abuela, la princesa de Beira, resucitó el partido y reclamó su derecho al trono.

—Hubo una tercera guerra carlista.

—De 1872 a 1876 —situó José Ballesteros el período cronológico—, pero la Reina ya vivía en el exilio.

—El final temido durante años se hizo realidad —dijo Aurora.

—Sí —admitió el historiador—, pero antes de partir hacia el exilio ocurrieron algunos hechos dignos de mención. En 1864 —especificó para rematar su exposición— Juan Prim quedó a la cabeza del partido progresista y para sosegar a la clase obrera y aliviar la Hacienda el Gobierno incautó los bienes reales y vendió parte de los castillos y palacios que habían pertenecido a la monarquía. Para ello proclamó la Ley de Patrimonio Nacional, en mayo de 1865.

—¿Cómo se tomó la Reina esta decisión?

—Bien —afirmó José Ballesteros—. No puso objeciones y, en parte, recuperó el favor popular. Pero los gobiernos se sucedían sin descanso y las conspiraciones continuaban.

—Todo seguía igual —opinó Julián.

—En 1867 —asintió el doctor Ballesteros— se reunieron en Ostende los progresistas, demócratas y unionistas, y llegaron a un acuerdo para derrocar a Isabel II. En agosto de 1868 la Reina se trasladó a Lequeitio y pocos días después se sublevó la escuadra de Cádiz.

—Sonaba el clarín de la derrota —pronosticó Aurora.

—Los revolucionarios —sentenció el doctor Ballesteros— publicaron un manifiesto que atacaba a la corona. Prim se apoderó de Cartagena. Andalucía se sumó a los sublevados, el ejército isabelino sufrió varias derrotas, y el 30 de septiembre de 1868 Isabel II emprendió el camino del exilio tras pronunciar su famosa frase: «Creí tener más raíces en este país». La revolución, conocida como «La Gloriosa», había triunfado. Isabel tenía treinta y ocho años y había reinado treinta y cinco.

—¿Desapareció de la escena política? —le interrogó Julián.

—Como es lógico —apostilló José Ballesteros—, intentó recuperar el trono. En febrero de 1869 lanzó un manifiesto a la nación y contactó con grupos monárquicos para restaurarse. Descartada esta posibilidad, en junio de 1870, abdicó en su hijo Alfonso XII. Tres años después rompió con Serrano, aceptó reconocer a Cánovas y le nombró jefe oficial del núcleo alfonsino.

—El período isabelino —dijo Aurora— acabó como había empezado, envuelto en convulsiones políticas, revueltas callejeras y conspiraciones.

—Isabel II —concluyó el doctor Ballesteros— vivió el resto de sus días en París, presenció la llegada de la Primera República, el reinado y muerte de su hijo Alfonso XII, fallecido de tuberculosis en 1885, y el inicio del reinado de su nieto, Alfonso XIII, tras la regencia de María Cristina de Habsburgo Lorena.

—¿Qué edad tenía al morir? —preguntó Julián.

—Setenta y tres años.

Aurora iba a preguntarle algo pero se contuvo al aparecer la sirvienta en la puerta. El doctor José Ballesteros le autorizó a entrar con un gesto.

—¿Dígame, Encarna?

—Su hijo Alejandro está al teléfono.

—Gracias —la despidió—. Discúlpenme. Debo atender esta llamada —dijo, y salió del salón.

Al quedarse a solas, Julián se levantó de la butaca. Se llevó una mano a la nuca y se masajeó los músculos para aliviar la tensión. Escuchar al doctor Ballesteros y tomar notas resultaba un tanto complicado por la cantidad de datos que aportaba.

—Llevamos una hora de entrevista —dijo preocupado— y no hemos sacado nada en claro.

—Discrepo —opuso Aurora—. Si como supongo Isabel II poseía la lámina del *Libro de Dios*, la hizo desaparecer. Su reinado —reflexionó— estuvo marcado por las intrigas palaciegas, las sublevaciones militares, las algaradas callejeras, la corrupción...

—¿Qué intentas demostrar?

—Isabel II tenía motivos suficientes para ocultar la lámina —afirmó Aurora convencida—. Temía que cayese en poder de los masones o de los sublevados, que la chusma asaltase el palacio y la robara.

—El problema radica en saber dónde la ocultó —dijo Julián—. Tenía trece años cuando solicitó verla y murió a los setenta y tres. En sesenta años pudieron ocurrir muchas cosas a la lámina.

—Deberíamos sincerarnos con el doctor —le propuso Aurora, sin dejar de darle vueltas al asunto—. Exponerle con claridad qué buscamos.

—¡Quieres que nos eche a patadas! —protestó Julián—. Nos tomaría por un par de chiflados.

—Lo intentaré —dijo Aurora decidida—. Tengo práctica en obtener información sin descubrir mis verdaderos propósitos.

Julián cabeceó y observó un cuadro que mostraba a dos fragatas de tres puentes intercambiando cañonazos, con las arboladuras abatidas y un cielo gris de tempestad tan oscuro como sus pensamientos. Una chapita dorada, sujeta al marco, rezaba: «Henrick Cornelisz Vroom, 1566 - 1640».

—¿Le gusta? —dijo el doctor Ballesteros de regreso en el salón—. Lo compré en una subasta en Londres. Me costó un pico.

—Como sabe —suspiró Julián, y recobró su butaca—, me dedico al periodismo de cultura y el arte forma parte de mi quehacer diario.

—Un trabajo interesante —alabó el doctor Ballesteros, y se acomodó en su sillón de Eileen Gray, la primera mujer que destacó en el diseño industrial—. Les ruego que perdonen la interrupción. Uno de mis nietos ha enfermado y mi hijo me ha pedido que le lleve al médico. Inconvenientes de ser abuelo.

—No quisiéramos importunarle —acometió Julián—. Si tiene que marcharse...

—Mis funciones de abuelo —sonrió— no entran en vigor hasta la tarde. Volviendo al tema de Isabel II, ¿he logrado aclararles su reinado?

—Su exposición —dijo Aurora, dispuesta a coger las riendas de la entrevista— ha sido muy esclarecedora.

—He pergeñado los rasgos esenciales —expuso José Ballesteros—. Un relato más exhaustivo requeriría consultar abundante bibliografía. Hablamos de una etapa histórica muy convulsionada. La corrupción y la manipulación electoral estuvieron a la orden del día. Ningún partido que organizó unas elecciones las perdió. Siempre hubo pucherazo.

—¿Cómo definiría el carácter de la Reina? —dijo Aurora, para conocer un poco su perfil psicológico—. La ha presentado como una persona desprendida, preocupada por las miserias de su pueblo.

—Tenía buen corazón, belleza y simpatía —detalló el historiador—, aunque era poco inteligente y de pequeña incluso maleducada. Tras el alzamiento de San Carlos de la Rápita, que les he relatado, indultó a Montemolín, al general Elio y al coronel Caveró, y lamentó llegar tarde para evitar la ejecución del general Ortega.

—Gestos que la honraban —dijo Julián.

—Con su pueblo se mostraba igual de generosa —continuó el doctor Ballesteros—. En cierta ocasión la nodriza de su hijo le narró una historia de miserias y privaciones y la Reina aportó el dinero necesario para solucionarla.

—Pecaba de ingenua —intervino Julián, que desconfiaba de la generosidad de los poderosos.

—Ha dicho —incidió Aurora— que también se avino a desprenderse de parte del patrimonio real para llenar las arcas de la Hacienda pública.

—Esta acción —dijo el doctor Ballesteros prudente— la cuestionó en su momento Emilio Castelar en un artículo titulado *El rasgo*. Castelar, que en 1873 se convirtió en presidente de la Primera República, aseguraba que Isabel II, asfixiada por las deudas, se reservó el veinticinco por ciento de la venta de unos bienes que en gran parte no le pertenecían.

—Lo suponía —dijo Julián, guiado por su desconfianza hacia el poder.

—En líneas generales —resumió Aurora— hablamos de una persona de buena voluntad, amante de la cultura, las artes y la ciencia.

—Son hechos probados —admitió el historiador—. Su reinado conoció un período de esplendor de las letras y las artes. Recuerde —dijo a modo de ejemplo— que el arte imperante en España durante el reinado de Isabel II, que se desarrolló en paralelo al estilo Luis Felipe de Francia, se denomina isabelino en honor de la Reina.

—Intentamos averiguar —dijo Aurora, y Julián se agarró al reposabrazos de su butaca temiendo la reacción del doctor— los principales legados de la Reina para seguir el rastro a cierto objeto.

—¿Pueden confiarme la naturaleza del mismo?

Julián miró a Aurora y ladeó la cabeza.

—De oro —dijo ella sin precisar.

—¿Una joya?

—Digamos que sí —afirmó Aurora—, aunque con más valor cultural que material.

—¿Sospechan que pudo ocultarla en algún lugar?

—Sólo se trata de una hipótesis —admitió Aurora.

—No sé qué decirles —lamentó José Ballesteros—. Pudo esconderla en cientos de sitios. Como cualquier monarca, tenía una actividad elevada debido a los compromisos de Estado.

—Háblenos —le pidió Julián más relajado— de los principales logros de su reinado.

—Entre los más importantes —dijo el doctor Ballesteros, mientras recuperaba datos de la memoria— está la creación de la Guardia Civil, que permitió limpiar el país de bandoleros, hacer las rutas seguras e incrementar el comercio entre las ciudades.

—Mi compañero —le interrumpió Aurora— se refería a construcciones, a lugares que pudieran ocultar ese objeto.

—Comprendo —asintió—. La red ferroviaria figura como la principal obra que se llevó a cabo por iniciativa de Isabel II. Juan Suhercase, inspector general de los ingenieros de caminos, elaboró un informe sobre el ancho de vía de los ferrocarriles que la Reina aprobó en diciembre de 1844, y cuatro años después se inauguró la primera línea de tren entre Barcelona y Mataró. Siete años más tarde se puso en funcionamiento el trayecto Madrid-Aranjuez y, por último, en 1854, el tercero entre Barcelona y Granollers.

—¿Inauguró la Reina alguna de las tres líneas que ha citado? —preguntó Aurora.

—No estoy seguro —dijo José Ballesteros—. Creo que la de Madrid a Aranjuez.

—¿Podía ocultar ese objeto en alguna parte del trayecto?

—Sería descabellado —opinó el historiador—. La rapiña movió la construcción del ferrocarril. Muchos personajes del entorno de la Reina, como el marqués de Salamanca, se enriquecieron con una obra que llenó sus bolsillos. No considero las líneas férreas el mejor lugar para esconder un objeto valioso.

—¿Propició más construcciones? —insistió Aurora, para intentar averiguar el paradero de la lámina.

—El Canal de Isabel II —acometió el doctor Ballesteros— es la segunda obra en importancia de su reinado. A mediados del siglo XIX Madrid tenía doscientos mil habitantes y cincuenta y cuatro fuentes públicas que se alimentaban de la cuenca del Manzanares y de varios pozos.

—Tampoco parece —dijo Julián— el lugar idóneo para ocultar un objeto de valor.

—Sobre todo —incidió José Ballesteros— si permanece en contacto con el agua.

—¿Más construcciones que merezcan destacarse? —inquirió Aurora, descorazonada ante la inminencia del fracaso.

—Sí —respondió el doctor Ballesteros—. La inquietud de Isabel II por la cultura la llevó a levantar la mayor biblioteca de todos los tiempos.

—¿Habla de la Biblioteca Nacional de Madrid? —espetó Julián sorprendido.

—La misma.

Aurora hizo un gesto de complacencia. Las dos horas largas de conversación con el doctor José Ballesteros les habían aportado un rayo de luz. Un hombre de negro con la cara oculta tras una máscara de cuero había entrado y robado los planos originales de la Biblioteca Nacional.

—Siga, por favor —le pidió Aurora, impaciente.

—En la antigua huerta del convento de San Felipe Neri —relató el doctor Ballesteros—, en el paseo de Recoletos, el 21 de abril de 1866 Isabel II inauguró las obras del futuro Palacio de Bibliotecas y Museos Nacionales.

—Un edificio con más de ciento cuarenta años —susurró Julián.

—El conjunto —siguió José Ballesteros— formaba parte del llamado «Madrid moderno» que se desarrollaba en el Ensanche proyectado por Castro. Primero se instalaron la Biblioteca Nacional, el Archivo Histórico Nacional y el Museo de Arte Moderno y, en la parte posterior —puntualizó—, con fachada a la calle Serrano, el Museo Arqueológico Nacional.

—Cuatro emporios de la cultura —afirmó Aurora.

—El 1892 —dijo el historiador para concluir— finalizó la construcción de los edificios destinados a servir de sede a la Exposición Iberoamericana celebrada con motivo del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América. Un año más tarde se redistribuyó el complejo y en 1896 se abrió al público.

—Supongamos —dijo Aurora— que Isabel II escondió el objeto en la Biblioteca Nacional. ¿Dónde pudo ocultarlo?

—Respóndame a una cuestión previa —incidió José Ballesteros, pensativo—. ¿Ese objeto tenía carácter mágico?

—Podría considerarse que sí —dijo Aurora.

—Durante siglos —expuso el doctor Ballesteros— los enseres con propiedades mágicas se han sepultado en los cimientos de los edificios ante la firme creencia de que los protegían de las energías negativas.

—En el Mercado de la Brujería de La Paz —recordó Julián, para darle la razón al doctor— venden fetos de llamas para enterrarlos como amuletos de protección en los cimientos de las casas.

—Todos los pueblos —especificó el historiador— conservan supersticiones sobre la construcción de edificios, como en nuestra cultura la colocación de la primera piedra y su cápsula del tiempo.

—Ha dicho —resumió Aurora— que Isabel II inauguró las obras del Palacio de Bibliotecas y Museos, la actual Biblioteca Nacional.

—Sí.

—¿Realizó la ceremonia de imposición de la primera piedra y su cápsula del tiempo?

—Desde luego —contestó José Ballesteros—. La costumbre de enterrar cajas o cápsulas con documentos acreditativos de la época tiene más de cinco mil años. La primera obra literaria de la Humanidad, la *Epopéya de Gilgamesh*, arranca con las instrucciones para encontrar una caja de cobre, una cápsula del tiempo en el concepto moderno, enterrada en los cimientos de las murallas de Uruk que contenía una lámina de lapislázuli con la historia del héroe sumerio. ¿Piensa que ese objeto misterioso puede estar en la cápsula?

Aurora se limitó a asentir. Julián la observó perplejo. Se había quedado hipnotizada por la respuesta del historiador. Cerró su libreta de notas. Había llegado el momento de agradecerle al doctor José Ballesteros su amabilidad y despedirse. Quedaron en verse en el periódico y luego la sirvienta les acompañó a la puerta.

Al ganar la calle, el frío les obligó a abrigarse. Aurora se detuvo, subió las solapas de su cazadora de cuero y metió las manos en los bolsillos.

—La Biblioteca Nacional —dijo decidida— queda cerca. Vayamos a averiguar dónde está su primera piedra.

—¿Hablas en serio?

—Sí —dijo Aurora, tiritando bajo su cazadora.

—Nadie puede acceder a ella —protestó Julián—. La primera piedra y su cápsula del tiempo yacen bajo miles de toneladas de tierra y material de construcción.

—La lámina del *Libro de Dios* —afirmó Aurora convencida por primera vez— está ahí.

—Has perdido el juicio.

—Llama a tu amigo.

—Cariño...

—Llama... —insistió Aurora en tono imperativo.

Julián sacó su teléfono móvil y habló con Antonio Espinola, director del Departamento de Adquisiciones de la Biblioteca Nacional, y pidió verle unos minutos.

Desde el estacionamiento de la plaza de Colón llegaron a paso apresurado a la Biblioteca Nacional. Cruzaron la puerta que daba acceso a los jardines y vieron a Antonio Espinola en la base de la escalera que conducía a la entrada, escoltado de un

vigilante jurado y rodeado de un grupo de albañiles vestidos con monos azules de faena. El albañil que llevaba la voz cantante, un hombre mayor de complexión fuerte, cara morena y un casco de obra en la cabeza, hacía gestos ostensibles y discutía de forma acalorada. Julián y Aurora se acercaron al grupo.

—¡Guardia Civil! —gritó Aurora para hacerse oír—. ¿Qué sucede?

—Soy el capataz de esta cuadrilla —dijo el hombre, y señaló a sus compañeros—. Mi empresa ganó un concurso público para efectuar las obras de restauración de la escalera y me impiden hacer mi trabajo.

—No parece necesitar una reforma —terció Julián.

—A mí eso me importa un pimiento —se envaró el capataz—. Tengo un contrato firmado y este señor se niega a dejarnos comenzar la obra.

—¿Es cierto? —le preguntó Aurora a Antonio Espinola.

—La escalera —argumentó— ya ha sido acondicionada. Sólo hace falta mirarla para darse cuenta de que está en perfecto estado.

—¿Quién se ha hecho cargo del trabajo? —inquirió Julián.

—Hace quince días —narró Antonio Espinola— llamaron al jefe de mantenimiento para notificarle que iban a proceder a su reparación.

—¡Imposible! —gritó el capataz—. Soy el encargado de la empresa y hace quince días trabajaba fuera de Madrid.

Antonio Espinola pidió al vigilante jurado que le entregase unos papeles y se los mostró.

—¿Ven esa furgoneta? —dijo, y señaló una Mercedes Vito aparcada en los jardines—. Figura en el registro de entrada de vehículos. Durante el período que duró la reestructuración de la escalera se le concedió un permiso para estacionar en el recinto cerrado de la Biblioteca.

—¿Es suya? —interrogó Aurora al capataz.

—Sí —dijo—. Pero debe de tratarse de un error —atacó con energía—. Hace dos semanas reemplazaba los bordillos de unas aceras en Guadalix de la Sierra. Puedo demostrarlo —afirmó decidido—. Hablen con el regidor de obras del Ayuntamiento. Certificará mis palabras, y el director de GP Export, la principal empresa del mercado especializada en granitos, también dará fe.

—Tranquilícese —dijo Aurora con autoridad.

—Háganos un resumen de los hechos —le pidió Julián a Antonio Espinola.

—El jefe de mantenimiento —relató— debía marcharse de viaje y me pidió que me hiciera cargo de la gestión. Me pasó los documentos y solicité al Departamento de Seguridad una autorización para estacionar la Mercedes Vito en el aparcamiento privado de la Biblioteca, y el acceso de los operarios al interior de las instalaciones para utilizar los lavabos.

—No se trataba de mi furgoneta —protestó el capataz.

—Miren. —Antonio Espinola señaló el registro de entradas—. La misma matrícula, marca, modelo y color. Recuerdo haberla visto. Llevaba los logotipos en las puertas y en los laterales el nombre de Construmat, la empresa adjudicataria de la obra, su dirección postal, de correo electrónico y los teléfonos de contacto.

—Ese registro está equivocado —insistió el capataz—. Mi furgoneta se ha pasado casi un mes a cuarenta y cinco kilómetros de Madrid, en Guadalix de la Sierra.

—¡Cállese! —espetó Aurora, molesta por las constantes interrupciones del albañil—. La próxima vez le esposo y le detengo.

—A la mañana siguiente —continuó Antonio Espinola— se presentó un grupo de operarios y en cuatro días dejaron la escalera como nueva.

—En cuatro días —exclamó el capataz, haciendo caso omiso de las órdenes de Aurora— nadie repara una escalera de estas dimensiones. Se necesitaría maquinaria de alta precisión y unas cincuenta personas trabajando a destajo. Algo que el presupuesto pactado impide.

Julián cogió a Antonio Espinola del brazo, hizo un gesto a Aurora para que le acompañara, y le apartó unos metros del grupo para hablar en privado. El capataz permaneció en su sitio, apoyado por su cuadrilla y vigilado por el guarda.

—¿Cómo vestían los operarios? —preguntó Julián a Antonio Espinola.

—Llevaban monos de trabajo de color negro —recordó.

—Especifique —solicitó Aurora—. Es importante.

—No entiendo de vestimenta profesional —alegó Antonio Espinola—. Esperen un segundo —dijo, y reclamó la presencia del vigilante jurado—. ¿Vio a los operarios que acondicionaron la escalera? —le preguntó.

—Sí, señor. Controlé la furgoneta en varias ocasiones durante mis turnos de trabajo.

—¿Puede describir su indumentaria? —incidió Antonio Espinola.

—Muy sofisticada —afirmó el vigilante—. Por eso me fijé.

—Precise —dijo Aurora.

—Buzos de cremallera transversal de nailon —detalló—, mangas ranglan, elásticos en puños y cintura, bolsillos con dobles costuras de seguridad...

—¿Por qué le prestó atención? —preguntó Julián, extrañado por la minuciosa descripción del vigilante.

—Antes de ser guarda de seguridad —expuso— trabajé de soldador en una empresa de estructuras metálicas y como delegado sindical estaba al corriente de los avances en seguridad.

—¿Vestían gafas o máscaras? —inquirió Aurora.

—Ambas cosas —determinó—. Igual de sofisticadas que los buzos: gafas oscuras de protección contra esquirlas, golpes y rayos ultravioletas, y máscaras dobles con filtro de polvo y químico. Además llevaban guantes anticortes de doble capa y botas

de seguridad con punteras de acero.

—¿Se justifica el uso de un equipo tan sofisticado? —dijo Julián.

—Estaba acorde con el resto del material —observó el vigilante—. Las sierras radiales que utilizaban para cortar el granito costaban cerca de tres mil euros y trajeron más de quince. Eso les dará una idea del despliegue de medios de que hicieron gala.

—¿Cuántos operarios trabajaban?

—Llegué a contar sesenta —afirmó el vigilante jurado— y puedo garantizarles que se movían con la precisión de la maquinaria de un reloj. Parecía que hubiesen ensayado cada paso como una coreografía.

—Gracias —dijo Aurora—. Puede retirarse.

El vigilante regresó junto al corrillo que formaban el capataz y su cuadrilla.

—Señor Espinola —dijo Julián al director del Departamento de Adquisiciones—, ¿sospecha quiénes eran esos operarios?

—Ni idea —afirmó encogiéndose de hombros—. Hicieron un trabajo impecable y en poco tiempo, no causaron molestias a los usuarios de la Biblioteca, cubrieron con lonas las estatuas para evitar que se ensuciaran de polvo, colocaron cubiertas ligeras para que las esquirlas que soltaban las piedras al cortarlas no dañaran a nadie... Si tuviera que construirme un chalé les contrataría sin pensármelo dos veces.

—¿Recuerda algo que le llamara la atención? —incidió Julián.

Antonio Espinola meditó un instante.

—Al finalizar la obra —dijo— bajé a despedirme del capataz. Le estreché la mano y vi que le faltaba el dedo meñique derecho.

—¿Tenía amputado el dedo meñique? —saltó Aurora.

—Sí —se reafirmó Antonio Espinola—. Le pregunté y me respondió que hacía años sufrió un accidente con una sierra radial y desde entonces extremaba las medidas de protección de sus hombros.

Julián y Aurora sonrieron.

—¿Hablabas en castellano? —preguntó Julián.

—Sí —respondió Antonio Espinola—, aunque con un marcado acento.

—¿Puede situarlo? —incidió Aurora.

—Sería incapaz —admitió Antonio Espinola—. En el ramo de la construcción casi todo el personal es inmigrante. No sabría decirles su país de origen. ¿Qué importancia tiene?

—Ninguna, ninguna... —dijo Julián dando por zanjada la cuestión.

—¿Le vio en algún momento la cara? —inquirió Aurora.

—No —dijo Antonio Espinola—. Bajé a despedirme y acababan de terminar la obra. Todavía llevaba la máscara y las gafas protectoras.

—¿Como el resto de operarios?

—Sí —contestó, sin comprender la importancia que daban a su indumentaria.

Aurora cabeceó. La Sociedad de los Nueve Desconocidos les había ganado la partida. Ya sabían dónde estaba la primera piedra que colocó la reina Isabel II para inaugurar la construcción de la Biblioteca Nacional: bajo la monumental escalera de acceso. El hombre de hábito negro y máscara de cuero había robado los planos originales de Francisco Jareño con el propósito de localizarla. En esa piedra la Reina ocultó la lámina de oro del *Libro de Dios*. El resto podían imaginárselo. Los hombres de negro habían seguido los pasos del dueño de Construmat, la empresa a cargo de la obra, habían comprado una furgoneta igual a la suya, habían duplicado la matrícula y los logos, y se habían presentado para llevar a cabo la restauración y recuperar la lámina de oro. Actuaron de una manera rápida e impecable sin que nadie sospechara. Las cubiertas ligeras que desplegaron sobre la escalera sirvieron en realidad para ocultar sus verdaderas intenciones.

—Una última cuestión —dijo Aurora, sin borrar la ligera sonrisa que dibujaban sus labios—. ¿Han abonado el importe de la restauración?

—No —dijo Antonio Espinola—. Primero la empresa constructora debe presentar la factura, el jefe de mantenimiento darle el visto bueno y entregarla a contabilidad para el pago.

—Gracias.

Julián se quedó con Antonio Espinola y Aurora se acercó al corrillo de albañiles. El verdadero contratista estaba más relajado, convencido de que le asistía la razón.

—¿Han aclarado este penoso asunto? —le preguntó a Aurora—. He invertido más de setenta y dos mil euros en material para esta jodida escalera, y otros treinta mil en piedras de granito de la sierra de Guadarrama, y no estoy dispuesto a perderlos.

—Presente la factura —dijo Aurora para su sorpresa—. En unos días se la abonarán.

—¿Se burla de mí?

—En absoluto —negó seria—. Hágame caso. Se ahorrará un montón de problemas.

El capataz se acarició la barbilla, áspera por los días que llevaba sin afeitarse, y miró a su cuadrilla. Una teniente de la Guardia Civil tenía suficiente autoridad para evitar contradecirla. Cobrar más de trescientos mil euros sin dar golpe resultaba un regalo del cielo.

—¿Me da su palabra de honor? —receló el capataz.

—Le abonarán la factura sin ningún contratiempo —afirmó Aurora—. Se lo garantizo.

—De acuerdo —aceptó—. Mañana mismo la presentaré.

El capataz hizo un gesto y se retiró con su cuadrilla. Aurora les vio subir en la furgoneta Mercedes Vito y alejarse en dirección al paseo de la Castellana. Luego

regresó junto a Julián y Antonio Espinola.

—Ha sido un mal entendido —lamentó dirigiéndose al director del Departamento de Adquisiciones—, una falta de coordinación entre la oficina de la constructora y su cuadrilla. Los próximos días presentarán la factura.

—Se les abonará de inmediato —afirmó Antonio Espinola—. La dirección de la Biblioteca está muy contenta con el trabajo realizado. Ha sido la mejor experiencia en muchos años. Por cierto —dijo, y miró a Julián—, ¿para qué deseaba verme?

—Para nada. —Sonrió—. Necesitaba unos datos técnicos sobre la Biblioteca.

—Puede buscarlos —dijo Antonio Espinola— en Internet. Nuestra página web es muy buena. Si me disculpan, debo regresar a mi trabajo. Este malentendido me ha hecho perder mucho tiempo.

El director del Departamento de Adquisiciones subió la escalera y entró en la Biblioteca Nacional. Julián y Aurora también se marcharon. Anduvieron en dirección a la plaza de Colón en busca de su automóvil. El frío obligaba a los peatones a caminar de manera apresurada, embutidos en sus abrigos y bufandas.

—Se acabó —dijo Julián, con un suspiro de alivio.

—Todavía no —protestó Aurora, y apretó el paso decidida—. Tres crímenes siguen sin estar resueltos.

—Nunca darás con los asesinos —afirmó Julián convencido—. Los Nueve Desconocidos forman parte de los grandes misterios de la Humanidad. Jamás podrás acercarte a ellos. ¡Abre los ojos!

—Debo intentarlo —insistió Aurora—. La Guardia Civil nunca abandona un caso. Ya lo sabes.

Julián detuvo su marcha, la cogió de los brazos y la obligó a mirarle.

—¡Reacciona! —le dijo enérgico—. Nos enfrentamos a un poder invisible e invencible. Somos marionetas y ellos manejan las cuerdas. ¡Te amenazaron!

Aurora iba a rebatirle pero no tuvo tiempo. Cuatro individuos les rodearon. Vestían de negro de los pies a la cabeza, con botas y pantalones militares, y ocultaban sus rostros tras unos pasamontañas de lana y las capuchas de sus sudaderas. Aurora hizo intención de echar mano a la cintura en busca de su arma.

—Le aconsejo —dijo uno de los cuatro, con acento extranjero— que ni lo intente.

Otro de los individuos sacó la mano derecha del bolsillo de la sudadera y les mostró una Kel-Tec P40, una pistola del calibre 40 S&W^[26] y armazón sintético. Julián y Aurora dieron un respingo. Le faltaba el dedo meñique. Oyeron un frenazo y un furgón DKW estacionó a su lado. Se abrieron las puertas traseras y los cuatro individuos, en una maniobra de precisión, les empujaron al interior, cerraron las puertas y les ordenaron tumbarse en el suelo. El furgón aceleró de forma brusca. Discutieron entre ellos en un idioma desconocido. Desarmaron a Aurora, les quitaron los teléfonos móviles, y les inmovilizaron de manos y pies con unas bridas de

plástico. Luego les colocaron unas capuchas para cegarles y unas resistentes mordazas de cinta adhesiva de polipropileno para evitar que hablaran. Iban a ejecutarles. Estaban convencidos. La Sociedad de los Nueve Desconocidos no dejaba testigos de sus operaciones.

Los continuos giros y paradas les indicaban que callejaban por Madrid y se detenían frente a los semáforos. Una media hora más tarde el ritmo de la marcha cambió. El furgón aumentó la velocidad y dedujeron que circulaban por una autopista o carretera. Los sujetos que les custodiaban permanecían callados. Julián levantó un poco la cabeza y una bota se la aplastó contra la chapa. El vehículo aminoró y se detuvo. Oyeron voces en el exterior y arrancó de nuevo. Ahora circulaban por un camino lleno de baches y charcos de agua. Finalmente paró y detuvo el motor. Las puertas traseras se abrieron. Cortaron las bridas que ataban sus pies y les ayudaron a bajar. El frío se hizo más intenso. Soplaban ráfagas de aire helado. El bufido de unas reses les indicó que posiblemente se hallaban en algún lugar de la sierra donde las dehesas de encinas cobijaban ganaderías de toros bravos. Les cogieron de los brazos y les condujeron al interior de una construcción. El frío quedó fuera y un agradable calor, debido a la calefacción, les reconfortó.

Oyeron el chirriar de unos goznes. Permanecían con las manos atadas a la espalda. No tenían escapatoria. Había llegado su hora.

Les quitaron las mordazas y las capuchas y el destello de dos potentes focos les cegó. Sus pupilas, a oscuras durante mucho rato, no reaccionaban ante el cambio brusco de luz. La intensidad de los focos disminuyó y Aurora y Julián recuperaron poco a poco la visión. Los tipos que les habían secuestrado permanecían detrás de ellos con las armas en la mano. Estaban en una estancia de paredes blancas, frente a una mesa ovalada de madera y nueve personas vestidas con hábitos negros y las caras cubiertas con máscaras de cuero sentadas a su alrededor. Apoyaban las palmas de las manos sobre la superficie encerada de la mesa, unidas por los índices y los pulgares para componer un triángulo isósceles, y comprobaron que a todos les faltaba el dedo meñique derecho.

—¿Quiénes son? —rompió Julián el silencio.

Un guardián le golpeó con el puño en el costado, a la altura del riñón izquierdo, y perdió la respiración. Se ahogaba. Sintió un pinchazo intenso y, de no haberle sujetado, se habría desplomado.

—Habla sólo cuando te autorice el Gran Maestre —dijo el tipo que le había atizado.

Julián asintió con un gesto de dolor y respiró con profundidad.

—¿Estás bien? —le preguntó Aurora, en un susurro apenas audible.

Asintió de nuevo y recuperó la postura.

—Tienen agallas —reconoció el sujeto que presidía la mesa, también con un leve

acento que no pudieron ubicar—. Debemos reconocerlo. —Julián iba a pronunciarse, pero el tipo que le había golpeado le presionó la espalda con el cañón de su Kel-Tec y se mordió la lengua—. Están ante los Nueve Desconocidos —afirmó el Gran Maestro—. Se les ha traído aquí porque respetamos su valentía y sentido de la justicia...

—¡Son unos vulgares asesinos! —gritó Aurora nerviosa.

Uno de los secuestradores levantó su arma para golpearla y obligarla a callar, pero el Gran Maestro detuvo su acción con un gesto.

—Si quisiéramos matarles —dijo el Gran Maestro grave— ya lo habríamos hecho. Les hemos tenido en el punto de mira en infinidad de ocasiones. Mis hombres se han convertido en su sombra. En un intento de que abandonaran la investigación incluso les dejamos un anónimo. Pero hicieron caso omiso. Espero que ahora nos tomen en serio.

—Nunca negociaré con asesinos —espetó Aurora, para sorpresa de Julián.

—No somos criminales —sentenció el Gran Maestro, y sus palabras sonaron sinceras—. Nuestra Sociedad repudia la violencia, al igual que Asoka, su legendario fundador.

El nombre de Asoka les resultaba familiar. Habían escuchado su historia de labios del rabí Ebam Peleg, de la Sinagoga Española de Praga. Sus dudas sobre la existencia de los Nueve Desconocidos se disiparon. Estaban ante ellos.

—Mataron —arrancó Julián— a Osvaldo Sousa, René Chénier y Águila Negra.

—Sólo les aplicamos una justicia sumaria —arguyó el Gran Maestro—. Osvaldo Sousa y René Chénier asesinaron al profesor Abraham Benari, a Clara Letamendi y a la doctora Katherine Jones. En cuanto a Águila Negra, nunca tuvimos intención de matarle, pero las cosas se complicaron. Disparó contra nuestro hombre y tuvo que defenderse. Aunque de poco le valió porque murió abrasado. El *hacker* le tendió una trampa.

—¿Van a ejecutarlos? —soltó Aurora, con frialdad.

—Nunca empleamos la violencia —insistió el Gran Maestro— de forma gratuita. Sólo para evitar males mayores. Como saben, nuestra misión consiste en proteger los grandes secretos de la ciencia. Las tres láminas del *Libro de Dios* jamás deben ver la luz ni someterse al criterio de los científicos. Su contenido es peligroso para el equilibrio de las sociedades.

—¿Qué temen? —inquirió Julián.

—La destrucción de la Humanidad —afirmó el Gran Maestro solemne—. El uso indebido de algunos conocimientos podría acabar con la vida en la Tierra.

—El manuscrito Voynich —incidió Aurora, con los datos aportados por Ebam Peleg— se les escapó de las manos.

Los Nueve Desconocidos permanecieron impasibles.

—Un error inaceptable —admitió el Gran Maestro—. Debimos recuperarlo en el

siglo XVI pero un cúmulo de circunstancias lo impidieron.

—¿Para qué nos han traído aquí? —preguntó Aurora.

—Debo pedirles —respondió el Gran Maestro— que abandonen la investigación. No les conducirá a ninguna parte.

—Soy una agente de la ley —protestó Aurora.

—Y nosotros los guardianes del mundo —arreció el Gran Maestro—. La justicia suprema. Hablen con quien hablen, nadie les creerá y si persisten en remover las muertes de Osvaldo Sousa, René Chénier y Águila Negra tendremos que eliminarles. Pocos seres humanos tienen el destino en sus manos. Tomen el camino correcto —les aconsejó—. Aprovechen esta oportunidad.

El periodista y la guardia civil sintieron un calor intenso en sus entrañas. Los Nueve Desconocidos estaban decididos a ordenar su muerte y nada ni nadie podría evitarlo.

—¡Suéltennos! —gritó Julián.

—Nuestros hombres —concluyó el Gran Maestro— les conducirán al punto donde les han recogido. No cometan el error de enfrentarse a la Sociedad. Lamentaríamos tener que actuar contra ustedes.

La luz de los focos aumentó su intensidad de manera brusca y Aurora y Julián quedaron cegados. Los tipos que les custodiaban les cubrieron las cabezas con las caperuzas negras, les colocaron las mordazas de cinta adhesiva y les obligaron a caminar. Les subieron al furgón, les inmovilizaron los pies con unas bridas de plástico y les tumbaron boca abajo en el suelo. Arrancaron y casi una hora más tarde el vehículo se detuvo. Les cortaron las ataduras de las manos y los pies, les arrancaron de un tirón las mordazas, les devolvieron sus teléfonos móviles, aunque sin baterías, y le entregaron a Aurora su arma con el cargador vacío. Abrieron la puerta trasera del furgón y les obligaron a salir. Estaban frente a la Biblioteca Nacional, en el paseo de Recoletos, en el punto exacto en que les habían secuestrado. El furgón arrancó a toda velocidad y se perdió entre la maraña de coches que circulaban en dirección a la Castellana.

Al verse libres Julián y Aurora se abrazaron y fundieron en un beso apasionado en mitad de la acera. Una pareja de ancianos les contempló y censuró entre murmullos su muestra de afecto. La sociedad había perdido el pudor.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Julián, atenazado por un cansancio súbito debido a la tensión.

—Bien..., bien... —musitó Aurora aturdida.

—Tengo la sensación —dijo— de haber despertado de una pesadilla.

—Esos tipos eran de carne y hueso —afirmó Aurora sin salir de su asombro.

—¿Qué vamos a hacer? —le tanteó Julián, desconcertado por la situación.

—Mi deber me obliga a seguir adelante —dijo ella—. No puedo doblegarme ante

una amenaza. He recibido muchas desde que pertenezco al Departamento de Investigación Criminal.

—Lo suponía —musitó Julián, abatido.

—Pero algo muy importante me impide continuar —se sinceró y le acarició la cara—. Mi amor por ti. Nunca me perdonaría que te hiciesen daño.

—Sé cuidarme. Yo...

Aurora posó un dedo sobre sus labios para obligarle a callar y le besó de nuevo.

—Me prometiste —dijo— que cuando esto terminara nos marcharíamos unos días a las Seychelles. ¿Sigues en pie tu oferta?

—Ni lo dudes. —Julián sonrió.

—Busquemos una agencia de viajes —le propuso Aurora—. Estas vacaciones nos las hemos ganado a pulso.

Julián la cogió de la cintura y se echaron a reír.

VIII

Madrid

Sábado, 21 de abril de 1866

María Isabel Luisa tenía tres años al morir su padre, el rey Fernando VII. Seis meses antes de su nacimiento, en marzo de 1830, el Rey publicó la Pragmática Sanción, que derogaba la Ley Sálica y restablecía el derecho sucesorio de las mujeres al trono si el monarca fallecía sin descendencia masculina.

La pequeña Isabel se había convertido en mujer y recordaba la tristeza que sintió al comunicarle la muerte de su padre, el trasiego vivido en palacio para organizar las honras fúnebres, y los actos protocolarios que presidió acompañada de su madre, doña María Cristina de Borbón Dos Sicilias, sobrina y cuarta esposa de Fernando VII. Al día siguiente, con la solemnidad y el fasto que el acto requería, María Isabel Luisa se proclamó Reina de España con el nombre de Isabel II. Horas después un secretario de Estado condujo a la Reina y a su madre, que había asumido la regencia debido a la corta edad de María Isabel, a una sala privada y les entregó un legajo con la relación detallada de los secretos de Estado custodiados en la cámara acorazada de palacio. Entre los documentos y cartas intervenidos a José Bonaparte, informes sobre Manuel Godoy, análisis de inteligencia de la Guerra de la Independencia, actas de reuniones secretas mantenidas con Napoleón, conspiraciones entre los partidarios de abolir la monarquía e informes confidenciales sobre la masonería, doña María Cristina de Borbón reparó en una anotación que rezaba: «Caja de madera forrada de terciopelo y lámina del *Libro de Dios*». Sintió curiosidad e hizo traer tan extraño secreto. El secretario de listado le entregó la caja, la abrió y observó asombrada una lámina de oro grabada con símbolos, letras y signos cabalísticos. No le dio mayor importancia y ordenó guardarla de nuevo en la cámara acorazada que custodiaba los secretos de Estado. A la pequeña Isabel II aquella lámina la fascinó por su brillo y belleza, y la imagen perduró en su memoria.

Poco después estalló la Primera Guerra Carlista y, siete años más tarde, doña María Cristina de Borbón abdicó ante el pronunciamiento del general Espartero. Isabel II contaba diez años y el general se hizo cargo de la regencia. A Baldomero Fernández Espartero le sustituyó Ramón María Narváez, duque de Valencia, que tomó las riendas del poder tras vencer a las tropas esparteristas en Torrejón de Ardoz. Narváez rigió el destino de España, aunque las luchas e intrigas continuaron hasta que las Cortes, a petición del Gobierno, declararon a Isabel II mayor de edad con sólo trece años.

El 20 de noviembre de 1843 Isabel II prestó juramento en calidad de Reina

regente e, investida de todos los poderes y honores, cinco días después solicitó inspeccionar la cajita de madera forrada de terciopelo que se custodiaba en la cámara de los secretos de Estado. Isabel II contempló la lámina de oro con la misma admiración e interés que a sus tres años, sin encontrar sentido a la declaración de secreto para un objeto que consideraba más propio de un museo o una galería de arte. Intrigada, encargó una investigación para saber cómo había llegado a la cámara acorazada de palacio y por qué atañía a la seguridad nacional. Las pesquisas aportaron un poco de claridad a la curiosidad de la Reina. En los archivos figuraba una anotación de Juan de Velázquez de Velasco, general de Inteligencia del rey Felipe III, que calificaba la lámina de oro de «alto secreto de Estado» y ordenaba su custodia aunque sin especificar los motivos.

A fuerza de remover documentos del Archivo Real los historiadores también averiguaron que Felipe II había encargado a Bernardino de Mendoza, su superintendente general de Inteligencia y Secretos, la búsqueda del *Libro de Dios*, un libro compuesto por tres láminas u hojas de oro. Aquel pedazo de metal había permanecido más de dos siglos en la cámara acorazada de palacio, junto a documentos que comprometían la seguridad nacional, y había pasado de regencia a regencia sin que nadie le prestase atención.

Isabel II desconocía el significado de los grabados y letras que contenía, los motivos que llevaron a Felipe III a declararla secreto de Estado, pero estaba convencida de que escondía un gran misterio y debía preservarlo por el bien de la Humanidad. Ordenó devolverla a la cámara acorazada y prohibió el acceso a ella salvo con autorización de su puño y letra.

La vida de Isabel II estaba plagada de sinsabores. Pérez Galdós la denominó la «Reina de los tristes destinos». Cumplidos los veintidós años, el cura Martín Merino atentó contra su vida en palacio produciéndole una herida de arma blanca en el costado derecho, dos años después se produjo la sublevación militar del general Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuán, y en enero de 1866 le siguió la tentativa del general Juan Prim. Cientos de problemas dificultaron su regencia. Isabel II temía ser derrocada y, ante el fantasma del exilio forzoso, acudía a su mente la imagen de la lámina del *Libro de Dios*, su destrucción de caer en manos revolucionarias o masónicas, y su empeño en protegerla a toda costa.

La Reina consultó su agenda. Ese sábado, 21 de abril de 1866, debía acudir a un acto protocolario de suma importancia para el futuro de la nación. En el paseo de Recoletos de Madrid todo estaba dispuesto para que ella, acompañada de las autoridades civiles y militares, colocara la primera piedra del Palacio de Bibliotecas, Archivos y Museos Nacionales. Desde que Felipe III, en 1619, dictara una Orden de Depósito Legal, que obligaba a los impresores a entregar a la Biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial una copia de los libros para su almacén y

custodia, el volumen de ejemplares había ido en aumento. Felipe V, para dar cabida a los libros, fundó la Real Biblioteca y la designó depositaria de la bibliografía nacional, según un Real Decreto de 26 de julio de 1716. Ahora le correspondía a ella, Isabel II, colocar la primera piedra del futuro templo del saber.

Meditó unos minutos y resolvió que la lámina del *Libro de Dios* gozaría de la protección adecuada oculta en el interior de la primera piedra del insigne edificio. Allí, bajo miles y miles de toneladas de tierra, permanecería a salvo hasta el fin de los tiempos. La Reina sonrió complacida. Dios la había iluminado para encontrar una solución. Llamó a Manuel Bermúdez de Castro, secretario de Estado y amigo personal que debía acompañarla al acto, le firmó una autorización de su puño y letra, y le ordenó traer de la cámara acorazada el documento reseñado. El secretario cumplió el encargo y la Reina contempló por última vez la lámina de oro. Jamás dejó de fascinarla. Sabía que escondía un gran secreto y los avatares de su difícil reinado la obligaban a protegerlo. Envolvió la caja de madera forrada de terciopelo en un pañuelo de seda, la guardó en su bolso, y se dispuso a partir con el resto de su séquito.

Al entrar la comitiva real en el paseo de Recoletos, la gente, que llenaba los balcones de los edificios contiguos y las sillas colocadas para el evento en el salón de la antigua Escuela de Veterinaria, estalló en vítores y aplausos. El perímetro del solar del futuro Palacio de Bibliotecas, Archivos y Museos Nacionales, un paralelogramo de poco más de treinta y tres mil metros cuadrados, estaba cercado por una empalizada cubierta de lienzos con los colores nacionales. Infinidad de banderas, flámulas, gallardetes, escudos de armas de las distintas provincias, guirnaldas de flores y estatuas alegóricas de las artes y las letras completaban la decoración diseñada por Francisco Jareño, catedrático de Historia del Arte, arquitecto y director de las obras.

Junto al pórtico del futuro edificio, próximo a una zanja abierta para albergar la primera piedra, se alzaba un elegante tablado cuyas gradas conducían a un trono. Isabel II descendió de la carroza. En su mano sujetaba el bolso que contenía la caja con la lámina de oro. Una orquesta, compuesta por trescientos músicos de las distintas bandas de los regimientos de infantería, dirigida por el maestro Asenjo Barbieri, interpretó la Marcha real y dio comienzo la ceremonia.

Isabel II saludó a las autoridades y tomó asiento. A su lado, en el orden que establecía el protocolo, se acomodaron sus altezas reales, los ministros de la corona, los altos dignatarios de palacio, el cuerpo diplomático y demás notables que formaban la comitiva. A continuación el ministro de Fomento, marqués de la Vega de Armijo, dirigió a Su Majestad un discurso. Luego se procedió a la firma del acta correspondiente por parte de la Reina y el resto de autoridades, y el director del Palacio de Bibliotecas, Juan Eugenio Hartzenbusch, pronunció en nombre del cuerpo

de bibliotecarios un parlamento para exaltar la importancia del acto.

Finalizados los discursos, el acta del acontecimiento y dos ejemplares de la *Gaceta* y el *Diario Oficial de Avisos* del día en curso se depositaron en sendos tubos de cristal y se procedió de manera solemne a sellarlos con lacre. Luego los tubos, una colección de monedas y una medalla conmemorativa se dispusieron en la cápsula del tiempo, una preciosa caja de madera labrada. En ese instante Isabel II abrió su bolso, entregó al secretario de Estado, don Manuel Bermúdez de Castro, la cajita que contenía la lámina de oro y le ordenó colocarla junto al resto de objetos que constituían el testimonio de la cápsula. El secretario obedeció, cerró la caja conmemorativa y entregó la llave al ministro de Fomento para su custodia. Dos operarios cogieron la cápsula del tiempo, la acoplaron en el hueco de la primera piedra que pendía de un trípode y procedieron a precintarla con una losa que mostraba la siguiente inscripción: «Reinando Isabel II, y siendo ministro de Fomento el excelentísimo señor marqués de la Vega de Armijo, siendo autor del proyecto y su arquitecto director de las obras don Francisco Jareño, a 21 de abril de 1866».

Concluida la operación, Isabel II tiró de las cuerdas y la primera piedra y su cápsula del tiempo desaparecieron en la zanja abierta para tal fin. La Reina se retiró y observó satisfecha cómo los operarios lanzaban paladas de tierra hasta cubrir por completo el agujero. La orquesta arrancó los primeros acordes de la *Marcha triunfal*, compuesta por Barbieri para la ocasión, y se dio por concluida la ceremonia.

Camuflado entre la muchedumbre que presenciaba el acto inaugural de las obras del Palacio de Bibliotecas, Archivos y Museos Nacionales, un hombre vestido de hábito negro, la capucha calada, el rostro enmascarado y el dedo meñique de la mano derecha amputado, siguió la ceremonia sin perder detalle. La gente que le rodeaba le tomó por un fraile. Al marcharse la comitiva real, abandonó el recinto y se dirigió a un edificio del paseo de Recoletos. Subió por la escalera al primer piso, llamó a una puerta y esperó. Le abrió otro hombre vestido de la misma manera y le condujo a un salón. Alrededor de una mesa ovalada había nueve hombres, todos con hábitos negros, las capuchas caladas, los rostros embozados por máscaras de cuero rígido, y los dedos meñiques de la mano derecha mutilados. Los nueve tomaron asiento: cuatro en cada lateral y uno en la cabecera. El recién llegado permaneció de pie.

—Informad —dijo el enmascarado que presidía la reunión.

—Nuestro espía —dijo— tenía razón. La Reina ha depositado la lámina del *Libro de Dios* en la cápsula del tiempo conmemorativa del acto.

—¿Estáis seguro? —recló uno de los nueve.

—Sí —respondió.

—¿Qué hacemos? —preguntó alguien del grupo.

—Recuperarla —propuso otro—. Os dije que debíamos robarla de palacio.

—Era una locura —arremetió el sentado a la cabecera—. Permanecía en la

cámara acorazada que protege los secretos de Estado.

—Debemos desenterrarla —sugirió alguien de entre los nueve que había permanecido callado hasta ese momento.

—Imposible —rechazó el testigo de la ceremonia—. La primera piedra y su cápsula del tiempo han quedado sepultadas bajo miles de toneladas de tierra, y las obras las custodia el Cuerpo de Vigilancia Pública para evitar robos.

—Retirar la primera piedra —convino uno del grupo— sería una tarea difícil.

—Dejémosla —decidió el presidente de la reunión— donde el Ser Supremo la ha colocado. Si nosotros no podemos acceder a ella, nadie podrá y el secreto de los secretos permanecerá a salvo.

—Sometámoslo a votación —planteó el partidario de recuperarla.

—¿Estáis de acuerdo en acatar la voluntad de la mayoría? —preguntó a los reunidos el sentado a la cabecera.

—Sí —contestaron todos al unísono.

—Procedamos —dijo—. Quienes estén a favor de abandonar la lámina en el seno de la tierra que levanten la mano. —Ocho alzaron sus brazos—. Sea nuestra voluntad y se cumpla.

—Sea —aceptó el que discrepaba.

—Queda otra cuestión por resolver —lanzó al aire uno de los nueve.

—Hablad —le autorizó el que presidía la reunión.

—Hemos localizado la tumba de Bernardino de Mendoza.

—¿El superintendente general de Inteligencia y Secretos del rey Felipe II?

—Sí —respondió el que había tomado la palabra—. Permanece enterrado en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Torija.

—Deberíamos cerciorarnos —terció uno de la mesa— de que no oculta documentos o claves sobre el paradero de la tercera lámina.

—La situación de este país —dijo el presidente— desaconseja aventuras peligrosas. Las conspiraciones políticas se suceden sin tregua, los alzamientos de las guarniciones ocasionan graves disturbios, el clero se muestra celoso de la vigilancia de sus bienes debido a las desamortizaciones que ha sufrido...

—¿Qué proponéis? —incidió el partidario de abrirla.

—Dejemos la sepultura en paz —dijo el presidente convencido—. Nada indica que guarde documentos comprometedores sobre la tercera lámina.

—No puede quedar en manos del destino —intentó convencerle.

—La someteremos a vigilancia —propuso el presidente— y si en algún momento de la historia corre peligro, procederemos a profanarla para inspeccionar su contenido.

—Estoy de acuerdo —dijo uno de sus compañeros—. Bernardino de Mendoza jamás reveló un secreto de Estado. Estad seguros de que esa tumba sólo contiene sus

huesos.

—Prefiero mantenerla bien controlada —insistió.

—Daré las órdenes precisas —convino el presidente— para que así sea.

—En caso de peligro actuaremos —sentenció.

—Señores —habló el hombre que presidía la mesa—, debemos marcharnos.

Dentro de un mes volveremos a reunirnos en el lugar acordado. Id con Dios.

—¡Que Él os proteja! —exclamaron todos.

Nota del Autor

Esta novela está basada en algunos hechos y personajes históricos aunque sujetos a las necesidades de la narración. El resto de protagonistas pertenecen a la ficción y cualquier parecido con personas vivas o muertas es una mera coincidencia.

Los datos aportados sobre Bernardino de Mendoza, superintendente general de Inteligencia y Secretos del rey Felipe II, corresponden a su biografía^[27]. Hombre de talante aventurero, nació en algún lugar de la Alcarria (quizá en Guadalajara, en la casa solariega de su familia) en 1541. Tras estudiar Humanidades en el Colegio de San Ildefonso de Alcalá de Henares, entró al servicio del Rey en 1560, peleó como soldado en numerosas batallas y pronto se hizo cargo de los servicios de información o inteligencia, entendiendo por inteligencia «el conjunto de acciones secretas dirigidas a conocer o a cambiar lo que ocurre en el extranjero^[28]».

Su participación en las actividades políticas y militares del reinado de Felipe II le llevaron a contar con el mejor servicio de espionaje de su tiempo, dotado de un presupuesto anual de 32.000 ducados (Inglaterra contaba sólo con 16.000 ducados). Bernardino de Mendoza utilizó el dinero para pagar sobornos y reclutar espías. Organizó una red de comunicaciones basada en la seguridad, desarrolló numerosos sistemas de cifrado, utilizó tintas simpáticas, y entre sus operaciones más brillantes figuran la infiltración de un agente en el barco de la expedición de Martín Frobisher a Canadá, o el envío a don Juan de Austria del retrato de Radcliffe, que tenía la misión de asesinarle. Gracias al retrato pudo ser identificado y detenido.

Bernardino de Mendoza murió en 1604, a la edad de sesenta y tres años (sobrevivió a Felipe II seis años) y se llevó muchos secretos del reinado a su tumba (descubierta en el siglo XIX por Juan Catalina García en la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Torija). La dinastía de los Mendoza y la iglesia citada han sido estudiadas por Jesús Sánchez López en su obra *La iglesia de los Mendoza de Torija* (Aache Ediciones, Guadalajara, 2004).

Las aficiones alquímicas del rey Felipe II y los secretos herméticos reflejados en su obra magna, el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, están ampliamente documentados en numerosos libros. Destacan por su rigor y aportaciones bibliográficas *La cara oculta de Felipe II*, de Juan García Atienza (Martínez Roca, Barcelona, 1998), *Arquitectura y magia*, de René Taylor (Siruela, Madrid, 2000) y los artículos «La panacea áurea; alquimia y destilación en la corte de Felipe II» (*Dynamis*, 1997, pp. 107 - 140) y «Los alquimistas de Felipe II» (*Historia 16*, nº 12, 1977, pp. 49 - 55). Debemos destacar que Felipe II negaba en público la astrología judiciaria, la magia o la alquimia, aunque en privado se servía de ellas. Sus muchos asesinatos por encargo (Voltaire decía que Felipe II sujetaba la cruz en una mano y cometía asesinatos con la otra), sus aficiones esotéricas y su sometimiento a los

dictados de la Iglesia auspiciaron y forjaron la leyenda negra de España.

El mismo día en que murió Felipe II (el 13 de septiembre de 1598) se colocó la última piedra del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, y ese año también murió Benito Arias Montano (1527 - 1598), sacerdote y humanista que participó, en calidad de teólogo, en el Concilio de Trento y combatió las tesis luteranas de la comunión. Protegido por Felipe II, su gran obra, la *Biblia Políglota de Amberes*, una edición discutida y sometida a juicio por la Inquisición, deja constancia de sus conocimientos sobre exégesis. Debido a esos conocimientos, resulta interesante la signatura que Benito Arias Montano colocó en numerosos libros de la biblioteca del monasterio de El Escorial, que, por encargo del Rey, catalogaba y ordenaba.

Los libros más comprometidos lucen la signatura, $\infty = 5$. Mario Roso de Luna, astrónomo y teósofo (1872 - 1931), en *De Sevilla al Yucatán*, asimila el número cinco al ser humano (con este número se le representaba en el pentaclo^[29]) y su relación con el macrocosmos. El padre José de Sigüenza, en *Historia de la Orden de San Jerónimo*, opina que esta signatura (que interpreta como a — 5) identificaba los libros copiados por orden expresa del Rey y cuyo manejo, debido a su contenido (mágico, esotérico o alquímico), estaba reservado a muy pocas personas. En ambos casos la signatura deja constancia de la importancia de estos libros conservados en la biblioteca de El Escorial.

La tradición alquímica sobre los *golems* hizo correr ríos de tinta en unas épocas en que el proceso de fecundación apenas se conocía. Para los alquimistas medievales crear seres artificiales resultaba posible. La historia asegura que el rabí Low de Praga tuvo como sirviente a un *golem*. Esta leyenda, la más famosa de todas, está ampliamente documentada en el libro de Chajim Bloch, *Der Prager golem* (Berlín, 1915), y las tradiciones judías sobre esta creencia han sido analizadas por Moshe Idei en *El golem, tradiciones mágicas y místicas del judaísmo sobre la creación de un hombre artificial* (Siruela, Madrid, 2008).

Muchos lectores pensarán que intentar crear vida artificial resulta imposible. Si ocurrió en el pasado, queda en el misterio de la historia. Desde un punto de vista racional, a tenor del estado de la ciencia en épocas remotas, puede negarse casi con certeza, pero también debe tenerse en cuenta que la creación de seres humanos artificiales figura en el ideario de numerosos cuentos, leyendas y mitos, como el de Prometeo (creó un ser humano de arcilla), y ha sido una constante del pensamiento científico del hombre.

Esta obsesión por dominar los secretos de la vida ha quedado plasmada en obras de amplia difusión mundial, como *Frankenstein o el moderno Prometeo*, de la escritora Mary Wollstonecraft Shelly, la novela gótica más famosa de la historia, que abrió el camino a los modernos escritores de ciencia ficción (Frankenstein se considera la primera novela de este género).

Mary Wollstonecraft Shelley publicó su novela en 1818 y originó el primer debate sobre la ética de la ciencia moderna. En aquella época nadie se tomó en serio que un científico pudiera crear, con fragmentos de cadáveres, un cuerpo humano y darle vida mediante una descarga eléctrica. Pero la novela de Mary Wollstonecraft Shelley tenía un trasfondo científico muy en boga en la medicina de su tiempo. En la misma línea apuntaba la novela *El esqueleto del conde*, de Elisabeth Caroline Grey, cuyo argumento se basa en la muerte de una joven y su posterior resucitación gracias a una descarga eléctrica.

En 1752 Benjamin Franklin (1706 - 1790) realizó su famoso experimento de la cometa y la llave y demostró que el rayo estaba compuesto de electricidad. Un año antes había publicado *Experimenteris and observations on electricity*, que dividió en dos partes, y a raíz del experimento de la cometa le añadió una tercera. En esta obra atribuía los fenómenos eléctricos a la presencia de un fluido eléctrico, negativo o positivo, según las propiedades de los cuerpos. En aquellos años Luigi Galvani (1737 - 1798), médico, fisiólogo y físico italiano, profesor auxiliar en la Facultad de Medicina de Bolonia, había aplicado en su laboratorio una pequeña descarga eléctrica a la médula espinal de una rata muerta y observado cómo se producían contracciones musculares de cierta intensidad. Este hecho bastó para que Galvani asimilara la electricidad animal al fluido o fuerza vital. En 1791 publicó el resultado de sus experimentos con el título *De viribus electricitatis in motu musculari commentarius*, y la teoría galvánica del fluido vital se hizo de dominio general entre los científicos.

Andrew Crosse (1784 - 1855), físico inglés contemporáneo de Mary Wollstonecraft Shelley, estaba convencido de la teoría galvánica del fluido vital. En su mansión de Fyne Court (a diez kilómetros de Taunton, en las Quantock Hills) experimentaba en solitario la formación de diferentes sales y sustancias mediante la aplicación de electrolitos en disolución sometidos a la acción constante de la electricidad. En 1837 Crosse observó algo en las probetas que ha pasado a engrosar la lista de los grandes misterios de la biología. En la soledad de su laboratorio, Crosse intentaba obtener cristales de silicato mediante una corriente eléctrica inducida a una piedra porosa sumergida en una solución de silicato de potasio. A las dos semanas de iniciar el experimento vio unas excrescencias blancas en la superficie de la piedra. Cuatro días más tarde esas partículas habían generado varios filamentos y un mes después se habían desarrollado con la apariencia de unos insectos que catalogó como ácaros. Crosse comprobó maravillado cómo los insectos se movían y se desprendían de la piedra. Por este método obtuvo más de cien ejemplares de los supuestos ácaros.

Crosse pensó que la piedra no estaba lo suficientemente esterilizada al someterla al experimento y repitió el proceso cuidando la esterilización al máximo para evitar que albergase huevos de insectos. Para su sorpresa, cuantas veces repitió la prueba aparecieron los misteriosos ácaros: se alimentaban, desarrollaban y reproducían, y

solamente morían al someterlos a temperaturas muy bajas. Animado por el éxito, Crosse utilizó cadáveres de humanos convencido de que mediante descargas eléctricas podría devolverles la vida. Jamás resucitó a un ser humano fallecido, pero sus experimentos se anticiparon al moderno desfibrilador, un aparato que restituye el ritmo cardíaco eléctrico y mecánico en las paradas cardiorrespiratorias producidas por una fibrilación o taquicardia ventricular.

Andrew Crosse ha pasado a la historia entre los grandes científicos del mundo. Gracias a sus estudios vaticinó la fabricación de diamantes artificiales, predijo, treinta años antes de la invención del telégrafo, que mediante la electricidad podría comunicar su pensamiento hasta los rincones más apartados del planeta e ideó un sistema para transformar el agua salada en dulce con aplicación de la electricidad. Sin embargo, el reconocimiento de sus colegas nunca le llegó en vida. Al hacer pública la creación de posibles seres artificiales (ácaros), algo que Crosse nunca afirmó de una manera rotunda, la clase universitaria y, en especial, la Iglesia le dieron la espalda. Crosse sufrió numerosos ataques hacia su persona y llegó a escribir: «Me he encontrado con tanta violencia y abuso, tantas calumnias y malas interpretaciones a causa de mis experimentos, que, en pleno siglo XIX, parece que haya cometido un crimen...».

Sus compañeros de ciencia le repudiaron y la Iglesia le excomulgó y sometió en efígie a un exorcismo. En mayo de 1855 una grave enfermedad dejó a Andrew Crosse paralizado y en julio del mismo año murió. Su mansión de Fyne Court ardió de manera misteriosa y se perdieron para siempre sus archivos, que, supuestamente, contenían las claves para la creación de seres artificiales.

El mismo fenómeno de la creación de seres artificiales (ácaros) lo relata otro hombre de ciencia, William Henry Weckes (1790 - 1850), cirujano en Sandwich (Inglaterra). Weckes tendió un cable de acero del campanario de la iglesia de San Pedro a la torre de la iglesia de San Clemente, a unos trescientos veinte metros de distancia. En el centro del cable hizo una conexión con la chimenea de un vecino y lo condujo hasta el interior de su laboratorio para captar la electricidad atmosférica. De esta manera reprodujo los experimentos de Crosse, con sumo cuidado para evitar las contaminaciones externas, y afirmó que se producían los ácaros y también una mancha de color verde, que identificó con un hongo, donde vivían y se desarrollaban dichos insectos. Sorprende que Weckes desconociera el hongo del que hablaba pese a haber estudiado e identificado todas las especies de Inglaterra. No existen pruebas de los hallazgos de Andrew Crosse o de Henry Weckes. Los biólogos modernos señalan la posibilidad de que las piedras utilizadas en sus experimentos contuvieran formas de vida parasitaria resistentes a los métodos de esterilización empleados en su época.

Hagamos un inciso en esta breve exposición de la facultad del hombre para crear vida artificial. Entre el 14 de septiembre y el 14 de octubre de 1865 Jules Verne

publicó en el *Journal des Débats Politiques et Littéraires* su relato *De la Terre á la Lune, trajet direct en 97 heures*, y cinco años más tarde, en 1870, apareció *Autour de la Lune*. Los científicos de la época nunca tomaron en serio las predicciones del escritor francés. A mediados del siglo XIX resultaba impensable que un ser humano pusiese un pie en la Luna. Ni siquiera se creía en la pervivencia del ferrocarril como medio de transporte. Ramón Mesonero Romanos (1803 - 1882), célebre escritor madrileño, aseguraba que el ferrocarril jamás podría circular por la Península debido a su accidentada geografía, y varios físicos de su tiempo afirmaban que los trenes nunca sobrepasarían los cuarenta kilómetros a la hora o correrían el peligro de descarrilar. En 1848, gracias a la iniciativa de Miguel Biada, se inauguró la primera línea férrea de España entre Barcelona y Mataró. En la actualidad el *dangan ressha* («tren bala») sobrepasa los 500 km/h y desde su puesta en funcionamiento, en 1962 (en aquella época rodaba a 200 km/h), descarriló por primera vez el 23 de octubre de 2004 debido al terremoto de Chuetsu. Ciento cuatro años después del relato de Jules Verne, el 21 de julio de 1969, el astronauta Neil Amstrong, a bordo del Apolo XI, conquistaba la Luna y pronunciaba una frase histórica: «*That's one small step for man; one giant leap for mankind*^[30]».

Dentro de cien, doscientos, quinientos o mil años, el ser humano puede dar otro gran salto y obtener la fórmula de la creación. La ciencia ha demostrado que la palabra «imposible» no figura en su diccionario. La carrera hacia la consecución de la vida artificial recibió su pistoletazo de salida en 1869 cuando Johan Friedrich Miescher (1844 - 1895), un biólogo suizo que impartió clases en la Universidad de Tubinga, descubrió que cierto material extraído de las células del pus humano y de los núcleos celulares, desde el punto de vista químico, resultaba muy distinto de las proteínas por el hecho de contener fósforo y resistir a la destrucción de ciertas enzimas como la pepsina. Friedrich Miescher dio a este material el nombre de nucleína y actualmente la ciencia lo denomina ácido desoxirribonucleico (ADN).

Hasta los años cuarenta del siglo XX se desarrollaron diversos métodos para sintetizar el ADN y establecer la naturaleza química de sus componentes y la esencia de los enlaces entre los mismos. Estas técnicas permitieron conocer las estructuras básicas del ADN: cuatro moléculas diferentes entre sí agrupadas bajo la denominación de nucleótidos. El estudio de las propiedades físicas del ADN demostró que se trataba de un polímero, es decir, de una cadena muy larga de moléculas, y se supo que la mayor parte del ADN de las células estaba incluido en los cromosomas.

En 1953 se produjo un gran avance en el conocimiento del ADN. James Watson y Francis Crick, dos científicos de la Universidad de Cambridge, sintetizaron al completo su información química y física y definieron su estructura en forma de doble hélice. Este descubrimiento valió a Watson y Crick el Premio Nobel de

Medicina en 1962. La importancia de la identidad de la doble hélice (o «llave de la vida») la pusieron de manifiesto las investigaciones de Oswald Avery, Alfred Hershey y Margaret (hace, que en 1972 describieron al ADN como portador de la información genética. La carrera hacia la consecución de la vida artificial había cruzado su ecuador.

A estos descubrimientos se sumó el realizado por Stanley Miller (1930 - 2007), un químico que trabajó en el laboratorio de Harold Urey (1893 - 1981), premio Nobel de Química en 1934 por su descubrimiento del agua pesada. Miller realizó la primera síntesis de compuestos orgánicos obtenida en un laboratorio y reprodujo el estado de la atmósfera terrestre en el momento de la formación de las primeras moléculas biológicas. Para ello introdujo en un circuito cerrado una mezcla de agua, amoníaco, metano e hidrógeno, los calentó y sometió a descargas eléctricas (quizá, después de todo, Andrew Crosse y William Henry Weekes andaban bien encaminados). Como resultado de las reacciones apareció una mezcla de ácidos orgánicos, de aminoácidos (glicina, alanina, etcétera, componentes de las proteínas de los organismos) y urea.

Algunos años después se logró sintetizar de forma abiótica diversas moléculas biológicas. Juan Oro (1923 - 2004), químico leridano doctorado en la Universidad de Houston que trabajó para la NASA, en 1961 demostró la síntesis artificial de la adenina a partir de una mezcla de ácido cianhídrico y amoníaco, un componente de los ácidos nucleidos. En otro experimento añadió a su mezcla básica formaldehído y descubrió los azúcares ribosa y desoxirribosa, también componentes de los ácidos nucleidos. Este conjunto de experimentos permitieron conocer cómo se originó la vida en la Tierra. Las afirmaciones bíblicas sobre el creacionismo, ya rebatidas por Charles Darwin (1809 - 1882), padre de la teoría de la evolución, fueron negadas de forma incuestionable por la ciencia y cayeron definitivamente en el olvido.

En 1990 la comunidad científica internacional inició el Proyecto Genoma Humano (PGH), con una duración estimada de quince años. En 1996 la empresa estadounidense Celera Genomics anunció la intención de obtener por su cuenta el genoma humano empleando una técnica (*shotgun sequencing*) desarrollada por sus investigadores. En febrero de 2001 se publicaron las secuencias genéticas obtenidas por los dos equipos de investigación. Este primer análisis confirmó que el ser humano posee 30.000 genes, muchos menos de los que suponían los biólogos, 100.000. En abril de 2003 los responsables del PGH anunciaron al mundo la conclusión de la secuencia y la decodificación del 99,99 por ciento del genoma humano. Se había dado el primer paso para comprender los mecanismos de la vida.

John Craig Venter, presidente y fundador de Celera Genomics, premio Príncipe de Asturias en 2006 y polémico pionero de la biotecnología, anunció en octubre de 2007 que había sintetizado un cromosoma artificial a partir de elementos químicos, como paso previo a la creación de la primera forma de vida artificial. Para ello reconstruyó

381 genes de la bacteria *Mycoplasma genitalium*, que habita en algunas células del tracto intestinal y respiratorio de los primates, y obtuvo una sucesión de 580.000 nucleótidos o letras químicas que codifican la información y permiten a la bacteria reproducirse o crecer. Craig Venter logró sustituir el cromosoma original por el artificial y a este híbrido lo denominó *Mycoplasma laboratorium*. Tres años más tarde, en mayo de 2010, las agencias de prensa de todo el mundo se hicieron eco de una noticia publicada por la prestigiosa revista *Science*. Craig Venter sorprendió de nuevo al mundo con el anuncio de la creación de la primera célula artificial. El sueño de conseguir vida artificial se había hecho realidad. La famosa frase de Freidrich Nietzsche, «Dios ha muerto», cobraba actualidad. Tomando como modelo natural la bacteria *Mycoplasma mycoides*, Venter creó la *Mycoplasma mycoides* JCV1-syn 1.0 (denominada así para ditemiciar la bacteria artificial de la natural). Craig Venter pretende ahora diseñar un alga artificial que fije el CO₂ atmosférico y lo convierta en hidrocarburos.

La aplicación práctica de estos experimentos permitirá, en un futuro próximo, la generación de nuevos biocombustibles y medicamentos, limpiar de residuos tóxicos zonas contaminadas y reparar genes dañados abriendo en los campos de la química y la medicina un amplio espectro de posibilidades para curar enfermedades genéticas hasta ahora mortales. Tras hacerse pública en 2007 la síntesis del cromosoma, Craig Venter declaró: «[Se trata] de un paso filosófico muy importante en la historia de nuestras especies. Vamos a pasar de leer nuestro código genético a poder escribirlo y eso nos otorga la capacidad hipotética de hacer cosas que nunca hemos contemplado». Acusado por algunos de sus colegas de intentar monopolizar los descubrimientos y carecer de sentido ético en sus investigaciones, cuando le preguntaron sobre la ética de estas manipulaciones dijo: «Todo tipo de tecnología se presta a abusos; un martillo puede utilizarse para construir una casa o para romperle la cabeza a alguien». El debate está servido.

El conocimiento del genoma humano ha permitido avanzar en la investigación genética y descubrir nuevos factores que obligan a cambiar muchas de las ideas preconcebidas. La primera consecuencia ha sido el hecho de replantearse la noción del gen. Las últimas investigaciones apuntan a una menor importancia de la secuencia de nucleótidos en sí misma y un papel más destacado de la molécula de ARN^[31] como resultado de su transformación o de la transferencia de información del ADN al ARN. Los biólogos han propuesto un nuevo concepto, *el transcriptoma*, al que otorgan una mayor importancia funcional que al genoma conocido hasta la fecha. Estos avances permiten afirmar que la creación de vida artificial será una realidad en un plazo relativamente corto de tiempo. ¿Cuántos años transcurrirán hasta llegar al *golem*?

La vida y obra de Isabel II está ampliamente documentada en historias de carácter

general. Quienes deseen acercarse a la figura de esta controvertida reina pueden consultar *Isabel II, una reina y un reino*, de José Luis Cornelias (Ariel, Barcelona, 1999), *Isabel II de España*, de René Luard (Juventud, Barcelona, 1958), *Isabel II, biografía de una España en crisis*, de José María Echevarría (Ediciones 29, Madrid, 1973), e *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, de Antonio Pirala (2ª edición, aumentada con la regencia de Espartero, 6 tomos, Mellado, Madrid, 1868 - 1871), entre otras muchas obras publicadas.

La ceremonia de imposición por parte de Isabel II de la primera piedra de la Biblioteca Nacional de Madrid se describe según los datos aportados por dos documentos: *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (1 de enero de 1966) y la también revista ilustrada *El Museo Universal* (29 de abril de 1866).

Fin

Notas

[1] Tarjeta de Identificación Profesional.<<

[2] Ordenación y Regulación del Aparcamiento.<<

[3] Combined DNA Index System o Sistema de índice Combinado de ADN. Software diseñado por Unisys Corporation para la Oficina Federal de Investigación (FBI) con la finalidad de crear un banco de datos y almacenar muestras de ADN. Este sistema ha sido adquirido por diversos cuerpos policiales.<<

[4] Base de Datos Nacional.<<

[5] ¡Bendito sea el nombre del Señor!<<

[6] ¡A las estrellas por el camino difícil! <<

[7] File Transfer Protocol o Protocolo de Transferencia de Archivos.<<

[8] Material sujeto a copyright (propiedad intelectual) distribuido con infracción al derecho de autor.<<

[9] Jaredí deriva de jurada, la palabra hebrea que define al miedo.<<

[10] Sean bienvenidos.<<

[11] Muchas gracias.<<

[12] Traffic-Car Registrations.<<

[13] Unidad Central Operativa de Desactivación de Explosivos.<<

[14] «A Dios le gusta el número impar»<<

[15] Primer prepósito de la comunidad judía.<<

[16] «Cuidado, cuidado, el Señor vigila».<<

[17] La muerte se acerca por un callejón oscuro.<<

[18] En el cielo hay descanso.<<

[19] Oficina de prensa.<<

[20] Gracias.<<

[21] Enfermedad Pulmonar Obstructiva Crónica.<<

[22] Grupo de países industrializados cuyo peso político, económico y militar les otorga preponderancia en las decisiones globales. El G8 está formado por Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón, Reino Unido y Rusia.<<

[23] Grupo de países constituido en 1999 que incluye al G8, a los once países denominados emergentes y a la Unión Europea como bloque. En marzo de 2010 España obtuvo la condición de «invitado permanente» a las reuniones del G20.<<

[24] Fondo Monetario Internacional.<<

[25] Los nueve hombres desconocidos.<<

[26] Cartucho de 610 julios de potencia desarrollado por Smith&Wesson en colaboración con Winchester.<<

[27] Cabañas, José Miguel: Don Bernardino de Mendoza, un escritor soldado al servicio de la monarquía católica, Diputación de Guadalajara, Guadalajara, 2001. De este mismo autor resulta interesante el artículo: «Un espía español en la corte de Isabel I», Historia 16, n° 321, enero 2003, pp. 8 27.<<

[28] Weiner, Tim: Legado de cenizas, Debate, Barcelona, 200H, p. 19.<<

[29] Especie de sello mágico que muestra una estrella de cinco rayos. Los pitagóricos, neoplatónicos y gnósticos lo usaban como símbolo de la perfección de la naturaleza. En la obra *Enchiridion Leonis papae* recibe este nombre un sello impreso en pergamino, fabricado con la piel de un macho cabrío o grabado en un metal precioso (oro o plata), utilizado en los exorcismos.<<

[30] «Éste es un pequeño paso para un hombre, y un gran salto para la Humanidad».

<<

[31] [Ácido ribonucleico.<<](#)



Enric Balasch Blanch, nació en el distrito de Gràcia, Barcelona, España, en 1955, es escritor y periodista.

Ha recorrido más de cien países y publicado numerosos artículos en revistas y periódicos de ámbito nacional e internacional.

Es autor de las novelas *La virgen de la mosca*, *La cruz de tau*, *Libélula* y *El secreto de la Creación*, entre otras tantas, así como de más de sesenta guías de turismo para diferentes editoriales, algunas de las cuales se han traducido a siete idiomas, de un libro de narrativa de viajes, *Vivir para viajar* (2003), y de varios ensayos, entre los que destacan *Una historia mágica de los cuentos* (2003) y *El lenguaje secreto de los cuentos* (2004).

Ha dirigido también programas de radio y documentales para la televisión.